

UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA

FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS Y SOCIALES

ESCUELA DE ANTROPOLOGÍA

DEPARTAMENTO DE ETNOLOGÍA Y ANTROPOLOGÍA SOCIAL



UNA VUELTA AL *PASEO*. ENTRE RECUERDOS Y DESIDIA

Aproximación al estudio de los espacios públicos urbanos, caso bulevar “Paseo La

Marina”, Parroquia Catia la Mar, estado Vargas

Trabajo Final de Grado presentado como requisito para optar al Título de Antropólogo

Tutora: Prof. Teresa Ontiveros

Br.: Francisco Camps Sinza

Caracas, junio de 2019

UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA

FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS Y SOCIALES

ESCUELA DE ANTROPOLOGÍA

DEPARTAMENTO DE ETNOLOGÍA Y ANTROPOLOGÍA SOCIAL



UNA VUELTA AL *PASEO*. ENTRE RECUERDOS Y DESIDIA

Aproximación al estudio de los espacios públicos urbanos, caso bulevar “Paseo La

Marina”, Parroquia Catia la Mar, estado Vargas

Trabajo Final de Grado presentado como requisito para optar al Título de Antropólogo

Tutora: Prof. Teresa Ontiveros

Br.: Francisco Camps Sinza

Caracas, junio de 2019

ÍNDICE

RESUMEN	7
VEREDICTO	8
AGRADECIMIENTOS	9
INTRODUCCIÓN	10
CAPÍTULO I. EL PROBLEMA DE INVESTIGACIÓN	14
I.1. ANTECEDENTES Y PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA.....	14
I. 2. INVESTIGACIÓN CON BASE EN OBJETIVOS.....	20
I. 3 JUSTIFICACIÓN.....	21
CAPÍTULO II. MARCO TEÓRICO: (DE) CONSTRUYENDO LA DESIDIA	24
II. 1. ESPACIO Y TERRITORIO	24
II.1.1. Espacio social.....	29
II. 1.2. La ciudad como espacio público	34
II. 1.3. Lo urbano	44
II. 1.4. Definiciones del espacio público.....	47
II. 1.5. Tipología del espacio público: calle/bulevar.....	56
II. 2. SOBRE LA IDENTIDAD Y APROPIACIÓN DEL ESPACIO	62
II. 3. LA MEMORIA COMO CONSTRUCCIÓN INDIVIDUAL Y COLECTIVA.....	70
II. 4. SOBRE LA CIUDADANÍA, EL ESTADO Y LA DEMOCRACIA.	74
II. 5. FOBIAS Y FILIAS DEL <i>CIVITAS</i>	84

II. 5.1. Topofilia.....	86
II. 5.2. Topofobia y Toponegligencia	87
II. 6. CULTURA Y CRISIS.....	89
II. 7. SOBRE LAS POLÍTICAS PÚBLICAS.....	92
II. 7.1. Racionalidad y <i>hábitat</i>	98
II. 7.2. Los vacíos de la modernidad.....	106
II. 8. SOBRE LA ESTÉTICA.....	109
CAPÍTULO III. MARCO METODOLÓGICO: LOS ANDAMIOS DE LA INVESTIGACIÓN.....	113
III. 1. EL MÉTODO CUALITATIVO.....	113
III. 2. EL <i>QUEHACER</i> ANTROPOLÓGICO.....	117
III. 2.1. La antropología <i>immersa</i> en lo urbano	117
III. 2.2. La etnografía.....	120
III. 2.3. De la observación participante a la observación flotante.....	122
III. 2.4. Sobre el <i>campo</i>	126
III. 2.5. Sobre las notas de campo.....	129
III. 2.6. Algunas consideraciones sobre el <i>viaje</i>	131
III. 2.7. Las entrevistas.....	132
III. 2.8. Análisis de la información.	140
CAPÍTULO IV. <i>INMERSIÓN</i> EN LA HISTORIA Y EN EL <i>PASEO</i>	142
IV. 1. DE LA GUAYRA AL ESTADO VARGAS	142
IV. 2. CATIA LA MAR: UNA HISTORIA BREVE.....	160
IV. 2.1. La población urbana en el estado Vargas y Catia La Mar.....	166

IV. 3. UNA VUELTA AL <i>PASEO</i>	170
IV. 3.1. El bulevar “Paseo La Marina”: una historia oculta	170
IV. 3.2. Los días en el bulevar: el vaivén de la “mañanita”	187
IV. 3.3. Las tardes son un <i>Paseo</i>	199
IV. 3.4. La noche es “una boca de lobo”	212
IV. 3.5. Llega el fin de semana: El <i>Paseo</i> es de todos	223
IV. 3.6. La territorialidad del <i>Paseo</i>	232
IV. 3.7. Apropiación, uso e intervención del bulevar “Paseo La Marina” ..	237
IV. 3.8. La identidad individual y colectiva en el <i>Paseo</i>	242
IV. 3.9. La memoria espacial de los usuarios del <i>Paseo</i>	251
IV. 3.10. La noción de ciudadanía en los usuarios del “Paseo la Marina” ..	255
IV. 3.11. La estética del bulevar, las emociones que suscita en sus usuarios y la imagen del “Paseo del mañana”	262
CONSIDERACIONES FINALES	266
BIBLIOGRAFÍA	277

INDICE DE FIGURAS

Fig. 1: Jerarquización de las políticas públicas.....	92-93
Fig. 2: División del urbanismo moderno.	102-103
Fig. 3: Categorías de análisis y preguntas de la investigación.....	134-136
Fig. 4: Datos de los informantes de la investigación	138-139
Fig. 5: Densidad de población en Catia La Mar	168
Fig. 6: Población por edades en Catia La Mar (1990)	168
Fig. 7: Población por edades en Catia La Mar (2000)	169
Fig. 8: Población por edades en Catia La Mar (2011)	169
Fig. 9: Mapa del “corazón del Paseo”	177
Fig. 10: Símbolos, significados y ubicación en el “Paseo”.....	178-179

RESUMEN

La presente investigación realiza una aproximación al espacio público, tomando el bulevar “Paseo La Marina” de la parroquia Catia La Mar del Edo. Vargas, como escenario central para enfocarnos en la desidia de dicho espacio público urbano y cómo se manifiesta el tejido social a partir de dicha problemática. A través del corpus teórico, el ejercicio etnográfico y la observación flotante, se realiza una deconstrucción de la desidia, para indagar en el papel de las autoridades de dicha entidad, como a su vez, conocer el rol ciudadano, las formas de asociación, encuentro, apropiación y prácticas cotidianas dentro de dicho espacio público. La ciudadanía es un eje fundamental en dicho estudio, debido a que son sus actantes los que arrojarán los datos propicios para interpretar sus deseos, ideas sobre el espacio público, la estética, la identidad, la memoria espacial, además de proporcionarnos su función elemental en el cambio social.

Palabras Clave: Ciudadanía, espacio público, estética, identidad, memoria, Vargas, Venezuela.



UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA
FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS Y SOCIALES
ESCUELA DE ANTROPOLOGÍA

VEREDICTO

Quienes suscriben, integrantes del Jurado designado por el Consejo de Escuela de Antropología, en sesión del día 08/05/19, para examinar el Trabajo Final del Br. **Francisco R Camps Sinza**, CI 18.931.068, titulado *"Una vuelta al paseo. Entre recuerdos y desidia. Aproximación al estudio de los espacios públicos urbanos, caso bulevar Paseo La Marina, parroquia Catia la mar, estado Vargas."* presentado como requisito final para optar al título de Antropólogo. hacen constar que el día 31/05/19, en la Sala de Reuniones del Consejo de Escuela de Antropología, siendo las 11:00 a.m., sometieron a discusión pública el mencionado trabajo, conforme disponen las Normas Vigentes, después de lo cual emitieron el siguiente veredicto: El trabajo constituye un aporte significativo para el estudio de los espacios públicos desde la perspectiva de la antropología urbana. Presenta un sólido marco teórico y una originalidad al aproximarse a la realidad estudiada. Se recomienda incorporar las observaciones realizadas por los miembros del jurado.

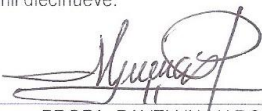
La evaluación ponderada según el artículo 28 de las Normas de Investigación y Trabajo final.

Nombre del Profesor	Trabajo Final Escrito (70%)	Presentación Oral (15%)	Defensa Pública (15%)	Final
Profa. Jeyni González	19	18	20	19
Profa. Teresa Ontiveros	20	18	20	19.7
Profa. Pavelyn Marquez	20	18	20	19.7
Calificación final	19.7	18	20	
Calificación ponderada	13.8	2.7	3	19.5

El jurado califica el trabajo con veinte (20) puntos por lo que se hace acreedor a la MENCION HONORIFICA.

En la Escuela de Antropología, a los treinta y un días del mes de mayo de dos mil diecinueve.


PROFA. JEYNI GONZÁLEZ
Principal


PROFA. PAVELYN MARQUEZ
Principal


PROFA. TERESA ONTIVEROS
Tutora-coordinadora



AGRADECIMIENTOS

Agradezco a la profesora Teresa Ontiveros por la dedicación y el esmero que mostró por el tema, desde su embrión, en un trabajo para la materia “Lo urbano y sus lugares”. Sus clases me permitieron enriquecer y perfilar las inquietudes que abonarían la línea de investigación realizada. Mi gratitud y respeto.

Agradezco a la Universidad Central de Venezuela por ser mi alma mater. Sus rincones y espacios (especialmente las bibliotecas de FACES, Humanidades y Biblioteca Central) fueron los refugios que alimentaron la sed por el conocimiento. También mi agradecimiento a la Escuela de Antropología, cuyos profesores (en especial, Jeyni González, Silvana Caula, María del Pilar González) y personal nos brindaron el apoyo necesario para culminar nuestra carrera.

Agradezco a mis compañeros y amigos de la escuela, Luis Rodríguez y David Bermúdez, por su valiosa ayuda desinteresada y estimulante apoyo. También es necesario mencionar a Luis Olivas y Giamluis Di Blasi por los momentos gratos, y a María Giménez J. por la lectura paciente del texto.

Agradezco al pueblo de Vargas por su tesón; por no dejarse vencer por la adversidad. Por continuar luchando, a pesar de los pesares; por la alegría que brilla hasta en los peores momentos.

Finalmente, agradezco infinitamente a mi mamá, Deisy Sinza, a mi hermana Rosibell y a mi hermano Rafael, por ser el sostén incondicional en mi vida. A mi sobrina Gabriela por tantas alegrías; a mi tía Cándida y abuela Carmen que, desde la distancia física, son luces que acompañan mi sendero; a los tíos y primos que siguieron con cariño mi crecimiento.

Gracias

INTRODUCCIÓN

Dado el papel preponderante de las ciudades y lo urbano en la vida cotidiana, las influencias e influjos en sus dinámicas, fluctuaciones y hasta depresiones forjadas desde lo económico y político, sus espacios públicos se nos hacen los vínculos directos para descubrir las formas de relación de los habitantes con su entorno, así como los patrones culturales que subyacen a los mismos. El espacio social se produce y reproduce con su embrión social (Lefebvre, 2013). Dichos espacios se conciben con intenciones particulares e ideológicas, y que, con sus refracciones, los individuos asimilan, usan y simbolizan. Así, los actores sociales van representando papeles que se renuevan constantemente, y es el entorno físico, ese escenario privilegiado donde se sedimenta, fragmenta y condiciona las prácticas espaciales que tejen una red de emociones y recuerdos, que, a su vez, nos muestra y posibilita un complejo abanico de identidades y sentidos.

La ciudad es un espejo que muestra la imagen de un mundo que se construye constantemente (Silva, 2006). Ese mundo está interconectado de nudos comunicantes (y comunicativos) que nos permiten ampliar, leer, soñar y achicar sus dimensiones, haciéndolas nuestras y ajenas *entre y a través* de la historia. Así, cada ciudad no es solo una: la misma tiene mil rostros (amables, malignos, inocentes), que se configuran y permiten (o niegan) la reedificación de un entorno común con muchos “otros” circundantes. El germen de la ciudad es lo que posibilita el encuentro, anonimato, choque y lucha en un espacio “común” (De Certeau, 2000), con sus pautas, moldeamientos y estructuras, así como su rigidez y vacíos; es una (re)conquista perenne, que, de perderse el hilo narrativo, tiene consecuencias fatales. Es que las ciudades contemporáneas, en su relación implosiva-expansiva, crea periferias que van fragmentando esa

conexión con la centralidad. Esto configura que muchos espacios, por un lado, sean presos de la explotación mercantilista, y por el otro, que se segreguen en periferias, forjando su hábitat a la fuerza.

Esa relación entorno-sociedad permite procesos identitarios que se afianzan o debilitan por múltiples factores, haciendo del hábitat un marco “saludable” e inclusivo, o un simple reducto de las experiencias humanas y del vivir, haciendo que el ser humano plasme en su entorno su *apego* o *alienación*.

Entonces, para comprender la ciudad como un espacio público, es decir, su alcance para abrigar a esa proyección de lo humano, con sus formas de representar el mundo y vincularse con el mismo, la ciudad debe ser un todo *fluir*, antes de *prohibir*. Pero, esto no es del todo constatable en nuestras realidades latinoamericanas, y en nuestro caso, en la ciudad venezolana.

Lo urbano en nuestro país, *grosso modo*, es un laberíntico encuentro con muros y baches, que el caminante actualiza a su paso (De Certeau, 2000). De esta forma, la aproximación al estudio del espacio público bulevar “Paseo La Marina” de la parroquia Catia La Mar, Edo. Vargas (el cual, a su vez, es nuestro hogar), busca adentrarse en esa contradicción entre el espacio concebido (por las autoridades gubernamentales) y el espacio percibido (por sus actantes) (Lefebvre, 2013), siendo dicha ciudad, Catia La Mar, una especie de mapa *ad hoc*, que nos permitirá hurgar en las estructuras y proyectos plasmados por las instituciones políticas, élites, etc., leyendo los alcances del *poder* dimensionados en su historia. También, dichas edificaciones lograrán seguir una narrativa de contratos ciudadanos (y de significaciones) para permitir la convivencia en dicho entorno, evidenciando que lo *público* es un tránsito que se transforma sucedáneamente.

También, la investigación plantea explorar los valores identitarios de los usuarios de dicho espacio público, sus prácticas espaciales y usos, así como el apego (o desapego) de los mismos. La interdisciplinariedad de las ciencias sociales y humanísticas nos servirán de base (guiada por la antropología social), para la reflexividad sobre las cinco claves teóricas que nos proponemos: identidad, apropiación, memoria individual y colectiva, ciudadanía y estética. Entonces, queremos plantearnos cómo el abandono físico del “Paseo” incide en las formas de interacción, intervención, uso (o desuso) del bulevar; los sentidos de las personas a través de la narrativa de sus imágenes y acontecimientos individuales y colectivos, con su vaivén temporal, de un “antes” y “después”, los cuales nos hablarán, intrínsecamente, de la identidad de los usuarios con respecto al espacio. Además, de cómo dicho entorno suscita o no el deseo y las ensoñaciones de sus actuantes. Todo esto para acercarnos al *quid* de la antropología: el *sentido*, que es un hecho cultural, y, por ende, humano (Augé, 1996).

Así, el primer capítulo de nuestra aproximación al estudio de espacios públicos urbanos, es un repaso por la historia del Estado Vargas: sus malestares por causas naturales y dolencias por sus dirigentes y ciudadanos, para contextualizar y presentar las interrogantes, el problema y los objetivos de la investigación, igualmente, la finalidad de la misma. El segundo capítulo *Deconstrucción de la desidia*, constituye las claves teóricas fundamentales para sustentar el estudio, las cuales están enmarcadas por disciplinas tan diversas como la antropología social y urbana, filosofía, geografía, historia, política, sociología y urbanismo.

El tercer capítulo hace mención al método utilizado para aproximarnos al presente estudio de carácter cualitativo, teniendo como *andamios*: la etnografía, el trabajo de campo en lo urbano y las notas de campo, la observación flotante y participante, la fotografía, además de la investigación en general. Para nuestro cuarto capítulo, los resultados de la investigación, en

primera instancia, abonamos el contexto socio-histórico del Edo. Vargas, y en específico, de la parroquia Catia La Mar. Luego, la etnografía del bulevar “Paseo La Marina” arrojará los “datos” de la observación del eje espacio-usuario, como también nos vinculará con los resultados de las entrevistas y los análisis suministrados a partir de las categorías antes expuestas.

Por último, el capítulo cinco presentará las conclusiones finales de nuestra aproximación al estudio urbano. Cabe resaltar que el presente proyecto es motivado debido a la creciente segmentación entre los habitantes y sus espacios públicos en la Vargas contemporánea. La conflictiva realidad nacional, con sus aristas y consecuencias, a grandes rasgos, empuja a la atomización de las personas en espacios de falso tinte público (y al des-encuentro) como los centros comerciales. Las insuficientes políticas públicas del estado Vargas para recuperar y mantener los espacios públicos, son un reflejo del maltrato de plazas, parques y bulevares en nuestras ciudades. Dichas problemáticas resquebrajan la concepción de la idea de la ciudad como espacio público y a su vez, (re)crea vínculos que, en vez de mantener “fresca” la historia de los espacios urbanos, deterioran la identidad y la memoria de los usuarios respecto a sus espacios. No buscamos responder a las preguntas del “cómo” o del “porqué”. Nuestro humilde estudio incorpora un debate, que, desde la antropología social y urbana, requiere de aliados y cómplices para continuar conectando las inquietudes y señalando los malestares de nuestras ciudades.

CAPITULO I:

EL PROBLEMA DE INVESTIGACIÓN

I.1. ANTECEDENTES Y PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

Por su proximidad a la capital del país, Vargas tiene lugares predilectos para los que desean un lugar cerca de esparcimiento y para los vacacionistas en general. Desde su modernización bajo la dictadura del coronel Marcos Pérez Jiménez (1952-1958) y el rápido acceso al litoral a través de los viaductos, facilitó y redujo la comunicación con la región. Para 1998, Vargas transitaba un tortuoso paso hacia la consolidación como estado, y de esta forma, sus parroquias ya no dependían de la jurisdicción de la capital. Pero, desgraciadamente, con la llamada “Tragedia” o deslave de Vargas, acontecido en 1999, este estado del litoral sufrió una gran transformación. Las pérdidas humanas y materiales fueron cuantiosas. Las reconstrucciones de los lugares afectados, no fueron del todo satisfactorias; todavía pueden verse los embates del deslave. Además, las informaciones sobre el impacto de la Tragedia de Vargas, no son del todo precisas. Estas circunstancias y muchas otras (las administraciones venideras, insuficientes proyectos de obras públicas, etc.) produjeron una pérdida notoria del encuentro en el bulevar “Paseo La Marina”, ubicado en la parroquia Catia La Mar. De a poco, el deterioro físico del “Paseo” se hizo paso. La basura se fue acumulando, haciéndose parte del paisaje y dejando de ser una preocupación colectiva; convirtiéndonos en cómplices del abandono físico del espacio público, el cual, nos hace preguntarnos, quiénes son los responsables de dicho acontecimiento, como también interrogarnos sobre la función del espacio público en Vargas.

En un breve compendio histórico, Catia La Mar nace como parroquia el 26 de enero de 1966, por Gaceta Oficial del entonces Distrito Federal N° 11.806, durante el gobierno de Raúl Leoni.

Las actuales parroquias de Catia La Mar y Carayaca se les conocía como “costa de la mar abajo”, siendo una región propicia para la actividad agrícola, “... fundándose importantes haciendas de cacao, caña de azúcar y, más adelante, café” (Cumare, 2012, p. 24).

La población en el departamento Vargas, para 1981, era de 253.871; para 1990, 280.389 y ya como estado, en el 2001, la población era de 298.079 habitantes. En el 2011, Vargas tenía 352,920 habitantes (INE, 2014). En cuanto a Catia La Mar, la parroquia con mayor población de la región, albergaba para esos años, respectivamente: 87.916; 78.254; 82.597; 85.366 habitantes (INE, 2014).

En la mencionada parroquia se localizan la Escuela Naval de Mamo, la Universidad del Caribe, y la planta de electrificación de Tocoa en Arrecife, la más importante del Estado Vargas. Con este panorama, nos aproximamos a un espacio público importante en la parroquia Catia La Mar, Edo. Vargas. Éste es el bulevar “La Marina” (También conocido como *Paseo La Marina*) ubicado a lo largo de la principal arteria vial de la ciudad, la *Avenida La Marina*, al noroeste del estado. De esta forma, el bulevar se halla inmerso entre dicha avenida, recorriéndola en parte, y siendo uno de los principales lugares de esparcimiento en la joven parroquia.

Al aproximarnos a un estudio sobre el bulevar, en nuestro caso el “Paseo La Marina”, podemos decir que se puede enmarcar dentro del tipo de *espacio público urbano*, que según la clasificación de Pignatelli (1997), este tipo son: “... los lugares o los servicios de propiedad pública. Por ejemplo: parques, calles, carreteras, etc.” (Pignatelli en Montealegre Murcia, 2000, p. 28).

Con ese trasfondo, queremos aproximarnos a los temas y los factores que confluyen en este problema: el abandono físico del espacio público en el estado Vargas, específicamente el bulevar “Paseo La Marina”.

Los espacios públicos son de sus usuarios. Ellos son los que determinan los múltiples usos y roles que en dicho lugar se desarrollan. Así, como la plaza (el ágora griega) es un sitio histórico con una intencionalidad política, centro y lugar de confluencia de los ciudadanos, donde se pactan y renuevan los contratos cívicos, también, en las ciudades modernas y contemporáneas, dicho espacio puede fungir de mercado, refugio provisional, etc. En cambio, el bulevar es el sitio del caminante, del *flâneur*, del deportista, del voyeur, etc. Es un lugar propicio para el esparcimiento.

Las interrogantes fluyen sobre los diversos factores que intervienen en el deterioro del espacio público, caso bulevar “Paseo La Marina”: ¿es un vacío institucional?; ¿es propiciado por los usuarios? O, ¿es una bifurcación cuyos lados se encuentran y retroalimentan? Cuando hay una infructuosa (o a veces parcial) recuperación de los espacios públicos, las relaciones en los lugares cambian. En un espacio abandonado, donde la desidia, la basura, la falta de alumbrado y la inseguridad están a la orden del día, la relación de los usuarios y las prácticas que en la misma ocurren son alteradas. Sin embargo, en tales condiciones mencionadas, el “Paseo” todavía es visitado, ocupado por sus usuarios, que no dejan, en menor medida, de hacer deporte, compartir y disfrutar el bulevar. Es por ello, que debemos aproximarnos a las lecturas que nos ofrece este espacio público y analizar las relaciones que en la misma se desarrollan.

Así, nuestra propuesta de investigación da paso a un análisis sobre el uso de los espacios públicos, su importancia y vitalidad, como lugares donde se dan distintos tipos de relaciones y

actividades: desde lugar de ocio, de esparcimiento, para el comercio informal, refugio, convivencia o aislamiento.

De este modo nuestra investigación, *grosso modo*, es un análisis del espacio, su forma de uso y las relaciones que se tejen en el mismo, y como el mismo deterioro físico afecta las prácticas espaciales en ese espacio “de todos”. El bulevar “Paseo La Marina” es el lugar propicio para desplegar la propuesta teórica a través de los conceptos de *espacio público, ciudad y ciudadanía*, para atravesar (y descubrir) los signos de *identidad, apropiación y memoria* sobre dicho espacio, así como la importancia de la *estética* para sus usuarios. Si partimos de la premisa que la ciudad es el espacio público (Borja, 2003), podemos percibir lo democrático de sus lugares al hacer un diagnóstico, en nuestro caso, sobre el mencionado espacio público.

De este modo, queremos conocer el *apego* o *desapego* de los usuarios del bulevar, y si el deterioro del mismo cumple alguna función para alejar o continuar acercando a los individuos y grupos. Es por ello, que pretendemos que el espacio estudiado/abordado, nos arroje una lectura de lo estructurado, de las concatenaciones de la propia ciudad con sus lugares, cuya vitalidad es expresada tanto en sus formas de uso, como en su germen: el tejido social, entendiendo al mismo como esa simbiosis entre la propia sociedad y las instituciones para que se reproduzca la vida social (González Candia y Mendoza Zárate, 2016).

La pérdida de los espacios públicos urbanos es un fenómeno que engloba la división de la ciudad, en el caso del estado Vargas, su condición histórica de periferia de la ciudad capital, y cómo, teniendo uno de los principales puertos del país y el aeropuerto más importante de Venezuela, no escapa a la desigualdad, marginación y segmentación social.

Uno de las principales cuestiones que nos planteamos, es cómo el abandono físico de un espacio público, en nuestro caso, el del “Paseo”, se puede vincular con las formas de apropiación espacial y de relaciones entre los usuarios. Y a su vez, cómo esas relaciones del usuario con su entorno pueden ser reflejadas por el nivel de identidad que tienen con dicho lugar. Así, el “Paseo” nos hablaría del tejido social y a su vez, éste nos indicaría tácitamente el asunto de la identidad; de la carga de sentido cultural que poseen los espacios para sus usuarios.

De esta forma, las interrogaciones, la investigación, la escucha diligente y la mirada atenta, son necesarias para plantearnos el tema del abandono físico de los espacios públicos, en específico, el del bulevar “Paseo La Marina”. Las mismas, nos permiten dilucidar lo abordado y otorgarle un suelo fértil para su desarrollo:

1. ¿A qué debemos el entorno de abandono/desidia del “Paseo La Marina”?
2. ¿El abandono físico del “Paseo” ha mermado y/o anulado la capacidad de encuentro ciudadano?
3. ¿Cómo se construyen las relaciones en este escenario?
4. ¿Qué mecanismos de apropiación utilizan los usuarios?
5. ¿Cómo se divide el espacio dentro de la territorialidad individual y grupal?
6. ¿Qué tipo de relaciones sociales/interacciones podemos esperar en un sitio con dichas características?
7. ¿Qué rol cumple la estética del bulevar para sus usuarios?

Todo esto, bajo el marco económico, político y cultural de Venezuela, específicamente del estado Vargas, situándonos en la parroquia Catia La Mar, la más poblada de la región.

Con base en estas interrogantes nos hemos planteado como problema de investigación explorar las formas de relación, prácticas y usos del espacio público urbano, bulevar “La Marina” (conocido como “Paseo La Marina”), en condiciones de franco deterioro. Queremos conocer, a partir del trabajo etnográfico, como también de los propios usuarios, la realidad de dicho espacio y las formas de asociación del tejido social en un escenario en desidia.

Es por ello que la historia socio-cultural, económica y política (en cuanto a los gestores gubernamentales) del estado Vargas, en especial de Catia La Mar, es de suma importancia para urdir y contextualizar un complejo mosaico de sensaciones, sentidos e ideas presentes en dicho espacio público, renovándose y diluyéndose al paso de cada actuante y/o grupo.

Lo interesante del “Paseo”, es que nos presenta una oportunidad para evaluar la idea de espacio público en Vargas; la capacidad de sus ciudadanos para ejercer sus derechos y deberes con su entorno, así como de tomar decisiones particulares y colectivas para satisfacer sus demandas cotidianas para el disfrute de sus espacios sociales comunes. A su vez, también ese espacio público urbano nos va a ofrecer indicios de la gobernabilidad de sus instituciones, así como la capacidad de las mismas para efectuar políticas públicas eficientes.

Por último, es relevante destacar que tendemos a olvidar que “... nosotros somos los creadores de nuestro ordenamiento económico y social, y al mismo tiempo declinamos, voluntaria y entusiastamente, toda responsabilidad, y aguardamos –con esperanza o con temor, según el caso- lo que nos depare «el futuro» (Fromm, 1972, p. 26).

I.2. INVESTIGACIÓN CON BASE EN OBJETIVOS

Los objetivos planteados, en nuestra investigación, parten de un *objetivo general*, columna vertebral de nuestro estudio: Analizar cómo el abandono físico del espacio público bulevar “Paseo La Marina” de Catia La Mar, estado Vargas, incide en la identidad, apropiación, en la memoria espacial y las emociones que suscita en los usuarios.

De este objetivo general se desprenden los siguientes objetivos específicos:

- 1.-Conocer las muestras de identidad, formas de apropiación, apego y usos del espacio público por parte de los usuarios entrevistados en el bulevar “Paseo La Marina”, así como las influencias o condicionamientos del entorno en sus prácticas cotidianas.
- 2.-Explorar la construcción de la memoria individual y colectiva de los usuarios entrevistados acerca del bulevar “Paseo La Marina”, así como los recuerdos e imágenes tanto del pasado como del presente.
- 3.-Indagar el papel de las autoridades del estado Vargas en la construcción y mantenimiento del bulevar, el rol ciudadano en la participación e intervención para la recuperación de dicho espacio público, así como la proyección que tienen los usuarios en torno a la (re)construcción sobre el “Paseo” del mañana.
- 4.-Conocer las influencias de la estética del “Paseo” en las emociones y percepciones que (re)crea en los usuarios.

I.3. JUSTIFICACIÓN

Creemos que la viabilidad e importancia del tema, es una de las aristas que nos presenta la disciplina antropológica: la aproximación y la interpretación que podemos elaborar en torno a los espacios de vida, cómo los habitantes se apropian, dan uso (y desuso) de los espacios públicos; y en segunda instancia, cómo se lee la ciudad como “objeto” de un *súmmum* de correlatos históricos-sociales, los cuales pueden ser dilucidados (desde nuestra aparente “lejanía”) y estructurados en narrativas discernibles que han operado para el (des) encuentro de sus ciudadanos.

El estudio del espacio público, nos permitirá aproximarnos a las condiciones que ofrece el Estado para crear espacios dignos para la movilidad, encuentro y disfrute ciudadano, como también nos permitirá descubrir el papel de la ciudad como un gran espacio público, y cómo los actores sociales se las ingenian para apropiarse de espacios precarios, fragmentados, vacíos. Entonces, podremos leer a la ciudad como un mapa de inclusión y exclusión, de oportunidades y negaciones, al igual que el asentamiento que permite las erosiones políticas y la alienación.

Dentro de la segmentación de la ciudad, han ganado usuarios los espacios privados y semiprivados, como los centros comerciales, cafés, entre otros. Esto, *grosso modo*, podemos dilucidarlo por puntos como la inseguridad, el escaso mantenimiento de dichos espacios, la ausencia de espacios públicos dignos para el disfrute de la población, entre otros. Mientras el espacio público se deteriora con desperdicios, poco o nulo alumbrado, ausencia de fuerzas de seguridad, entre otras causas, se va convirtiendo en un lugar propicio para otros tipos de uso, como la buhonería, venta de drogas, prostitución, la delincuencia, entre otras actividades irregulares transformando así dicho espacio en un lugar peligroso, preso de la marginación y por

ende, del miedo de los usuarios para hacer vida deportiva y/o cultural, o simplemente realizar actividades recreativas que les permitan mantener una vida saludable.

Es por ello que la propuesta intenta por medio de la antropología urbana y apoyada en otras disciplinas científico-sociales y humanísticas, abordar las dinámicas simbólicas entre los individuos y el espacio público. El indagar sobre las dinámicas sociales en el bulevar “Paseo La Marina”, desde la teoría antropológica, creemos que permitirá un análisis idóneo sobre la importancia y el impacto que tiene dicho lugar en los ciudadanos/urbanitas.

Es que, al abordar la relación de la ciudad con sus ciudadanos reflejados en el espacio público, la investigación, tácitamente, se propone interrogarnos sobre la función de los espacios públicos en nuestra sociedad, en específico, la vitalidad e importancia del espacio público como lugar intrínseco y configurador de la ciudad, y el grado de conectividad que crea con sus habitantes. Como también, nos permite seguir las articulaciones espacio-temporales para proyectar y concretar una ciudad inclusiva y, dentro de lo que cabe, armoniosa.

En conclusión, queremos conocer si el espacio público, en nuestro caso el bulevar “Paseo La Marina”, entendido como una obra histórica relacionada con la ciudad, es pensado para el disfrute, recreación y el ejercicio ciudadano de sus usuarios, o si simplemente refleja las representaciones del imaginario que nos tenemos como sociedad, y cómo pueden ser interpretadas desde el presente.

Consecuentemente, queremos conocer el *valor* del espacio público en Vargas, a partir de nuestra experiencia con el bulevar “Paseo La Marina”, entendiendo que el “‘Valor’ es un término transitorio, significa lo que algunas personas aprecian en circunstancias específicas, basándose en determinados criterios y a la luz de fines preestablecidos” (Eagleton, 1998, p. 11). De esto

modo, el *valor*, lejos de su cápsula económica, está determinado por una concepción histórica inherente a los intereses, prácticas y usos de una sociedad en un tiempo específico.

Si atendemos a la idea de que la calle, la plaza, en definitiva, el espacio público es el termómetro social (Ontiveros, 2010) tenemos la necesidad de aportar, desde nuestra investigación, a la revisión *somática* de nuestra sociedad. Y de este modo, el abordar un estudio sobre un espacio público, creemos, es hacer una lectura profunda de lo social, y cómo podemos leer sus capas a través de la organización del espacio (Augé, 2003).

CAPITULO II

MARCO TEÓRICO: (DE) CONSTRUYENDO LA DESIDIA

II. 1. ESPACIO Y TERRITORIO:

Para abonar el *corpus* teórico de nuestra investigación, debemos comenzar por el significado socio-antropológico del *espacio*, diferenciado del espacio matemático, mental y plenamente físico-natural —aunque parte del mismo, como ese modelo “original”— (Lefebvre, 2013). Es que la especie humana en su capacidad de creación y reproducción, realiza *prolongaciones* de su organismo (Hall, 2003, p. 9). Entre esas prolongaciones se encuentra el lenguaje, el cual “... prolonga la experiencia del tiempo y el espacio” (Ibíd., p. 9).

Estas extensiones del humano radican en su necesidad de moldear el medio ambiente que lo rodea; de aprehenderlo, dominarlo, utilizarlo, extraer sus riquezas y asimilar sus influjos externos e internos, para luego modificarlo. Por ende, ese vínculo relacional ser social-naturaleza, y la transformación del mismo a través de sus acciones, cargan al espacio de significaciones, símbolos, los cuales, por sus propias dinámicas, no son fijos. De esta forma, no podríamos hablar del ser sin un espacio, haciendo que “Todo cuanto hace y es el hombre está relacionado con la experiencia del espacio” (Hall, 2003, p. 222).

Pero, ¿cómo el ser humano percibe el espacio? Esto nos lleva a una compleja red de datos y experiencias sensoriales de muchos tipos: visual, auditivo, cenestésico, olfativo y térmico (Ibíd., p. 222), convirtiendo la percepción de hombres y mujeres en torno al espacio en un flujo e influjo de relaciones, actividades y emociones (Hall, 2003).

Uno de los puntos esenciales para comprender la relación entre el sujeto y el espacio, es la *conectividad*, el cual trasciende su geometría y sus parcelas mentales, para pasar al plano emocional: "... como las pasiones dependen de la conexión, todo aquello que fortalezca la conexión deberá también incrementar la pasión, y todo aquello que debilite la conexión deberá disminuir la pasión" (Hume, 1990, p. 107).

Esto nos lleva a comprender esa *conexión* como parte vital para el tránsito entre la relación individuo-ambiente y entre miembros de la especie humana. Por ello, el espacio trasciende como mero ambiente para satisfacer las necesidades elementales del ser social para establecerse (y fundirse) como lugar de interacción colectiva y simbólica, con un marcado sentido (e impregnación) cultural.

Sin embargo, debemos comprender que el espacio no funge *a priori* con una intencionalidad específica; no está predispuesto para dejar una huella concreta y específica, sino que es la escena, por llamarlo de alguna forma, para una infinidad de cosas. "El espacio no es el medio contextual (real o lógico) dentro del cual las cosas están dispuestas, sino el medio gracias al cual es posible la disposición de las cosas" (Merleau-Ponty, 1993, p. 258).

Esa disponibilidad para que surjan las *cosas*, está mediada por la cultura, por las actividades que en la misma se realizan, las relaciones que teje, así como también lo sensorial y lo funcional. Así, el espacio adquiere una significación cultural y simbólica, de acuerdo a los usos del mismo y las interacciones que desarrolla.

Esas circunstancias que dan peso al espacio, no pueden estar escindidas del tiempo. "Una reflexión sobre la vida social nos lleva en seguida a la conclusión de que toda ella es posible gracias a una manipulación peculiar del tiempo" (García, 1976, p. 65). Es el tiempo, su aparente

linealidad y sus ciclos, los que otorgan el flujo y el peso sobre las instituciones. La sociedad es cíclica y la vida social “... es ante todo repetición” (Ibíd., p. 65).

Esos ciclos, presentes tanto en lo biológico como en lo cultural, lo interno y lo externo, “... pueden significar un obstáculo en términos de una adaptación de tipo natural” (García, 1976, p. 69). Es por ello que la cultura hará de puente dialéctico para “... llenar la disyunción entre el organismo humano y su medio. Lo que en el mundo animal es continuidad, en el ser humano se convierte en oposición” (Ibíd., p. 69).

El humano, como ser mortal consciente de la finitud de la vida (al menos terrenal), acomete la empresa del vivir, y lo que esto conlleva en sus diversas formas y representaciones, imbuido y sumergido en el tiempo, el cual “... es el plasma mismo donde están sumergidos los fenómenos y es como el lugar de su inteligibilidad” (Bloch, 1996, p. 141).

Por ende, para aproximarnos a la función e idea del espacio, debemos recalcar que la sociedad está en un plano de realidades físicas, y que los individuos se constituyen dentro de un contexto, “Y lo que constituyen a los individuos como tales es el conjunto de relaciones que los envuelven. La realidad espacial de los sujetos es, por tanto, relacional” (García, 1976, p. 70).

Estos prolegómenos son relevantes para entender que, al adentrarnos al magma del espacio, es importante recordar que su inteligibilidad es producto de los acontecimientos que el espacio suscita, recrea (y deja un vacío constante para ser llenado), para hacer hincapié en el aspecto relacional, el cual es de sumo interés para nuestra investigación sobre el espacio público, en específico, el bulevar “Paseo La Marina”. De este modo, tenemos a un parque, casa, plaza, o en nuestro caso, un bulevar, como elaboraciones culturales o cualificaciones concretas del espacio (García, 1976, p. 72). Dicha racionalización y significación del espacio lo convierte en un

territorio humano por una serie de delimitaciones cargadas de sentido y de formas específicas de interacción (Ibíd., p. 72).

Haciendo un microanálisis desde la proxémica, entendiéndola como “... las observaciones y teorías interrelacionadas del empleo que el hombre hace del espacio, que es una elaboración especializada de la cultura” (Hall, 2003, p. 6), descubrimos los tres niveles de interpretación proxemística de la cultura: el “infra-cultural”, “el “pre-cultural” y el “micro-cultural”. Es de este último, el cual se relaciona con el espacio social y las formas como la cultura moldea las experiencias espaciales, que tomamos la definición de “espacio de caracteres fijos” el cual “Comprende manifestaciones materiales tanto como normas ocultas, interiorizadas, que rigen el comportamiento cuando el hombre se mueve sobre la tierra” (Ibíd., pp. 127-128).

La definición de “espacio de caracteres fijos” nos indica las normas culturales asociadas al “comportamiento” territorial, y cómo se sigue un “plan” para el ordenamiento territorial, exteriorizado e interiorizado por la mediación cultural. Es por ello, que las experiencias espaciales están relacionadas con esos caracteres fijos modelados e imbuidos por la cultura. De este modo, el individuo interioriza la idea del espacio a partir de esos caracteres fijos aprendidos durante su vida, el cual influirá en los modos de comportamiento en los espacios sociales.

De esta forma, la *territorialidad* está configurada por los caracteres fijos inherentes a la cultura, y que, a su vez, determinan las formas de asociación, comportamiento y relaciones que los individuos tienen en un espacio social. Así, el territorio no solo tiene sus funciones específicas, sus delimitaciones espaciales, precisando de espacios determinados en tiempo y espacio (Hall, 2003, p. 128), sino que posee un nivel interiorizado en los individuos, los cuales asimilan esa uniformidad espacial, el cual cambia en el tiempo.

Con esa definición de “espacios de caracteres fijos”, nos aproximamos al sentido cultural y simbólico que tiene para los individuos el uso del espacio social (y socializado por sus usos), el cual está intrínsecamente relacionado con sus patrones y asociaciones mediadas por los modos de producción, la cultura, los cuales son productos históricos. De este modo, el bulevar “Paseo La Marina” es un espacio social de caracteres fijos, el cual también es una representación mental de los individuos, con su carga simbólica, de significaciones, y un acento de manifestaciones culturales, el cual permite a los usuarios formas de relacionarse, usar y apropiarse de los espacios.

II. 1.1. Espacio social

Al aproximarnos a la idea del espacio, sus dimensiones físicas, la carga simbólica añadida por la cultura y las diversas formas de interacción que suscita y promueve, además de la interiorización que hace el individuo del territorio, para ampliar su horizonte y otorgarle sentidos particulares, nos abre camino para puntualizar sobre la producción del espacio social.

La historia ha sido moldeada por la intervención a la naturaleza, y “...por lo que se refiere a sus necesidades inmediatas y a sus intereses prácticos el hombre depende de su ambiente físico” (Cassirer, 1945, p. 17). Los medios obtenidos de la naturaleza han tejido las relaciones sociales, siendo el suelo fértil y el embrión original de una imbricada y yuxtapuesta correlación entre los individuos, proporcionando los elementos necesarios para producir su vida material, y a su vez, la constitución, prolongación y cambios de la misma, a través de los resultados y dinámicas de dicha producción (Marx y Engels, 2007).

A partir de la producción de los medios de vida (Marx y Engels, 2007, p. 28), y de acuerdo a las relaciones entre los individuos, sus intercambios, reciprocidades, dominaciones e intereses, entendemos que el espacio social es una producción latente de significados y símbolos, los cuales trascienden lo netamente físico para responder a necesidades y procesos socio-históricos particulares.

Para entender el cómo y el por qué se idea el espacio social, debemos atender la dialéctica, desde la óptica de Lefebvre, de producto-productor del espacio. Éste (el espacio) no puede entenderse como vacío, desprovisto de sentido: tiene una relación histórica, social y cultural; es decir, es un producto complejo concebido por múltiples interacciones, relaciones y concesiones, e inmerso en multiplicidad de dinámicas (Baringo Ezquerro, 2013).

Por ende, no es una tautología entender al espacio social como parte de la *pregnancia social*. Lo importante es conocer los “...cuáles, cómo y por qué...” (Lefebvre, 2013, p. 86) de las relaciones sociales que han (y se han) tejido entre sus lindes, porque las sociedades producen sus espacios ideales o *apropiados* (Ibíd., p. 90), con sus modos de producción particulares dentro de sus procesos históricos, configurando espacios con sus prácticas y relaciones, y con sus tiempos específicos (Ibíd., p. 91). De esta manera, la Grecia Antigua produjo el *ágora*, con su lógica espacial-temporal, como el lugar para que ciertos ciudadanos desarrollaran sus asambleas, reuniones y discusiones, y conciliaran sus ideas, repercutiendo en las formas de relacionarse, producir conocimientos, imaginarios, y, en definitiva, repercutiendo en sus dinámicas sociales.

El germen del espacio social lo encontramos, en su etapa embrionaria, en esos lugares *apropiados* donde se dan las *relaciones sociales de reproducción* (las asociativas entre los sexos, las edades y la organización familiar) y *las relaciones de producción* (la organización del trabajo, sus divisiones y jerarquías sociales) (Lefebvre, 2013, p. 91). Ambas, reproducción y producción, son las amalgamas de las relaciones sociales, las cuales repercuten y se sostienen entre ellas, y que, con el capitalismo y sus representaciones simbólicas, se solidifican y ramifican, para coexistir y cohesionarse (Ibíd., p. 92).

De esta manera, el espacio social contiene esa efervescencia de las relaciones producidas y reproducidas, anexadas y antagónicas en sus codificaciones, suprimidas, matizadas y trasgredidas, cuyas representaciones simbólicas se encuentran en lugares asignados y/o apropiados (Ibíd., p. 92). También, no podemos olvidar las relaciones de poder, cognoscibles y subrepticias, como difuminadas y fluidas, efectuándose en el espacio con sus representaciones en “...edificios, monumentos, obras de arte, etc.” (Ibíd., p. 92).

Por lo tanto, la producción del espacio social es lo que la especie humana hace de la misma, traduciendo sus formas de relacionarse y excluirse, para llenar o vaciar de sentido, a través del tiempo, los territorios.

El espacio social producido se distingue en una perpetua dialéctica, donde el espacio físico, social y mental son unitarios; indisolubles (Baringo Ezquerro, 2013). Así, esa triplicidad (triplicité) del espacio social, forma una “teoría unitaria” en el cual confluyen tres campos habitualmente escindidos: “...el espacio físico (la naturaleza), el espacio mental (las lógicas y las abstracciones formales) así como el espacio social (el espacio de interacción humana)” (Ibíd., p. 123).

Así, ese entrecruzamiento de relaciones produce una tríada conceptual articulada de la siguiente manera:

- A) La *práctica espacial*: une las relaciones de reproducción y producción en los lugares apropiados y asociados con los grupos sociales, para mantener la continuidad y cuya relación con el espacio social y su cohesión, requiere de cierta *competencia* (Lefebvre, 2013, p. 92).
- B) Las *representaciones en el espacio*: está vinculado a las relaciones de producción, al *orden* que *imponen* y subyace a éste, y, por ende, a los “... conocimientos, signos, códigos y relaciones «frontales» (Ibíd., p. 92).
- C) Los *espacios de representación*: “...que expresan (con o sin codificación) simbolismos complejos ligados al lado clandestino y subterráneo de la vida social, pero también al arte (que eventualmente podría definirse no como código del espacio, sino como código de los espacios de representación)” (Ibíd., p. 92).

Para nuestra investigación es de suma importancia fundir dicha tríada (sin caer en el error simplista de realizar un análisis puntual de los espacios y sus correlaciones), para vislumbrar cómo los usuarios del bulevar “Paseo La Marina” ocupan los espacios, quiénes son, y a su vez, cuáles son esos códigos y símbolos que intervienen, recrean y se transforman en dicho espacio, al considerar que “Desde la perspectiva del conocimiento, el espacio social funciona —junto a su concepto— como instrumento de análisis de la sociedad” (Lefebvre, 2013, p. 93).

Ese devenir produce complejas relaciones y contradicciones en las prácticas espaciales, en las representaciones simbólicas del espacio y en el imaginario social generado (Baringo Ezquerro, 2013). Así, esos procesos históricos generan las interrelaciones con la dialéctica, que a su vez tienen sus correspondientes tipos de espacio: el espacio concebido (*conçu*), el espacio vivido (*véçu*) y el espacio percibido (*perçu*) (Ibíd., p. 124).

Con estas dinámicas espaciales, dicha dialéctica se entiende así:

- Representaciones del espacio (*représentations de l'espace*). Es el espacio concebido (*l'espace conçu*) y representado por los especialistas: Urbanistas, arquitectos, ingenieros, sociólogos, geógrafos, etc., “... es el espacio dominante en las sociedades y está directamente ligado con las relaciones de producción existentes en una sociedad y al orden en el que estas relaciones se imponen (Baringo Ezquerro, 2013, p. 124).
- Espacio de representación (*espaces de représentation*). Es el espacio del “debería ser”, el plenamente vivido (*l'espace vécu*). Este espacio es el directamente experimentado por sus habitantes a través de sus símbolos e imágenes:

Es un espacio que supera el espacio físico, ya que la gente hace un uso simbólico de los objetos que lo componen. Este es también un espacio evasivo ya que la imaginación humana busca cambiarlo y apropiarlo. El espacio de representación

es un espacio dominado y experimentado de forma pasiva por la gente siendo ‘objeto de deseo’ por parte de los ya mentados ‘especialistas’ que intentan codificarlo, racionalizarlo y, finalmente, tratar de usurparlo (Baringo Ezquerria, 2013, p. 124).

- Prácticas espaciales (*pratique spatiale*). Éste es el espacio percibido (*perçu*), el cual:
...integra las relaciones sociales de producción y reproducción, en especial la división del trabajo, la interacción entre gente de diferentes grupos de edad y género, la procreación biológica de la familia y la provisión de la futura fuerza de trabajo [...] Este es para Lefebvre el principal secreto del espacio de cada sociedad y está directamente relacionado con la percepción que la gente tiene de él con respecto a su uso cotidiano: sus rutas de paseo, los lugares de encuentro... (Ibíd., p. 124).

También, para nuestra investigación es de sumo interés hacer un puente entre el espacio concebido, el espacio vivido y el espacio percibido, dado que si hay desidia en un espacio público, en nuestro caso el bulevar “Paseo La Marina”, podría haber una aparente ruptura de ese espacio “concebido” por expertos, configurando *per se* (¿?) las experiencias y prácticas de sus usuarios, los niveles de apropiación y la identidad con el mismo, así como la percepción que construyen del espacio y su capacidad para crear una multiplicidad de imaginarios. Es decir, si el citado bulevar es preso del deterioro y la desidia, cambiará la forma de ser leído, interpretado y apropiado, y nos preguntamos: ¿Ya el bulevar “¿Paseo La Marina” no sería ese “objeto de deseo” latente, vivo, seduciendo a sus usuarios y visitantes, haciendo de conector entre ellos y su entorno, sino tal vez, en un sitio de paso?

II. 1.2. La ciudad como espacio público

Si creemos que la ciudad es una especie de enjambre universal de la vida social, esa invención (y conjunción) de lo humano, donde se posibilita el encuentro y el intercambio eficaz entre los individuos (Signorelli, 1999); o en cambio, la podemos dilucidar como laboratorio de ideas y prácticas civilizatorias, fungiendo como una especie “...de refugio y taller del hombre moderno [...] el centro de iniciación y control de la vida económica, política y cultural” (Wirth, 1962, p. 1), y entender a las ciudades como *superestructuras* (Braudel, 1993), entonces tomaríamos solo gotas entre un mar de acepciones e interpretaciones de la ciudad.

La *polis* se encuentra en un *ámbito geográfico* determinado, cuyos vínculos son parte de las invenciones y artificios humanos: artes, leyes, formas de vida común, etc. (Platón, 1981, p. 10). Así, la ciudad se funda como una casa “común” en un determinado espacio, donde se despliegan relaciones y se dividen los trabajos para proveer, en primera instancia, de los elementos necesarios para “...existir y vivir” (Platón, 1981, p. 151).

La ciudad trasciende ese *ámbito geográfico* para crecer en capas aunadas por el hombre, su trabajo e invención. Por lo tanto, la ciudad se reviste de obras, instituciones y leyes jurídico-morales para convertirla en *sapiente, valerosa, temperante y justa* (Ibíd., p. 56). Sin embargo, estos elementos y virtudes para hacer a la ciudad *justa*, deben resguardarse de los vicios y envilecimientos que se ocultan en la ciudad, como la riqueza y pobreza, porque “... aquella produce molicie, pereza y novelería; mas ésta, además de novelería, vileza y malfechoría” (Ibíd., p. 218).

Por esta razón, para llegar a que la ciudad sea *íntegra* se debe cuidar de que no sea muy chica o muy grande, “...sino suficiente y una” (Ibíd., p. 219) agrupando lo mejor de lo humano para su

protección. Esto es parte de las utopías que crea la especie humana a través del tiempo buscando ese territorio idóneo, donde la huella humana quede impregnada junto (o superada) al de la naturaleza.

Desde la *polis* griega hasta la contemporaneidad, la ciudad se ha constituido como el lugar de conflicto, de relaciones y antagonismos aunados por la división del trabajo. Esto ha hecho que la ciudad sea donde se manifieste la colectividad, y, por ende, la política (Marx y Engels, 2007).

Bajo la óptica del materialismo histórico, la ciudad vive en una perenne disyuntiva y contradicción con el campo, por enhebrar y ser la traducción directa de la división del trabajo industrial y comercial (ciudad), del trabajo agrícola (campo) (Marx y Engels, 2007, p. 29), cuya relación (y separación) solo puede darse con la propiedad privada (Ibíd., p. 70).

Estos antagonismos surgidos con las relaciones sociales, son las prolongaciones de la *guerra* como elemento constitutivo de las sociedades y de todas las cosas (Heráclito en Marías, 1954). Al ser la ciudad ese territorio donde los hombres pactan, negocian e imponen condiciones, lejos de ser ese establecimiento germinado por la paz y armonía, la misma se funda por las confrontaciones (dominaciones, controles y divisiones), que a través del tiempo ha dejado ese aspecto nuclear netamente bélico para presentarse de manera diluida en otros espacios (el Estado y sus instituciones) (Foucault, 2002).

Por otra parte, desde la sociología la ciudad es definida como “...un establecimiento relativamente grande, denso y permanentemente de individuos socialmente heterogéneos” (Wirth, 1962, p. 4). Esta visión de la ciudad como un gran asentamiento humano, con una población base entre 2.000 y 2.500 habitantes, donde se hace un uso del suelo “localizado” para

el comercio, la industria y otros servicios, nos permite comprender la importancia del espacio, el control de los mismos y del valor en sí mismo que poseen y se le otorgan (Davis, 1976).

A su vez, ese laboratorio humano concibe diversas labores especializadas, separándolos del trabajo agrícola, el cual constituye y jerarquiza clases sociales con una élite cultural. Las mejoras económicas, el incremento de las fuerzas de producción social, y una mayor aplicabilidad, intercambio y propagación de métodos científicos, abonaron el cambio social (Childe, 1954). Y con base en estos criterios, la escritura y sus sistemas desarrollados paulatinamente en el tiempo, pudieron distinguir a lo urbano de otros asentamientos, debido a la transformación social que devenga, creando complejos sistemas científicos (Davis, 1976), y haciendo que la ciudad tenga como papel histórico la “...aceleración de procesos (el cambio y el mercado, la acumulación de conocimientos y capitales, la concentración de estos capitales) y lugar de revoluciones” (Lefebvre, 1978, p. 76).

Un ejemplo de la importancia de la escritura como parte del germen del cambio social en la ciudad, lo tomamos del reino de Elam y Sumeria, los primeros asentamientos urbanos en la región de Mesopotamia. Tepe Yahyà fue un emplazamiento ocupado por distintos asentamientos, y que el primero data de 6.500 años, aproximadamente. En esta región del sudeste de Irán, fueron encontrados tabletas de arcilla grabadas, con un tipo de escritura conocida como protoelamita, fechadas en el año 3.560 antes de Jesucristo (Lamberg-Karlovsky, CC., y Lamberg-Karlovsky, Martha, 1971, p. 28), siendo las formas de escritura conocidas más antiguas surgidas en Mesopotamia y en el mundo (Ibíd., p. 28).

Por otro lado, saltando algunos siglos, una somera aproximación a la historia de las ciudades europeas y asiáticas, entendiendo sus lógicas temporales y desarrollos, nos indica que:

... hubo, en efecto, la ciudad oriental (vinculada al modo de producción asiático), la ciudad antigua (griega y romana, vinculada a la posesión de esclavos), y más tarde la ciudad medieval (en una situación compleja: insertada en relaciones feudales, pero en lucha contra el feudalismo de la tierra). La ciudad oriental y la antigua fueron esencialmente políticas; la ciudad medieval, sin perder el carácter político, fue principalmente comercial, artesana, bancaria. Supo integrar a los mercaderes, hasta entonces casi nómadas, y relegados del seno de la ciudad (Lefebvre, 1978, pp. 17-18).

Con el “nicho” de los mercaderes en la ciudad y del excedente de la agricultura, las ciudades acumulan riquezas: “objetos, tesoros, capitales virtuales” (Ibíd., p. 18) para resaltar el poderío y exclusividad de las mismas. Así, las ciudades se convierten en los centros de vida social y política:

... donde se acumulan no sólo riquezas, sino conocimientos, técnicas y obras (obras de arte, monumentos). Este tipo de ciudad es en sí misma *obra* y esta característica contrasta con la orientación irreversible al dinero, al comercio, al cambio, a los *productos*. El uso de la ciudad, es decir, de las calles y plazas, los edificios y monumentos, es la fiesta (que consume de modo improductivo riquezas enormes, objetos y dinero, si otra ventaja que la del placer y el prestigio) (Ibíd., p. 18).

En el caso de la colonización de América, para la fundación de una ciudad se requería: “...ajustarse al plan urbanístico previsto en las *Leyes de Indias* de 1513, ampliadas luego con las *Ordenanzas descubrimientos, nueva población y pacificación* de 1573” (AAVV, 1997, p. 670), donde en la misma, además de tener una estructura jurídico administrativa, para el siglo XVI, “... debía estar debidamente autorizado por el Rey, o por el virrey o como en el caso de Venezuela, por los gobernadores” (Ibíd., p. 670).

Dicha planificación y estructuración debía ajustarse a los lineamientos, cálculos y modelos de las ciudades españolas, con sus variantes nacionales en el caso de Venezuela y demás países hispánicos:

La planta urbana debía ser en cuadrícula, con la plaza mayor en el centro, que tendría una vez y media más de longitud que de ancho, para las fiestas de a caballo [...] Alrededor de ellas estarían la iglesia y las casas de gobierno, y no viviendas particulares. En las ciudades construidas a la orilla del mar, la plaza mayor debía ser también desembarcadero. Las ciudades habían de estar situadas cerca de corrientes de agua dulce, y previendo situaciones defensivas y de expansión, que no deformaran la planta original (Ibíd., p. 671).

En efecto, este punto nos parece pertinente para vincular la producción de la ciudad como esa gran obra y laboratorio de control del ser humano. Así los trazados y cálculos sobre sus espacios son estrategias para la vigilancia: “El trazado en damero, la cuadrícula tradicional de la ciudad, construida bajo las ordenanzas de Felipe II, permite un mayor control territorial de los habitantes y las autoridades” (Briceño-León, 2016, p. 28).

Ya en tiempos más recientes, ciertamente las ciudades han sido empujadas, mutadas, modificadas por las dinámicas de producción capitalista. Es por ello que la industrialización, distintivo de la ciudad moderna y contemporánea, “... es el punto de partida de la reflexión sobre nuestra época” (Lefebvre, 1978, p. 27).

Por esta razón, abordar un estudio sobre la ciudad es abrir un abanico complejo de relaciones sociales, de símbolos, producto de la historia y de la cultura. Es hilvanar el desarrollo de las ideas que edificaron a la ciudad, “obra” de los procesos históricos y de los modos de producción.

Comprendiendo que el espacio social es una producción histórica, inmersa en los modos de producción de una determinada sociedad, la cual está interrelacionada por las relaciones entre los individuos y la forma en cómo conciben y articulan sus espacios y territorios, relacionamos que el espacio está también ligado con los cambios de la ciudad, los cuales no son pasivos ni inocentes (Nuño, 1995). Estos cambios dependen de las “relaciones de inmediatez” de los grupos que la componen; así, la ciudad se halla entre:

... lo que se llama el *orden próximo* (relaciones de individuos en grupos más o menos extensos, más o menos organizados y estructurados, relaciones de estos grupos entre sí) y *orden lejano*, el de la sociedad, regulado por grandes y poderosas instituciones (Iglesia, Estado), por un código jurídico formalizado o no, por una «cultura» y por conjuntos simplificativos (Lefebvre, 1978, p. 64).

Por lo tanto, la ciudad se erige como ese objeto que ocupa un determinado espacio-tiempo, ordenado e institucionalizado, que es modelado por grupos de acuerdo a sus exigencias e ideologías (Lefebvre, 1978).

Esto nos lleva a analizar los tiempos de la ciudad, de los cuales podemos distinguir dos: el tiempo largo y el tiempo corto. El tiempo largo es el que se refiere a la tradición, la religión, la lengua, las costumbres, las expresiones artísticas (Aparecida, 1994), mientras que el tiempo corto, lo comprendemos por el del “... desafío de lo cotidiano, de la supervivencia, de la violencia, de la carencia, de la miseria, de la periferia, de la verticalización” (Ibíd., p. 46).

De este modo el espacio vivido (*l'espace vécu*), abre una interesante apreciación sobre el tiempo en la ciudad, el tiempo del lugar, su dinamismo y la percepción del tiempo corto, el de la cotidianeidad:

En él (espacio), el tiempo es recorrido en los diferentes ritmos del individuo y de las relaciones sociales. En las ciudades hay espacios vividos en tiempos distintos —el

espacio del trabajo, el de la habitación— los diferentes espacios y tiempos de los diferentes agentes y sujetos sociales (Aparecida, 1994, p. 47).

Consecuentemente la ciudad es ese espacio del encuentro; el lugar común donde confluyen diversos grupos, culturas y lenguas; donde se amalgaman esos tiempos largos, con sus tradiciones y manifestaciones artísticas, como a su vez se presenta la efervescencia del tiempo corto, en la inmediatez, carencias y convulsión del presente. De este modo, la ciudad es ese objeto en construcción perenne, donde se racionaliza el espacio y se instaura un *logos* (Silva, 2006).

Y esas lógicas instauradas, asimiladas y trastocadas históricamente, se presentan en las prácticas espaciales que se hacen en las ciudades: lo que sucede en las calles, en los espacios públicos; los usos y apropiaciones en esos contextos estructurados y planificados, como también las significaciones temporales que permite o niega, auspicia o censura.

La ciudad también es ensoñación; no se puede desvincular de la creación utópica de ese ámbito moderno y civilizador por excelencia, con sus ideas de igualdad y progreso, y donde la confluencia humana, con sus creaciones y diversidad, nos hace creer en la eterna posibilidad de lo imposible, siendo un palimpsesto perpetuo y productor de imaginarios traducidos en signos y símbolos (Ontiveros, 1999). En consecuencia, la ciudad misma nos permite leer sus formas, sueños y pesadillas, cuyas lecturas son posibles entre sus propios contextos (Lefebvre, 1978).

La idea de la ciudad como espacio público nos permite comprender la interrelación de la tríada conceptual (ciudad, espacio público, ciudadanía) por muy reiterativas que parezcan y por muy diversas que sean sus acepciones dentro de las ciencias sociales y disciplinas humanísticas. Así, nos hace comprender que:

La ciudad es ante todo un espacio público, un lugar abierto y significativo en el que confluyen todo tipo de flujos. Y la ciudadanía es, históricamente, el estatuto de la persona que habita la ciudad, una creación humana para que en ella vivan seres libres e iguales (Borja, 2003, p. 21).

Esta dialéctica entre conceptos nos sirve para analizar las dimensiones del individuo en las ciudades y los valores que lo vinculan a la libertad, protección, desarrollo y expresión, y cómo estas nociones tienen sus lógicas temporales y matices históricos. A su vez, nos permite dilucidar que:

...la ciudad funcione realmente como espacio público, en un sentido físico (centralidades, movilidad y accesibilidad socializada, zonas social y funcionalmente diversificadas, lugares con atributos o significantes) y en un sentido político y cultural (expresión y representación colectiva, identidad, cohesión social e integración ciudadana (Borja, 2003, p. 22).

La ciudad funge, ante todo, como una proyección de lo humano. Es un cúmulo de ideas de futuro, muchas veces contradictorias, incluyentes y/o excluyentes, pero que inciden en el reforzamiento (y, lamentablemente, debilitamiento) de los vínculos entre los humanos: la comunicación, el comercio, la libertad, identidad, etc. Por lo tanto, "...la ciudad será tanto más incluyente cuanto más significativa" (Borja, 2003, p. 28).

La importancia de vincular a la ciudad a través de la producción de sus espacios públicos (más allá de permitirnos apreciar como un gran cuadro, las formas de aprovechar el territorio, segmentarlo por clases, y entender la movilidad social), es para apreciar las formas de acercamiento y contrariedad de los ciudadanos a través del tiempo; la eficacia de sus redes y hasta los nudos que posee, así como los grados de asociación de sus ciudadanos entre sí en ese

“...ámbito físico de la expresión colectiva y de la diversidad social y cultural” (Borja y Muxí, 2003, p. 16).

Una ciudad *viva*, es la actuada e interpretada en sus calles, en sus espacios estructurados y/o lugares improvisados para la comunicación y el encuentro. Pero, no podemos escapar de la ciudad *amputada*, excluida y maltratada por gobernantes y ciudadanos, haciendo de los espacios vacíos (no de sentido), además de convertirlos en reductos de los encuentros, imaginarios y movilidades.

Las ciudades contemporáneas poseen una dialéctica que, en su afán de “desarrollo”, paradójicamente, la alejan y niegan, presentándose en: disolución, fragmentación y privatización (Borja y Muxí, 2003, p. 30). La disolución se debe al crecimiento desigual de las ciudades y su escisión del centro; la fragmentación es ocasionada por las derivas funcionalistas de los expertos, los quiebres en su “continuidad”, deshilachando y cortando a las ciudades bajo el imperio de las vías y carreteras; y la privatización como el ultimátum: sumir a los habitantes a las lógicas de separación de las ciudades por clases sociales, la domesticación del espacio y la naturalización de sus segmentaciones, “... y la sustitución de las calles, plazas y los mercados por centros comerciales” (Ibíd., p. 31), acelerando y acrecentando las desigualdades y exclusiones sociales.

Porque, no podemos negar que la ciudad también posee su cara “b”, producto de las contradicciones económicas y políticas, así como las fricciones, exclusiones y marginaciones sociales. En consecuencia, la contaminación, los desechos, la “improvisación” y las intervenciones clandestinas (como los grafitis no auspiciadas por gobernaciones y alcaldías), también son productos de la ciudad. Estas prácticas alimentan los espacios, haciéndolos sórdidos y caóticos, añadiendo formas alternas a la planificación burocrática de la ciudad y ejerciendo un

control ajeno al oficial, lejos de los espacios impolutos comerciales para los turistas. Y quienes no puedan entender y asimilar que la ciudad es caos, esa gran obra humana no es para ellos (Hall, en Viviesca, 2004).

En conclusión, la concepción de la ciudad con su compleja relación “implosión-explosión”, sus alteraciones históricas acontecidas por las dinámicas de producción y las revoluciones tecnológicas, como también las segmentaciones sociales por clases, etnias, grupos religiosos, etc., que hasta llegar a los albores de la contemporaneidad ha enhebrado un “tejido urbano” que podemos deshilar como “... la armazón de una «manera de vivir» más o menos intensa o desagradada: la sociedad urbana” (Lefebvre, 1978, p. 26).

II. 1.3. Lo urbano

Dentro de ese mosaico que es la ciudad (Delgado, 1999a) con sus edificaciones e instituciones, lo urbano aparece como la etapa (inconclusa) que la caracteriza por ser esa “... proliferación de urdimbres relacionales deslocalizadas y precarias” (Ibíd., p. 23).

Esa precariedad que caracteriza a lo urbano, en perpetua transformación, líquida, mutable, la cual se va renovando constantemente, ensanchándose dentro de la ciudad y en sus periferias, configurándose como lugares para “descentrar” la ciudad, mermando la capacidad creadora de sus habitantes, y, por ende, disminuyendo la “... conciencia social, poco a poco va cesando de tomar como punto de referencia la producción, para centrarse alrededor de la cotidianidad, del consumo” (Lefebvre, 1978, p. 33).

La que marca completamente la identidad de los espacios urbanizados y lo separa de la ciudad, es la capacidad de centralidad de esta última, siendo exigua o nula en la primera: “El territorio articulado exige ciudades, lugares con capacidad de ser centralidades integradoras y polivalentes y constituidos por tejidos urbanos heterogéneos social y funcionalmente” (Borja y Muxí, 2003, p. 57).

Esta disolución de la ciudad y ensanchamiento de las periferias urbanas, como la profundización de la brecha entre la ciudad capital y otras ciudades, lo podemos rastrear en el proceso de aceleración urbanística en Venezuela, que, a lo largo del siglo XX, devino en un desproporcionado y disparate ordenamiento del espacio, creando problemas de *hábitat*, desequilibrando el medioambiente y violentando sus áreas protegidas. Estas desigualdades crean impacto en “... el desarrollo del comportamiento ético, expresado en la capacidad de actuar como ciudadanos y no como simples ocupantes, y el sentido estético del espacio, expresado en

intervenciones y desarrollo no atentatorios contra la sensibilidad y la dignidad del ciudadano” (Rangel Mora, 2002, p. 11).

La urbanización en América Latina ha tenido dos pautas normativas: la formal y la informal:

El casco tradicional y las nuevas zonas planificadas han tenido como orientación y pauta unas normas de ocupación del territorio y de construcción distintas de las que han tenido las zonas de urbanización informal que, por lo regular, fueron construidas contra o al margen de la legislación vigente (Briceño-León, 2016, p. 30).

Es por ello, que es interesante conectar la definición de la ciudad como “obra”, mientras que lo urbano es esa urdimbre precaria que se forma como nudos exigüos dentro y fuera de la ciudad, sin límites precisos, para insertar (el cual profundizaremos más adelante) el concepto de “hábitat” como derecho a “... participar en una vida social, en una comunidad, pueblo o ciudad” (Lefebvre, 1978, p. 32), adquiriendo otra dimensión con el “éxodo rural” y la implosión demográfica. Con esto comprendemos que:

... las iniciativas de los organismos públicos y semipúblicos no han sido guiadas por una concepción urbanística, sino simplemente por el propósito de proporcionar el mayor número posible de alojamientos lo más rápidamente posible y al menor costo. Los nuevos conjuntos autosuficientes estarán marcados por su carácter funcional y abstracto (Ibíd., p. 35).

Los urbanitas, como “practicantes de lo urbano” (Delgado Ruiz, 1999a, p. 13), se desplazan en espacios vacíos, que escasamente pueden cumplir con lo meramente funcional, con sus sentidos mutables, en constante transformación, asentándose en los resquicios de la memoria o consumiéndose en la prontitud del olvido, mientras se encuentran y escabullen de esos “otros”, en la constante teatralidad que requiera el instante, con la máscara y puesta en escena para

determinadas *situaciones*. Esto nos hace comprender los niveles de asociación de los individuos y los elementos que los componen, reflejándose en sus espacios como si fuesen extensiones de ellos mismos. Si esos espacios urbanos amputados, fragmentados en su conectividad, no son soñados (ni permiten el ensueño), no pasan a ser memorables (De Certeau, 2000, p. 121).

Esas problemáticas dejan sus huellas en los espacios urbanos, donde la conquista de la libertad se ve entorpecida por espacios públicos precarios, pasando a ser espacios del miedo, evidenciando las injusticias sociales (Borja y Muxí, 2003). Sin embargo, a pesar de la agorafobia urbana, como una enfermedad que disminuye, degrada y desintegra la capacidad integradora de los espacios públicos (Ibíd., p. 41), estos espacios urbanos precarios continúan siendo intervenidos y usados por sus actores: los individuos les dan sentidos a partir de sus propias experiencias, deseos, necesidades y ensoñaciones.

Nos interesa hacer un puente en nuestra investigación sobre el bulevar “Paseo La Marina”, entre la idea de ciudad como espacio público, lugar común para el disfrute, la ensoñación y el encuentro de los ciudadanos, como también para la confrontación, el caos y el ejercicio político, y cómo los especialistas configuran e idean los espacios públicos urbanos, los cuales pueden estar separados de las necesidades de las personas y ser meros receptáculos para la experiencia del vivir. De este modo, queremos aproximarnos a las hendiduras entre la conectividad entre el espacio público y los usuarios, además del quiebre entre la idea de la ciudad y ciudadanía, para aproximarnos a la comprensión de su desidia y abandono físico. Para ello, nos enfocaremos en las caracterizaciones que han hecho diversos autores sobre el espacio público, y profundizaremos sobre la idea de la ciudad como espacio público, cuyos enfoques nos acercan o alejan de lo inclusivo de las ciudades contemporáneas.

II. 1.4. Definiciones del espacio público

Teniendo en cuenta la concepción intrínseca de ciudad-espacio público, creemos que hacer un estudio sobre el espacio público es de una u otra forma hacer un diagnóstico sobre la ciudad; sobre la calidad de vida de su gente; sobre la comunicación entre las personas, entre otros aspectos. Es percibir la salud física de la ciudad; su estado, de lo interno (políticas públicas, gestiones) que se refleja en lo externo (obras, mantenimiento). Así, el espacio público se nos presenta como "... la esencia misma de lo social, es la oportunidad física y ambiental para que se dé lo social" (Montealegre Murcia, 2000, p. 9).

El espacio público parece el suelo fértil para atender las "cosas" cotidianas; las que pasan ante nuestros ojos como datos mundanos. Ese flujo urbano se puede dar en una charla, en una forma de abordar, en el caminar de un *flâneur*, etc. Es por ello, que se busca "captar" la riqueza de las prácticas de los *ciudadinos* y *urbanitas* y las articulaciones que en sus espacios se realizan. Pero, para estudiar ese presente, nos debemos preguntar como Bloch, ¿qué es el presente? Cuya respuesta, en su latente peligrosidad, nos dice: "Es lo infinito de la duración, un punto minúsculo que sin cesar se esquivo; un instante que muere tan pronto como nace" (Bloch, 1996, pp. 147-148).

Esa fugacidad que se nos escapa, deja sus marcas en los espacios públicos. Los mismos adquieren el sentido que sus habitantes le confieren: la sociedad configura sus espacios. Es decir, esa especificidad colectiva representada en obras, monumentos, etc., los marcos referenciales de una sociedad o grupo, pueden adquirir otros sentidos y significados en los espacios públicos.

Dicha estructuración espacial, donde los habitantes se vinculan y referencian mediante una configuración histórica de los lugares, pasa a ser nuestro marco teórico: la sociedad en sí misma.

Y para atender a esa “situación particular” (Hannerz, 1986), el espacio público es el lugar idóneo para entender ese “... tránsito de significados” (Ibíd., p. 21).

Para comprender la importancia del espacio público, es relevante su función para producir ciudad y viceversa. Como también para generar integración social y construir el respeto al otro (Carrión, 2008). En los espacios urbanos, todos somos “otro”. La construcción de alteridad parte en la visibilidad de los *comunes* que comparten un espacio dentro de la ciudad. De esto modo, el espacio público nos hace visibles, cercanos, y a su vez, refuerza la individualidad de cada persona.

Lo “público” lo entendemos como lo que se hace común, percibido u oído, y canalizado en su inmediata realidad por el individuo, para tener una experiencia del mundo: “La presencia de otros que ven lo que vemos y oyen lo que oímos nos asegura de la realidad del mundo y de nosotros mismos” (Arendt, 2003, p. 60). Pero, lo meramente público tiene sus límites; el dolor, y la experiencia del sufrimiento humano, es tan íntima e intransferible, que es un asunto que se vive en lo privado (Ibíd., p. 60). A esto podemos agregarle los desperdicios humanos, y la degradación de los espacios sociales, los cuales pueden percibirse como los desmanes y rompimientos de lo que es estrictamente privado. Así, lo que se puede mostrar en lo público, debe ser tolerado por el ojo y el oído; si no, es una transposición de lo privado a las inmediaciones comunes, las cuales, como el amor, “... se extingue cuando es mostrado en público” (Ibíd., p. 61).

También lo público en sí mismo está desprovisto de sentido si no se completa ese basamento con lo privado, el cual es “...lo aparentemente opuesto al nosotros [...] Lo público es lo privado

mantenido dentro de los límites requeridos para su propia supervivencia, y lo privado es el interés singular, la utilidad” (Escohotado, 1975, p. 170).

De esta manera, lo público en contraposición a lo privado, es lo realizado por los seres humanos para sus semejantes; el legado del paso por este mundo, buscando el sentido y orden entre el caos perpetuo. Entre las diversas y ricas conceptualizaciones de lo “público”, podemos añadir que es él:

... equivalente culto de *pueblo*, la palabra evoca la cosa pública de los romanos, la república [...] *Público* nos remite siempre a la política: a concepciones de la comunidad como asociación natural o voluntaria, al gobierno, a la legitimidad de las autoridades (Guerra y Lempérière, 1998, p. 7).

Entendiendo la importante significación histórica de lo “público”, y enlazándolo con lo que se nos hace común a todos, definir “espacio público” no se hace del todo difuso (o eso creemos). Para Carrión, el espacio público no posee una sola visión; es un espacio de aprendizaje (Dascal); ámbito de la libertad (Habermas) o lugar de control (Foucault), pero puede definirse como “... un ámbito o escenario de la conflictividad social que puede tener una función u otra, dependiendo de los pesos y contrapesos sociales y políticos” (Carrión, 2008, p. 3).

El espacio público como mecanismo de control social, es visto como un espacio de la “esfera pública” donde la comunidad (burguesía) se enfrenta al Estado (Carrión, 2008). Por su parte, la esfera pública es entendida como el cúmulo de personas que conviven en un determinado lugar, apropiándose de un territorio como su mundo y hacen vida en las extensiones del mismo. Así, el sentido de la esfera pública es la *permanencia* (Arendt, 2003, p. 64). De este modo, el espacio público, lo entendemos, como ese desarrollo y ampliación de dicha mundanidad, el cual “...no se

puede establecerlo para una generación y planearlo sólo para los vivos, sino que debe superar el tiempo vital de los hombres mortales” (Ibíd., p. 64).

Esa cualidad de trascendencia es un *quid* en nuestra investigación. Para Carrión, hay algo más allá de lo físico-espacial (plaza, parque, bulevar) que define al espacio público: “Es más bien, un ámbito contenedor de la conflictividad social, que tiene distintas posiciones, dependiendo de la coyuntura y de la ciudad que se trate” (Carrión, 2008, p. 4).

Sin esa equivalencia y natural continuidad, los que nos hace anclarnos en lo permanente, no podemos dilucidar el peso y relevancia del espacio público como escenario de la democracia, medidor de las pulsaciones políticas, eslabón perenne de la ciudad y “... de su relación con la ciudad y, por otro, de su cualidad histórica porque cambia con el tiempo, así como lo hace su articulación funcional con la ciudad” (Carrión, 2008, p. 5).

En cierta forma, la cualidad de los monumentos, edificios, y espacios públicos, entre otros, se nos ocurre que, dentro de su propia historicidad, es decir, en su concepción y realización con sus marcadas lógicas temporales y propuestas estéticas, la perpetuidad de los mismos requiere de cierto elemento que rompa esa linealidad histórica y la trascienda, porque si percibimos las ruinas, las hendiduras y con ello viene el deterioro, nos acercamos a la creencia de la futilidad de toda empresa humana, de su inminente declive y finalización hasta que “... dejan de observarse con atención y complacencia una vez que forman parte del paisaje diario” (Marías, 2000, p. 172).

La vinculación de la ciudad y espacio público con la democracia, se puede palpar si la ciudad articula el encuentro, estimula el intercambio, si vibra la cultura, se reproduce, encuentra y empapa de otras. Todo esto se puede percibir si la ciudad es *sus* lugares, y no un reducto de

meros flujos, donde pervive el miedo y la desarticulación, creando una agorafobia urbana (Borja, 2000).

Para el urbanismo moderno el espacio público hace alusión “... a un lugar físico (espacio) que tiene una modalidad de gestión o de propiedad (pública)” (Carrión, 2008, p. 4). Para el urbanismo operacional y el sector inmobiliario, entienden el espacio público:

... como lo que queda, como lo residual, como lo marginal después de construir vivienda, comercio o administración. Una especie de punto para vincular (vialidad) a los otros (comercio, administración), de crear lugares para la recreación y el esparcimiento de la población (plazas y parques), de desarrollar ámbitos de intercambio de productos (centros comerciales, ferias) o de adquirir información (centralidad) o de producir hitos simbólicos (monumentos) (Ibíd., p. 4).

La concepción jurídica del concepto de propiedad y apropiación del espacio, nos indica la marcada oposición entre espacio público y espacio privado. “Es decir, un concepto jurídico en que el espacio público es el que no es privado, es de todos y es asumido por el Estado, como representante y garante del interés general, tanto como su propietario y administrador” (Ibíd., p. 4).

De esta manera comprendemos que la noción de espacio público es un concepto, en primera instancia, jurídico (Borja, 2000, p. 12), el cual está regulado por la Administración Pública, cuyas competencias residen en la misma, disponiendo del suelo y de sus utilidades (Ibíd., p. 12). Así, un espacio común, “de todos”, debe tener sus pertinentes regulaciones y ordenanzas, para que pueda “renovarse” dicho orden (y pautas mínimas para la convivencia) para ser asimilado y puesto en práctica entre los ciudadanos.

Mientras, que el punto de vista filosófico:

... señala que los espacios públicos son un conjunto de nodos —aislados o conexos— donde paulatinamente se desvanece la individualidad, y, por tanto, se coarta la libertad. En otras palabras, expresa el tránsito de lo privado a lo público, camino donde el individuo pierde su libertad porque construye una instancia colectiva en la cual se niega y aliena (Carrión, 2008, p. 4).

En un espacio público se cumplen cuatro condiciones: lo simbólico, lo simbiótico, el intercambio y lo cívico (Carrión, 2008). Siguiendo esta teoría, la simbiosis (como esa conexión latente) en donde la población se encuentra, identifica y se manifiesta, creemos, tuvo un fuerte impacto en sus bases, en el caso del estado Vargas, luego de la tragedia de 1999. Muchos de sus espacios han perdido su vigencia dentro del *foco* del encuentro de la población. Pero, ¿pueden encontrarse sus causas?

En el espacio público sus cambios se pueden relacionar con los de la ciudad, y como por épocas, posee una lógica temporal. Ese lugar propicio para el encuentro puede adquirir un nuevo matiz, y hasta perder su sentido de lo perenne, desgarrarse su “inmortalidad terrena” la cual la caracteriza en su esencialidad para desarrollar lo netamente público y político (Arendt, 2003, p. 64). De este modo, al perder las obras ese esencial signo de inmortalidad, nos interrogamos por la futilidad de las cosas. Nos lleva a considerar lo fútil de la existencia, y a su vez, nos lleva a pensar que algo ha fallado en la tarea del ser humano, mortal, en crear cosas que superen lo perecedero para acercarnos y hacernos sentir “grandes”. De esta forma, “... a través de dichas cosas, los mortales encuentren su lugar en un cosmos donde todo es inmortal a excepción de ellos mismos” (Ibíd., p. 31). Así, ese lugar de la heterogeneidad social, se nos hace fundamental para la organización de la vida colectiva (Carrión, 2008).

El espacio público está en constante cambio, articulado con las eventualidades de la ciudad, porque la ciudad cambia cuando “... la sociedad en su conjunto cambia” (Lefebvre, 1978, p. 64).

Al interrogar un espacio público, “leer” su morfología, la desidia y abandono físico, nos podría revelar una fragmentación en la comunidad; esas alteraciones se manifestarían en las relaciones, en los festejos, debates, entre muchas otras cosas que se realizan en el escenario social. A su vez, el deterioro del espacio público crearía otras prácticas en el mismo, por ende, otro tipo de relaciones. También, creemos, que, a mayor pérdida del encuentro en espacios públicos, los espacios privados y semiprivados (con falso acento público), suman usuarios.

Además, como el abandono del espacio público, creemos, es un problema representado por la “ausencia” del encuentro, de la comunicación entre sus usuarios, en la visibilidad y encuentro (o enfrentamiento) con el “otro”, ésta es comprendida como una pérdida para el ejercicio ciudadano y democrático (Borja, 2013).

Si entendemos el “derecho a la ciudad” y a los espacios públicos como dos caras de la misma moneda (Ibíd.), podemos comprender que parte de la crisis del espacio público “... es el resultado de las actuales pautas urbanizadoras, extensivas, difusas, excluyentes y privatizadoras” (Ibíd., p. 3).

La esencia de lo privativo en lo privado es lo no percibido; “... en la ausencia de los demás” (Arendt, 2003, p. 67). Ese peculiar existir sin aparecer, sin ser percibido, con sus sentidos y objetivos particulares, aparentemente desvinculados de los “otros”, se nos presenta como un fenómeno donde se siente y acrecienta la pérdida de protección en un mundo cada vez más caótico y violento.

Este debilitamiento de la esfera pública, la cual, en nuestra era de cualificación administrativa, se ha visto confundida, paradójicamente, por la relación riqueza-propiedad, donde se ha invertido la relación de a mayor riqueza, satisfechas y cubiertas las necesidades de la

vida, mejor desarrollo de la vida pública, configurando un forma de gobierno “... donde lo único que el pueblo tienen en común son sus intereses privados...” (Ibíd., p. 74), cuyas esferas públicas y privadas se han sumergido en “la esfera de lo social” (Ibíd., p. 74).

Dicha fundición de las esferas pública y privada, siendo la primera una función de la segunda y la segunda revitalizada “... porque ha pasado a ser el único interés común que queda” (Arendt, 2003, p. 75), son mediatizados por lo social, cuya relación de riqueza-propiedad se hace cada vez más difusa por la inexorable fluctuación y cambiante valor temporal, como lo es el dinero (Ibíd., p. 75).

Esa atomización de la ciudadanía, rompiendo ese flujo de la vida privada a la pública, la cual se da en los espacios públicos, hace que los usuarios se excluyan en esferas privadas y sean dependientes de dichos espacios. Así, el disfrute se excluye a la lógica del consumo estéril, excluyéndose a una vertiginosa y excesiva predominación de la función comercial. En nuestra sociedad, los espacios privados y privatizadores tienden a ser favorecidos por los gobiernos locales, dejando la responsabilidad de la estructuración de la vida pública a la emergencia de “pseudo-espacios públicos” como supermercados, templos religiosos, y en su mayoría, *malls* (Remedi, en Segovia, 2007, p. 16).

De este modo, las clases pudientes se atrincheran en dichos espacios privados, y la clase media y baja debe seguir el ejemplo o excluirse (cuya exclusión ya es tácita), dejando a la ciudad aún más segmentada entre lo público y privado, el centro y la periferia (Borja, 2013).

Sin embargo, nuestro afán de aproximarnos a dicho fenómeno social, nos impide quedarnos con la idea de la desestructuración del espacio público por el impacto de los espacios privados, aunque esta arista nos puede indicar cierto malestar en lo *público* como *locus* de la identidad de

una población, y un latente quiebre del espacio público, entendido como lugar de tránsito saludable de lo privado (hogar, trabajo, etc.). De este modo:

El espacio público entendido como espacio de uso colectivo es el marco en el que se tejen las solidaridades y donde se manifiestan los conflictos, donde emergen las demandas y las aspiraciones y se contrastan con las políticas públicas y las iniciativas privadas (Borja, 2013, p. 19).

Entonces, si el contraste con las iniciativas privadas son escasas o nulas, anunciando los desajustes de las políticas públicas con la ciudad y sus espacios públicos, nos hace interrogarnos sobre la esencia y el sentido de la ciudad para conectar, acercar e integrar a los individuos con su entorno; reforzar el contrato social de los ciudadanos, afianzar los objetivos particulares y comunes que se tejen y la direccionalidad de los mismos, así como profundizar la identidad de los ciudadanos con su historia y cultura, como también la responsabilidad con la naturaleza que los rodea. Estos elementos están sedimentados bajo la capacidad de disfrute, el juego, las fiestas y manifestaciones religiosas, la conmemoración de fechas patrias o hitos históricos, protestas y demandas sociales, entre otras cosas, representadas en el escenario ciudadano por excelencia: el espacio público.

II. 1.5. Tipología del espacio público: calle/bulevar

Como hemos señalado, ante la compleja conceptualización del espacio y la producción del mismo, la idea del lugar antropológico nos aclara la huella del espacio, territorio, en (y por) el ser humano. Éste se nos presenta “... ante todo algo geométrico” (Augé, 2000, p. 33). La geografía intervenida con propósitos y sentidos culturales, a través de líneas e intersecciones, se nos hacen ámbitos que habitamos y transcurrimos en la cotidianidad: casa, trabajo, mercado, plazas, parques, templos religiosos, etc. Pero, estos lugares tienen su revelado negativo, como una fotografía: los no-lugares. Mientras el lugar es el fluir, la pulsación de identidad, histórica y relacional, “... un espacio que no puede definirse ni como espacio de identidad ni como espacio relacional ni como histórico, definirá un no lugar” (Ibíd., p. 44).

La plaza, la calle, el parque, el frente de agua (Rangel Mora, 2002) son algunas de las tipologías del espacio público, donde confluyen las personas, además de ser espacios ideados, planificados a partir de su geografía específica, en sociedades particulares y con sus propias funciones (Ibíd., p. 26).

Pero, dicha planificación elaborada por expertos y especialistas, serían espacios vacíos, inconexos sin el pleno desarrollo cabal de las funciones para los que fueron trazados, como también, estar escindidos de ser puntos para usos diversos (en lo físico) y para el ensueño. En los lugares, desde la óptica de Augé, el espacio corresponde con la disposición social. Es decir, está plenamente dispuesto para el desarrollo de la existencia, el convivir; para el encuentro (Augé, 2000).

Esos lugares para el encuentro, como la plaza y la calle, en las ciudades europeas, con el impulso del modernismo y la revolución industrial, han visto lastrar sus funciones históricas,

sufriendo vertiginosos cambios (que han sido los mismos de sus ciudades), producto de la implosión demográfica, el traslado de la mano de obra para las fábricas, el ensanchamiento y enriquecimiento de las metrópolis (y el empobrecimiento de otras), y la concepción utópica de las mismas (Rangel Mora, 2002, p. 39).

De este modo, la vigencia de la plaza como lugar de cohesión social, cuya "... función endógena, asociada a un edificio sagrado o identificada con un uso específico, deja de tener alguna función específica o asociada, cuando existe en la ciudad moderna, ahora, si se diseña, es para que sea atractiva y usada por personas, en forma aislada" (Ibíd., p. 40).

Como la plaza, la calle se desarticula como sitio de encuentro y de manifestaciones sociales, de "circulación y acción", debido a:

la desarticulación de los inmuebles con respecto a los trazados de las vías, la jerarquización de éstas según la importancia y naturaleza del tráfico y el establecimiento de un sistema de manzanas organizado y dispuesto para cada función exclusiva, segregando a los usuarios (Ibíd., p. 41).

Esto ha hecho que la calle sea el distintivo de la ciudad moderna (Almandoz, 2000, p. 98). La erosión de la calle, sus aceras, han dinamizado las ciudades, siendo el "... teatro donde la sociedad moderna resuelve la relación entre dominio público y privado" (Ibíd., p. 98).

De esta forma, el púlpito de la calle como lugar polivalente de la ciudad (Ibíd., p. 98), se nos hace el *locus* donde se posibilitan relaciones, encuentros, siendo "... el espacio más urbano de la ciudad" (Ibíd., p. 101).

La calle tiene la particularidad de ser el tronco donde se bifurcan otros lugares y espacios, además de representar el termómetro social (Ontiveros, 2010) para medir los grados de

conectividad de los espacios públicos, donde “... los caminantes son los que transforman en espacio la calle geométricamente definida como lugar por el urbanismo” (Augé, 2000, p. 45).

También la calle, al igual que la plaza, es “...el elemento conector abierto, que, con la arquitectura del momento, permitió completar el rol socio cultural del espacio urbano. Posteriormente, la calle adquirió varios roles de la plaza, a partir del ajardinamiento de ésta” (Rangel Mora, 2002, p. 24).

Entonces, si queremos aproximarnos a una definición de la calle, la podemos enmarcar como:

Lugar de carácter fundamental utilitario, al ser el lugar de relación directa entre edificios y con las actividades. Es a su vez, el medio para que se desarrolle la vida comunitaria dentro de la ciudad y el espacio físico para el contacto con otras comunidades, con el espacio rural y con otras ciudades (Rangel Mora, 2002, p. 26).

Entre las categorías que se apertura de la calle, tomamos el tipo “peatonal”, el cual se nos presenta como: “Paseos o sendas planificadas que conectan entre destinos y permiten movilizarse a pie por parte de la ciudad” (Rangel Mora, 2002, p. 29).

Entre esos espacios definibles y definidos por los seres humanos, modificados, ampliados o cercenados, se encuentra el bulevar, el cual es parte de la calle y está enmarcado en lo “peatonal”. Bulevar o *boulevard* significó “empalizada de tierra y maderos”, y su vocablo deriva de la palabra neerlandesa *bolwerc* (*bol* “madero”; *werc* “trabajo”) (Quijano Ramos, 2011, p. 1).

El bulevar está situado dentro del tipo de *espacio público urbano* que, según la clasificación de Pignatelli, son “... los lugares o los servicios de propiedad pública. Por ejemplo: parques, calles, carreteras, etc.” (Pignatelli en Montealegre Murcia, 2000, p. 28).

De la ciudad amurallada nace la ciudad con calles anchas y rectas, los denominados *grand travaux* del centro de París, impulsados por Napoleón III y el prefecto del departamento del Sena, Georges Haussmann. Dichas grandes obras fueron realizadas entre 1853 y 1870, para continuar desde 1871 hasta 1890 (Quijano, 2011, p. 5). Estos trabajos para embellecer la ciudad, no solo poseían un corte estético, sino de salubridad. A partir de 1832, tras la epidemia de cólera que se repitió en 1848, la necesidad de, como comprueba el prefecto Rambuteau, hacer “...circular el aire y los hombres” era inminente (Ibíd., p. 4).

Para 1850, París albergaba aproximadamente un millón de habitantes (Quijano, 2011, p. 6) y la mayoría de sus habitantes se hacinaban en *slums* o distritos pobres, cuyos espacios fueron “saneados” para dar paso a la construcción de la “capital de las capitales” (Benevolo, 1992, p. 174), donde para ello, según el propio Haussmann dejó constancia en 1851, “Los hombres del desorden no deben esperar indulgencia alguna de mí” (Ibíd., p. 175).

De este modo, con la reestructuración urbana, no se puede dudar de las ventajas económicas que traería los *grand travaux* de Haussmann y el influjo que generaría en otras ciudades europeas y del resto del mundo, que en sus propias palabras: “El principal resultado que pretendía el gobierno del emperador al realizar tales mejoras era orientar a toda la nación por el productivo sendero de la confianza y el trabajo” (Quijano, 2011, p. 7).

También estos grandes cambios físicos en la capital francesa representaron un mayor control sobre los ciudadanos:

Los bulevares y las avenidas diagonales que desarrolló el urbanismo francés con el barón Haussmann para la transformación de París, tenía como propósito el control

social y político pues permitían trasladar tropas hacia zonas urbanas que de otra manera podían ser aisladas con las barricadas (Briceño-León, 2016, p. 28).

De esta manera, París renovaría su centro urbano, se “embellecería”, además de airar y agrandar sus calles, elevar monumentos para el goce estético, dar esa “confianza” producto de la laboriosidad humana, y ser el epicentro lúdico con un eficaz acceso a través de sus bulevares para los cafés (como el Tortoni, en el bulevar de los italianos, o el Café Anglais) hoteles y demás comercios. Así, los burgueses, artistas y curiosos otorgarían un nuevo sentido a los espacios públicos, específicamente, a los bulevares parisinos, donde deambularían los *pschutt*, cuyo argot de los bulevares designaba a los dandis o personas de refinada elegancia (Proust, 2002, p. 86).

En la contemporaneidad la calle (y, por ende, entre sus extensiones, el bulevar) será el escenario privilegiado del paisaje urbano inmerso dentro de la esfera comercial del capitalismo industrial (Imilan, 2006). La sociedad confluye por los espacios físicos creados por especialistas para su tránsito, esparcimiento y consumo, deviniendo una multiplicidad de experiencias, ideas y reacciones acontecidas en la calle. “La calle se constituye en un espacio de conquista política, de ahí la importancia de los boulevares como una forma de toma de control de la calle” (Ibíd., p. 2).

Dicho escenario vislumbrará el multiculturalismo, haciendo de la calle el reflejo de los cambios sociales, económicos y políticos de las ciudades. Y esos flujos incluyentes/excluyentes, otorgarán un paisaje de la diversidad humana, con sus sentidos e intereses, así como mostrarán un mapa de una ciudad que se multiplica en contrastes, ensanchando o empequeñeciendo sus fronteras, depende del ojo que mire.

El papel del bulevar, en el caos de las ciudades, es de abrir la ciudad, poder ser transitada y leída de un lado a otro, transformando la calle “... en un espacio donde se puede observar y a la

vez ser observado” (Imilan, 2006, p. 2). En ese juego de luces y sombras destaca la identidad tanto individual como colectiva, como constructos de gran relevancia para la antropología en general. Es por ello, que nos es pertinente abrir un acápite sobre la identidad y las formas de apropiación del espacio.

II. 2. SOBRE LA IDENTIDAD Y APROPIACIÓN DEL ESPACIO

La identidad es el hueso duro de roer de la antropología y una de sus más profundas obsesiones (Augé, 2003). Al abordar la complejidad de la identidad como tema de estudio, ésta puede ser escindida entre la identidad grupal e individual (Ibíd., p. 117). La identidad individual está fuertemente ligada a la identidad colectiva, siendo ésta un constructo social “... anclada voluntariamente en una historia y una cultura” (Ibíd., p. 118).

La diversidad humana produce alteridades al partir del “extrañamiento” y “descubrimiento” del Yo. A su vez, ese “Yo” no puede existir sin un “Nosotros”, ni desdoblarse sin un “Ellos”:

La construcción de alteridad que funda las identidades de cada sociedad funciona tanto para dentro como hacia fuera, en una dinámica que establece distancias sociales y/o étnicas entre grupos internos y en las relaciones con las sociedades cercanas o lejanas con quienes se tiene contacto (Amodio y Rivas, 2013, p. 70).

Entonces, la identidad supone (y conlleva) una continuidad en el tiempo y el espacio (Giddens, 1995), que viene siendo una especie de *súmmum* complejo de relaciones, como un juego de espejos que exhiben o alejan los reflejos, y que son catalogados de acuerdo a los rasgos que muestre, se construyan y signifiquen. También podemos entender la identidad como “...al conjunto de las *características funcionales que definen la singularidad de un objeto social sincrónico* (en oposición al diacrónico que podemos denominar «sucesos»)” (Levy, 1995, p. 122)

Entonces, estos constructos sociales mediados por la cultura, son localizados y significados en contextos determinados. Así, la identidad del lugar está anclada en dinámicas espaciales, con prescritas producciones y acciones que nos llevan a estructuras y sistemas que pueden ser explicitados de realidades socio-espaciales más amplias. Esas estructuras se manifiestan a través

de “... *actores sociales* (individuos, grupos, empresas, instituciones) cuyas prácticas darían lugar a unas estructuras espaciales fuera de su influencia directa” (Ibíd., p. 122).

Esas prácticas y acciones diarias entran dentro de la dicotomía vivienda/trabajo/espacios de ocio, otorgando una multiplicidad de interrelaciones que pueden sintetizarse. Esa *síntesis societal*, de límites imprecisos, presentes en un determinado sistema social unificado, traduciría “... unos espacios sociales configurados como áreas interrelacionadas” (Ibíd., p. 122) dando una pregnancia de identidades mucho más complejas.

Pero dichas prácticas y acciones tienen un sentido marcado por las representaciones que anteceden y preceden (como una huella geo-socio-histórica), cuyo significante puede ser tanto en un nivel *cognoscitivo*, integradas en “... unos procedimientos de apropiación del mundo” (Ibíd., p. 122), como en un nivel *afectivo* situada en un sistema de valores donde evaluamos lo bueno y lo malo de los espacios en nuestra vida (Ibíd., p. 122).

También debemos aclarar que esas representaciones espaciales están inmersas en temporalidades (ni podemos hablar de ellas *fuera* del tiempo), y cómo puede esto valorar nuestra propia proyección del espacio “...deseado, soñado o simplemente soportable. Y estas ideas (cultura, ideología, deseos) están presentes en cada uno de nuestros actos” (Ibíd., p. 123).

Estas identidades esbozadas y diluidas en los espacios, nos permiten hacer puente para hablar de la apropiación de los mismos. La identidad comienza a construirse con las dinámicas que hace el individuo en el espacio y el “valor” funcional que tenga el mismo, el cual progresivamente será parte de su memoria (Quintero Pérez, 2008). Por esta razón, creemos que, a mayor nexo del individuo con sus espacios, más profunda es su identificación y arraigo con los mismos. Por lo tanto, el espacio urbano es el escenario propicio donde se agrupan micro-territorios apropiados

particularmente por los individuos, y esta densidad puede ser reinterpretada y (re)significada por sus usuarios (Ontiveros, 1999).

La propia noción de apropiación nos indica que “... conlleva una implicación afectiva hacia los objetos o lugares apropiados y supone la proyección del individuo con su entorno (Fischer en Moser, 2014, p. 67). Entonces, al concebir la apropiación como una serie de interrelaciones del individuo con cierto objeto, lugar o ente, la apropiación del espacio puede comprenderse como “... las prácticas y las relaciones afectivas y cognitivas que el sujeto establece con un lugar determinado” (Moser, 2014, p. 67).

La apropiación del espacio presenta una tríada de funciones que la conforman: 1) El componente afectivo. 2) La influencia y manifestación social. 3) La localización y las representaciones espaciales (Moles en Moser, 2014, p. 67). Esto puede entenderse ya que “... la inserción del individuo en el espacio se realiza a través de la producción de signos culturales y de conductas de acondicionamiento (*construir su nido*) que tienen como objetivo ejercer una influencia sobre los lugares en cuestión” (Moser, 2014, p. 67).

Debido a la segmentación de las ciudades y la degradación del espacio público en el entramado urbano, la lectura y percepción del mismo cambiará con sus actuantes. “La apropiación se realiza según el modelo dialéctico: por un lado, la presencia del control y, por el otro, la introducción de la libertad” (Ibíd., p. 67). Los ciudadanos y urbanitas piensan su ciudad, como también hacen mapas de ellas con su corazón, y en especial, con sus pies (Borja y Muxí, 2003). De esta forma, la identidad del individuo con el espacio público urbano está intrínsecamente ligada a sus prácticas en el mismo: a su morfología, cambios anímicos; su malestar. Y dicha contradicción, la del control y la libertad, nos puede hacer leer los grados

coercitivos de las leyes, como también los “aprovechamientos” de esa libertad, ya que los individuos o grupos pueden acondicionar y reestructurar un espacio determinado (Moser, 2014). Así, el propio espacio nos puede indicar las relaciones de los individuos y/o grupos con su entorno, demostrando que la apropiación es “... una proyección de la conducta humana sobre el espacio” (Ibíd., p. 67).

Por otro lado, el arraigo en un determinado espacio nos indica la significación, el punto de anclaje y referencia del mismo, haciendo de extensión del individuo o grupo. El *apego* o arraigamiento del individuo o grupo representa un “... sentimiento de identidad personal que se inscribe en un lugar [...]. Identificarse con un lugar significa que este lugar adquiere una función simbólica de representación de sí y un rol central en el proyecto de la persona” (Ibíd., p. 68). Esa vinculación del individuo o grupo con un determinado espacio, implica un sentimiento afectivo que integra elementos subjetivos constituidos a partir del propio entorno y la cognición del individuo (Ibíd., p. 69), y cuyos elementos positivos (o negativos) afianzan o no ese lazo, como también los comportamientos en dicho espacio.

Un ejemplo de las implicaciones contextuales del espacio y cómo influyen en las prácticas y manifestaciones del individuo o grupo, nos lo explica la teoría de las *ventanas rotas*:

La teoría de las «ventanas rotas» fue creada por los criminólogos James Q. Wilson y George Kelling. Wilson y Kelling afirmaban que la delincuencia es el resultado inevitable del desorden. Si una ventana está rota y no se repara, la gente que pase por delante llegará a la conclusión de que a nadie le importa y que nadie se encarga de ella. Pronto habrá más ventanas rotas y la anarquía se extenderá desde el edificio hasta el extremo de la calle, dando a entender que todo vale. En una ciudad, los problemas

relativamente menores, como los «graffiti», el desorden público y la mendicidad agresiva [...] son el equivalente a las ventanas rotas, invitaciones a delitos más graves (Gladwell en Fullan, 2007, p. 37).

No nos es pertinente vincular la criminalidad con la desidia de un determinado lugar, pero sí nos resulta interesante que la teoría de las *ventanas rotas*, explicita la correlación del espacio y del individuo y cómo puede influir en su conducta y práctica espacial en un contexto determinado. Es sumamente importante resaltar la primacía del contexto sobre las predisposiciones individuales como agente de coacción contundente (Fullan, 2007).

En consecuencia, esos mapas trazados de múltiples subjetividades, pueden ser trastocados si dichos espacios transitados niegan la continuidad de esas narrativas vividas, soñadas. En una ciudad tan cambiante como Caracas, cuyos espacios se alteran y transforman constantemente, los lugares de permanencia, y, por ende, donde se sedimentan las experiencias y se construye la memoria, puede violentar la identidad de los habitantes con su ciudad (Wolf, 1996).

Esa ciudad de espacios líquidos, cambiantes, erosiona la identidad y reconocimiento de los ciudadanos con su entorno, así como las prácticas y huellas que deja en sus lugares:

Vivo en una ciudad nueva, siempre nueva, siempre reciente, pero que sólo puede conocerse a través de una nueva arqueología [...] Caracas es un monumento enterrado una y otra vez [...] Para vivir en esta ciudad no necesitamos de ningún monumento que tenga a bien la gentileza de recordarnos su historia. La historia, la única historia posible, somos nosotros [...] Lo que me parece perturbador es no saber dónde quedo yo en medio de una arquitectura que ni siquiera ha tenido la posibilidad de acompañar a una generación. La arqueología a que me refiero es la arqueología del derrumbe.

Porque, así como hay personas que proclaman con orgullo pertenecer a un pueblo de grandes constructores, me atrevo a exhibir hasta con cierta jactancia, que provengo de un pueblo de grandes ‘derrumbadores’, un pueblo demolicionista que hizo del escombros un emblema (Cabrujas en Seijas, 2014, p. 137-138).

Esa insatisfacción por el entorno y la violencia “irracional” de la producción de los espacios, es una constante en el pensamiento del intelectual nacional: “... si a su fertilidad acompañara la aplicación de sus moradores, y supieran aprovecharse de las conveniencias que ofrece, fuera la más abastecida y rica que tuviera la América” (Oviedo y Baños, en Rodríguez Ortiz, 1989, p. 172).

Entonces, en la abundante literatura venezolana, podemos conseguir una prédica por la transformación del país (Uslar Pietri en Rodríguez Ortiz, 1989), que, desde Bolívar, Rodríguez hasta Bello, inciden en que la historia no ha sido del todo dichosa para sus hombres y mujeres. Esa “vulnerabilidad” lastrada en la formación de una identidad criolla, está anclada en el paradigma metropolitano: “... el criollo ha estado siempre empeñado en volverse inteligible, valiéndose del lenguaje de la ciencia, de la cultura y del arte establecido por las metrópolis” (Carrera Damas, 1988, p. 41).

Ese volverse “inteligible” es desmarcarse de las culturas no europeas (las indígenas y africanas), acentuándose dentro de la articulación en el sistema capitalista mundial que brindó el negocio petrolero, además, de las políticas migratorias europeas a partir de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945) (Ibíd., p. 42). Estas dinámicas, entre otras, expusieron la vulnerabilidad de la formación cultural venezolana produciendo una mediatización de la dialéctica estímulo-desarrollo lento de la creatividad (Ibíd., p. 42). Esa relación de dominación-cautiverio de la

cultura criolla se muestra cada vez más imposibilitada para “... determinar sus objetivos y para establecer sus prioridades” (Ibíd., p. 42).

Dicha visión negativa sobre la historia e identidad, afecta a la visión de la otredad. De este modo, altera la manera en cómo nos relacionamos, construimos y reforzamos relaciones sociales en los espacios públicos, como también en las formas de significar y vincularnos con el entorno (Vidal Moranta y Pol Urrútia, 2005).

Más que hacer un catálogo de defectos y denuestos sobre la “identidad nacional”, nos resulta interesante vincular esas formas en cómo nos plantamos ante el espejo en los espacios públicos, con nuestros miedos y subjetividades sustentadas por las propias vivencias o por los “cuentos de camino”. Debido a que ciertos rasgos y características como la ropa y el color de la piel sirven para diferenciar y marcar positiva o negativamente a ese “otro” (Amodio y Rivas, 2013), los espacios públicos fungen de esos nichos de significación individual y colectiva, donde se expresan, adquieren sentidos y pasan a ser estilos de vida:

El uso y apropiación del espacio urbano está mediado por la frecuencia y disfrute que se hace de él con fines recreativos, deportivos, de ocio y tiempo libre, de desplazamiento o actividades comunitarias en las que intervienen razones de tipo tanto intrapersonales y socioculturales como físico-ambientales (Cardona Rendón, 2008, p. 40).

Para finalizar, la misma ciudad como espacio público tiene sus propias identidades a partir de las prácticas y “huellas” que dejan sus actores sociales. Así, el deterioro, los grafitis, el cúmulo de desperdicios, nos indican el paso imborrable (y que se oculta) del ser humano y posiblemente, ciertos “desajustes” en sus relaciones y formas de habitar. Estos elementos y símbolos efímeros o

persistentes, se contractan a ser evocados con un pasado “ideal”, donde lo percibido “... nos ayuda a recomponer un cuadro del que habíamos olvidado muchas partes” (Halbwachs, 2004, p. 25). Es por ello que nos parece pertinente indagar sobre la memoria: ese magma racional de la historia y del tiempo.

II. 3. LA MEMORIA COMO CONSTRUCCIÓN INDIVIDUAL Y COLECTIVA

Al hablar del tiempo, debemos asumir que éste hace al ser humano y rodea todo lo que él concibe. “Todo” lo que vemos a nuestro alrededor es materia del tiempo: los árboles, montañas, animales, etc. A su vez, el tiempo también se “construye” y “materializa” a partir de la racionalización del mismo: viviendas, edificios, monumentos, ideas, obras etc. Las ruinas son ejemplos perfectos para hablarnos de un tiempo “pasado” que aún resiste y que las reminiscencias de su “magnificencia”, nos alivian en periodos sombríos o de crisis.

Sin embargo, la memoria es algo más que hacer constatable lo pasado, aunque lo ocurrido sea su propia fuente de fertilidad. “La memoria piensa en lo pensado” (Heidegger, 2010, p. 22). A través del mito de “Mnemosine”, se puede tejer lo ausculto de la memoria:

‘Mnemosine’, la hija del cielo y de la tierra, como esposa de Zeus en nueve noches se convierte en madre de las musas. Juego y música, danza y poesía pertenecen al seno de Mnemosine, de la memoria [...] Ahora bien, «memoria», como nombre de la madre de las diosas, no significa un pensamiento cualquiera de cualesquiera cosas pensables. Memoria es la concentración del pensamiento en aquello que por doquier haya podido ser pensado ya [...] Ella abriga en sí y esconde lo que en cada caso ha de pensarse antes en todo aquello que llega a estar presente, en aquello que, siendo, otorga el haber sido (Ibíd., p. 22).

La memoria es una facultad que se fija con sus tiempos y espacios particulares, y que, al estar alimentada de múltiples tiempos, puede clasificarse (como hacemos con algún océano que, sin estar separado del todo, puede “escindirse”) entre las experiencias individuales y colectivas. También, la memoria “... es un sistema dinámico que recoge, guarda, moldea, cambia,

transforma y nos devuelve la realidad íntima y la realidad compartida...” (Ruiz-Vargas, 2000, p. 4).

La memoria es esencial para la vida al constituir la identidad (Ibíd., p. 4). No podemos saber del todo quiénes somos sin esas experiencias constitutivas de la individualidad (y de contrastarlas con la sociedad que nos permea). La memoria a largo plazo (Bailly, 1978) es la que se asocia a la significación y a la identidad. También, uno de los elementos constitutivos de la memoria es lo *voluntario* (Kant, 1991, p. 92), cuyos ejes son la *fijación*, la *reproducción* y la *retención* (Ibíd., p. 92).

A su vez, los recuerdos no solo se originan a partir de nuestras experiencias vividas, sino que se (re)crean con los pensamientos, imaginaciones y deseos. Así, ese “hacer memoria” nos constata que siempre estamos imbuidos por nuestras experiencias con los demás, porque nunca estamos solos (Halbwachs, 2004, p. 26). Por muy íntimas que sean nuestras experiencias, siempre nos retrotrae a algo o a alguien: los pensamientos se amalgaman a múltiples circunstancias comunes con otras cosas y personas, porque aún en la distancia y en la intimidad, todavía se siente el impulso de la sociedad (Ibíd., p. 36).

Entonces, la memoria individual está precedida de esos encuentros, relaciones y “selección” de esas experiencias que se quedan marcadas y son evocados en los recuerdos. Esa red extendida a partir de las ideas y palabras legadas por el entorno, construye una memoria interna, desde dentro (memoria personal) y una memoria externa, desde fuera (memoria colectiva) (Ibíd., p. 55). Tampoco podemos hablar de memoria sin su intrínseca relación con el lenguaje, estando “... conectados tanto en la rememoración individual como en la institucionalización de la experiencia colectiva” (Giddens, 1995, p. 37).

La memoria personal o autobiográfica vendría siendo la manera en cómo el individuo ordena y “clasifica” sus experiencias vividas, sueños y anhelos, la cual es parte de esa bipartición que se escinde a la memoria colectiva. Por lo tanto, la memoria colectiva se construye, extiende y nutre a través de las conversaciones, lecturas y aprendizajes de esos “otros”, cercanos o lejanos, los cuales son aprehendidos *a posteriori* al salirse del sí mismo y navegar por los mares de la historia (Halbwachs, 2004, p. 57).

La singularidad de la memoria colectiva es que parece *estar* fuera de nosotros; surge en algunas partes discernibles o no, con sus tiempos distribuidos en fechas, horas, etc., pero que situamos en nuestros recuerdos cuando nos “interesa” y somos capaces de asimilar, clasificar y recordar, y que en sus particulares movimientos, nos hace creer que “Una historia no tiene comienzo ni fin: arbitrariamente uno elige el momento desde el cual mira hacia atrás o hacia adelante” (Greene, 1992, p. 11).

Este tipo de memoria colectiva se une y contrasta con la memoria individual o autobiográfica. Así, una caminata común en una calle parisina, nos puede llevar a un pasaje de “Un amor de Swann”, donde Míster Swann busca desesperadamente a Odette, durante toda una noche, entre los cafés y restaurantes (Proust, 2002). O, una tarde de paseo y lectura en un parque caraqueño, puede quedar en los resquicios de la memoria como una impresión negativa por un intento de asalto. Entonces, estos ejemplos de los mecanismos de la memoria solo se entienden y estiman de acuerdo al bagaje, “reservorio” y experiencias espaciales y temporales de los individuos, cuyos recuerdos pasan a ser hechos intransferibles, en un primer sentido, debido a su intimidad y cargas emotivas. Pero, en un segundo sentido, transferible, narrable a través de las palabras.

En conclusión, se construyen y asocian constantemente los hechos que quedarán en los recuerdos y que fijarán las formas de actuar de los individuos, que haciendo una metáfora, funciona como un saco donde “meter” y “sacar” las experiencias del vivir.

II. 4. SOBRE LA CIUDADANÍA, EL ESTADO Y LA DEMOCRACIA

Al exponer el tema sobre la vinculación de la democracia con el espacio público, y a su vez la salud inherente de los mismos para hablarnos de la ciudad, debemos enfocarnos sobre el Estado y la ciudadanía: los actuantes y habitantes de la ciudad.

El Estado como hecho natural, fundado en la asociación de muchos pueblos, busca como fin bastarse a sí mismo (Aristóteles, 2006). Esta naturaleza asociativa se impone en una supremacía del Estado sobre la familia y el individuo, "... porque el todo es necesariamente superior a las partes, puesto que una vez destruido el todo, ya no hay partes..." (Ibíd., p. 15).

Al hacer un examen del Estado, y al éste ser constituido por una suma de partes y elementos, habría que indagar sobre el ciudadano "... puesto que los ciudadanos en más o menos número son los elementos mismos del Estado" (Ibíd., p. 99).

Debido a las imperfecciones y matices sobre lo que representa ser un ciudadano, se nos presenta que "El rasgo eminentemente distintivo del verdadero ciudadano es el goce de las funciones de juez y de magistrado" (Ibíd., p. 100).

Por ende, la cualidad del ciudadano aristotélico es el ser *responsable* con su pueblo. Ese es el ciudadano de la democracia, aunque el ciudadano pueda serlo en otro régimen, "...no lo será necesariamente" (Ibíd., p. 100). Entonces, "El ciudadano, para nosotros, es un individuo revestido de cierto poder, y basta, por tanto, gozar de este poder para ser ciudadano..." (Ibíd., p. 103).

Dada la naturaleza del ser humano como un *animal socialis*, según Arendt (2003, p.38), una noción heredada de una errónea interpretación latina, donde ser social implicaba también ser

político, y viceversa, nos lleva a que el ciudadano poseía, según la acepción griega, la bipartita contraposición de la vida política (*bios politikos*) y la familiar (Ibíd., p. 39). De esta forma, para Aristóteles, las facultades de esa *bios politikos* eran la acción (*praxis*) y el discurso (*lexis*) (Ibíd., p. 39).

Esa división entre la vida familiar y en la *polis* ha sido difuminada por completo, amalgamándose la esfera pública de la privada, “...ya que vemos el conjunto de pueblos y comunidades políticas a imagen de una familia cuyos asuntos cotidianos han de ser cuidados por una administración doméstica gigantesca y de alcance nacional” (Ibíd., p. 42).

Durante la época clásica, la *polis* poseía una cierta unicidad entre lo exterior y lo interior, el cual el individuo comulgaba con la misma idea de Ciudad-Estado (Adorno, 2001, p. 185). De este modo, la propiedad era un requisito intrínseco para ser miembro activo de los asuntos de la *polis* (Arendt, 2003, p. 42). Y esa unidad y armonía que otorgaba una posición en la ciudad-Estado (y, por ende, un *status*), fijaba la vida del individuo: “La propiedad fija difiere del desorden nómada, al que toda norma se enfrenta; ser bueno y tener bienes coinciden desde el principio” (Adorno, 2001, p. 185).

Sin embargo, la distinción entre la esfera pública y la privada, discutir sobre los asuntos del mundo y hacer parte de la vida doméstica, era que “La *polis* se diferenciaba de la familia en que aquella sólo conocía «iguales», mientras que la segunda era el centro de la más estricta desigualdad” (Arendt, 2003, p. 44).

Es importante tener en cuenta la noción de libertad en el individuo para comprender la acepción misma de *ciudadano* en la antigua Grecia. “Ser libre significaba no estar sometido a la necesidad de la vida ni bajo el mando de alguien y no mandar sobre nadie, es decir, ni gobernar

ni ser gobernado” (Ibíd., p. 44). Es decir, dentro de las formas de vida que se podían elegir libremente, excluyendo toda actividad que requiere el mantenerse involuntariamente, habiendo perdido la libre disposición de sus acciones y estando sujeto a la futilidad de las necesidades humanas, había tres tipos de vidas idóneos para ese ser *libre*: la vida del disfrute corporal; la vida dedicada a asuntos de la *polis*, y la vida contemplativa, la del filósofo (Ibíd., p. 26).

Ese ser libre, como lo era el *ciudadano*, el habitante de la *polis*, debía tener una posición apropiada entre sus pares. Es decir, quienes podían decantar por las disquisiciones en el *ágora* y la consecuente toma de decisiones “importantes”, eran los no esclavos, los no bárbaros. En la contemporaneidad hay una brecha semántica entre el *ciudadano* y la noción misma de *ciudad*, el cual para la antigua Grecia poseía una vinculación intrínseca: “... para los griegos existía una relación gráfica y semántica entre las voces *políticas*, *ciudad*, *político* y *ciudadano* (*politika*, *polis*, *politikou*, *polites*)” (Aristóteles en Gallegos, 2011, p. 69).

Así, en la contemporaneidad, el *ciudadano* se nos presenta como una noción demasiado abstracta, el cual se ha transformado (y podemos decir, vaciado) su significación. Para la antigua Grecia, el *ciudadano* era *el* habitante de la ciudad; el mismo hacía la ciudad:

La ciudad no era, como el pensamiento contemporáneo, un conjunto de edificios, calles, casas, comercios y orientaciones para la movilidad sociourbana. Sin ciudadanos no podía haber ciudad [...] contemporáneamente el ciudadano no hace la ciudad: la habita, la transita, hace negocios en ella, la cruza o acude a divertirse a sus espacios de entretenimiento (Gallegos, 2011, p. 70).

Con San Agustín se continuó la idea de ciudadanía de la antigua ciudad-estado griego, al divisar la expresión de *vita activa* de la *vita contemplativa* platónica, como la forma más elevada de vida (Arendt, 2003, p. 27). De este modo podemos comprender que:

La superioridad de la contemplación sobre la actividad reside en la convicción de que ningún trabajo del hombre puede igualar en belleza y verdad al *kosmos* físico, que gira inmutable y eternamente sin ninguna interferencia del exterior, del hombre o de dios. Esta eternidad sólo se revela a los ojos humanos cuando todos los movimientos y actividades del hombre se hallan en perfecto descanso (Ibíd., p. 28).

La valía de ese razonar bien equilibrado que es la filosofía llevó a Hobbes (2000, p. 35), a considerar la ambigua naturaleza humana como conservador de la paz, y a su vez, pertinente emprendedor de la guerra. Este conocimiento nos conduce a que, para preservar el bien y la felicidad como baluarte de la vida humana, se deben llegar a acuerdos, establecer contratos que satisfagan (y censuren) lo *concupiscible* de la naturaleza humana (Ibíd., p. 37). Dichos acuerdos se escapan de la propia naturaleza para entrar en reductos más complejos. De este modo, entra la parte *racional* del ser humano y su buen juicio producto de la conciencia.

El ser humano al aliarse entre sus semejantes, es decir, formar relaciones y acuerdos para hacer sociedad y establecer las leyes y reglas que la controlen y permitan la felicidad como bien supremo del vivir, pasa a ser *súbdito* del Estado. Esta noción del ciudadano como *súbdito* es inherente a la vida en sociedad: el ser humano necesita un poder coercitivo que regule la fuerza y la violencia natural, para preservar su existencia; que reduzcan el miedo a su vecino y administre la justicia cuando es requerida. Esa especie de estado pre-civil del hombre, el cual es llamado estado de naturaleza, es una guerra de todos contra todos, donde todos los hombres tenían derecho a todas las cosas (Hobbes, 2000, p. 45). Esa desconfianza innata lleva a la prevención de todos esos agentes que puedan poner en peligro la vida y los bienes, para hacer pactos que adjudiquen ese derecho de potestad sobre todas las cosas, al derecho de uno pueda ser transferido a otro (Ibíd., p. 46).

Por consiguiente, a partir del Medioevo, ese tránsito de significación del ciudadano, donde era el miembro privilegiado de la ciudad, pasó de *civitas* a *súbdito* de un soberano. “... la fuerza del cristianismo, en tanto religión ultramundana, terminó por neutralizar a la ciudadanía al subordinarla a la eternidad del más allá, mientras que el ascenso de las monarquías la fue enclaustrando en la categoría de súbdito” (Gallegos, 2011, p. 71).

Ese paso y afianzamiento del “...ciclo del sujeto al sujeto (súbdito)...” (Foucault, 2002, p. 49) nos da la lectura de la inmersión de los individuos en las complejas interrelaciones con el poder, y la construcción del ciudadano como garante de derechos propios u obtenidos, a través de la absorción y dominación del Estado.

De ese progresivo ocultamiento del ciudadano (Gallegos, 2011), surgió, a partir de Rousseau y su *Contrato social*, el debate sobre su histórico papel y el *desocultamiento* del mismo. De la noción de ciudadano al del súbdito, existe un marcado tránsito del activo actor político, a la pasividad del sometido a dicho poder (Ibíd., p. 73).

Sin embargo, la idea de la *volonté générale* (voluntad general) rousoneana, no restaura del todo la identidad del ciudadano (Ibíd., p. 73), de este modo “El *peuple* (pueblo) termina por asumir el papel de ‘bienaventuranza divina’ de Santo Tomás y la presencia cuasirreligiosa del soberano hobbesiano” (Ibíd., p. 73).

No es de extrañarnos que ese sentido del *súbdito* haya permanecido anclado en la idea del ciudadano moderno y dejara su influencia y resquicio sobre el contemporáneo, ya no siendo voluntarioso y sumiso a la figura de un Rey, sino a la persuasiva y poderosa figura del “Estado”, cuya acuñación e introducción en “El Príncipe” de Maquiavelo “... inmediatamente es acompañado del término ‘dominio’” (Bobbio, 1989, p. 88).

El Estado moderno opera como administrador cuya función es la de “... ocuparse de la prestación de los servicios públicos, y del dominio legítimo de la fuerza” (Ibíd., p. 91). Durante la modernidad, ese tejido de voluntariedades que conforman una sociedad, comenzó a percibirse como la urdimbre de individuos con derechos naturales e inalienables, los cuales conforman sociedades e instauran formas de gobernarse. Y esas formas de vida son simbióticas (Althusius en Bobbio, 1989, p. 84).

Dicha concepción simbiótica de la política le dio un vuelco a la visión aristotélica del Estado como formación natural que precede al individuo (Aristóteles en Bobbio, 1989, p. 84), centrándose en la propiedad (Locke) y la libertad (Spinoza, Rousseau), se amalgamó con las revoluciones y convulsiones sociales, dando como resultado las declaraciones de los derechos humanos en Estados Unidos y en Francia, los cuales:

... está enunciando solemnemente el principio de que el gobierno es para los individuos y no los individuos para el gobierno, un principio que no sólo ha influido en todas las constituciones que vinieron después, sino también la reflexión sobre el Estado (Bobbio, 1989, p. 85).

Es por ello que es importante vislumbrar y entender dichos cambios políticos, los cuales, en la sociedad contemporánea, son aunados por la revolución morfológica-social, su germen, que, en resumidas cuentas, se define a partir de “... los cambios en el volumen, densidad y heterogeneidad de la población y del impacto de estos cambios en el hombre y en la sociedad” (Hauser, 1972, p. 17).

Esos impactos se perciben en el tejido social de la ciudad, el cual es “equilibrado” por las fuerzas de la propia sociedad y sus instituciones para (re)producir la vida social (González Candia y Mendoza Zárate, 2016), estando inmerso en un fluir de relaciones, que, según Simmel,

está anidado en las relaciones inmediatas entre individuos, los cuales no son sino lo microscópico de la sociedad, reflejadas en las organizaciones supraindividuales (Simmel en Delgado Ruiz, 1999b, p. 8).

Esa visión del individuo como actor social, inmerso en roles, los cuales se representan dependiendo del requerimiento momentáneo, como lo amerite el contexto, nos advierte Delgado Ruiz que germinó el término de *situación*, que a su vez, fue el causante de la proxemia elaborada por Ray L. Birdwhistell, para comprender científicamente las formas de uso, dominio y percepción del espacio social y personal, las maneras de relacionarse, sus estructuras y vínculos, además del tránsito simbólico en esos hechos o *situaciones* (Ibíd., p. 9).

De este modo esa alternación del individuo en esas *situaciones* que se dan en un espacio social, con su innegable animalidad, con sus formas particulares de comportarse, vincularse, percibir y simbolizar un determinado territorio, de brindar cierta información sobre sí mismo, nos indica el conocimiento de las pautas interiorizadas, producto de la cultura, para actuar y desenvolverse en determinados lugares y contextos. Es por ello que entendemos que “Lo político, sobremanera lo político democrático, tiene que ver con el espacio, con la forma en que se le experimenta, con los usos que se hacen de él” (Wolf, 1996, p. 17).

Esas representaciones de los individuos en las distintas esferas de su cotidianidad (trabajo, hogar, lugares públicos, semipúblicos, privados, etc.) nos permiten seguir una narrativa ciertamente aislada en sus representaciones, pero intrínsecamente permeadas por el conjunto de las esferas de la sociedad, donde “... esta existencia sin sentido, es el tejido sobre el que los seres humanos bordan las cambiantes figuras de su sentido, de su fin” (Elias, 1990, p. 25). Y el ser

humano conseguirá esos fines a medida que lo requieran las circunstancias, "... y no existen más fines que los que ellos mismos se otorgan" (Ibíd., p. 25).

Ese tránsito del individuo de lo privado a lo público, donde el sujeto pierde libertad, se aliena, además de que adquiere otras responsabilidades (co)respondidas con sus semejantes y con su entorno, comienza a ser un actor, a representar en cierta forma un *performance* donde "El individuo urbano se hace, pues, sujeto competente en la medida en que se actualiza los distintos contratos sociales que le otorga el ser urbano de una ciudad, pero tales convenios pasan por la escenificación territorial" (Silva, 2006, p. 143).

Es al conocer esos grandes puentes que unen a los individuos para formar y conformar una sociedad, la aparente solidez de los mismos y sus subrepticios quiebres, que entenderemos y juzgaremos lucidamente el provenir y el papel (y responsabilidad) inherente al rol ciudadano, y "Sólo entonces estaremos en condiciones de instaurar sobre un diagnóstico seguro el tratamiento de las carencias de nuestra convivencia" (Elias, 1990, p. 25).

Occidente parece instaurar una lógica de auto-absorción del individuo, donde priman las satisfacciones "íntimas", la protección y aislamiento, el cual el escenario social es carente de cumplir y llenar esa vida psíquica, donde "El yo de cada persona se ha transformado en su carga principal; conocerse a sí mismo constituye un fin, en lugar ser un medio para conocer el mundo" (Sennett, 1978, p. 12). Así, vivimos un avasallante cambio de lo externo a lo interno, que podemos rastrear como un individualismo desasosegante, ansioso, donde "... es la ansiedad sobre el sentimiento individual la que experimentan los individuos en función del camino que sigue el mundo" (Ibíd., p. 14).

En efecto, los ciudadanos han relegado las actuaciones políticas para actuar como “individuos privados”, defendiendo sus intereses privados y contratando a políticos y burócratas para “... constituir la organización estatal y hacerse cargo del gobierno” (Bresser-Pereira, 2004, p. 20).

Por otra parte, en América Latina la “consolidación democrática” se afianzó (con sus excepciones puntuales, donde las élites locales y gobernantes despóticos, apoyados por potencias foráneas, blindaron esa “consolidación”) a partir de los años setenta. “Entre 1964 y 1976 los regímenes democráticos de Argentina, Brasil, Chile, Ecuador, Perú y Uruguay cayeron por golpes militares. Luego la tendencia se revertiría, comenzando en la región un proceso de redemocratización” (Coronil, 2013, p. 175). Y para que podamos hablar de una “consolidación”, ésta se debe dar tanto en la economía como en el tejido social; “... si no se da en ambas instancias, simplemente no se produce. Aunque la democracia persista, será débil” (Bresser-Pereira, 2004, p. 22).

En nuestra sociedad, la noción de ciudadanía entroncada en el ideario político venezolano, ha sido el de las posturas liberales europeas (Lander, 2006). Estos postulados localizados y contruidos bajo la idea de ciudadanía en su sentido liberal clásico, no incluye la “...experiencia histórica cultural específica, ni las condiciones de vida y sociabilidad concretas existentes en las grandes mayorías” (Ibíd., p. 167).

El modelo liberal “... parte del supuesto de la existencia de individuos soberanos cuyas prioridades están en la defensa de sus derechos individuales especialmente sus derechos de propiedad” (Ibíd., p. 167). Estas “democracias de individuos” (Lipovetsky, 1994, p. 203) no están tan abocadas al bien público, erosionando las obligaciones con la colectividad y con el cumplimiento de las leyes, como también transgrediendo esa idea del “buen ciudadano”

modelado en los espacios públicos (donde lo “público” implica el de “todos”, donde hay un control para vigilar ese comportamiento “debido” para la convivencia). Ese devenir de la responsabilidad ciudadana puede tener periodos de laxitud o acarrear algún “déficit ciudadano” (Cardoso de Oliveira, 2011), entendiendo esto como un desajuste del comportamiento cívico en algunos espacios de la ciudad donde las leyes y políticas públicas son débiles.

Este desenfoque de los nudos de interés ciudadano con su ciudad y espacios, además para el encuentro y la participación, nos hace considerar que la fragilidad de la democracia se acrecienta si los ciudadanos pierden el encuentro, los conflictos y el hilo narrativo que los une a través de sus vivencias, sus deseos y sueños. En suma, si se desconectan de su realidad, su entorno y de su propia historia.

Así, la democracia no es algo que se encuentra dado y concluido más allá de los ciudadanos, sino algo que se hace, se construye, que requiere ser actualizado permanentemente: vigilada constantemente. Se trata de un régimen que se descompone rápidamente si sus actores son negligentes, si no se sospecha de ella (Wolf, 1996, p. 18).

Lo político, lo político democrático, tiene que ver las experiencias y prácticas en el espacio, con sus usos y apropiaciones (Ibíd., p. 17). Y esa democracia es hilada, erigida y prolongada en la vida diaria, “... en los encuentros con los otros, en la calle, en el devenir del día a día: en nuestros cotidianos itinerarios ciudadanos” (Ibíd., p. 18). Si esas relaciones sociales se astillan, pueden apreciarse sus síntomas en el entorno; y esos espacios, lugares y territorios perder sus sentidos (y alterarse) para demostrarnos las intersubjetividades del habitar el mundo.

II. 5. FOBIAS Y FILIAS DEL *CIVITAS*

La diversidad es una constante en la naturaleza. Los seres humanos asumen eclécticas formas de interpretar el mundo, y a su vez, múltiples maneras de valorar su entorno. Las culturas juegan un papel primordial en esto, aunque "...compartimos percepciones comunes" (Tuan, 2007). De esas experiencias cenestésicas de la especie humana, hay un sentido que es particularmente vital: "... el hombre es predominantemente un animal visual, ya que, para hacer frente al mundo, entre los cinco sentidos tradicionales, depende primordialmente de la vista" (Ibíd., p. 16).

La importancia anatómica de la visión en el humano, se debe a que los demás sentidos no son tan agudos y finos como en otros animales. También porque entre los mamíferos, el ser humano y algunos primates son los únicos que pueden distinguir los colores (Ibíd., p. 16). Por supuesto, no todos los individuos ven de la misma manera: por un lado, fisiológicamente, la visión estereoscópica humana está limitada: "Al igual que los humanos, los monos y otros simios probablemente ven el entorno como una colección de objetos más que como un mero patrón espacial" (Ibíd., p. 18). Por el otro, culturalmente, percibimos las cosas de múltiples formas, haciendo del mero "ver" un campo cuyo espectro se construye y amplía.

Las percepciones que tenemos a través de nuestros sentidos nos indican una mayor confianza en ver, aunque esté lejos de las sensaciones directas palpadas, probadas u oídas: "El mundo que se percibe con los ojos es más abstracto que el que experimentamos a través de los otros sentidos. Los ojos exploran el campo visual y abstraen de éste ciertos objetos, puntos destacados o perspectivas" (Ibíd., p. 22).

Sin embargo, la primacía del sentido visual es algo que se enfatiza en las sociedades modernas, aunque el ser humano perciba el mundo a través de todos sus sentidos: "El espacio

para él es cerrado y estático; es un marco o matriz donde se sitúan los objetos. Sin objetos ni límites, el espacio es vacío” (Ibíd., pp. 22-23).

También, el espacio es somatizado a partir de las sensaciones y experiencias del ser humano. Un espacio abierto “... simboliza libertad, promesa de aventura, luz, dominio público y belleza formal e inalterable. El espacio cerrado encarna la acogedora seguridad del útero, así como privacidad, oscuridad, vida biológica” (Ibíd., p. 46). De esta manera, las ciudades albergan esas mezclas y contradicciones entre lo público y privado, “... lo cómodo y lo grandioso, de la oscuridad y la luz [...] *Megara* y *atrio* denotan oscuridad: la vivienda privada que resguarda los frágiles procesos fisiológicos que mantienen la vida; mientras que *agora* y *forum* son espacios abiertos donde el individuo realiza su potencialidad de hombre libre” (Ibíd., p. 47).

Siguiendo estas ideas, podemos agregar que mientras más persistan los individuos en afianzarse a esa vida primigenia, como lo otorgan los espacios privados (el hogar), sin tener sus cuotas de confrontación y encuentro en esos espacios de “riesgo” (espacios públicos), donde desfilan múltiples identidades y se ejercita la ciudadanía, mayor es la pérdida de cualidades humanas. “Los individuos son miembros de grupos y todos han aprendido, en diversa medida, a diferenciar entre «nosotros» y «ellos», entre la gente real y la gente menos real, entre el territorio propio y el ajeno. El «nosotros» está en el centro. Los seres humanos pierden sus atributos humanos a medida que se alejan del centro” (Ibíd., pp. 49-50).

Para asimilar esas proximidades o alejamientos del ser humano con su entorno (lo que antes hemos catalogado como *conectividad*), procederemos a presentar tres conceptos esenciales para indagar en estos aspectos: *Topofilia*, *Topofobia* y *Toponegligencia*.

II. 5.1. *Topofilia*

La *Topofilia* indica las manifestaciones del amor humano por el lugar y el entorno material (Ibíd., p. 129). El uso de “topos” pasa a ser utilizado por “lugar”, desde su etimología griega (Yory, 2007, p. 61), el cual se funde con “sentimiento” (Tuan, 2007). Estas relaciones afectivas con el entorno, pueden ser de orden estético, tan efímeras como el placer del rugido de las olas, como la textura de la tierra. También, estas reacciones emotivas del ser humano con su medio ambiente, adquieren una diversidad de sentidos más permanentes, como el apego hacia su hogar, su lugar de trabajo o su ciudad (Tuan, 2007, p. 130).

Estas cargas de sentido que le da el ser humano a su mundo, toman otros aspectos más complejos, hasta hacerse símbolos que permean su existencia y las formas de representación. Así, la patria puede ser evocada y representada por “... los cántaros de agua, el trigo...” (Darwish, 2012, p.17) o por esa “bendita parcela” shakesperiana en “Ricardo III” (Shakespeare en Tuan, 2007, p. 141). De esta manera, la *Topofilia* se reduce a “...una escala determinada por las necesidades biológicas y las capacidades sensoriales del hombre” (Tuan, 2007, p. 141).

La importancia de la *Topofilia* es que nos muestra el nivel de afectos y apego que tienen los individuos por su realidad circundante. “Las personas prestan atención a aquellos aspectos del entorno que suscitan admiración o prometen sostén y realización en el contexto de sus objetivos de vida” (Ibíd., p. 164). Esa atención o “inter-és” como ese estar cerca o entre las cosas, “... hallarse en medio de una cosa y permanecer junto a ella” (Heidegger, 2010, pp. 16-17), nos alerta sobre las brechas del ser humano con su entorno. Para ello, debemos hablar sobre la contraparte de la *Topofilia*: la *Topofobia*. Además de los planteamientos éticos del ser humano contemporáneo con el medio ambiente: la *Toponegligencia*.

II. 5.2. *Topofobia y Toponegligencia*

La parte negativa de la *Topofilia*, que hemos dicho que es la unión de “lugar” y “sentimiento”, es la *Topofobia*. La *Topofobia* está representada por esos lugares que generan miedo, repulsión o aversión (Yory, 2007, p. 61). Un espacio lleno de desperdicios, sin iluminación, preso del descuido y de la desatención, es un entorno poco deseado y nada “seductor”. “El entorno material por sí mismo afecta la percepción [...] podemos afirmar que el desarrollo de la agudeza visual está relacionado con la calidad ecológica del ambiente” (Tuan, 2007, p. 333).

La *Topofobia* nos parece revelar la crisis del ser humano, la cual se ve reflejada y manifiesta en el mundo (Yory, 2007). Si la *Topofilia* es la conexión emotiva del hombre con su entorno, la *Topofobia* es el rechazo del mismo por el medio que lo rodea. Esos grados de aversión, es el malestar del ser humano con su habitar. Esta “crisis” se ha ramificado a partir de una racionalidad que ha apartado al ser humano del sentido del vivir y de su propio distanciamiento, creando un “cansancio” “... frente a la posibilidad de volver a tomar las riendas de su propio destino, ahora en manos de una técnica desprovista de espíritu” (Ibíd., p. 48).

Ese devenir en el encuentro del ser humano con su entorno, y sus consecuencias éticas, se denomina como *Topo negligencia*. Ésta es comprendida como “... la tendencia a perder el sentido del lugar, el corte con las raíces que unen al hombre con el medio en el que vive” (Yory, 2007, p. 61). Esa desconexión del ser humano, puede señalarnos una cierta pérdida del sentido, por ende, una escasa o nula valoración y afectividad con su realidad circundante. Lo que podemos llamar el “escape de su entorno”, no es más que una respuesta a esa pérdida de habitar “racional” que define al ser humano:

... frente a la tradicional «definición» del hombre como «animal racional» en la cual la «razón» sería supuestamente aquello que nos separa y distingue de los demás animales, diríamos que el hombre «no habita» por ser «racional», sino que es «racional» porque «habita», de ahí que sea precisamente la facultad de habitar, aquella que nos identifica como humanos (Yory, 2007, p. 56).

Este desarraigo y alienación del ser humano con su entorno se hace visible y constatable con la ineptitud ecológica, la cual pasa a un plano impersonal, como si su habitar se redujera a su “propio mundo” lejos del circundante. Ese vaciamiento del “ser” que nos indica la espacialidad del “estar en el mundo”, que para Heidegger ese “ser-en-el-mundo” es una presencia que denota una trascendencia: “Yo soy, quiere decir habito” (Heidegger, en Yory, 2007, p. 57). Así, “...el resultado de la alienación del hombre, que acaba considerando los lugares como objetos con los que sólo cabe una relación de consumo o de contemplación superficial” (Mata en Yory, 2007, p. 61).

Mientras tanto, solo podremos percibir y registrar los males que nos aquejan de la propia concesión (tanto amplia como mínima) del habitar el mundo; la crisis resistida por los individuos y cómo la sobrellevan; cómo actúan, y a su vez, cómo la cultura (re)crea y afronta dichos retos en tiempos convulsos. Por ello, abrimos un acápite sobre dichos puntos que nos son cada vez más cotidianos.

II. 6. CULTURA Y CRISIS

Si entre las múltiples acepciones que han dado los investigadores sobre la cultura, creemos que es una especie de coraza artificial del ser humano para defenderse de la naturaleza (Freud, 2006), o, por otra parte, nos vamos hacia lo particular, haciendo de ella un *corpus* conceptual que intenta agrupar (y diferenciar) las costumbres, valores, instituciones instauradas y modificadas en el tiempo, particularizadas por razas, etnias, sociedades y naciones, atenderemos a las advertencias que no nos hablan de *la* naturaleza humana, sino que “Se trata de meros aditamentos y hasta deformaciones que recubren y oscurecen lo que es realmente humano -lo constante, lo general, lo universal- en el hombre” (Geertz, 2003, p. 44).

De todas formas, al excavar como arqueólogos y percibir las “estratigrafías” que componen al ser humano (Ibíd., p. 46), la cultura tiene su sitio fundamental. Sin duda alguna, la cultura es ese *algo* creado que recubre y enlaza lo que hace el ser humano; su manera de situarse y expresarse y de reconocerse en el mundo. Entonces, es innegable que ese sistema de símbolos compartidos y aprendidos, funge de marco significativo para el ser humano donde se orienta y crea nudos con su mundo y con otros hombres (Ibíd., p. 215).

Pero, ¿qué sucede al hablar de crisis cultural? Estamos acostumbrados a compaginar “crisis” con lo económico y político, cuando la crisis cultural no está sujeta a las anteriores. Entonces: “Entendemos específicamente la crisis cultural como una suspensión del sentido común y del imaginario acerca de quiénes somos” (Grimson, 2011, p. 14).

La crisis es un catalizador de interrogantes sobre los lindes de la autonomía, tanto cultural como política (Ibíd., p. 15), y los mecanismos para desarrollar y desembrollar la crisis pasa por sus actores, y cómo converge en ellos las alternancias y dinámicas del proceso histórico. Esto

nos hace entrever que “... los problemas de la identidad, la cuestión crucial y determinante pasa por la autonomía de los actores (o su falta de autonomía) para abordar las continuidades y los cambios” (Ibíd., p. 15).

Con nuestro panorama trazado sobre la desidia del espacio público, nos hace detenernos sobre los ropajes de desigualdad que cubre la sociedad, y cómo la misma se divide en clases, barriadas, etc. Esta “desigualdad sedimentada” (Ibíd., p. 30) es parte de las redes urdidas en las relaciones entre el ser humano, las cuales poseen una forma de “circunstancias no elegidas” (Ibíd., p. 30), aunque las mismas pueden ser modificadas e intervenidas “... en diferente grado, en función del poder y la capacidad de los diferentes agentes sociales” (Ibíd., pp. 32-33).

Dicha configuración cultural específica planteada en algún escenario social posee sus propios agentes que “... pugnan por reproducirla y modificarla en distintas direcciones. Esas configuraciones siempre son históricas y nunca están sujetas a una Historia que vaya en alguna dirección predeterminada” (Ibíd., p. 33).

Planteado de otro modo, existe alguna contingencia que permite la estructuración o desestructuración de determinada configuración cultural, la cual nunca es tan homogénea y “lineal” como nos parezca:

La idea de totalidad es heurísticamente crucial, pero no debe ser defendida en relación con una supuesta homogeneidad que nunca podrá constatarse empíricamente y que sólo existe como postulado ideológico de agentes de una configuración dada. En cambio, debe ser comprendida como una articulación, contingente pero poderosa, de un cierto entramado heterogéneo (Ibíd., p. 34).

Esos patrones se difuminan y desarticulan para conformar nuevos marcos que se configuran bajo capas de influencias y tránsitos de narrativas exógenas. Esto es algo perceptible y que rodea

como un halo a la sociedad de masas del siglo XXI, el cual paradójicamente brota esas diferencias a partir de la presunta “homogeneidad” como germen de la globalización. En la misma, habría que reconocer que:

... el individuo sólo puede estar culturalmente conformado, aun cuando ya no esté constituido por *una* cultura sino por una vida *intercultural*. Si cualquier sociedad está relativamente abierta a las influencias, préstamos y apropiaciones de otras sociedades, la impermeabilidad simbólica no existe (Ibíd., p. 34).

La impermeabilidad como una capa prístina nos hace relativizar la constitución epistemológica de la cultura, la política y la economía. La “esferización” ontológica de dichos preceptos, “lo cultural”, “lo político” y “lo económico” (Raymond Williams en Grimson, 2011, p. 39), han sido desligados como esferas ininteligibles en su complejión, separadas en sus anclajes, pero que repercuten e influyen. Así:

La historia epistemológica de Occidente es en parte la historia de la esferización del mundo, de la separación (sobre todo) de la economía como un universo poblado por especialistas y expertos que determina los demás universos secundarios: la política y la cultura. Pero el problema es que la economía no existe sin la cultura (Grimson, 2011, p. 39).

Las trabas epistemológicas han fundamentado una narrativa que rescata, persistentemente, que la “sociedad” es una cosa, y las concatenaciones objetivas de lo “económico”, “cultural” y “política”, otras. Esa subordinación y validación ha permitido deshilar una urdimbre que, perceptiblemente, ha sedimentado la visión de la otredad (el negro, el blanco, el pobre, el rico, etc.), que siempre son interesantes de abordar.

II. 7. SOBRE LAS POLÍTICAS PÚBLICAS

Como las grandes obras en París y el progresivo crecimiento de Caracas no se deben a la magia, es relevante hacer un breve enfoque sobre las políticas públicas para permitirnos dilucidar las imbricaciones del Estado y del gobierno en trazar planes concretos para satisfacer las demandas de los ciudadanos. “Las políticas públicas comprenden la vasta gama de decisiones, programas, proyectos y demás actividades del Estado en todos los niveles de gobierno” (Kelly, 2003, p. 2).

De este modo, la compleja y exhaustiva tarea de planificación conlleva una visión milimétrica sobre las tareas de toda una nación, sus problemáticas, los asuntos por resolver y las metas por trazarse en un determinado periodo de tiempo, para hacer posible la armonía en todas las esferas sociales. “Las políticas públicas abarcan todo lo que tiene que ver con las decisiones gubernamentales, y su estudio tiene como objetivo contribuir a que los gobiernos cumplan mejor con los deseos de sus ciudadanos” (Ibíd., p. 3).

Para esclarecer los puntos analizados por el estudio de las políticas públicas, tenemos:

Figura 1:

Jerarquización de las políticas públicas

<i>ANÁLISIS DE LAS POLÍTICAS PÚBLICAS</i>
El campo de análisis de las políticas públicas: <ul style="list-style-type: none">• La constitución del Estado: “Cómo llega una nación a establecerse las reglas de juego básicas para la toma de decisiones de la sociedad entera”.• La organización del Estado: “Cuáles son las instituciones que se crean para llevar a

cabo las decisiones públicas”.

- **Las decisiones:** “Cuáles son las políticas óptimas para cumplir con los objetivos del Estado”.
- **Los procesos:** “Cómo funcionan los organismos estatales, cómo se relacionan éstos con las demás instituciones de la sociedad y cuál es el comportamiento y desempeño de los funcionarios públicos y los representantes elegidos por los ciudadanos”.

Fuente: Kelly, 2003, p. 4.

Grosso modo, la compleja tarea del Estado es “... satisfacer los intereses de la colectividad” (Ibíd., p. 5). Brindar bienestar es el fin supremo que tiene el Estado con sus ciudadanos. Y para llegar a esto, deben surgir las interrogantes necesarias para cumplir con las demandas impuestas y las necesidades de todos los sectores de la sociedad.

Formado un Estado, éste debe institucionalizarse por medio de una Constitución, la cual funge como la solemne expresión de la voluntad de la Nación. La constitución puede definirse como “... el acuerdo por el cual se fijan las reglas de funcionamiento de los gobiernos, que son los equipos que dirigen los asuntos del Estado” (Ibíd., p. 7).

De este modo, “...los gobiernos, entonces, tienen la responsabilidad de dirigir los asuntos públicos, asumir el mando de las instituciones creadas por la constitución, aprobar las leyes y satisfacer los intereses de la Nación” (Ibíd., p. 7).

Al entender la ciudad como *objeto* histórico, producto de decisiones políticas, moldeada por intereses, luchas y contradicciones, vislumbramos que la misma posee (y se le otorgan) diversas funciones urbanas, la cual “... le impone su modo de vida y su razón de ser” (Chabot, 1972, p. 21).

Entre las múltiples funciones urbanas de las ciudades, tenemos:

- Función comercial: ciudades que tienen puertos, son centros de grandes mercados, etc.
- Función industrial: ciudades mineras, fabriles, etc.
- Función intelectual-religiosa: ciudades con centros universitarios, templos, centros de peregrinajes, de museos, de arte, etc.
- “Función terapéutica”: ciudades balnearias, turísticas, deportivas, etc., (Ibíd., p. 21).

La ciudad capital venezolana alberga varios aspectos funcionales de la ciudad industrial e intelectual-religiosa. Esto la convierte en un punto clave para el influjo foráneo e interno, y la propagación al resto de las ciudades nacionales. Es que Caracas, hacia finales del siglo XIX, no escaparía al influjo de la “Ciudad luz”, a la magnanimidad de sus bulevares y edificaciones, funcionando como centro intelectual-religioso y lúdico, además de asiento administrativo del gobierno. Durante el mandato intermitente de Antonio Guzmán Blanco (1870-1888), las políticas e ideas restauradoras de la capital, fueron influenciadas por las pautas modernizadoras del París del Segundo Imperio, siendo este nuevo urbanismo el primer movimiento europeizante en la historia capitalina (Almandoz, 2006, p. 13). De esta forma Caracas se convertiría en la “ciudad burguesa” (González Téllez, 2010, p. 298), con sus teatros, parques y edificios con reminiscencias de la *Belle Époque*, así como centro de la modernidad en Venezuela.

Estas intervenciones urbanísticas responden a la centralización del poder en Venezuela, el cual se concreta a partir del primer mandato de Antonio Guzmán Blanco, en donde “... los mecanismos de generación y distribución de recursos públicos empiezan a concentrarse en manos del gobierno central” (Rodríguez, 2006, p. 103).

Posteriormente, la capital burguesa dio paso a la Caracas “plutocrática” por “... la predominancia de la oligarquía terrateniente y comercial, cuyo poder estaba basado en la agricultura que dio sustento al país hasta mediados de los años 1920” (Picón Salas en Almandoz, 2006, p. 14). Y en la Caracas petrolera, cuya “modernidad” se consolidó (¿?) con la renta petrolera durante tres décadas (60-70-80), afianzando a Venezuela como país de metrópolis (González Téllez, 2005, p. 107).

Mientras que, a grandes rasgos, podemos denominar a la ciudad venezolana durante el período del exmandatario Hugo Chávez (1999-2013) en el marco del llamado “Socialismo del siglo XXI”, como la *volátil*, herencia de la convulsa ciudad de los años 90, pero que cuyas implosiones se traducen en una marcada división de clases, y, por ende, en la angustia de los barrios (González Téllez, 2005). O también se puede enmarcar, por lo menos a Caracas, como una ciudad presa del “extravío populista” (Hurtado, 2009) amenazada y sobreexplotada por un Estado populista con su dosis de “ideología regresiva” (Ibíd., p. 205).

La ciudad con funciones “terapéuticas”, son las que sirven de centros para la diversión, el ocio, con sus espacios lúdicos donde confluye una población “activa”, que son los residentes de la ciudad, y una población “pasiva”, siendo la que acude en cuantiosas afluencias a obtener placer y entretenimiento, cuya estancia es fluctuante (Chabot, 1972, p. 51).

De este modo, ciudades varguenses como Macuto (fundada en 1740) y Catia La Mar (parroquia fundada en 1965), principalmente, cumplen con los requisitos de ciudades con “funciones terapéuticas”, por sus balnearios, playas, y servicios aptos para el disfrute de los turistas. Macuto se considera “... el asiento turístico-recreacional” de Vargas (Marcano y Barrios, 2001, p. 32), por tener el Castillete del pintor Armando Reverón, el cual comenzó a ser

museo a partir de 1974 y fundación en 1991. También por tener el Hotel Miramar, el primer hotel de playa de la Venezuela del siglo XX (Ibíd.), el cual fue una inversión privada durante la dictadura del general Juan Vicente Gómez (1908-1935). Aunque, es importante resaltar que el impacto económico de Vargas como territorio turístico predilecto por los capitalinos, menguó por la llamada “Tragedia” acontecida en 1999 (qué más adelante indagaremos sobre la historia del Edo. Vargas).

En cambio, Catia La Mar es una ciudad de menor importancia turística que Macuto, la cual desempeña un rol prominentemente industrial (el cual extenderemos más adelante). También es sede de la Universidad Marítima del Caribe, una sede de la Universidad Nacional Experimental Politécnica de las Fuerza Armada Bolivariana (UNEFA), como también es sede de varias academias militares.

Entonces, la narrativa actual de la parroquia Catia La Mar, de interés para nuestra investigación, está enmarcada dentro del llamado “Socialismo del siglo XXI”, siendo el gobernador actual de la entidad, Jorge Luis García Carneiro (2008-2012/2012-2016/2016-presente), militar y político venezolano. Entre las obras de su gobierno se encuentra la Plaza Mayor (Plaza Bolívar) de Catia La Mar, ubicada en la urbanización José Antonio Páez, en el casco central de dicha parroquia, y siendo inaugurada el 19 de abril del 2012, que en palabras del gobernador García Carneiro:

La plaza Bolívar es el comienzo del rumbo al que me comprometo a seguir con Catia La Mar. Es un reto para mí convertir a esta parroquia en un icono del progreso y transformarla en la ciudad modelo del país, trabajaré para ponerla más linda, ordenada y limpia (AVN, 2012).

También, fue inaugurado bajo su mandato el Terminal de pasajeros de Catia La Mar, en octubre de 2014. Dicho terminal está ubicado en “La Zorra”, conocido sector por la quebrada homónima y por ser el puerto pesquero de dicha parroquia. En cuanto a la materia de mantenimiento de desechos en la entidad varguense, la antigua empresa “Inversiones Sabempe, C.A.” era la encargada de la recolección y tratamiento de basura en toda la Gran Caracas. Esta empresa fue intervenida en el 2010 por la entonces jefa de gobierno de la ciudad capital, Jackeline Farías y el alcalde de Caracas, Jorge Rodríguez en conjunto con el Ministerio del Ambiente, asegurando que era “un modelo fracasado”, haciendo de la basura “un negocio” (Notiactual, 2010). Dichos organismos crearon una empresa para recolectar los desechos sólidos, que, para Vargas, a partir de 2014, con la creación de la Fundación Casa de Paso Oasis (conocida como “Granja Oasis”), donde aproximadamente “...350 hombres que fueron rescatados de las drogas y el alcohol” (La Voz, 2014), se encargan de la limpieza y recolección de desechos en la entidad varguense.

Dicha labor de la “Granja Oasis” es insuficiente, sin una programación y horarios concretos para la recolección de desperdicios, el cual debe ser “solicitado” por los ciudadanos. La gobernación del estado Vargas coloca unos números telefónicos a disposición de la población para “... que de manera gratuita soliciten operativos de limpieza y saneamiento” (La Verdad, 2014).

En conclusión, para vincular las políticas públicas con su intransferible sentido de lo “público” respecto a los intereses e ideas de las élites en su tiempo particular, queremos hacer un apartado sobre la conceptualización de racionalidad urbanística y cómo intrínsecamente la permea la idea del “orden”.

II. 7.1. Racionalidad y *hábitat*

Pensar la ciudad, su planificación es “... *pensar la pluralidad* misma de lo real y dar efectividad a este pensamiento de lo plural; es conocer y poder articular” (De Certeau, 2000, p. 106). Dado el vertiginoso aumento de la población y las insuficientes políticas públicas, los estados se ven en la necesidad de ensanchar las ciudades, crear periferias (o dejar que muten solas, con nula o poca cualificación técnica), donde esos centros urbanos, en la mayoría de los casos, son presos de las especulaciones inmobiliarias movidos por las fluctuaciones del mercado capitalista.

La relación entre urbanización y capitalismo es intrínseca. Las pautas urbanizadoras y el crecimiento de las ciudades están aunadas por la evolución de los obreros y el aumento de la clase trabajadora. A partir del siglo XIX, con la revolución industrial acontecida en Inglaterra y propagada rápidamente al mundo, las poblaciones urbanas crecieron vertiginosamente: “En 1801 aproximadamente un décimo de la población de Inglaterra y Gales vivía en ciudades de 100 000 o más habitantes; hacia 1840 ese porcentaje se había duplicado; al final del siglo había vuelto a duplicarse” (Wolf, 1987, p. 435).

Este devenir de la urbanización dentro de las dinámicas de la industrialización y el mercado capitalista, ha sido el motor de cambios y luchas para un habitar más humano. Charles Fourier (1772-1837) caracterizaba a las ciudades inmersas en la civilización occidental, como nichos de desórdenes que debían ser corregidos. También, la distribución de las casas era parte de la propiedad privada, cuyos patrones se juzgaban por las clases sociales y su poder económico. Para solucionar dichos problemas, las casas debían ser colectivas, para favorecer el acceso a los servicios, y “... las relaciones mutuas” (Benevolo, 1992, p. 84).

La utopía urbanística de Fourier ideó el “Falansterio”, un edificio unitario sin precedentes en la ciudad o campo, el cual debía diferenciarse a las “... aldeas o suburbios, ocupados por familias que no tienen relación societaria alguna y actúan contradictoriamente; en lugar de ese caos de casitas que rivalizan entre sí en suciedad y deformidad en nuestros arrabales...” (Fourier en Benevolo, 1992, p. 86).

Para romper con dicha uniformidad y caos que produce malestares y deshumaniza la vida, el “Falansterio” se dividía por sectores con múltiples funciones:

... el centro del palacio o Falansterio debe destinarse a las funciones públicas, comedores, salas de consejo, de biblioteca, de estudio. En dicho centro se encuentra el templo, la *tour d'ordre*, el telégrafo, las palomas mensajeras, el *carrillon* de las ceremonias, el observatorio, el patio de invierno, adornado de plantas perennes y ubicado detrás del patio de actos (Ibíd., p. 86).

El orden del “Falansterio” era meticuloso, aislando esos espacios destinados al ruido, como los talleres, y los lugares donde se reúnen los niños y las personas ajenas al edificio para no perturbar las actividades y vida doméstica (Ibíd., p. 86).

La intención de construir el “Falansterio” en Francia fracasó por diversos motivos, entre ellos el de la financiación. Por muy paradójico que parezca, fue en Estados Unidos que las ideas urbanísticas de Fourier tuvieron un éxito moderado, donde una comunidad tomó el nombre de “Falange” y construyeron con mucho esfuerzo el “Falansterio”, que, apenas terminada la obra, fue destruido por un incendio el 2 de marzo de 1846 (Benevolo, 1992, p. 91).

En América Latina, esos “vacíos” en las planificaciones urbanas por parte del Estado, son aprovechados por las personas de bajos recursos para crear sus propios hábitats; así nacen los

barrios, barriadas, villas miserias y favelas, como autoconstrucciones de la urgencia y emergencia, surgiendo como esa “conquista del suelo urbano” (Ontiveros, 1999, p. 27) propiciado por la eclosión campo-ciudad, la acumulación de riquezas de la ciudad, y la “pauperización” del campo. “El barrio es una propuesta nacida de sus habitantes, con aciertos y desaciertos” (Ibíd., p. 27), cuya apropiación del espacio es desigual, haciendo “... uso de terrenos en pendientes, cerca de quebradas, debajo de puentes, alejados de sus zonas de trabajo y de zonas de recreación o de los espacios públicos de la ciudad” (Ibíd., p. 29).

A pesar de sus detractores, los barrios en América Latina son una realidad producto de la informalidad y vacío en las pautas urbanizadoras estatales (el cual, sin hacer apología de la pobreza, ha sido aprovechado por la creatividad de la gente). En Venezuela, los barrios urbanos son un fenómeno del siglo XX (Bolívar, 2016): “La historia de los barrios urbanos venezolanos ha estado ligada casi desde sus inicios a la intervención del Estado, ya sea para desalojarlos, proveerlos de un acondicionamiento básico o participar en su consolidación” (Ibíd., p. 65). Como dato anecdótico, en Venezuela con la dictadura de Pérez Jiménez (1952-1958) y el “Nuevo Ideal Nacional”, se decreta una “Guerra a los Ranchos” con la edificación de los llamados “Súperbloques” inspirados en Le Corbusier (Ibíd., p. 65).

Con los estados contemporáneos, dado el incesante crecimiento de la población y la necesidad de proveer lo que es un “derecho humano universal”, dan licencias a las empresas privadas para que acometan la responsabilidad de brindar viviendas dignas, creando nuevas formas de habitar. “A través de urbanismos interpuestos, toma a su cargo la construcción de alojamiento. Se inicia el periodo de los «nuevos barrios autosuficientes» y de las «nuevas ciudades»” (Lefebvre, 1978, p. 35).

Dichas «nuevas ciudades» crecen con la incipiente necesidad de dar alojamiento a tantas personas, con la mayor rapidez posible, pasando de la “reducción del habitar al hábitat” (Ibíd., p. 36) por las demandas de pisos para la población, haciendo que se pierda esa “Realidad urbana perceptible (legible) [...] calles, plazas, monumentos, espacios significativos” (Ibíd., p. 36) los cuales son usurpados por los espacios privados (centros comerciales), que proveen en su plasticidad los derechos de “hacer ciudad”.

Esas ciudades al calco (con sus claras identidades locales), las cuales funcionan, en muchos casos, de experimentos de ese “hacer ciudad”, poseen su propia lógica. La legibilidad de su orden y significación es perceptible, y aun cuando no lo posea *per se*, nos revela algo:

El desorden suburbano insinúa un orden: la oposición de los sectores de pabellones y de los conjuntos, que saltan a la vista. Esta oposición tiende a constituir un *sistema de significaciones* urbano incluso en la desurbanización. Cada sector se define (en y a través de la conciencia de los habitantes) por relación al otro, por su contrariedad al otro (Ibíd., p. 36).

Tales sistemas de significaciones son las vértebras de una racionalidad urbanística que opera sobre “... los diversos niveles de la realidad social” (Ibíd., p. 39). Pero, dichas operaciones no son tan discernibles en los mandatos desde el *poder*:

¿Procede de la empresa y la gestión de las unidades de producción? ¿Nace al nivel del Estado y la planificación? Lo importante es que constituye una *razón analítica* llevada a sus últimas consecuencias [...] La finalidad es objeto de decisión. Es una *estrategia*, justificada (más o menos) por una *ideología* (Ibíd., p. 39).

La finalidad de ese racionalismo es la *coherencia*. La misma va a reorganizar lo caótico de la realidad que observa. Y esa coherencia sistematizada (nacionalismo operacional) otorgará una

lógica del hábitat “... subyacente al desorden e incoherencia aparentes, que va a tomar como punto de partida de sus actuaciones coherentes hacia la coherencia real” (Ibíd., p. 40).

Dicha coherencia podemos verla transcrita en la ciudad, entre sus niveles internos y externos, perceptibles o no, como un texto urbano donde “... se transcribieron procesos globales y relaciones generales única y exclusivamente a través de las ideologías, interpretadas por tendencias y estrategias políticas” (Ibíd., p. 73-74).

La ciudad misma se hace un concepto de viabilidad donde se privilegia el progreso y se desdeña el propio espacio y su “... condición de posibilidad...” (De Certeau, 2000, p. 107). Sin embargo, esto nos deja múltiples lecturas: la ciudad-concepto de una racionalidad urbanística; la ciudad-objeto de dichas políticas funcionalistas y la ciudad-desecho de esos planes e ideas, la cual es construida y destruida (en la medida de lo posible) por sus propios habitantes, dejando las huellas perceptibles donde la “... ciudad sirve de señal totalizadora y casi mítica de las estrategias socioeconómicas y políticas... (Ibíd., p. 107).

Esa racionalidad y sus partes “visibles”, la podemos escindir en las formas en que operan en el urbanismo contemporáneo. Estas serían de tres órdenes, como se pueden apreciar:

Figura 2:

División del urbanismo moderno

RACIONALIZACIÓN DEL URBANISMO
a) El urbanismo de los hombres de buena voluntad (arquitectos, escritores): <ul style="list-style-type: none">• Vinculados a un humanismo (clásico o liberal)• Dosis de nostalgia

- Idealismo de modelo agrario: el pueblo, comunidad, barrio, etc.
- Pretender construir a «escala humana»
- Formalismo/esteticismo

b) Urbanismo de los administradores del sector público (estatal):

- Científico
- Sistemáticas (multidisciplinarias)
- Descuido del «factor humano»
- Urbanismo tecnocrático
- Ideología (primariedad de la técnica)
- Imbuida por los *centros de decisión* (el urbanismo vinculado a una visión global, con una filosofía, estrategias políticas y concepción de la sociedad particular)

c) El urbanismo de los promotores:

- Conciben y realizan para el mercado
- Con o sin ideología, el urbanismo se convierte en valor de cambio
- *Estrategia global*
- Ideología de la felicidad gracias al consumo

Fuente: Lefebvre, 1978, pp. 41-42.

Tal racionalidad no es un hecho aislado, azaroso. Podemos rastrear las pautas del urbanismo contemporáneo como heredero del urbanismo moderno, tras las reconstrucciones de las ciudades acometidas luego de la Segunda Guerra Mundial. La misma: “Se focalizó en un funcionalismo efficientista, dotado de un instrumento separador más que integrador (el zoning, los modelos) acentuado por la compartimentación de las Administraciones públicas y de los cuerpos profesionales” (Borja, 2000, p. 14), cuyo resultado “... ha sido casi siempre la aplicación de

políticas sectoriales en lugar de promover actuaciones que articulen la diversidad y la complejidad de las demandas” (Ibíd., p. 14).

Esa carencia de articulación de la ciudad y sus centros urbanos, segmentando los lugares de acuerdo a la distribución (y atribución) de un determinado espacio a una realidad social, además de la priorización de la ciudad y sus lugares más como valores de cambio, disminuyendo el valor del uso (Lefebvre, 1978), convierten al espacio público en un elemento residual (Borja, 2000).

Esa negación de la ciudad (Borja y Muxí, 2003), (des)configurada al ser mercantilizados sus espacios, revestidos de “ciudad emergente” (Ibíd., p. 29), donde proliferan los “productos” y se media el “encuentro” a través del consumo, sustituyendo la ciudad de intercambio, y negando las libertades y valores democráticos (Ibíd., p. 29).

De esta manera, al concebir a la ciudad como un *objeto* y un *producto* histórico, con sus lógicas temporales, debemos interpretar esa *coherencia* plasmada en esos códigos que se modifican y cambian por medio de sus intérpretes. Las mismas poseen diversas capas entre sus líneas, las cuales algunas no son del todo “transparentes”:

...lo que hay *bajo* el texto a descifrar (la vida cotidiana, las relaciones inmediatas, lo inconsciente de lo «urbano», lo que apenas se dice y, menos aún, se describe, lo que se oculta en los espacios habitados —la vida sexual y familiar— y apenas se manifiesta cara a cara), lo que hay *por encima* de este texto urbano (las instituciones, las ideologías) no puede descuidarse a la hora de traducir la información (Ibíd., p. 74).

Cabe acotar que dicha información obtenida de la ciudad, los centros urbanos y los espacios públicos, en nuestro caso del bulevar “Paseo La Marina”, aparecen organizados en dicha sociedad, la cual no puede separarse de la realidad (geográfica, demográfica, histórica, económica), y así obtener del lugar la «impregnación significante» (Verón, 1995, p. 129).

Por lo tanto, el caso de nuestra problemática abordada, la desidia del espacio público, específicamente en el bulevar “Paseo La Marina”, sería nuestra particular huella significativa. ¿A qué se debe? ¿Cuáles son sus causas? Pueden ser algunas de las muchas interrogantes posibles. Sin embargo, para descubrir las respuestas subyacentes a una racionalidad palpable, habría que operar desde la visión de un fenomenólogo, el cual sería “... como hilo conductor de las acciones encaminadas a la consecución de un propósito o resolutorias de problemas” (Habermas, 2002, p. 30).

Y al adentrarnos en esa racionalidad y hallar las preguntas necesarias para que surjan y se difundan, es decir, emerja una acción a partir de sus participantes, Habermas nos ejemplifica conceptualmente a través del *mundane reasoning*, el cual hace de *quid* de las condiciones dadas (entre una comunidad) para que pueda darse un consenso (comunicativo). Así:

El que una comunidad se oriente a sí misma en el mundo como algo esencialmente constante, como algo que es conocido y cognoscible en común con los demás, provee a esa comunidad de razones de peso para hacerse preguntas de tipo peculiar, de las que es un representante prototipo la siguiente: Pero ¿cómo es posible que él lo vea y tú no? (Pollner en Habermas, 2002, p. 31).

Por esta razón, nos iremos preguntando a lo largo de nuestra investigación sobre la desidia del bulevar “Paseo La Marina”: ¿Por qué él lo ve y ese otro no? ¿Acaso son realmente importantes las condiciones del espacio para que las personas se encuentren y disfruten? ¿Es un quiebre en la ciudadanía, la participación y el encuentro? O, ¿es un quiebre en la estética oficial? Por ahora, indagaremos sobre la modernidad y sus quiebres perceptibles (y vividos) en las ciudades.

II. 7.2. Los vacíos de la modernidad

La “modernidad” puede ser entendida, *grosso modo*, como la configuración de las instituciones y formas de comportamientos instaurados en la Europa post-feudalismo, pero que durante el siglo XX alcanzó un “... carácter histórico mundial” (Giddens, 1995, p. 26).

Los ejes de la modernidad son las relaciones sociales urdidas en los procesos de producción de la industrialización (el empleo de la fuerza física, mecánica, etc.), además del capitalismo, entendida como “... sistema de producción de mercancías que comprende tanto a los mercados de productos competitivos como a la transformación en mercancía de la fuerza de trabajo” (Ibíd., p. 27).

Entre los múltiples cambios acontecidos en el desarrollo de las ciudades impulsadas por la modernidad, fijamos especial atención en la “trama urbana”. Las ciudades tradicionales se remodelaron bajo medidas netamente funcionales, surgiendo las vías y autopistas como colonizadores del espacio urbano y su entramado, ensanchándose hacia las periferias, creando mosaicos urbanos que violentan la integridad urbana (Rangel Mora, 2002).

La confrontación entre la modernidad y la tradición lleva al quiebre de la ciudad en una segmentación y aumento de la desigualdad. Esto produce un resquebrajamiento del espacio público como eje integrador de los ciudadanos, como también, medidor eficaz de las articulaciones propias de la ciudad. Es que una ciudad que debilite sus espacios públicos, crea un malestar; la ciudad se siente amenazada, insegura. De este modo, “el espacio público es percibido como una amenaza” (Segovia, 2007, p. 17).

También, la vegetación sufre grandes cambios en la ciudad, haciendo “núcleos” de paisajismo donde se incorporan los requeridos espacios verdes para la vida:

Cuando el paisajismo no es implantado o no prospera, por razones ecológicas, de costos o mantenimiento, los espacios designados para ello se convierten en problemáticos espacios residuales, no sólo por daños a la imagen urbana sino por generar problemas de salubridad e inseguridad, al volverse infranqueables e inhóspitos (Rangel Mora, 2002, p. 43).

Esas brechas de aislamiento, incomunicación y segregación de las ciudades modernas, nos permiten comprender que “...no hay espacios sin dinámicas, sin sucesos y sin usuarios” (Ibíd., p. 45) y que debemos encontrar medidas eficaces para “... obtener un balance sobre la vida social y cultural en la ciudad moderna” (Ibíd., p. 45).

De la importancia de la modernidad para ampliar, construir y dar cabida a la multiculturalidad de las ciudades, cumpliendo, de alguna forma, con el precepto aristotélico de “... el hombre es algo que pertenece a la ciudad” (Aristóteles, 2012, p. 15), también la modernidad nos presenta crisis y colapsos ambientales tales como: alienación, delincuencia, condiciones subhumanas del hábitat, contaminación, reducción de las fuentes de agua, deterioro del paisaje natural y construido, entre otros (Rangel Mora, 2002, p. 45).

Las crisis manifestadas anteriormente en las ciudades no están escindidas de lo social, como a su vez, tampoco se pueden separar de los espacios urbanos. Dichas crisis pueden manifestarse debido a la:

Visión de la ciudad como un simple sistema funcional, y del espacio público como un neto elemento conector y de accesibilidad. Esto ha creado dispersión, ruptura de la continuidad urbana, desorientación e incontrolado sobredimensionamiento de los espacios abiertos, sin facilidad e interés por su mantenimiento; lo que los convierte, a muchos de ellos, en espacios residuales (Ibíd., p. 45).

Así, ese vaciamiento de la ciudad, de sus espacios, como también, cierta desconexión del ciudadano con su entorno, propicia el “...deterioro de los espacios urbanos tradicionales, por cambios de uso, mal mantenimiento deplorables condiciones ambientales, lo que incide en su poco uso, implantación del comercio informal, reducción de su espacio y deterioro del mismo” (Ibíd., p. 45). De esta manera, “El espacio público muerto es una razón, la más concreta, para que las gentes busquen en el terreno íntimo lo que se les ha negado en un plano ajeno” (Sennett, 1978, p. 25).

II. 8. SOBRE LA ESTÉTICA

Aunque se haga difuso (y hasta falso) buscar una definición de lo bello, la estética debe alimentar y satisfacer la curiosidad y ayudar a entenderla (Carritt, 1951). Esas expresiones sobre lo “bello” o lo “feo”, poseen un sentido que ha de ser descubierto por el que lo mire, lea o escuche. Tampoco podríamos afirmar que cualquier imagen, palabra o sonido son bellos. Entonces, debemos aproximarnos a delimitar qué encierra ese juicio (aunque sea muy complejo) “... para llamar bella a una cosa, éste debe ser ante todo significativo por virtud de su carácter sensible o por las imágenes sensibles que despierte en nuestra psique...” (Ibíd., p. 29).

Debemos comprender el “carácter doble” sobre lo que es “sensible”. Lo sensible posee una naturaleza propia, que, a su vez, es comprendida y significada, o al menos hay una posibilidad “... para llegar a ser significativo de algún modo para cualquiera de nosotros” (Ibíd., p. 30). Así, lo bello al no ser explicitado, tiene un carácter comunicativo, donde “Se dice lo que es bello, no lo que es *lo* bello” (Schuhl en Bayer, 2014, p. 29).

Pero lo sensible no solo debe ser significativo para nosotros; muchas cosas lo son sin tener esa cualidad “bella”. Palabras como: *jarrón, árbol, puerta*, nos llevan a ciertas imágenes que no necesariamente nos “impacten” o sean de nuestra admiración. Aunque, tal vez podamos darle un calificativo de bello a un jarrón japonés, a un araguaney o sakura (árbol de cerezo), y a una puerta de un catedral gótica. Es por ello que “No sólo tienen que ser significantes, sino sensiblemente significantes” (Ibíd., p. 31).

También, debemos resaltar la naturaleza “ambigua” de las cosas y de las posibilidades orgánicas para apreciarlas y juzgarlas en diferentes momentos o situaciones:

Entonces, estamos obligados a decir que no son las cosas físicas las que propiamente deben llamarse bellas, sino sólo las “ideas” que tenemos de ellas, los elementos sensibles que experimentamos al percibir las o recordarlas, o que formamos por la combinación de las sensaciones que recordamos; y lo que son estos ‘sensibles’ depende no sólo de los resultados de nuestros sentidos o del poder de retención de nuestra memoria, sino del grado y dirección de nuestro interés, condicionado en muy variadas maneras (Ibíd., pp. 31-32).

De este modo, la estética es una experiencia imbuida por muchos factores tanto físicos como orgánicos. Dependerá del ojo que vea, del oído que escuche, como del momento o situación de la persona, de su cultura y la sociedad. Y aunque “La belleza no es algo mensurable” (Muñoz en González y Blanco, 2013, p. 239) existe una estrecha vinculación fisiológica entre esa sensibilidad y la razón: “En lo que respecta al mundo cognitivo, en lo que se refiere a la orientación, la imaginación (reproductiva) está sujeta a la comprensión” (Heller, 1997, p. 122).

Esa comprensión inherente a la experiencia estética, nos puede llevar a la búsqueda de un “deber” del ser humano. Esa idea socrática de lo bello como algo “útil”, debe poseer y expresar un contenido que oriente hacia un “fin” (Bayer, 2014, p. 26). Sin embargo, las experiencias estéticas no tienen por qué moralizar al ser humano (Carritt, 1951, p. 44). Esta correlación parece conectarse al asociar lo estético con los sentimientos y una necesidad de “trascendencia” (Ibíd., p. 45). La “utilidad” de la experiencia estética no tiene por qué estar sujeto a lo trascendental, entendido como un sentimiento que está únicamente dirigido a Dios y a nuestras obligaciones morales (Ibíd., p. 45).

Esta concepción de lo “bello” con la *experiencia* y la *razón*, se construye y erige con el hombre “ilustrado”, donde hay las “Reglas esenciales de lo bello” (Diderot en Marchán Fiz, 1996, p. 19) que “...pasaron por nuestros sentidos para poder llegar a nuestro entendimiento” (Ibíd., p. 19).

Si lo estético tiene una propensión significativa, el cual nos lleve a la “verdad” (o al menos a la *verdad* propuesta por una obra determinada), entonces podría decirse que llegará unívocamente a todos los individuos sin ese “descubrimiento” *per se*: “... un objeto sensible (que llamaremos bello), ya sea percibido, recordado o imaginado, nos produce una experiencia estética cuando expresa para nosotros ciertos sentimientos que, por nuestra historia o naturaleza, somos capaces de abrigar” (Carritt, 1951, pp. 48-49).

La teoría kantiana del *sensus communis* no presupone una naturaleza innata a lo bello, sino que hay una *igualdad* que desarrollamos y potenciamos continuamente, donde la misma “... siempre puede ser movilizada, activada” (Heller, 1997, p. 123).

Entonces, en lo que respecta al espacio público, hay una estrecha vinculación entre las prácticas espaciales y la estética: el reconocimiento ciudadano, el encuentro y la integración a la ciudad, a sus espacios físicos y simbólicos merman dentro de hábitats marginados, descuidados, generando “... situaciones de *capitis deminutio* urbana” (Borja, 2003, p. 28). De esta manera, esa identidad de la ciudad es manifestada por sus espacios físicos, sus imágenes y símbolos, que a su vez son interpretados, consumidos y transformados por sus habitantes dentro de un determinado contexto.

La ciudad sin estética no es ética; el urbanismo es algo más que una suma de recetas funcionales; la arquitectura urbana es un plus a la construcción. El plus es el sentido, el

simbolismo, el placer, la emoción, lo que suscita una reacción sensual. La ciudad del deseo es la ciudad que se hace deseable y que estimula nuestros sentidos (Borja, 2003, p. 28).

En suma, “... no hay nada bello en sí; lo que puede ser expresivo para uno, no lo es para otro” (Carritt, 1951, p. 49). Las experiencias estéticas están en consonancia con los individuos, expresando y significando tanto en sus coincidencias como en las diferencias.

Así concluimos el corpus teórico de la presente investigación. En el siguiente capítulo, abordaremos los andamios que nos harán posible aprehender la desidia del espacio público, en nuestro caso, en el bulevar “Paseo La Marina”. Es por ello que detallaremos el método utilizado (cualitativo), el eje metodológico pertinente en nuestra investigación (etnografía-observación flotante-entrevistas-fotografía), así como explicaremos el razonamiento de su aplicabilidad en nuestro estudio y por qué ha sido seleccionado para el mismo.

CAPÍTULO III

MARCO METODOLÓGICO: LOS ANDAMIOS DE LA INVESTIGACIÓN

III. 1. EL MÉTODO CUALITATIVO

Entendemos método como “... el modo en que enfocamos los problemas y buscamos las respuestas” (Taylor y Bogdan, 1987, p. 15). Dos fuertes paradigmas que han guiado las teorías en las ciencias sociales son el *positivismo* y el *fenomenológico*. El primero tiene sus inicios en el siglo XIX con Comte y luego ya en el siglo XX con Durkheim. Para los *positivistas*, lo relevante son los “... hechos o causas de los fenómenos sociales con independencia de los estados subjetivos de los individuos” (Ibíd.).

Por su parte, la fenomenología tiene una larga tradición teórica tanto filosófica como sociológica desde las primeras décadas del siglo XX, donde se puede definir al fenomenólogo por su búsqueda de *entender* los marcos de esos fenómenos sociales a través de los propios actores (Ibíd., p. 16). La sociología fenomenológica busca la “... aprehensión de las estructuras generales del mundo de la vida, buscando en las actividades interpretativas que caracterizan a las actividades rutinarias cotidianas los procedimientos con que los individuos renuevan en cada sazón la apariencia objetiva de un orden social” (Habermas, 2002, p. 178).

Esa necesidad de comprender al mundo, cómo se experimenta y percibe por medio de los actores sociales, porque “La realidad que importa es lo que las personas perciben como importante” (Taylor y Bogdan, 1987, p. 16), es lo que la perspectiva fenomenológica busca entender, a través de la observación participante, las entrevistas y notas, para así describir y generar “datos”. De esta manera, el método cualitativo nos es pertinente para nuestra investigación sobre el “Paseo” debido a que por medio del mismo se pueden recoger datos

descriptivos, "... es decir, las palabras y conductas de las personas sometidas a la investigación. Su tema es el estudio fenomenológico de la vida social" (Ibíd.).

Así, nuestra investigación se afianza en este tipo de método, el cualitativo, para evaluar el escenario social (en nuestro caso el bulevar "Paseo La Marina"), para captar los sentidos dentro de ese determinado contexto, otorgados por los usuarios de dicho espacio público. Esto nos brindará los significados auténticos de los fenómenos sociales tejidos en dicho espacio, a partir de las formas de interacción entre los individuos y el entorno.

La investigación cualitativa también nos permitirá tener como eje metodológico la "observación flotante" (la cual será explicitada más adelante como parte de la reflexividad del *quehacer* antropológico) siendo importante por lo dinámico en su forma y por lo que abarca para delinear las interpretaciones tan cambiantes suscitadas dentro del contexto en el "Paseo".

Pero, una investigación no puede basarse solamente en la observación; son muchas las cosas que se escurren y escapan de esas realidades. Por ende, para apoyar esas observaciones prolongadas, minuciosas, tomamos notas en el campo, como también la fotografía nos es pertinente como técnica para recabar información y captar parte de una historia que se diluye en el tiempo:

... la fotografía, al captar un instante, retiene, entre otras muchas cosas, situaciones cambiantes o susceptibles al cambio. Esto permite la comparación y comprensión de hechos y aspectos históricos, biológicos y sociales; permite contemplar los cambios ocurridos en una sociedad concreta y capta también momentos de síntesis (Dorronsoro, 1986, p. 384).

A su vez, esa observación directa *en* el “campo” estaría incompleta si no indagamos por medio de entrevistas *no estructuradas* de tipo *abiertas* para conocer por medio de los usuarios del “Paseo” sus realidades, donde dicho espacio público funge como escenario para plantear y (re)construir las situaciones de sus actantes. De esta manera, la observación, por un lado, nos mantendrá en un *adentro* del escenario, mientras que las entrevistas harán de ese observador un ser que *interactúa* con esos actores sociales.

Por otra parte, la investigación que tiene como marco la metodología cualitativa, parte de un núcleo teórico. Es decir, esos temas son las pistas de la propia investigación, siendo fundamentales las claves teóricas expuestas en el segundo capítulo (identidad, apropiación, memoria espacial, ciudadanía y estética) para abordar el “campo” con una mayor precisión.

Para abonar esas claves teóricas que son las llaves de nuestro estudio, debemos también sostenernos en la técnica documental. La investigación cualitativa de tipo documental se entiende como “... el estudio de problemas con el propósito de ampliar y profundizar el conocimiento de su naturaleza, con apoyo, principalmente, en trabajos previos, información y datos divulgativos por medios impresos, audiovisuales o electrónicos” (Hernández, 2006, p. 20).

La importancia de la técnica documental es la revisión profusa, sistemática y guiada de selección de materiales bibliográficos, hemerográficos y electrónicos, el cual nos permitió introducirnos a la aproximación de un estudio urbano para la (de) construcción de la desidia en el bulevar “Paseo La Marina”. “El investigador de campo se orienta a partir de la teoría” (Malinowski, 1973, p. 27). Así, la importancia de la documentación como ventanas a un mundo por interpretar, es que “La originalidad del estudio se refleja en el enfoque, criterios,

conceptualizaciones, reflexiones, conclusiones, recomendaciones y, en general, en el pensamiento del autor” (Hernández, 2006, p. 20).

Las otras dos técnicas por resolver, la observación flotante como inicio para hacer etnografía del “Paseo”, y las entrevistas, las explicitaremos a continuación en el *quehacer* u oficio antropológico.

III. 2. EL *QUEHACER* ANTROPOLÓGICO

III. 2.1. La antropología *inmersa* en lo urbano

Debido a que nuestra investigación tiene como marco lo urbano, la evolución del mismo, su expansión, permanencia y ausencia, además de las ensoñaciones de los urbanitas, será el escenario de las significaciones otorgadas por los actores sociales.

Los cambios de la ciudad y lo urbano nos indican los usos y apropiaciones y *lógicas* temporales de sus monumentos y estructuras, entre ellos las calles, plazas, bulevares, etc. Dichas transformaciones son debidas a la vulnerabilidad de los mismos dentro de un contexto en particular (como en nuestro escenario nacional de crisis económica, política y social), y a una diversidad de intereses, permitiendo leerse entre sus intersticios los “vacíos” de sus intérpretes.

Esas alteraciones pueden reflejarse *in situ* o pueden ser registradas o evocadas por el recuerdo de sus cambios. Entendiendo que la ciudad es un laboratorio perenne, cuyas transformaciones están inmersas dentro de un periodo de tiempo específico, con sus convulsiones políticas, sociales y culturales, un estudio de la misma está inmerso en esas redes profundas.

De esta manera, la antropología urbana o una antropología *de lo urbano*, “... sería, pues, una antropología de configuraciones sociales escasamente orgánicas, poco nada solidificadas, sometidas a oscilación constante y destinadas a desvanecerse enseguida” (Delgado Ruiz, 1999a, p. 12).

Esta antropología sumergida en lo urbano, está en constante realización; se va estructurando a su paso, sin concretarse ni edificarse del todo, sino que se va ordenando, derribando y volviendo a surgir ante nuestros ojos, porque es “...sólo una tarea” (Ibíd.).

Entonces, el investigador deberá agudizar la mirada sobre los actuantes, en nuestro caso del “Paseo”, para obtener esas inquietudes respecto a la naturaleza de la apropiación espacial, usos e identidad del mencionado espacio.

El largo y fructífero debate en los quehaceres sociológicos y antropológicos interesados en los estudios urbanos, seccionan el trabajo de ambas disciplinas, teniendo al estudio sociológico de la ciudad como escenario tomado a grandes rasgos, mientras que el antropólogo se *sumerge* en la ciudad (Geertz en García Canclini, 1995, p. 74).

Esto hace que las dudas de nivel metodológico se amplíen al nivel epistemológico: “¿Quién habla cuando un sujeto interpreta su experiencia: el individuo, la familia, el barrio o la clase a las cuales pertenecen?” (García Canclini, 1995, p. 74).

Sin embargo, los predios “originarios” (¿o legados?) de la antropología, como lo íntimo, lo cotidiano, ya no es una tarea intrínseca a la disciplina. Lo intrínseco a la antropología es “... la antigua preocupación por el otro y por los otros” (Ibíd., p. 80).

De esta manera, el escenario urbano, y en específico, el espacio público, nos sirve de reflejo de la multiculturalidad en la sociedad, es decir, de la reunión de esos “otros” en un todo. Esto no es un simple pretexto para evaluar, entender y explicar las formas de socialización de los ciudadanos, ya que “...interrogarse por el sentido de la ciudad es explorar la estructura y la desestructuración de formas demográficas, socioeconómicas y culturales que tienen cierta *realidad* objetivable” (Ibíd., p. 90).

Esas estructuras o desestructuras son recreadas, visibilizadas por las formas de representación de los sujetos en un determinado entorno. Así, *percibimos* la lógica de las estructuras sociales (Ibíd., p. 90). Entonces, el antropólogo es el puente de la “... intersección entre los hechos y los

discursos” (Ibíd., p. 90), siendo el intermediario entre lo dicho y lo constatado, en donde: “Ambos tienen una cierta consistencia que les da su relativa objetividad y hace posible el análisis científico, pero a la vez ambos —hechos y discursos— están organizados por un régimen imaginario, cuyo sentido no se agota en la apariencia objetiva” (Ibíd., p. 91).

Entonces, ante la pregunta: “¿Quién habla en los libros de antropología? [...] Lo que habla, más que un agente social, es una diferencia, una grieta, una búsqueda del Otro y de lo Otro” (Ibíd., p. 91).

Estas narraciones, *ficciones*, relatos surgidos producto de la relación investigador-investigado, nos hace contrastar esos tiempos, penetrar esa narrativa individual y colectiva, modeladas por la memoria y el olvido (Augé, 1998).

Consecuentemente, indagamos sobre esas *grietas* palpadas por el antropólogo, a partir del trabajo de campo etnográfico, la cual se engloba para describir los fenómenos sociales con que se encuentre el investigador en una determinada sociedad. Hemos reflexionado sobre los métodos de los cuales echa mano el antropólogo para su investigación, como también presentamos nuestros métodos para una aproximación al estudio del espacio público urbano, bulevar “Paseo La Marina”.

III. 2.2. La etnografía

Debido a la prolífica definición de la etnografía, debemos limitar sus enfoques. “Ella corresponde a las primeras etapas de la investigación: observación y descripción, trabajo sobre el terreno (*field-work*)” (Lévi-Strauss, 1970, p. 318). Esa humilde tentativa de acercamiento conceptual a la etnografía, se amplía de la siguiente manera: “... la etnografía abarca también los métodos y técnicas referentes al trabajo de campo, a la clasificación, descripción y análisis de fenómenos culturales particulares (ya se trate de armas, útiles, creencias o instituciones)” (Ibíd.).

La etnografía posee una triple acepción: enfoque, método, texto (Guber, 2012, p. 16), los cuales representan tres niveles de comprensión: el primario o “reporte”, trata del “¿Qué?” ha sucedido; el segundo nivel trata de la “explicación”, el “porqué”, y, por último, la “descripción” desde la perspectiva de los propios actores, que viene siendo el “cómo es” (Ibíd.).

La etnografía se nos hace los andamios de un edificio (o casa) invisible. El abordaje por medio de teorías, ideas y concepciones (aunados por los grandes silencios del des-conocimiento) es la parte “artesanal”: busca ensamblar un *corpus* teórico cuya aproximación es siempre lenta. El tempo etnográfico es una suma paulatina de experiencias, hechos y “revelaciones” ajustadas por los actores sociales. Es decir, el antropólogo es el “mediador” de los conocimientos de los miembros de una comunidad, barrio, etc., siendo el *intérprete* de esos saberes. “El investigador debe, pues, aprehender las estructuras conceptuales con que la gente actúa y hace inteligible su conducta y la de los demás” (Ibíd., p. 18).

El investigador, a partir de su propia ignorancia al sumergirse en otras realidades, busca exorcizar ese aparente exotismo de esas vidas (a través de su lente y del otorgado por los actores sociales) para universalizar las experiencias humanas. “La etnografía como enfoque no pretende

reproducirse según paradigmas establecidos, sino vincular teoría e investigación y favorecer así nuevos descubrimientos” (Ibíd., p. 22).

De esta manera, nuestra investigación en el “Paseo” nos permitió relacionar lo esquematizado en la teoría, con las claves tomadas, que, como guía, nos permitió abordar realidades presentadas en su multiplicidad. Así, la etnografía en dicho espacio público es el producto de la observación acuciosa y disciplinada entre las relaciones espacio-usuarios, la cual es presentada como un análisis descriptivo de lo percibido en el bulevar, de lunes a domingos, en sus tres temporalidades: mañana, tarde y noche.

Sin embargo, esos descubrimientos constantes han sido presentados a partir de un enfoque central (y tradicional) en el trabajo etnográfico: la observación participante. La doble vertiente observar y participar es “... zambullirse en la subjetividad de las vidas cotidianas [...] es lo que nos permite encontrar el sentido, comprender, lo que mueve y orienta las prácticas sociales y la cotidianidad de las personas” (Pujadas, 2010, p. 70). Mientras que, para sumergirnos a la fluidez del estudio urbano, optamos por definir (y aplicar) la observación flotante.

III. 2.3. De la observación participante a la observación flotante

La aparente falta de sistematicidad del método etnográfico, propició el desarrollo de una técnica propia para obtener y recabar la información del campo: la observación participante. La importancia de la observación participante es que resulta el eje del trabajo de campo para perfilar la investigación. De esta forma, "... el objetivo de la observación participante ha sido detectar las situaciones en que se expresan y generan los universos culturales y sociales en su compleja articulación y variedad" (Guber, 2012, p. 52).

Esta doble articulación (la del observador/participante) nos revela que, por un lado, la observación es un *afuera* que hace del investigador un ser ajeno de la sociedad abordada, mientras que, por otro lado, la participación "... pone el énfasis en la experiencia vivida por el investigador en relación con su objetivo de integrarse a la sociedad estudiada" (Ibíd., p. 53).

La dificultad de la observación participante es que el investigador debe aprender a *ver*; a sumergirse en la realidad social que quiere abordar y describir, y ser acucioso con esos elementos simbólicos y significados de los informantes y actores sociales en general (Pujadas, 2010):

Principalmente, la observación participante busca la comprensión por parte del investigador de todo el conjunto de elementos culturales que constituyen la *racionalidad* con que los actores sociales actúan, el sentido que dan a sus acciones, sus metas y anhelos personales y de grupo (Ibíd., p. 76).

La singularidad de esa articulación de observar y participar:

... desde la alteridad de otra sociedad, constituye una práctica científica orientada a interpretar no sólo esta alteridad, sino también la propia identidad cultural del

observador, el cual, constantemente, durante el proceso etnográfico, va confrontando lo propio y lo ajeno. Observar los procesos culturales y participar, por otra parte, nos da pie a enfrentarnos a la compleja interpretación de los procesos globales (Pujadas, 2010, p. 88).

Por otra parte, se debe tener ciertas estrategias concretas para desentrañar los fenómenos sociales que se presentan en un espacio público urbano como es en nuestro caso el bulevar “Paseo La Marina”. En un escenario urbano los fenómenos sociales acontecen en “parcelas”, fragmentos, sin la necesidad de una zambullida “total” con un determinado grupo. De esta manera, el etnógrafo en la ciudad o en lo urbano realiza una inmersión “parcial”, donde ejerce una *observación activa* por la brevedad de los encuentros con los actores sociales y sujetos de interés (Monnet, 2002).

Por consiguiente, la *observación flotante* representará la mejor iniciativa para abordar y captar, para luego describir esas realidades de aparente inconexión e inestabilidad, (re)construyéndose permanente y (re)creándose instantáneamente con cada mirada.

De esta forma, la *observación flotante*:

Consiste en mantenerse en toda circunstancia vacante y disponible, a no inmovilizar la atención sobre un objeto preciso, sino a dejarla ‘flotar’ a fin de que las informaciones penetren sin filtro, sin un a priori, hasta que los puntos notables, de convergencias, aparezcan y por ellas se pueda llegar a descubrir las reglas subyacentes (Péttonet en De la Peña, 2010, p. 91).

Esta fórmula proporciona más peso a la observación que a la participación. Por ende, “...la *observación flotante* consistiría en deambular sin meta precisa y dejarse llevar por los encuentros

del momento, o sea, tener la mirada vacante y disponible independientemente de la circunstancia” (Monnet, 2002, p. 24). Así, dicha aproximación, adaptándose a lo que acontece, buscando tomar lo difuso, lo mutable, lo que se presenta en su liquidez y se diluye (y no olvidemos que deja sus restos exiguos, sujetos a una interpretación constante), se nos hace como un pintor que, frente a su objeto, va untando pintura, uniendo paulatinamente un gran lienzo que se construye a trazos. Esta forma de abordaje en un espacio público urbano en desidia, con su contexto social, económico y político particular (sin perder sus esferas nacionales y hasta globales), cuyos fenómenos sociales se presentarán en la cotidianidad de los actores sociales, nos sumerge en una aproximación empírica *flexible* (De la Peña, 2010, p. 92):

...el anonimato que permite al indagador formar parte de una realidad en movimiento, fragmentada y en constante transformación; es uno de los recursos más útiles para la práctica de la observación flotante, pues le permite moverse de un lado a otro del escenario en busca de las externalidades en las que se traduce la interacción en los espacios públicos (Ibíd.).

La contrariedad de ese acercarse y alejarse, salir a escena (el etnógrafo como un indagador, curioso, observador y hábil preguntador) y volver al anonimato, va a ser una constante en nuestro estudio sobre el “Paseo”.

Para nuestra investigación, no todos los actores sociales nos evidenciarán los puntos que queremos abordar. Es decir, hay una notable separación en bloques: para desentrañar los signos de apropiación y uso del espacio público, así como el “valor” de la estética, los usuarios tanto cotidianos como irregulares nos proporcionarán muestras del sentido y significación del mencionado espacio para ellos. Pero, por otra parte, para descubrir la memoria espacial en

relación al citado bulevar, como también los rasgos identitarios, solo los actores sociales que activamente visitan el “Paseo”, es decir, los usuarios cotidianos y regulares, nos podrán dar señales de apego (o desapego), así como historias asociadas y vinculadas al espacio.

III. 2.4. Sobre el campo

La etnografía, como muchas disciplinas, tiene un “campo” o “terreno” donde emplear sus métodos, pero que, a diferencia de la geología, entre otras, posee una marcada diferencia. El trabajo de campo, a partir de Malinowski, se fijó como una *residencia* localizada (Clifford, 1999, p. 34), cuyo periodo de tiempo puede ser de dos años o tres, durante estancias fraccionadas. “... el ideal primordial y básico del trabajo etnográfico de campo es dar un esquema claro y coherente de la estructura social y destacar, de entre el cúmulo de hechos irrelevantes, las leyes y normas que todo fenómeno cultural conlleva” (Malinowski, 1973, p. 28).

De esta forma, el “campo” es entendido como “... un ideal metodológico y como un *lugar* concreto de actividad profesional” (Clifford, 1999, pp. 34-35) el cual posee “... un conjunto de prácticas discursivas” (Ibíd., p. 35).

El trabajo de campo “... está ligado a la tierra, íntimamente comprometido con el paisaje natural y social” (Ibíd., p. 71), siendo un lugar y/o espacio corporizado, que, hacia fines del siglo XIX, tomó preponderancia en las investigaciones profesionales, siendo el vínculo y el contraste con la teoría, cumpliendo tres requisitos indispensables “... circunscripto, empírico e interactivo” (Ibíd., p. 72).

A partir de la noción de “práctica espacial” (De Certeau en Clifford, 1999, p. 73) se construye un itinerario “borrado” en la concepción tradicional de campo:

... el ‘espacio’ nunca es algo ontológicamente dado. Surge de un mapa discursivo y de una práctica corporal. Un barrio urbano, por ejemplo, puede establecerse físicamente de acuerdo con un plano de calles. Pero no es un espacio hasta que se da una práctica de

ocupación activa por parte de la gente, hasta que se producen los movimientos a través de él y a su alrededor (Clifford, 1999, p. 73).

Entonces, el investigador trazará su propio mapa social (conforme vea sus prácticas, usos y apropiaciones) del “campo” abordado. Tan solo se conformará con tomar “fragmentos” de esas transformaciones que se presentan. De este modo, el trabajo de campo representa un viaje a un espacio y/o lugar determinado (como el nuestro, al bulevar “Paseo La Marina”), con su relación *adentro* y *afuera*, el cual tiene un periodo “normado” de recolección de “datos” etnográficos. Pero estas prácticas se han diversificado, diluyendo esa imagen de “campo” como la “carpa en la aldea” malinowskiana (Ibíd., p. 75).

Sin importar los cambios concedidos y practicados en la tradicional forma de *ir* y *estar* en el “campo”, “... el trabajo de campo antropológico ha exigido que uno haga algo más que atravesar el lugar. Es preciso algo más que realizar entrevistas, hacer encuestas o componer informes periodísticos” (Ibíd., p. 79).

Ese algo más que hace el etnógrafo vendría siendo estudiar y detallar “... la forma según la cual las personas que utilizan el espacio, lo readeúan y cómo los individuos redefinen sus relaciones, habilitando, invirtiendo, recomponiendo su espacio” (Augé, 2001, p. 98).

En nuestro caso de investigación del bulevar “Paseo La Marina”, nuestro “campo” sería un espacio urbano, donde debemos ser acuciosos al leer, percibir e indagar sobre las prácticas espaciales, sus formas de uso y apropiación, además de comprender el “valor” de la estética para los usuarios. Y ante la pertinente pregunta ¿Por qué el “Paseo” como marco de estudio? Debido a que su escenario, como el telón de fondo donde interactúan los actores sociales en su cotidianidad, está poco favorable en su materialidad, nos percatamos que ese abandono solo es

físico; las personas siguen, más o menos, asistiendo a realizar ejercicios, a encontrarse o simplemente a pasar el rato.

En cuanto al periodo de nuestra inmersión en el “campo”, con las citadas idas y venidas, el adentro y el afuera, se prolongaron alrededor de un (1) año de manera intermitente. Los primeros tres meses fueron de tentativa, de (re)conocer y *leer* el espacio; de indagar y presenciar sus imparables cambios. Mientras que los últimos tres meses, fueron de recolección y recopilación de “datos” etnográficos. Entonces para el investigador: “El espacio, además, existe esencialmente a sus ojos por las prácticas humanas de que ha sido o será objeto. Son éstas las que permiten cualificarlo como estético o funcional, como profano o sacro, como público o privado” (Ibíd., p. 99).

III. 2.5. Sobre las notas de campo

El etnógrafo al estar inmerso en una realidad “extraña” a la suya, con una lengua que no maneja y códigos simbólicos que se le escapan de su entendimiento, puede sentirse frustrado y deprimido ante la “lentitud” del avance investigativo:

Recuerdo muy bien las largas visitas que rendí a los poblados durante las primeras semanas, y el descorazonamiento y la desesperanza que sentía después de haber fallado rotundamente en los muchos intentos, obstinados pero inútiles, de entrar en contacto con los indígenas o de hacerme con algún material. Tuve períodos de tal desaliento que me encerré a leer novelas como un hombre pueda darse a la bebida en el paroxismo de la depresión y el aburrimiento del trópico (Malinowski, 1973, p. 22).

Para encontrar, como Malinowski, el sentido de la vida de un determinado grupo y hallar ese tesoro científico oculto, vedado “... la autonomía y las peculiaridades culturales y mentales de los indígenas” (Ibíd., p. 23), que en nuestro estudio sobre el espacio público urbano es el sentido y significado de los actores sociales en el “Paseo”, los *urbanitas*, sus formas de apropiación, uso y formas de interacción dentro de dicho contexto, es un proceso arduo de recolección, manejo y transcripción de los “datos” hallados. “Cuanto más problemas se plantee sobre la marcha, cuanto más se acostumbre a amoldar sus teorías a los hechos y a ver los datos como capaces de configurar una teoría, mejor equipado estará para su trabajo” (Ibíd., p. 26).

Debido a que el material del etnógrafo es el más escurridizo, el propio ser humano (Ibíd., p. 29), la observación participante (y en nuestro caso flotante) depende de las notas del campo, y éstas deben ser completas, precisas y detalladas (Taylor y Bogdan, 1987, p. 74).

Las notas del campo son la correspondencia fiable entre la observación participante (y flotante) y las entrevistas realizadas a los individuos e informantes. Estas deben ser acuciosas tanto en el inicio del trabajo de campo, durante la etapa previa como en la finalización. Es un trabajo disciplinado sino compulsivo (Ibíd.), debido a que “Para el etnógrafo, la solución consiste en recoger datos concretos de pruebas testimoniales y forjar sus propias deducciones y generalizaciones” (Malinowski, 1973, p. 29).

Para nuestra investigación en el “Paseo”, las notas del campo son relevantes debido a la multiplicidad de hechos y *situaciones* que puedan darse en un escenario como lo es un espacio público urbano. Estos hechos se presentarán con sus luces y sombras, para develar y dar unidad a la investigación. Es por ello que debemos registrar la estructura del espacio, las formas de territorialidad y apropiación de los usuarios (esos *mapas* que recorren los individuos con sus pies y corazón), los usos, acciones, acontecimientos, indicios que se muestren (y hasta, en una primera instancia, se nos oculten), en definitiva, seguir la regla de “...si no está escrito, no sucedió nunca” (Taylor y Bogdan, 1987, p. 75).

III. 2.6. Algunas consideraciones sobre el *viaje*

El “viaje” es una parte fundamental del trabajo de campo (disciplinado e institucionalizado). Este ha sido vital para las expediciones de comerciantes, misioneros, exploradores y literatos “exóticos” para empaparse de “otras” realidades:

El ‘viaje’, tal como utilizo el término, abarca una variedad de prácticas más o menos voluntaristas de abandonar ‘el hogar’ para ir a ‘otro’ lugar. El desplazamiento ocurre con un propósito de ganancia: material, espiritual, científica. Entraña obtener conocimiento y/o tener una ‘experiencia’ (excitante, edificante, placentera, de extrañamiento o ampliación de horizontes) (Clifford, 1999, p. 88).

El etnólogo como un viajero, pero que a diferencia de la “fugacidad” del paso del segundo, se asienta un periodo de tiempo más prolongado en un lugar y/o espacio determinado (Augé, 2001, p. 55), y el cual tiene como tarea “Observar una sociedad y una cultura intentando comprender a la vez su unidad y su diversidad, identificar sus mecanismos menos visibles, que son los menos conscientes” (Ibíd.).

En nuestra investigación, el “viaje” alcanza otro matiz, constituyendo un hecho cotidiano; atravesar el “Paseo” cada día en sus dos polos: mañana y tarde-noche. Esto se debe a que la configuración del “campo” en la ciudad o espacios urbanos se establece a partir de ese *ir* y *venir*, de ese internarse y salir del “terreno”, el *adentro* y el *afuera* constante, sin una permanencia “fija”.

III. 2.7. Las entrevistas

Dentro del enfoque de la doble vertiente observador/participante (y también en nuestro caso, *flotante*), la entrevista aplicada a lo etnográfico, no es otra cosa sino una estructuración consensuada de la observación en sí. Así, “La entrevista es, entonces, una relación social a través de la cual se obtienen enunciados y verbalizaciones en una instancia de observación directa y de participación” (Guber, 2012, p. 70).

Es que las entrevistas en el trabajo de campo:

...nos permite acceder al nivel de información de lo que hacen y dicen las persona, el *qué*, las entrevistas representan, en cierta medida, un paso adelante en la profundización de la observación al hacer posible ampliar la información sobre lo que hacen las personas estudiadas y, más aún, sobre *por qué* lo hacen (Roca i Girona, 2010, p. 89).

Es que, para llegar a esas capas profundas de información por medio de las entrevistas, es una práctica que toma tiempo. Para no hacer de la persona a entrevistar una mera “fuente de datos”, es necesario abordarla con tacto, hasta romper esa ansiedad e intimidación, hacer una justa y lúdica transacción de naipes (Sennett, 1978, p. 19).

Para nuestra investigación decidimos realizar entrevistas *no estructuradas*, de carácter flexible y dinámico. Sin embargo, esto no quiere decir que esté prescrita de cierta *desestructuración* y/o vaguedad. Por el contrario, las entrevistas no estructuradas poseen una dinámica donde el investigador conoce muy bien lo que quiere preguntar, pero que cuyas respuestas del entrevistado y/o informante permiten ampliar y alimentar esa búsqueda. Es decir, este tipo de preguntas son *reflexivas*, donde el etnógrafo posee una guía delimitada de temas que quiere abordar, pero que la importancia de:

Estos encuentros están dirigidos a la comprensión de las perspectivas que tienen los informantes respecto de sus vidas, experiencias o situaciones, tal como las expresan con sus propias palabras. Estas entrevistas, idealmente, pretenden seguir el modelo de una conversación entre iguales y no de un intercambio formal de preguntas y respuestas. El investigador no sólo tiene interés en obtener respuestas, sino también en aprender qué preguntas debe hacer y cómo las ha de hacer (Roca i Girona, 2010, p. 90).

De esta manera, en las entrevistas *no estructuradas*, el entrevistador posee una línea de temas a abordar, pero cuyas preguntas son dirigidas ejerciendo “...un control mínimo sobre las respuestas de su informante, que es quien realmente dirige la entrevista y quien tiene la iniciativa” (Ibíd., p. 91).

Esta forma de entrevista permite que el entrevistado pueda agotar el tema por su cuenta, sin los límites tácitos del entrevistador; ese mecanismo “... trata de dejar que el informante hable utilizando sus propias expresiones sobre los temas que interesan al investigador, animándolo a hacerlo libremente y extensamente, a construir él mismo un discurso, su discurso” (Ibíd.).

Lo importante de este tipo de entrevistas es que se moldean a la psicología de cada entrevistado, “sacando” información de manera “genuina”, flexibilizando sus enfoques, respuestas, motivaciones e inquietudes, adaptándolo a sus tiempos, sin perder el *foco* de la investigación.

A su vez, para nuestra investigación, esas entrevistas no estructuradas de tipo *abierta* poseen una guía que abarca cinco categorías para abordar, primeramente, a través de la observación de los usuarios del “Paseo” para revelarnos sus pautas de uso y prácticas espaciales, y segundo, pero no menos importante, para conocer de los propios actores sociales los *sentidos* de dichas

prácticas espaciales: *apropiación del espacio, identidad, memoria espacial* respecto al bulevar “Paseo La Marina”, *estética y ciudadanía*.

De esta forma, la guía de preguntas para las entrevistas abiertas como fuente primaria (correlacionada con la observación flotante), se inicia con una serie de datos concretos de los usuarios del “Paseo”: Nombre, edad, lugar de residencia, ocupación. Luego de obtener dichos “datos” de los propios usuarios del “Paseo”, la guía se estructura de la siguiente manera:

Figura 3:

Categorías de análisis y preguntas de la investigación

CATEGORÍAS	PREGUNTAS
APROPIACIÓN DEL ESPACIO	<ol style="list-style-type: none"> 1. ¿Qué es para usted el “Paseo”? 2. Frecuencia que hace del “Paseo” y horario 3. Viene solo/a o acompañado/a ¿Por qué? 4. Importancia de asistir al bulevar 5. ¿Cree que el bulevar es un lugar para el encuentro y la recreación? ¿Por qué? 6. Para usted, ¿qué necesita el paseo?
IDENTIDAD	<ol style="list-style-type: none"> 1. ¿Por qué asiste al “Paseo”? 2. ¿Cuánto tiempo permanece en el bulevar? 3. ¿Qué actividades realiza en el bulevar? 4. Frecuencia con que hace uso del bulevar 5. ¿Realiza actividades grupales en el bulevar? 6. Si es afirmativa, ¿cuáles? Si es negativa, ¿por qué? 7. ¿Tiene un lugar predilecto en el bulevar? 8. ¿Cómo describiría al bulevar? 9. ¿Por qué visita el bulevar y no otro espacio público? 10. ¿Para usted es importante tener espacios como el bulevar? Si es afirmativa o negativa, ¿por qué?

	<p>11. ¿Se identifica con el bulevar? Si es afirmativa o negativa, ¿por qué?</p> <p>12. ¿Qué emociones le hacen sentir estar en el “Paseo”?</p>
<p>MEMORIA ESPACIAL RESPECTO AL BULEVAR</p>	<p>1. ¿Desde cuándo asiste al “Paseo”?</p> <p>2. Si es un tiempo prolongado, ¿cómo era el bulevar de antes?</p> <p>3. Actividades que identifica del bulevar de antes.</p> <p>4. Similitudes o diferencias del bulevar de antes con el de ahora</p> <p>5. ¿Cómo compararía el bulevar de antes con el de ahora?</p> <p>6. ¿Cómo percibía ese bulevar de antes?</p> <p>7. ¿Cómo percibe el “Paseo” de ahora?</p> <p>8. ¿Por qué visitar el bulevar?</p> <p>9. Experiencias en el bulevar</p> <p>10. ¿Usted puede indicar algunos cambios físicos en el “Paseo”? Si es afirmativa, ¿cuáles?</p> <p>11. ¿Cree usted que dichos cambios han repercutido para bien o para mal en los usuarios? Si es afirmativa o negativa, ¿por qué?</p>
<p>ESTÉTICA</p>	<p>1. ¿Podría usted indicarme los elementos que constituyen el bulevar?</p> <p>2. ¿Qué les parecen?</p> <p>3. ¿Cómo calificaría al bulevar? ¿Por qué?</p> <p>4. ¿Le gusta? ¿Qué prefiere del bulevar?</p> <p>5. ¿Cambiarías algo?</p> <p>6. ¿Agregarías algo?</p> <p>7. ¿Diría que es bonito o agradable? ¿Por qué?</p> <p>8. ¿Diría que es feo o desagradable? ¿Por qué?</p>
	<p>1. ¿Es importante para usted el bulevar?</p> <p>2. Si es afirmativa o negativa, ¿por qué?</p> <p>3. ¿Cree que es importante mantener limpio el bulevar? ¿Por qué?</p> <p>4. Si le dicen que el bulevar será destruido para construir un centro comercial o ampliar el restaurante “El Caney del Chivo”, ¿cuál sería su reacción?</p>

CIUDADANÍA	<ol style="list-style-type: none"> 5. ¿Usted cree que se debe cambiar algo del bulevar? ¿Por qué? 6. ¿Qué cree que merece cambiar del bulevar? 7. ¿Vale la pena cambiar algo en el bulevar? ¿Por qué? 8. Si otros usuarios le proponen tomar la iniciativa para cambiar la imagen del bulevar, ¿usted participaría? ¿Por qué? 9. ¿Cómo imagina el “Paseo” del mañana?
-------------------	--

La guía de entrevistas sigue una narrativa acorde a la búsqueda de los objetivos planteados para la investigación. Si bien, en ocasiones, no se siguió una estructura concreta, uniforme, para abordar a los informantes, las charlas abiertas también nos proporcionaron una fuente de lineamientos a tomar en cuenta para elaborar interrogantes pertinentes para el estudio. Ser oyentes activos, haciendo mínimas interrupciones, nos sirvieron para percibir las yuxtaposiciones de las categorías expuestas y cómo se interrelacionan, alimentan y abren nuevas formas de análisis.

En el caso de los entrevistados (e informantes), seguimos un solo criterio para abordarlos (que, a su vez, permitió conocer muchos otros): el tiempo de permanencia en el bulevar (que nos dio la observación continua). Al conocer el tiempo de permanencia del usuario del “Paseo”, pudimos desgranar los otros criterios pertinentes para el estudio:

- Los días que asiste al bulevar “Paseo La Marina”.
- Cantidad de tiempo que permanece en el espacio público.
- Actividades que realiza en dicho espacio.
- Si viene solo/a, acompañó/a.
- Sexo, edad.

- Lugar de procedencia y de domicilio.
- Tiempo estimado del viaje hasta el “Paseo”.

La cantidad de entrevistados fueron diecinueve (19), los cuales podemos dividir en: tres (3) del sexo femenino; dos (2) adultos mayores; un (1) niño; dos (2) adolescentes; cuatro (4) hombres de edad media y siete (7) jóvenes adultos. Los criterios principales para abordar a los entrevistados y futuros informantes fueron: tiempo, uso y prácticas en el “Paseo”. Esto quiere decir que fueron seleccionados conforme hacíamos la etnografía y ejercitábamos la observación flotante. Por supuesto, hay excepciones que fueron de gran riqueza y diversidad dentro del proceso.

Todas las entrevistas realizadas fueron anotadas en un cuaderno exclusivo para dicha actividad. El tiempo estimado entre las preguntas formales y las charlas informales fue entre cuarenta y cinco minutos (45 min) y una hora y media (1 h 30 min), cuya media de páginas transcritas fueron diez (10), dando un total de páginas transcritas de ciento noventa (190). Las mismas fueron copiadas y archivadas en una hoja de Word, para luego ser incorporadas a la presente investigación.

A continuación, le presentamos un cuadro con la totalidad de los entrevistados, sus datos, lugar de procedencia y algunas observaciones pertinentes de la investigación en el “Paseo”:

Figura 4:*Datos de los entrevistados de la investigación*

Nombre	Edad	Lugar de residencia	Usuario del “Paseo La Marina” desde:	Observaciones
Beatriz	58 años	Urb. Soublette	Usuaría antigua (sin especificar)	Ama de casa. Asiste con regularidad al bulevar durante las mañanas (un par de horas).
José	42 años	Mamo	Usuario antiguo (aprox. 30 años)	Trabajador. Antes residía en Marapa Marina. Alega que ahora asiste muy poco al bulevar.
Héctor	48 años	Playa Grande	Usuario antiguo (aprox. 10 años)	Trabajador. Tenía meses sin ir al bulevar.
El hijo de Héctor	8 años (aprox.)	Playa Grande	Usuario irregular	Informante casual.
Lainecker	24 años	Catia La Mar (pocos meses)	Usuario reciente	Deportista. Proviene de Aragua.
Daniela	22 años	Urb. Páez	Usuario antiguo (aprox. 10 años)	Estudiante, deportista. Asiste al bulevar tres días a la semana (de dos a tres horas de permanencia) en la tarde.
Ángel	17 años	Mamo	Usuario regular	Estudiante. Asiste el bulevar de lunes a viernes (hora y media de permanencia) en la tarde.
Renzi	27 años	Urb. Páez	Usuario antiguo (sin especificar)	Estudiante y trabajador. Tenía dos años sin visitar el bulevar.
Manuel	21 años	Avenida Tacagua	Usuario irregular	Estudiante. Asiste al bulevar una o dos veces a la semana

				durante la tarde.
Joyner Fuentes	20 años	Mamo	Usuario antiguo	Estudiante, deportista y miembro fundador del grupo “Vargas Street World Ka”.
Jesús	23 años	Las Tunitas	Usuario antiguo	Estudiante. Tenía dos meses sin ir al bulevar.
Andy	17 años	Urb. Páez	Usuario regular	Estudiante. Asiste en días alternos al bulevar en la tarde.
Froilán	77 años	Urb. La Marina	Usuario antiguo	Ingeniero. Asiste de lunes a viernes en la tarde al bulevar (hora y media), y algunas veces durante el fin de semana. Antes lo visitaba en las mañanas.
María	22 años	Catia La Mar (sin especificar)	Usuario nuevo	Estudia y trabaja. Era su primera vez visitando el bulevar.
Félix	24 años	Catia La Mar (sin especificar)	Usuario irregular	Estudiante proveniente de Táchira.
Gustavo	22 años	Catia La Mar (sin especificar)	Usuario antiguo	Estudiante y miembro fundador del grupo “Vargas Street World Ka”.
Tomás	72 años	Urb. Soubllette.	Usuario antiguo	Jubilado. Asiste al bulevar de lunes a viernes durante la mañana (hora y media).
Pancho Sayago	57 años	Marapa Marina	Usuario antiguo	Trabaja en el restaurante “El Caney del Chivo”, ubicado en el bulevar.
Alí	58 años	Urb. Soubllette	Usuario antiguo.	Trabajador. Era comerciante en el bulevar hasta hace ocho meses.

III. 2.8. Análisis de la información

Con la obtención de los datos a partir de la observación flotante, la etnografía y las entrevistas (con su guía antes mencionada) durante nuestra permanencia en el campo, procedimos a pasar a limpio la información recolectada en nuestros dos cuadernos de campo, destinando los datos a las categorías ya establecidas. El proceso de análisis posterior de cada informante se efectuó, como nos hemos referido, por las siguientes categorías: apropiación del espacio, identidad, memoria espacial respecto al bulevar, estética y ciudadanía. Cada una de las respuestas fue otorgándole cuerpo a la teoría antes expuesta, como también nos permitió observar lo interrelacionado que cada uno de los puntos está entre sí.

Consecuentemente, el análisis de cada información proveniente de las entrevistas no estructuradas (y de las charlas ocasionales que se dieron en el campo), nos permitió un conocimiento más profundo sobre la conexión o desconexión de cada usuario y/o grupo del “Paseo” con dicho espacio público urbano. Cada una de las categorías o bloques temáticos seguía continuamente los objetivos planteados en la investigación, y a su vez, facilitaban la búsqueda requerida para la plena culminación de la misma. De esta manera, las unidades de análisis sirvieron para ordenar y clasificar bloques temáticos aparentemente desconectados, que, al ser estructurados con la teoría, nos otorgaron resultados claros, abriendo, a nuestra consideración, un debate necesario en la antropología urbana sobre las dinámicas sociales en espacios públicos en desidia. Asimismo, lo más conveniente para la presente investigación es realizar, con el eje temático y los resultados obtenidos, un *análisis de contenido* con base en los objetivos planteados, entendiendo por esto como la deducción e inferencia del investigador en los discursos extraídos, de naturaleza “...extremadamente diversificados” (Bardin, 2002, p. 7). Dentro de ese mar de contenidos, el investigador debe tantear en “... lo oculto, lo latente, lo no-

aparente, lo potencialmente inédito (no dicho), encerrado en todo mensaje” (Ibíd.) para encontrar, como un arqueólogo, los “artefactos” apropiados que encajan con el continente investigativo.

Por ahora, necesitamos contextualizar aún más nuestra investigación. Es por ello que procedemos a hacer inmersión en la historia de La Guaira. No creemos develar algo nuevo ni podemos agotar el tema. Pero si queremos aproximarnos a sus profundos, y en ocasiones, dolorosos cambios en su historia.

También daremos un paseo por la historia de Catia La Mar, una de las parroquias más jóvenes del estado Vargas. Y con ello, nos acercamos al quid de nuestra investigación: la aproximación al estudio del espacio público, bulevar “Paseo La Marina”, en Catia La Mar.

CAPÍTULO IV

INMERSIÓN EN LA HISTORIA Y EN EL PASEO

IV. 1. DE LA GUAYRA AL ESTADO VARGAS

Dar un “paseo” por La Guaira, sus espacios y configuración histórica, es un proceso doloroso donde la vulnerabilidad es parte de su ADN cultural. La historia de La Guaira está unida a la de Caracas, la ciudad capital del país, siendo la primera un sitio de paso para la segunda; un lugar de contingencia contra los piratas y saqueadores, como también un puerto pintado de forma lamentable y con condiciones geográficas duras, pero que ha desempeñado con gran ahínco una tarea invaluable para el desarrollo económico de la capital. Es que La Guaira desde su poca esclarecida e infortunada fundación, parece lastrar cierto “desentendimiento” de sus gobernantes y pobladores, como también una resignación perenne por sus abatimientos naturales.

Sin embargo, antes de entrar en la historia de la ahora región varguense, queremos dar un esbozo de la conquista y los hitos históricos del poblamiento del territorio nacional, debido que, como toda historia, ésta que queremos relatar comienza mucho antes:

Los viajes de exploración y rescate que se efectúan por la costa, van a tomar una característica poblacional con la gobernación de Coquibacoa concedida a Alonso de Ojeda. Esta gobernación será el núcleo, la célula inicial, del conjunto de Gobernaciones de tierra firme... (Morón, 1995, p. 6).

Para 1499, luego de las empresas de apertura del “Nuevo Mundo”, en las expediciones de Alonso de Ojeda, lo acompañan dos pilotos de gran importancia para los estudios geográficos: Juan de la Cosa y Américo Vespucio. En 1500, Juan de la Cosa realizó un planisferio donde se

representa la costa de la hoy América del sur. En dicho mapa, aparece por primera vez el nombre de *Veneçuela* escrito en la parte superior del Golfo (Ibíd., p. 9-10).

Por otra parte, en el libro *Suma de Geografía* de 1519, Martín Fernández de Enciso citado por Morón, relata los pormenores de las expediciones de Alonso de Ojeda y el encuentro con los nativos:

Desde el cabo de Sant Roman al cabo de Coquibacoa ay tres isleos en triangulo, entre estos dos cabos se haze un golfo de mar en figura quadrada, y al cabo de Coquibacoa entra desde este golfo otro golfo pequeño en la tierra quatro leguas, y al cabo del a cerca de la tierra esta un lugar o casas de indios que se llama Veneciuela y al cabo de Coquibacoa hace una vuelta de agua dentro de la tierra a la parte del oeste, y en esta vuelta esta Coquibacoa [...] el lugar de Coquibacoa es grande y bueno de buena gente pacífica, en Veneciuela es la gente bien dispuestas: y ay mas gentiles mujeres que no en otras partes de las de aquella tierra, ay perlas buenas y crecidas: aun que no ay tantas como en la Margarita... (De Enciso en Morón, 1995, p. 10).

No será hasta el 27 de marzo de 1528 que se emplea completamente el nombre de Venezuela a una Provincia y Gobernación (Morón, 1995, p. 12). La particularidad de la Provincia de Venezuela, es que surge en 1528 unida a Santa Marta, por el convenio entre García de Lerna y los alemanes (Ibíd., p. 13):

Los gobernadores alemanes que establecerán la administración en Coro tenían la plena autoridad para el ejercicio de sus funciones; estuvieron, sin embargo, ligados a la casa comercial de los Welser, que escogía a los titulares. De allí la especial particularidad

del nacimiento histórico de la Gobernación venezolana. El nacimiento jurídico está en el documento creador del 27 de marzo de 1508 (Ibíd., pp. 13-14).

Sin embargo, antes del parto de la Provincia, la cuestión “urbana” se planteaba desde las primeras expediciones europeas:

La primera ciudad fundada en tierra firme estuvo ubicada, por cierto, en territorio venezolano. Fue la de Santa Cruz, fundada por Alonso de Ojeda el 3 de mayo de 1502, en su segunda expedición, cuando toma posesión como Gobernador de Coquibacoa (Ibíd., p. 200).

Dicha ciudad duró poco tiempo poblada, y se encontraba entre los límites de Venezuela y Colombia (Ibíd.). Por otra parte, tras una serie de intentos por adentrarse a la capital, comenzando con las incursiones infructuosas de Francisco Fajardo, primero en 1555 en Chuspa, con un séquito de veinte guaiqueríes y tres españoles (Arráiz Lucca, 2013), otra para 1558 en Catia (la actual Caraballeda y Tanaguarena), hasta que, en 1560, Fajardo funda la villa de San Francisco, el primer asentamiento a los cauces del río Guaire (Ibíd., p. 83).

En ese valle difícil de penetrar residían los toromaymas, en el valle del Guaire, los mariches de Petare y la parte del río Tuy, “... y también dominaban la costa y las montañas vecinas los tarmas, paracotos, chagaragotos, chavaros, tomusas, quiriquires, mayas, meregotos...” (Ibíd., p. 84).

Para una nueva expedición al valle, en 1566, el gobernador Bernáldez nombra al capitán Diego de Losada, ratificado por el nuevo gobernador Ponce de León. Losada partió de Barquisimeto hacia Valencia en 1567, con aproximadamente ciento treinta y seis españoles y una cifra no cuantificada con exactitud de indígenas (Ibíd., p. 85). Así, Diego de Losada funda

Santiago de León de Caracas en 1567, aunque es polémica la adjudicación del día y mes (Morón, 1995, p. 224).

Con la necesidad de puerto, Losada emprende viaje hacia lo que era El Collado, fundada por Fajardo, y refundada con el nombre de Caraballeda en honor a la virgen de Caraballeda, de su pueblo natal Ríonegro, en Zamora, Castilla León (Arráiz Lucca, 2013).

Sobre Caraballeda, se conoce que la ciudad se llamaba Amanauere, nombre otorgado por los “indios naturales” (Morón, 1995, p. 227). Según Depons, fue fundada el 18 de septiembre de 1560 (Depons, 1960), y son pocos los datos y hechos que constituyan una narrativa sólida de su poblamiento: “Respecto a la fundación se recuerda la presencia de Fajardo en 1558, quién se pobló en El Panecillo [...] dónde permanecería un año. Luego, en 1560, pobló El Collado” (Morón, 1995, p. 227). El Collado era lo que después se bautizó como Nuestra Señora de Caraballeda. La fundación de Caraballeda es importante remarcarla porque representó el primer puerto de la capital venezolana (Lisboa, 1992).

La ciudad de Caraballeda, como se estipulaba en la época, tenía un Cabildo que se le daba a las ciudades que se fundaban. Hasta 1586 se podía elegir anualmente a sus alcaldes para el Ministerio de los Regidores. Esto fue derogado ese mismo año por el Gobernador de la Provincia, Don Luis de Rojas, prohibiendo a los habitantes nombrar a sus alcaldes e implementando su autoridad para ser elegidos por él mismo. Dichas medidas originaron una riña entre el Gobernador y los miembros del municipio de Caraballeda, los cuales fueron encarcelados en la capital. Debido a esto, los pobladores evacuaron Caraballeda y se asentaron en lo que es hoy La Guaira (Depons, 1960a; Lisboa, 1992).

En cuanto a San Pedro de la Guayra, se tiene constancia poco verificada que fue fundada en 1567 por Diego de Losada (Lisboa, 1992). Despoblada Caraballeda, el puerto se mudaría a La Guayra (a partir de 1587), cuyo vocablo se afirma proviene de “Uayra”, que era un grito de guerra que significaba “muerte” (Marcano y Barrios, 2001).

Según, la primera nave en llegar a lo que sería el puerto de La Guaira lo hizo en 1578 (AAVV, 1997, p. 770). Y para 1584 “... los oficiales de la Real Hacienda acordaron crear el apostado y caleta que puede ser considerado como punto inicial para la construcción del puerto de La Guaira” (Rojo, 2000, p. 14).

El gobernador Osorio privilegió a La Guaira antes que Caraballeda, y fue en 1601 que el Cabildo de Caracas legó a Garci González de Silva, expedicionario y sangriento combatiente español, que informara sobre el puerto más seguro y adecuado para la ciudad, optando éste por La Guaira y descartando a las otras opciones, Arrecife o Mamo, donde también desembarcaban galeones (Arráiz Lucca, 2013).

Son muchos los expedicionarios, en su mayoría europeos, que plasmaron una visión triste sobre La Guayra:

Su calle principal [La Guaira] da frente a la aduana y corre, paralela al mar, hasta un arco o puerta, resto de la antigua muralla que la cercaba. Además de esta calle, que es muy angosta, incómoda y mal pavimentada, corre otra paralela a ella, al pie de la sierra, aún más estrecha y mezquina. Los edificios son muy irregulares, pero hay bastantes casas de sobra, espaciosos almacenes de mercancías, una plaza-mercado, adornada con árboles con su fuente pública, y el río que da de beber a los habitantes de la ciudad está resguardado por paredones y tiene sus puentes (Lisboa, 1992, p. 24).

La Guaira, después de Puerto Cabello, representaba el segundo puerto más fortificado de Venezuela (Ibíd.). Pero a diferencia de ésta, La Guaira era un sitio de paso para los comerciantes y viajeros que añoraban arribar al valle de la eterna primavera:

El aspecto de la ciudad y de sus calles, atestadas de burros de carga cómodamente tumbados y cargados de cisco, es, en general, triste; y quien no tenga allí negocios que lo reclamen no podrá dejar de sentir un movimiento de impaciencia para abandonar este puerto, especialmente si tiene conocimiento del ameno valle y apacible clima de que le separa la empinada sierra que comienza a elevarse desde el centro de la población (Ibíd.).

Por otra parte, las impresiones que tuvo el señor Richard Bache, hijastro del coronel William Duarte, "...defensor de los derechos de la América Hispana..." (González, 1981, p. 151), a su llegada al puerto de La Guaira el 18 de octubre de 1822, fueron las siguientes:

La Guayra está edificada sobre un estrecho cinturón, quedando limitada por rocas inaccesibles que se alzan en el fondo, sobre las cuales se va elevando una serie de baterías hasta cierta altura, y cuyo aspecto es más pintoresco que su verdadero aporte a la defensa militar de la plaza; en el frente está orillado por una poderosa línea de baterías costeras muy bien construidas, azotadas en su base por la resaca (Ibíd.).

El señor Bache, para esa época, estimó la población de La Guaira en cuatro mil habitantes, y que desde 1810 la asola, como a las poblaciones colindantes, una serie de "... efectos combinados de terremotos, hambrunas y pestes, además de los que se derivan de una guerra exterminadora que se ha prolongado doce años" (Ibíd., p. 153).

Como ya hemos dicho, los avatares son parte de la historia de La Guaira. Los efectos devastadores tras el terremoto de 1812, nos lo relata el expedicionario Bache de la siguiente manera:

Cuando se recorren las calles de La Guayra, pueden observarse a cada paso los efectos del terremoto ocurrido el 26 de marzo de 1812. Sólo una cuarta parte de las casas quedó indemne de aquella calamidad, y la mitad continúa aún en ruinas. Seiscientas vidas se perdieron en un solo edificio, o sea, la iglesia matriz, en la cual se habían aglomerado los aterrorizados moradores a ver si lograban detenerse, mediante rezos y actos de adoración, la inminente catástrofe... (Ibíd., p. 154).

Las marcas físicas de los desastres naturales prolongadas en el tiempo, son una constante que no se ha alterado del todo en la ahora región varguense. Respecto a esto, el señor Bache nos deja una poderosa imagen para el recuerdo:

En la actualidad, la misa se dice en un local adyacente, temporalmente habilitado para el servicio religioso. El disonante tañido de las campanas agrietadas recuerda a los habitantes del lugar, tres o cuatro veces al día, el terremoto que redujo a La Guayra a un montón de ruinas, y parece un reproche dirigido contra los buenos católicos que no se han preocupado por removerlas, y consienten que los templos de su religión hayan permanecido llenos de escombros durante doce años (Ibíd., p. 155).

Sobre la vulnerabilidad de las calles de La Guaira:

Cuando llueve fuerte, estas calles se convierten por poco tiempo en un torrente infranqueable, al extremo que, en ocasiones, las aguas han cubierto las orillas de la quebrada, desbordándose con peligro de la parte baja de la ciudad, como lo indica una

inscripción existente en una piedra de gran tamaño que la corriente arrastró hasta el interior de una casa (Semple, 1974, p. 20).

En cuanto a la infortunada suerte que no posee La Guaira, pero si sus ciudades hermanas:

Es extraño que los españoles eligieran este sitio para fundar la población, existiendo dos lugares excelentes a media legua de ella: uno a oriente y otro a poniente, donde están hoy las parroquias de Macuto y Maiquetía, contando, especialmente la última, con una bella y fértil planicie, donde podría extenderse la ciudad y en donde corre el agua más pura y cristalina que existe en el mundo (Lisboa, 1992, p. 24).

De la sofocante Guaira, Semple hace un microanálisis de Macuto, a su paso hacia Caracas:

En una distancia de una milla más o menos el camino corre paralelo a la playa hasta Macuto, limpia y placentera aldea situada a la orilla del mar, donde tienen residencias casi todos los habitantes ricos de La Guaira. En este sitio las montañas se separan un poco de la costa, dejando abierto un corto espacio en realidad más apropiado para el puerto que el sitio donde éste se halla. Creo que Macuto, con el tiempo, excederá a La Guaira en tamaño, como ya la supera en limpieza y regularidad (Semple, 1974, p. 23).

Bache también da su impresión de la “graciosa aldea de Maiquetía”, cuya estancia se debió a la visita a la residencia del primer cónsul de los Estados Unidos en la América hispana, apellidado Lowry, el cual permaneció en La Guaira desde 1810 hasta su muerte en 1825 (González, 1981):

En este paraje la brisa circula con entera libertad, y como allí el cerro aparece un tanto retirado de la orilla de la costa, es mucho mayor el espacio susceptible de cultivos o de

ser habitado [...] Es muy posible que, a los pocos años de estar pacificado el país, este sitio se convierta en una población floreciente que habrá de rivalizar con La Guayra, donde los obstáculos naturales que presenta el plano urbano constituyen una barrera insuperable para su futuro crecimiento (Ibíd., p. 155).

A pesar de los sinsabores con que es retratada La Guaira, como una ciudad irregular y de construcciones endebles (Semple, 1974), en su centro histórico se encuentran: la catedral de San Pedro Apóstol, la ermita del Carmen, la casa Guipuzcoana, la casa de los ingleses, la casa natal de Emilio Boggio, como también los fortines de San Agustín, Mapurite, así como los castillos de San Carlos, La Pólvora y El Vigía (Marcano y Barrios, 2001, p. 33).

A partir del siglo XVIII, la actividad comercial de La Guaira representó un notable desarrollo para la capital. Desde su comienzo, la Compañía Guipuzcoana fue el nexo entre los productos comerciales de la Provincia de Venezuela con la metrópoli española. “En 1728 le propusieron al Rey varios comerciantes vizcaínos impedir a sus propias costas el contrabando que hacían los extranjeros con la Provincia de Venezuela...” (Depons, 1960b, p. 101).

Para 1734, la Compañía pudo mandar los barcos y cargarlos en San Sebastián y Pasages, con el beneplácito del Rey, como si saliesen desde Cádiz, entonces puerto Real. La Compañía debía abastecer no solo a la Provincia de Venezuela, sino a Cumaná, Margarita y Trinidad, siendo el Gobernador de Caracas, el encargado del comercio de la Compañía (Ibíd., p. 102):

Desde 1730 hasta 1743, la Compañía envió directamente a España ochocientos cincuenta y ocho mil novecientos setenta y ocho quintales de cacao, es decir, un tercio más de lo que se había enviado en los treinta años precedentes, y el cacao, en estas

primeras remesas de 1732, se vendió a cuarenta y cinco pesos fuertes el quintal, en vez de ochenta a que se pagaba antes (Ibíd., p. 103).

La Compañía estaba conformada por vizcaínos, cuyas asambleas se efectuaron en San Sebastián, hasta 1751; luego de esa fecha, se realizaron en Madrid y estaba presidida por un miembro del Consejo de Indias (Ibíd., p. 104). La importancia de la Compañía Guipuzcoana, es que antes de la creación de la misma, "... no se conocía en Venezuela otro artículo de comercio sino el cacao y la Compañía añadió a éste los cueros y el tabaco, cuya exportación hizo ascender a doscientos mil pesos fuertes anuales" (Ibíd., p. 105).

Para 1851, nos hacemos una idea, a través del consejero Lisboa, sobre la relevancia del puerto de La Guaira para la economía capitalina y venezolana, en general:

Las principales mercancías exportadas fueron: café, 17.346.553 libras; cacao, 4.504.670 libras; azúcar, 376.00 libras, y añil, 51.367 libras. Si se tiene presente que la totalidad de las importaciones en la República fue de 5.519.730 doll., puede hacerse una idea de la importancia de la aduana de La Guayra, en relación con las rentas del Estado: más de la mitad de dichas importaciones entraron por allí; y en el año 1846 rindió 891.502 doll., siendo la totalidad de las rentas de la República de 2.465.040 doll (Lisboa, 1992, p. 26).

Por otra parte, sobre el concejo municipal de La Guaira:

El primer Consejo Municipal de La Guayra en los anales de su historia, fue el constituido en marzo de 1831, luego de que esa ciudad fuera designada cabeza del Cantón del mismo nombre, por el Congreso Constituyente celebrado después de la separación de la Gran Colombia (González F., 1993, p. 40).

Para ese entonces, la región contaba con 10.016 habitantes, distribuidos de la siguiente forma: “Maiquetía 2.006; Carayaca 1.447; Caruao 1.016; Naiguatá 715; Macuto y El Cojo 681; Tarmas 622 y Caraballeda 550 habitantes, los cuales contaban con una renta que se calculaba en 19.091 pesos anuales” (Ibíd.). El litoral vivía casi en su totalidad de la agricultura, con 20 haciendas de cacao con 240.000 árboles; 18 haciendas de café con 476.000 matas, “...y 25 trapiches que producían 2.669 cargas de aguardiente y 2.050 de papelón” (Ibíd.).

Para 1874, durante el primer mandato de Antonio Guzmán Blanco, se dispuso a la construcción de un nuevo muelle en el puerto, con una suma inicial para la obra de 100.000 Bs., la cual fue insuficiente, llevando al “Ilustre americano” a negociar el puerto con una empresa extranjera (Rojo, 2000).

Para 1886, “La Guaira Harbour Corporation Limited” tiene la concesión para realizar obras en el puerto de La Guaira, cuyas labores se prolongarán desde 1885 hasta 1888, pero debido al temporal de 1887, la realización del puerto se extendió hasta junio de 1889 (Ibíd., p. 26).

Los inicios para la nacionalización de esta compañía comenzaron en 1922, en Londres. Los acuerdos culminaron el 30 de noviembre de 1936, durante el mandato de Eleazar López Contreras (1936-1941), con la compra definitiva del puerto por 21 millones de bolívares, haciéndose oficial en el Decreto del 2 de junio de 1937 (Ibíd., p. 81).

Otro de los hitos de la historia contemporánea de La Guaira, fue la construcción del ferrocarril que la enlazaba con la ciudad capital. Tras una serie de tentativas por construir un ferrocarril que unieran las dos ciudades, desde la primera visita de Richard Trevithick, el primer fabricante de la locomotora en Inglaterra, y de un hijo de George Stephenson, el fabricante de la locomotora que inició este tipo de transporte público, uniendo a Liverpool y Manchester el 27 de

septiembre de 1825, para 1827 se estaban gestando los primeros planes comerciales para negociar el proyecto del ferrocarril (González, 1981).

Tras una serie de intentos fallidos, el primero durante el gobierno de José Gregorio Monagas, que en 1854 se decretó la construcción del ferrocarril Caracas-La Guayra, sin resultado favorable. El segundo intento fue con el gobierno de José Tadeo Monagas, que en abril de 1856 el congreso autorizó la construcción del transporte, el cual se llamaría “Ferrocarril Central”, extendiéndose hasta el Estado Carabobo, y construyendo solo un tramo de aproximadamente un kilómetro (Ibíd., p. 162).

El otro intento fue durante el primer mandato de Antonio Guzmán Blanco, que el 27 de marzo de 1876, se negocia el proyecto en París, ratificado el 5 de mayo de ese año. Esta iniciativa fraguó con la llegada al poder de Linares Alcántara, rechazando el proyecto por oneroso, y así fue derogado por decreto del 26 de junio de 1877, respetando a los acreedores, pero cuya inversión del Estado se perdió (Ibíd., p. 163).

Nuevamente con la llegada al poder de Guzmán Blanco, a partir de 1879, se realizan otras reuniones y contratos para la consumación del proyecto. Los problemas de financiación retrasaron la obra, y luego del fracaso del ingeniero Anderson Pile en Estados Unidos, se decide buscar inversión en Inglaterra, constituyendo en Londres la compañía “The La Guayra and Caracas Railway Company Limited”, el 10 de marzo de 1882:

Este ferrocarril, según descripción de Muñoz Teibar saldría desde los muells de La Guayra, tres metros sobre el nivel del mar, luego atravesaría la estancia y coteles de Maiquetía, pasaría sobre el río Maiquetía, llamado también río Santa Ana y después río Piedra azul, por un puente de 15 metros de abertura con paredes de mampostería.

Seguiría luego por el caserío de Pariata con un terraplén que se uniría con un viaducto de madera y continuaría faldeando los estribos de la montaña. En el trayecto atravesaría dos veces el río Piedra azul, primero por un puente de 30 metros y luego por uno de 9 metros (Ibíd., p. 164).

El ferrocarril se pre inauguró el 27 de junio de 1883, ascendiendo en su trepidante ruta hasta llegar a la capital a las cuatro y quince de ese día en la estación Caño Amarillo. El 29 de junio de ese mismo año comenzó a funcionar el servicio público, y su inauguración oficial se efectuó el 25 de julio de 1883, a las ocho y diez de la mañana, con la presencia del presidente Guzmán Blanco, su familia y comitiva ministerial, así como diez mil visitantes a la capital, siendo mil trescientos los extranjeros (Ibíd., p. 165). El ferrocarril tuvo vida activa hasta 1936, durante el gobierno de Eleazar López Contreras. Durante ese tiempo el ferrocarril era eléctrico, y tenía como férreo competidor al automóvil, bajando su precio hasta un bolívar, siendo insostenible su rentabilidad. El 21 de noviembre de 1936 se firma la nacionalización de los bienes de la empresa inglesa, tras negociaciones con la misma por sus incumplimientos (Ibíd., p. 169).

Otro hito de la historia de La Guaira, es la construcción del viaducto que la une con la capital del país, en 1952, durante la dictadura de Marco Pérez Jiménez (1952-1958). Esto nos indica la importancia del Estado Vargas como nexo de la capital del país, por tener el principal puerto y aeropuerto, así como ser parte del Área Metropolitana de Caracas, creada el 13 de octubre de 1950 (González, 1981, p. 231), siendo ahora La Gran Caracas. Este vínculo estrecho con la historia capitalina parte, además de la inicial fructífera actividad portuaria, con la creación del Cantón de La Guaira en 1825, siendo parte de la Provincia de Caracas. Para 1850 se crea el Cantón de Maiquetía y casi dos décadas después, ambas forman parte del Distrito Federal (Marcano y Barrios, 2001). “En 1904 el Distrito Federal se divide en dos partes, creándose el

Departamento Libertador y el Departamento Vargas. En 1986 se establece que Vargas sea un municipio autónomo” (Ibíd., p. 32).

El 3 de julio de 1998 se establece el Estado Vargas, mediante ley especial publicada en la Gaceta Oficial N° 36.488 (Contreras, 2006), en honor al Dr. José María Vargas, médico, político y científico guaireño y expresidente de la República.

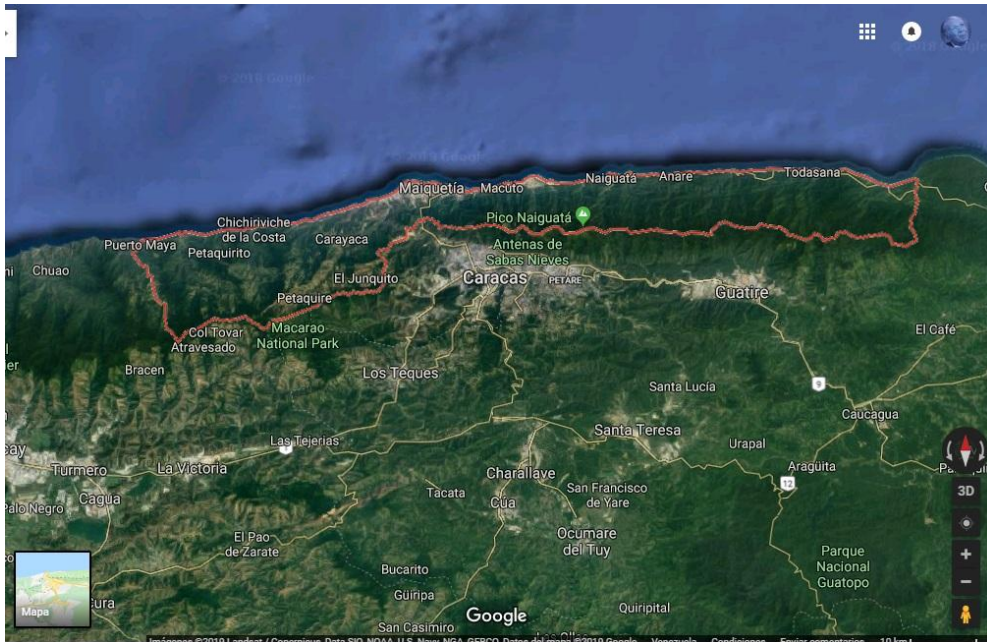
La conformación del estado Vargas se decretó a través de la Gaceta Oficial del Estado Vargas N° 16, con fecha del 30 de agosto del 2001, ratificando el territorio establecido en la Gaceta Oficial N° 3.994 del 30 de diciembre de 1986 (Gaceta Oficial del Estado Vargas N° 16, 2001).

El estado Vargas está conformado por once (11) parroquias: Caruao, Naiguatá, Caraballeda, Macuto, La Guaira (Capital), Maiquetía, Carlos Soublette, Catia La Mar, Raúl Leoni, El Junko y Carayaca (ver imagen n° 1):

Las parroquias Caraballeda, Carayaca, Caruao, La Guaira, Macuto y Maiquetía fueron fundadas durante los siglos XVI, XVII y XVIII [...] mientras que las parroquias restantes, Catia La Mar, El Junko, Naiguatá, Carlos Soublette y Raúl Leoni son de reciente data, ya que se consolidaron como tales en 1965, 1986, 1970 y 1998, respectivamente (Marcano y Barrios, 2001, p. 32).

Los límites geográficos del Edo. Vargas son: “... norte, mar Caribe; este, Estado Miranda, donde divide el río Chuspa; sur, Municipio Libertador, separado por una franja del Parque Nacional el Ávila y el Topo Lagunazo; oeste, estado Aragua, en el lugar donde confluyen el río Maya y la quebrada Colorado” (Ibíd., p. 34).

IMAGEN N° 1



Mapa satelital del estado Vargas. Google Maps. 2018

El relieve del Edo. Vargas está conformado por un área costera de 170 km de largo paralelo al mar Caribe. El área montañosa de la serranía del litoral alcanza alturas superiores a los 2.000 m, cuyos picos destacan: Agustín Codazzi, Naiguatá y Ávila (Ibíd.). El clima en el estado Vargas es tropical-húmedo, con una temperatura media anual entre 26 C° y 27 C°, y una precipitación promedio anual entre los 900 y los 1.530 mm (Ibíd.).

La topografía del Edo. Vargas sufrió serias modificaciones debido a la tragedia de 1999:

Por un lapso aproximado de 20 días se registró la presencia de una vaguada sobre el mar Caribe, mucho más persistente que lo normal, debido a que fue bloqueado su desplazamiento por la presencia de una zona de alta presión en el Atlántico, resultante de los restos de frente frío que se desprendía del huracán Lenny, ubicado sobre el Atlántico Norte. Adicionalmente, según datos oficiales, desde el mes de julio de 1999

venían produciéndose lluvias por encima de los promedios anuales registrados para el período de 1891 a 1998, lo que estaba generando la saturación del suelo e inundaciones en la zona costera del oriente del país (Ibíd., p. 35).

Las fuertes precipitaciones entre el 10 y el 20 de diciembre de 1999 causaron deslizamientos en la parte más alta de la cordillera de la zona central de la costa norte del país, generando aludes sucesivos (ver imagen n° 2 y 3), “... teniendo como consecuencia la acumulación de una gran fuerza expansiva y presión de arrastre y empuje que se volcó sobre la parte baja de la angosta franja costera que servía de asentamiento a la población del estado Vargas” (Ibíd.).

Las parroquias más afectadas fueron: Caraballeda, La Guaira, Macuto, Catia La Mar, Maiquetía y Naiguatá, siendo “... afectadas en distinta magnitud casi 400 ha de áreas verdes y parques recreacionales, más de 500 ha de áreas verdes deportivas, así como edificios públicos y comerciales, redes de servicios e infraestructura” (CEPAL en Marcano y Barrios, 2001, p. 35).

IMAGEN N° 2



Tragedia de Vargas de 1999. Fuente: El Impulso.com. 2015

IMAGEN N° 3



Tragedia de Vargas de 1999. Fuente: El Impulso.com. 2015

También la tragedia de 1999 hizo mella en el sector turístico, afectando la infraestructura de dos hoteles cinco estrellas y decenas de otros hoteles, como también dañando el casco histórico de La Guaira y su puerto, clubes y restaurantes, mermando considerablemente la oferta turística en Vargas (Marcano y Barrios, 2001).

La economía en Vargas, en un sentido regional, es agrícola, siendo por un lado la explotación del café, banano, hortalizas y frutales, localizada fundamentalmente en la parroquia Carayaca; mientras que, por otro lado, la pesquería artesanal en toda la costa, con un puerto importante en La Guaira, que para 1981 comercializaba aproximadamente 100 mil kg al año (MARNR en Marcano y Barrios, 2001, p. 59).

Ya en un sentido nacional, Vargas tiene una importancia relativa del *terciario superior* (entidades financieras, inmuebles y servicios a empresas), asociados al puerto, aeropuerto y sectores turísticos locales (Marcano y Barrios, 2001, p. 59).

En cuanto al turismo antes de la tragedia de 1999, Vargas tenía 53 playas con una superficie de 401.751 m² y una capacidad entre los 48 mil y 118 mil personas diarias (Marcano y Barrios, 2001). Siendo Caruaó, Macuto y Catia La Mar las más visitadas, en su mayoría, por los residentes capitalinos.

En cuanto al aeropuerto Simón Bolívar de Maiquetía, se encuentra en el extremo sureste de la parroquia Catia La Mar, a 25 km de la capital. Sus antecedentes comienzan como una pista de aterrizaje de la aerolínea Pam American Airways en 1929. En 1930 se decreta en Gaceta Oficial N° 17.142 del 13 de junio de ese año, la autorización para que Pam Am inicie rutas en el territorio nacional y en 1942 se le otorga el contrato a dicha aerolínea para que realice un aeropuerto. En 1944 Pam Am entrega los aeropuertos de Maiquetía, Maracaibo y Maturín. En 1958 el Ministerio de Obras Públicas (MOP) realiza remodelaciones de envergadura, ampliando la pista del aeropuerto de Maiquetía (Ibíd.).

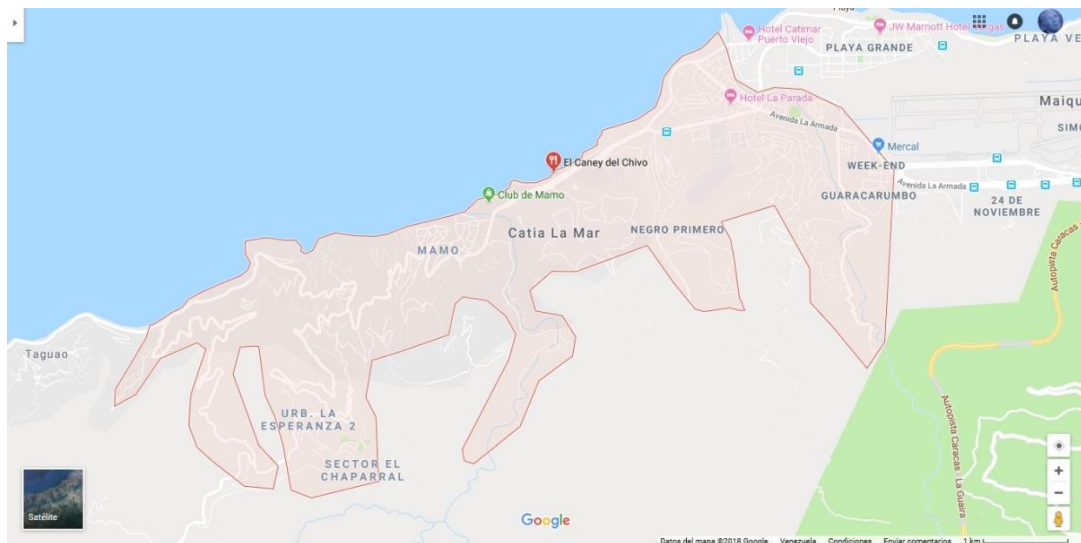
Debido a diversos motivos, entre los cuales se encontraba la importancia del aeropuerto para generar empleos y producir, se inicia la obra del nuevo aeropuerto en 1971 "... con la reubicación de la quebrada Las Pilas, y en 1973 se comenzó la construcción del esqueleto estructural del Terminal Internacional" (Marcano y Barrios, 2001, p. 136), inaugurándose el 9 de agosto de 1978, mientras que el Terminal Nacional se inaugura el 17 de marzo de 1983, y al año siguiente la sede administrativa (Ibíd.).

IV. 2. CATIA LA MAR: UNA HISTORIA BREVE

El 26 de enero de 1966 nace Catia La Mar como parroquia (ver imagen n° 4), por Gaceta Oficial del entonces Distrito Federal N° 11.806 de esa misma fecha. En estas tierras, los indios Tarma, al mando de Guaraguata, protagonizaron un hecho sangriento, al emboscar a Diego García Paredes en Mamo, el 4 de septiembre de 1555 (Cumare, 2012).

Las actuales parroquias de Catia La Mar y Carayaca se les conocían como “...costa de la mar abajo”, siendo una región propicia para la actividad agrícola, “... fundándose importantes haciendas de cacao, caña de azúcar y, más adelante, café” (Ibíd., p. 24).

IMAGEN N° 4



Mapa satelital de la parroquia Catia La Mar. Google Maps. 2018

Los saqueos, contrabandos y quemas de poblados por parte de piratas ingleses y holandeses, llevó a que se fortificaran las costas del litoral central por su cercanía a la capital. “El fuerte de Carupao se encontraba cercano a Mamo y Los Aguacates, en el sitio denominado ‘el penacho del aguacate’” (Ibíd.). Dicha población del litoral pasó a llamarse, a finales del siglo XIX, parroquia

Olivares, y estaba conformada por haciendas como Catia Adentro, Guaracarumbo y Catia La Mar, la estancia Tomás Blanco y asentamientos precarios como El Carupao y La Zorra (Ortega, 2009).

El poblamiento de Catia La Mar comienza con las vaguadas de 1948 y 1952 en Maiquetía y La Guaira, dejando muchos damnificados de esas parroquias. Entre los primeros asentamientos se encuentra la urbanización José Antonio Páez, durante la década del 50 (Ibíd., p. 18). Por otro lado, donde se encontraba el sector de El Curupao, ahora es el balneario, haciendo que dichas personas fueran desalojadas para fundar la urbanización Carlos Soubllette, cerca de La Zorra. “Luego vendría la Fundación Mendoza, La Atlántida, Los Próceres y barriadas espontáneas, surgidas por la alta migración proveniente ya de otros estados como Mirabal, El Piache, La Lucha, Petit Medina, entre muchos otros” (Ibíd.).

Por otra parte, es con la existencia del Departamento Vargas en 1966, que adquiere el nombre de Catia La Mar (Cumare, 2012). Esta joven parroquia está delimitada desde la urbanización Weekend hasta la urbanización Soubllette. Entre sus principales barrios y urbanizaciones se encuentran: Guaracarumbo, Ezequiel Zamora, La Lucha, Playa Grande, Páez, Atlántida, Marapa Marina, Soubllette, La Marina, Catamare (ver imagen n° 5), Las Tunitas, Mamo, El Piache y Marapa.

IMAGEN N° 5



Oeste de Catia La Mar. Fuente: Instituto Geográfico de Venezuela “Simón Bolívar. 2018

Catia La Mar tiene una fuerte tradición católica. Entre sus principales festividades están: Nuestra Señora de la Trinidad (29 de abril); Virgen del Carmen (16 de julio); Virgen del Valle (8 de septiembre) y Cruz de Mayo (3-10 de mayo) (Contreras, 2006). Muchas de esas festividades

religiosas tienen como sede la iglesia de Nuestra Señora del Carmen, en la urbanización Carlos Soublette.

Esta parroquia que debe su nombre al Cacique Catia, se le considera la “parroquia industrial de Vargas” “... dada la presencia de industrias ligadas a la actividad alimentaria (fábricas de pastas y harinas), textiles y construcción, destacándose la empresa Vencemos” (Marcano y Barrios, 2001, p. 33).

La parroquia Catia La Mar es importante en la economía varguense por especializarse en todas las ramas de las actividades productivas en la entidad, exceptuando la agricultura. “En particular, la especialización en minería e hidrocarburos se explica por la ubicación de un terminal de crudos y productos elaborados, desde el cual se abastece por vía marítima el Área Metropolitana de Caracas y poblados vecinos” (MARNR en Marcano y Barrios, 2001, p. 61).

En cuanto al turismo en la parroquia antes de la tragedia de 1999, entre las playas más visitadas se encontraban: Playa Grande, Marina Grande y Cabo Blanco, con una capacidad de 29. 153 personas diarias (Marcano y Barrios, 2001, p. 164).

El balneario de Catia La Mar fue inaugurado en 1964, y se encuentra al final de la avenida La Atlántida. El balneario ocupa 260 m de construcción, aproximadamente, además cuenta con tres playas, cuatro piscinas, duchas, baños, canchas de usos múltiples y fuentes de soda (IPC, 2004-2005, p. 25).

En la contemporaneidad, Catia La Mar comenzó su zonificación en la década de los años 70 (Cohen, 2011). Esa antigua aldea desolada, luego de la tragedia de 1999, ha sido el refugio de muchos sobrevivientes provenientes del este de Vargas. Como consecuencia, la parroquia creció de una manera “desorganizada” (Ibíd., p. 24). Durante los últimos diez años, Catia La Mar ha

cambiado su rostro con obras como la Plaza Mayor en el caso central (ver imagen n° 6) inaugurada en 2011, y el Terminal de Transporte de Catia La Mar, en las adyacencias de La Zorra (ver imagen n° 7), inaugurada en 2014.

IMAGEN N° 6



Plaza Mayor de Catia La Mar. Fuente: minube.com. 2018

IMAGEN N° 7



Terminal de Transporte de Catia La Mar. Fuente: laverdaddevargas.com 2017

IV. 2.1. La población urbana en el estado Vargas y Catia La Mar

En un contexto regional, Vargas representa el 4,78% de la población de la Región Capital y 0,95% de la población total del país (Ibíd.). La población en Vargas para 1981 era de 253.841 habitantes (INE, 2014). Para 1990 era de 280.439 y para el 2000 era de 230.103 habitantes, “... evidenciando un decremento de 70.892 personas entre esos años, debido a la tragedia de diciembre de 1999” (Marcano y Barrios, 2001, p. 37). En la última cifra poblacional oficial, Vargas, para el 2011, tenía una población de 352.920 (INE, 2014).

Catia La Mar para 1981 tenía 87.916 habitantes; en 1990, 103.247 habitantes y en el 2000, 89.236 (Marcano y Barrios, 2001, p. 38). En cuanto a la concentración urbana:

En el estado Vargas se ubica un conjunto de barrios y urbanizaciones que concentran la población urbana del estado que se estimaba, para 1990, en 259.275 personas, representativo del 92,56% de la población total. Por su parte, el componente rural del estado se estimó en 20.864 personas (Ibíd., p. 39).

En cuanto a Catia La Mar, para 1990, la población urbana era de 102.702 personas, mientras que la rural estaba compuesta por 545 personas (Ibíd.). Para el 2000, la población urbana era de 212.983 personas, mientras que la rural era de 17.120 personas (Ibíd.).

Otros datos importantes para conocer la configuración (y vocación) urbana de la región varguense, nos arroja que:

- Entre 1950-1990 la población total de Vargas incrementó en 69,4%, mientras que la población urbana (mayor de 2.500 habitantes) aumentó en 75,5% (Marcano y Barrios, 2001).

- Durante los años citados, la población urbana era una constante en Vargas, ya que para 1950 este tipo de población representaba el 74,18% y para 1990 era de 92,56% (Ibíd., p. 39).
- Para 1950, son cuatro las localidades con población superior a 2.500 habitantes, mientras que para 1990 aumentó a 11 (Ibíd.).

En cuanto al arraigo de los pobladores por parroquia, para 1990, en Catia La Mar el 35,91% de los habitantes manifiesta residir toda su vida en la mencionada parroquia; el 27,52% manifiesta que reside desde hace menos de 10 años, y el 30,93% aseguraba que residía desde hace más de 10 años (Ibíd., p. 40).

Respecto a la densidad de población, teniendo en cuenta que la superficie de Vargas es de 1.496,5 km² (representando más de 165 km de costa), donde se asientan 230.103 personas (en el 2000), teniendo una densidad de población de 153,7 habitantes/Km², esto representa una dispareja distribución geográfica de la población en relación a la superficie efectivamente consumida (Marcano y Barrios, 2001, p. 41).

Para el 2011, Catia La Mar tenía una población de 85.366 habitantes, concentrando el 24,1% de la totalidad de la población varguense, reduciéndose notablemente de los 27,7% en el 2001 (INE, 2014, p. 9), con una densidad de población en dicha parroquia de 2.337 hab/km² (Cohen, 2011, p. 25).

El siguiente cuadro nos ejemplifica la densidad de población en Catia La Mar:

Figura 5:

Densidad de población en Catia La Mar

Años	Densidad de población
1981	1153,8
1990	1354,9
2000	1171,1

Fuente: Marcano y Barrios, 2001, p. 42

En cuanto a la población por edades en dicha parroquia:

Figura 6:

Población por edades en Catia La Mar (1990)

Edades	Población
0-14	35.025
15-64	64.508
65 y más	3.714

Fuente: Marcano y Barrios, 2001, p. 42

Figura 7:

Población por edades en Catia La Mar (2000)

Edades	Población
0-14	27.063
15-64	57.419
65 y más	4.754

Fuente: Marcano y Barrios, 2001, p. 42

Figura 8:

Población por edades en Catia La Mar (2011)

Edades	Población
0-14	89.206
15-64	239.642
65 y más	24.072

Fuente: INE, 2014, p. 11.

IV. 3. UNA VUELTA AL PASEO

IV. 3.1. El bulevar “Paseo La Marina”: una historia oculta

Para sumergirnos en el espacio público que tomamos como *idóneo* para nuestra investigación (porque ese espacio nos *indicó* el tema), el bulevar “Paseo La Marina” de Catia La Mar, Edo. Vargas (ver imagen N° 8), necesitamos contextualizar sobre dicho lugar, entrar en su historia, en sus cambios a través del tiempo y en sus “orígenes”. Sin embargo, tales procesos temporales que configuran ese espacio público, no han sido documentados. La omisión por parte del Instituto de Patrimonio Cultural, en su I Censo y catálogo de Patrimonio Cultural Venezolano 2004-2005, para la Región Capital, en el apartado para el Estado Vargas, Municipio Vargas, es peculiar. Es por ello que nos avocamos a buscar, de boca en boca, la historia del bulevar.

La primera fuente para hablarnos del “Paseo”, fue el cronista de Vargas, el historiador Jesús Cumare. Lo visitamos en su oficina en la Alcaldía del Estado Vargas en septiembre de 2018. A pesar de las dudas y “lagunas” sobre la creación del bulevar, pudimos conocer que este espacio público es reciente: “Posiblemente se hizo durante la gestión de Antonio Rodríguez San Juan” nos dijo, siendo un militar y político que fue el segundo gobernador de la entidad después de Alfredo Laya (1998-2000). Rodríguez San Juan tuvo dos periodos de gestión gubernamental (2000-2004/2004-2008), siendo el candidato del chavismo, y cuyo sucesor vigente, Jorge Luis García Carneiro, militar y político, también es parte del bando “oficialista”.

IMAGEN N° 8



Mapa satelital del restaurant “El Caney del Chivo” y del bulevar “Paseo La Marina”. Google Maps. 2018

A través del cronista Cumare, conocimos que el “Paseo La Marina” se construye con una función de esparcimiento, pero que inicialmente iba a ser una plaza que estaría en los predios del restaurant “El Caney del Chivo”. En ese eje La Zorra-Catamare se integran muchas cosas: en primer lugar, parte del muelle pesquero, colindante al Terminal de Pasajeros de Catia La Mar; en ese recorrido se encuentran varios negocios playeros, como también un PDMERCAL; al sureste del bulevar se encuentra el barrio Catamare, y ya dentro de este espacio, tenemos las playas circunscritas al “Paseo”. Antiguamente, el sector La Zorra fue una “zona de tolerancia”. Es decir, un área donde funcionaban burdeles. Además de La Zorra, Mare Abajo también era una zona de tolerancia. La Zorra asumió ese topónimo por la funcionalidad y el sentido que tenía esa espacialidad para las personas. En cuanto a Catamare (ver imagen N° 9), es la barriada que termina en la meseta de Mamo. El bulevar comienza después de lo que ahora es el Terminal de Pasajeros de Catia La Mar, el cual tiene dos playas anexadas a ese espacio: La Zorra, en el lado este, y la popular “Los Pocitos”, al oeste.

IMAGEN N° 9



Barrio Catamare tomada desde el bulevar. Fuente: elaboración propia. 2018

Como el bulevar comienza en las postrimerías de La Zorra, Catia La Mar y continúa hasta casi llegar a los lindes de Mamo, debemos abonar el conocimiento entre dichos límites de nuestra investigación: “... en los terrenos del fundo Catia La Mar y Lagunillas construyen la Escuela Náutica de Venezuela, hoy Universidad Marítima del Caribe, la Escuela Naval de Venezuela, en la meseta de Mamo, posible ubicación del fortín del Aguacate” (Ortega, 2009, p. 18).

Mamo era conocido como “El valle de las guayabas” (González, 1981), y para el siglo XVIII:

En informe realizado por Don Pedro José de Olavariaga en 1720, se mencionan las siguientes haciendas en Mamo: la de Don Blas de Landaeta con 20.000 árboles de cacao; la de José Romero con 500 árboles de cacao y la de Don Manuel Urbina, con 10.000 árboles de cacao (Ibíd., p. 221).

Por otra parte, quisimos contrastar dicha información suministrada por el señor Cumare con algunos vecinos del barrio Catamare. Le preguntamos a varias personas mayores sobre el “origen” del bulevar. Alí (58 años), comerciante informal que antes trabajaba en el “Paseo”, nos dijo que pensaba “...que eso era desde Caldera” (¿Su segundo periodo?). Una señora conocida como “La Prima”, de aproximadamente sesenta años de edad, residente del sector, aseveró que el bulevar fue construido “con Carneiro”. Mientras que el señor Tomás (72 años), residente de la urbanización Soubllette, al sur-este de Catia La Mar y uno de los lugares adyacentes a La Zorra y Catamare, pero asiduo usuario del “Paseo”, nos dijo:

El bulevar está más o menos desde el año 2000 o 2001. Lo recuerdo porque mi nieta tenía dos años, y después Argelita [su hija] la llevó a los carnavales. Eso fue luego de la vaguada. Todo eso estaba oscuro, no había luz ni nada. Era un camino de pura tierra. La gente de Catamare se había cogido un pedazo de tierra y se quedaban allí en carpas...

En cambio, la visión de “Pancho” Sayago (57 años), trabajador desde hace dieciocho años en el restaurant “El Caney del Chivo”, nos revela que:

El bulevar ya estaba antes de la Tragedia, antes del 99... Le hicieron unas reformas... Antes estaban los carritos, luego pusieron los bancos. El bulevar siempre ha estado... El “Caney” era abierto, antes era una churuata como con forma de isla... Aquí había un acuario. Por atrás había acceso, la gente podía pasar, era como un bulevar y lo han reformado.

Pancho nos sigue relatando la historia del bulevar:

Trabajando yo aquí colocaron las piedras, el malecón con maquinaria pesada... Te voy a contar una cosa: Un muchacho vino de la universidad [UCV] y pidió permiso para

tomar fotos adentro. Él pasó, esto era de acceso a todos. Y para ese entonces había un militar malo, muy malo... No recuerdo su nombre... ‘Mayora’ [le dice el portero del restaurant], Mayora, ese mismo. Bueno, ese militar le rompió la cámara. Seguro él [Mayora] andaba en algo malo y no quería que lo grabaran.

Entre toda la información recabada y obtenida por nosotros, nos hace pensar que el “Paseo” fue un lugar que se fue construyendo con un origen humilde, sin tanta “oficialidad” ni pomposidad, como si su germen fuese una protohistoria que cada persona, sea local o no, tiene sobre su origen. Sin embargo, lo que sí conocemos es que el bulevar se encuentra entronado al norte-oeste del Estado Vargas, en la parroquia Catia La Mar, y como hemos dicho anteriormente, en las cercanías a Mamo. Tiene un perímetro de aproximadamente un kilómetro de largo, desde su entrada, el antiguo PDMERCAL (Mercado de Alimentos, un programa social del gobierno bolivariano) hasta su límite final, en las cercanías al Círculo Militar de Mamo. Al final del bulevar se encuentra el restaurant “El Caney del Chivo”. Dicho local ha sufrido grandes cambios en los últimos quince años. Hasta mediados de 2010, estaba abierto, con su forma emblemática de un caney. A partir de esa fecha, fue cerrándose el local, y a comienzos de 2013, fue bordeado por rejas y un muro que divide su terraza del malecón del “Paseo” (ver imagen N° 10 y 11).

IMAGEN N° 10



Enrejado del restaurante “El Caney del Chivo”. Fuente propia (julio 2015)

IMAGEN N° 11

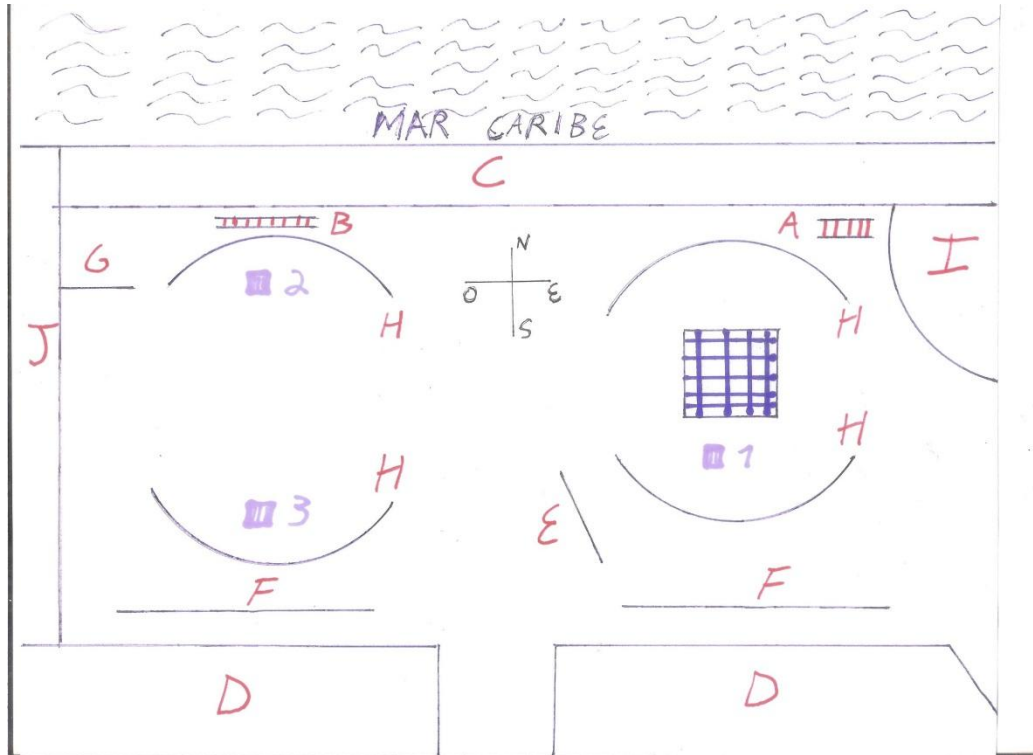


Muro del restaurante “El Caney del Chivo”. Fuente: elaboración propia (2018)

La estructura del bulevar (que hemos reconocido como “el corazón del Paseo”), tiene un perímetro de quince metros de largo por siete de largo aproximadamente (ver figura 9), con bancos alargados a través del espacio, con sus caras internas y externas (que reflexionaremos en la parte etnográfica), y bancos cortos en las cercanías del estacionamiento (¿del restaurant “El Caney del Chivo” o del “Paseo”?), pocas matas a su alrededor (ver imagen N° 12), como también un malecón que la bordea en la parte más septentrional, con la inmensidad del Mar Caribe. Para la segmentación del “Paseo”, partimos de la semantización propuesta (y otorgada) por las autoridades gubernamentales, quedando un territorio tripartito compuesto por tres cuadrantes principales: el primero de ellos sería el “área infantil” (que denominaremos Cuadrante n° 1), cuyo cartelito (ahora depuesto) anunciaba la zona que tenía el parque (y que por esto denominamos “el corazón del Paseo”). Este parque, de aproximadamente seis metros de altura por cuatro de ancho (¿?), estaba compuesto por un tobogán, pasadizos para cruzar el parque y un columpio. Su estructura era de metal y plástico, y debido a la agresividad de salitre (ver imagen N° 13), fue removido en marzo de 2018. El 6 de marzo de ese año, el mar de fondo produjo fuertes oleajes que dañaron varios comercios de la playa La Zorra, como también a la propia infraestructura del bulevar.

Figura 9:

Mapa del “corazón del Paseo” (2018)



Destacando dicho mapa de la siguiente manera:

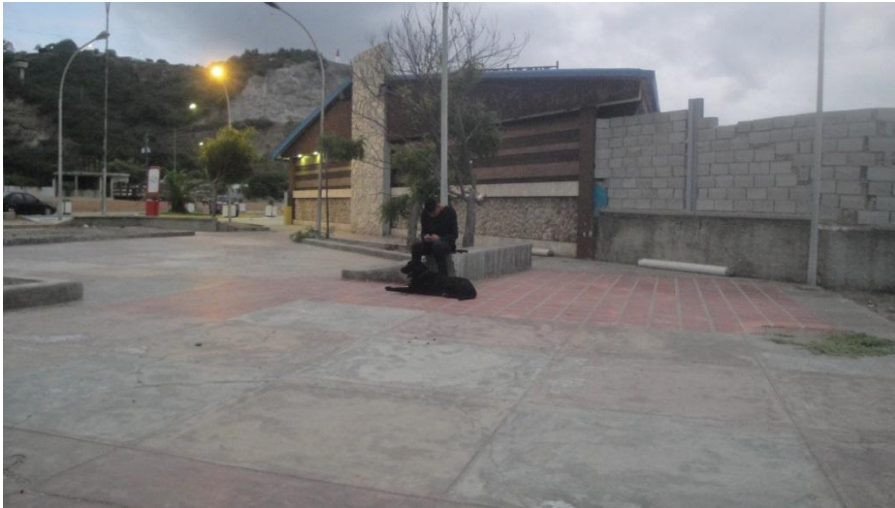
Figura 10:

Símbolos, significados y ubicación en el “Paseo”

SIMBOLOS	REPRESENTACIÓN	UBICACIÓN
A	Barras realizadas por los usuarios (Grupo de calistenia “Vargas Street World K”.	“Tierra de nadie”
B	Barras realizadas por la Alcaldía y Gobernación de Vargas.	“Área jóvenes” (Cuadrante n° 2)
C	Malecón o “piedritas”	Norte del bulevar
D	Estacionamiento	Sur del bulevar
E	Cartel de “Bienvenida”	Sureste del bulevar
F	Bancos cerca del estacionamiento	Sureste y Suroeste del bulevar
G	Banco cerca del restaurante “El Caney del Chivo”	Noroeste del bulevar
H	Bancos de los tres cuadrantes del bulevar	Parte central del bulevar
I	Teatro	Noreste del bulevar
J	Restaurante “El Caney del Chivo”	Noroeste del bulevar
1	Cuadrante 1 del bulevar	Parte central del bulevar

	(Área infantil)	(Donde el recuadro de cuadras azules indica el parque infantil)
2	Cuadrante 2 del bulevar (Área jóvenes)	Parte central del bulevar
3	Cuadrante 3 del bulevar (Área adultos)	Parte central del bulevar

IMAGEN N° 12



Poco arbolado en el bulevar. Fuente: elaboración propia (agosto 2018)

IMAGEN N° 13



Parque en el “área infantil”. Fuente: elaboración propia (marzo 2017)

El segundo, es el llamado “área jóvenes” (que denominaremos Cuadrante n° 2), el cual se encuentra al noroeste del “área infantil”. En ese lado del bulevar, en las cercanías al malecón, se congregaban jóvenes, que en las tardes de la semana (y hasta los fines de semana), hacían barras en las dos paralelas (conocida como “Cristo” por su forma horizontal) que la gobernación/alcaldía del estado Vargas había colocado. Dichas máquinas eran de hierro, y como con el parque, el salitre las ahuecó, pudriéndose su estructura (ver imagen N° 14 y 15).

IMAGEN N° 14



Máquinas en el bulevar. Fuente: elaboración propia (marzo 2017)

IMAGEN N° 15



Máquinas en el bulevar. Fuente: elaboración propia (marzo 2017)

El tercer cuadrante “oficial” se denomina “área adulto” (que catalogaremos como Cuadrante n° 3). Dicho espacio, al sur del “área jóvenes”, se encuentra en las cercanías al restaurante “El Caney del Chivo” (ver imagen N° 16 y 17). Allí los adultos mayores se reunían para realizar ejercicios diversos o sentarse a compartir en sus bancos, cuyas postrimerías se encuentran las pocas matas en el “corazón del Paseo”.

Fuera de los tres cuadrantes, en las fronteras del denominado “corazón del Paseo”, se encuentra un espacio que puede clasificarse como “tierra de nadie”. Allí se hallaban unas barras de hacer ejercicios y otro “Cristo”. Estas máquinas fueron autoconstruidas por un grupo de jóvenes a mediados de 2017, como consecuencia del deterioro de la paralela colocada por los entes gubernamentales. Esta apropiación del espacio por ese grupo de jóvenes que practicaban calistenia (que más adelante seguiremos indagando), fue tan exitosa que la mayoría de los

usuarios hablan de forma, tanto tácita como explícita, de un antes y después de las máquinas y de dicho grupo. Y al igual que el parque, fueron removidas por el mar de fondo de marzo de 2018. También, al lado del mencionado territorio, se encuentra un teatro pequeño de estilo romano, de paredes blancas, con su escena, parte trasera de bastidores y gradas.

IMAGEN N° 16



Foto del “área adultos” y “área jóvenes”. Fuente: elaboración propia (julio 2015)

IMAGEN N° 17



Foto del “Área adultos”. Fuente: elaboración propia (marzo 2018)

Con este panorama, nos aproximamos a un estudio del espacio público para abordar la relación espacio-sociedad enmarcada dentro del contexto varguense, específicamente en Catia La Mar. Nuestra inmersión se produjo durante un año, dividiéndose de la siguiente manera:

- El primer trimestre de 2017, fueron de tentativas, de ir y venir, de adentrarse y salir del “Paseo”. Estos intentos, aproximaciones, nos sirvieron para delimitar nuestra área de estudio y para (re)conocer dicho espacio, además de *ojear* los usos, apropiaciones y prácticas que en el mismo se realizaban.
- Hubo otra ronda de acercamientos prolongados durante el primer trimestre de 2018, que nos constataron los cambios surgidos en el “Paseo” respecto al año anterior, siendo determinante para definir el entorno y perfilar nuestra etapa etnográfica.
- Los últimos tres meses y medio (parte de junio, julio, agosto y parte de septiembre de 2018) fueron de observación, descripción y toma de “datos” etnográficos (aunados tanto

por el pulso de la escritura, siendo una consecución de esa observación constante, como también de la fotografía, como registro de esas imágenes diluidas en el tiempo).

A continuación, para tener una idea de la cotidianidad en el bulevar, vamos a dividir, como un tríptico, varios días en el “Paseo”, bajo el criterio de las temporalidades que abordamos (y nos adentramos) en dicho espacio público: mañana, tarde-noche, durante los días de semana, como también los fines de semana. Ese eje observación flotante-etnografía, nos permite hacer una “rotación de perspectivas” (Fernández en Grimson, Merenson y Noel, 2011) para, a través de nuestro propio bagaje y sentidos comunes “... comprender los sentidos comunes de los otros: sus lenguajes, historias, formas del sentir y clasificar el mundo” (Grimson, Merenson y Noel, 2011, p. 10).

De esta manera, describiremos las actividades, usos y apropiaciones del bulevar estratégicamente: una mañana, tres tardes (por ser el lugar de mayor afluencia) y dos noches (por ser el umbral de lo “cotidiano” a lo “extraordinario”). Es muy importante aclarar lo anterior debido a que la cotidianidad en el bulevar cambia notablemente los sábados y domingos (que más adelante describiremos). Este criterio, el de la narrativa de seccionar por partes los días, nos permite englobar, como si fuese una sola mañana, tres tardes y dos noches, la experiencia observada en los seis meses de etnografía. También debemos aclarar que estas temporalidades tienen sus limitaciones, siendo presentadas a continuación:

- La mañana en el bulevar “Paseo La Marina” comienza muy temprano (ronda las 5:30 am) y finaliza también muy temprano (alrededor de las 9:00 am). Esto posee múltiples respuestas, tanto subjetivas como objetivas: desde el clima tan poco benigno en la zona,

los nulos “refugios” arbóreos en el “corazón del Paseo”, así como las responsabilidades y necesidades de sus usuarios.

- La tarde (“tardecita”), comienza alrededor de las 4:30/5:30 pm, cuando “baja el sol”.
- La noche en el “Paseo” comienza (dependiendo de la puesta de sol en las diferentes épocas del año), aproximadamente (para septiembre de 2018) a las 7:15 pm. Y termina pronto, alrededor de las 8:20 pm (aproximadamente los fines de semana), debido a la poca luminosidad en dicho espacio.

Con estas aclaratorias, nos adentramos a la etnografía del “Paseo”: una historia que parece construirse (y olvidarse) en la fugacidad del instante, con los pies y corazones de sus usuarios. Como advertimos, presentamos tres días y tres temporalidades que, como un *collage*, nos resumen la experiencia etnográfica previa de seis meses, presentándonos a un “Paseo” fragmentado y transitorio, renovándose continuamente. Nuestra tarea es describir un mosaico que se nos presenta con impresiones, sensaciones y lógicas; como también, con sus rituales, sentidos y silencios.

IV. 3.2. Los días en el bulevar: el vaivén de la “mañanita”

Nuestra mañana, de un lunes “corriente” de septiembre de 2018, comienza a las 6:20 am. Es seca. Apenas se “asoma” el sol, y desde hace media hora, en nuestro *viaje* desde nuestro destino hasta llegar al corredor del bulevar, avisa el poder de su fuerza. En cierta manera, adentrarnos a un espacio público como el “Paseo”, es entrar en un mosaico que se construye continuamente (donde dicho espacio no tiene un “comienzo” ni un “fin”, sino un *fluir* constante). Su extensión oval, con sus maltratados adoquines bermejos, nos hace mapear un territorio complejo y contradictorio: entre los mosquitos y la basura (hay una caja de alimentos en el “área infantil”, bolsas plásticas de aperitivos y un recipiente blanco), conseguimos un paisaje desolado, mientras que, al fondo, el mar Caribe espejea los reflejos del sol (ver imagen N° 18).

IMAGEN N° 18



Mar Caribe y malecón del bulevar. Fuente: elaboración propia (septiembre 2018)

El bulevar se divide en tres cuadrantes oficiales: “área infantil” (cuadrante n° 1), el cual se encuentra en el sur-este, cuyo centro se encuentra un parque nuevo, de dimensiones muy

inferiores al anterior, el cual fue instalado luego del mar de fondo en marzo de 2018. Debido a ser el único lugar que ahora funge de centralidad en el bulevar, lo denominamos “el corazón del Paseo”. Al noroeste se encuentra el “área jóvenes” (cuadrante n° 2), donde se encontraban las barras (dos “Cristos”, colocados por la alcaldía/gobernación del estado Vargas), antes de la eventualidad meteorológica antes mencionada. Dichas barras congregaban una veinte de jóvenes cada tarde de la semana (y aproximadamente una decena los fines de semana). Por último, el “área adulto” (cuadrante n° 3), es el sector semantizado por las autoridades para que los hombres y mujeres adultos mayores, pudieran recrearse, ejercitarse y pasar el rato. Como vemos, el territorio ha sido segmentado por edades, dando una territorialidad y apropiación del espacio conforme se creen las identidades de acuerdo a dichos parámetros. Aunque, los mismos no son asumidos estrictamente por los actores sociales, y que conforme se profundice y prolongue la observación usuarios-espacio, conoceremos que el bulevar es una imagen que se renueva en sus momentos.

Además de los cuadrantes y “áreas” antes expuestas, el “Paseo” tiene una zona de tierra y piedra, que denominamos “tierra de nadie”. También posee al sur de dicha zona, un teatro de paredes blancas. Al aproximarnos al mismo, vimos desperdicios, camisas sucias, cajas y botellas, así como grafitis tanto en la parte externa como interna del teatro (ver imagen N° 19, 20, 21, 22 y 23).

IMAGEN N° 19



Grafiti interior teatro del bulevar. Fuente: elaboración propia (marzo 2017)

IMAGEN N° 20



Teatro del bulevar. Fuente: elaboración propia (septiembre 2018)

IMAGEN N° 21



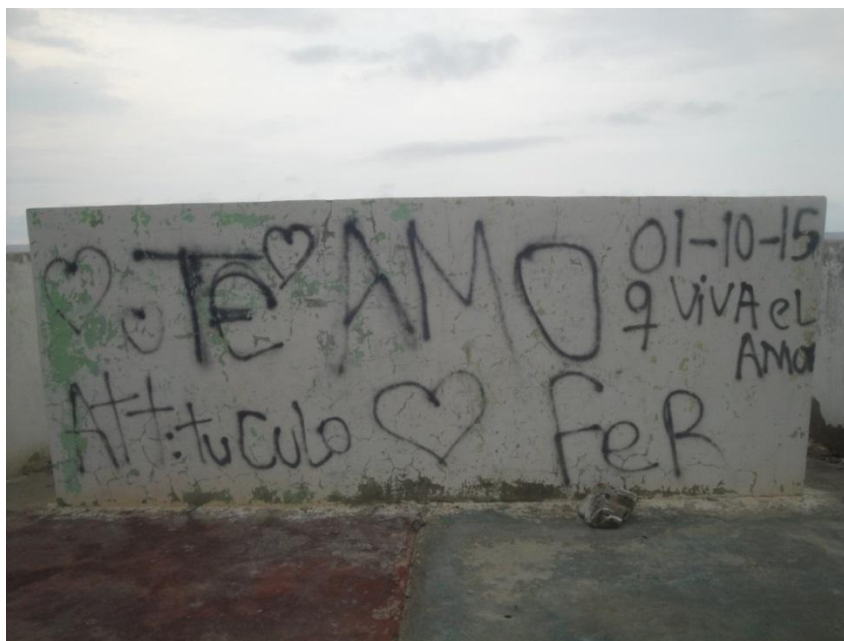
Banco fuera del teatro. Fuente: elaboración propia (febrero 2018)

IMAGEN N° 22



Grafiti posterior del teatro. Fuente: elaboración propia (marzo 2017)

IMAGEN N° 23



Grafiti interior teatro. Fuente: elaboración propia (marzo 2017)

La superficie del bulevar es irregular, tanto en el corredor como dentro del “corazón del Paseo”. En los espacios donde hay tierra para plantas matas o árboles (que lo necesita), crece poco musgo, haciéndolo lucir (des)ordenado. Esto puede propiciar el acumulación de desperdicios, que se siembran en dichos intersticios “ocultos” a una observación rápida (ver imagen N° 24 y 25).

IMAGEN N° 24



Desperdicios en los resquicios del bulevar. Fuente: elaboración propia (enero 2017)

IMAGEN N° 25



Desperdicios en los resquicios del bulevar. Fuente: elaboración propia (enero 2017)

Al menos veinte de las personas que asisten al bulevar durante la mañana (de unas treinta aproximadamente), sobrepasan los cuarenta años. Muchos son cincuentones y algunos están en el umbral de los setenta. En realidad, en esta mañana no hay tantas personas. Comparadas con otras (desde nuestra primera aproximación al bulevar en el 2015), no hay tantos grupos ni usuarios trotando; ni siquiera el tropel de cadetes de la naval, que descendiendo de la Meseta de Mamo, llenaban el “Paseo” de su acostumbrado itinerario, con sus canticos y marchas a un mismo son.

El “Paseo”, en la mañana es un *escenario* para la movilidad: está más dispuesto para venir en pareja o solo/a, y predomina el paso acelerado de la caminata o el vaivén corpóreo del trote. Así, desde temprano, por su dinamismo, la contemplación no es tan marcada como en la tarde (donde puede ser, al compás del crepúsculo, el tiempo predilecto para asentarse). Esto puede tener dos causas, tanto subjetiva como objetiva: por un lado, las responsabilidades y labores de los usuarios; los que son padres se apuran con el trajín del día a día, en un mes (septiembre) que da término a las “vacaciones” escolares. Mientras que, por el otro lado, el nulo resguardo arbóreo del bulevar “obliga” la permanencia estacionaria y no tan prolongada. Solamente el “área adulto” (cuadrante nº 3) tiene tres matas (bastante endeble para el resguardo). Esto último hace que su uso, apropiación y prácticas espaciales se caractericen en tres tiempos (y con sus *ritmos*) particulares: mañana (hasta las 9:00 am aproximadamente); tarde (a partir de las 4:30 pm aproximadamente o cuando “baje el sol”) y noche (hasta frisar las 9:00 pm, especialmente los viernes y sábados).

Nuestro panóptico esa mañana es el “área jóvenes” (cuadrante nº 2). Observar desde aquí tiene sus ventajas: se perciben los otros dos cuadrantes; el tránsito de los usuarios por el corredor tricolor del bulevar y los bancos a su alrededor; la mirada va de aquí para allá, en dirección sureste y suroeste. También se ve el estacionamiento, atrás la avenida “La Marina”, al sureste la

barriada Catamare y al suroeste la Meseta de Mamo. La desventaja es que se pierde de vista los usos atribuidos a las “piedritas” (el malecón que divide el territorio del Mar Caribe). Desde los otros dos cuadrantes, la mirada es hacia el norte: el parque, el “área jóvenes”, el teatro, la “tierra de nadie” y el “área adulto” (o desde éste, el “área infantil”) (ver imagen N° 26). Pero, se pierde de vista lo que sucede atrás. De esta manera, una de las características más peculiares de los bancos en el “corazón del Paseo”, es la bipartición de sus lados: posee una cara interna y externa, dando la espalda o la frente, dependiendo la ubicación que tengamos.

IMAGEN N° 26



Cuadrante n° 1 o “Área infantil” (mañana). Fuente: elaboración propia (agosto 2018)

Para la señora Beatriz (58 años) de la urbanización Soubllette, de camisa beige y pantalón deportivo oscuro, la “mañanita” en el bulevar es: “Para comenzar el día renovado. Uno se motiva a enfrentarlo de la mejor manera. Con ese paisaje y el calorcito”. Y para el señor Agustín (46 años), asiduo trotador del “Paseo” desde hace tres años, la mañana es: “Para despertar el cuerpo. Hacer ejercicios, despejar la mente del estrés diario”.

Otra de las singularidades de la mañana, es que predominan las personas que vienen a pie. Es decir, los que desde sus hogares se acercan a ejercitarse al bulevar a su propio paso. Esto afianza la idea de que la mañana es *movilidad* (cumpliendo estrictamente en la mañana el rol peatonal que posee el bulevar). En poca medida llegan los usuarios en vehículos, aunque varias personas lo hacen, como las señoras de gorras que caminaron alrededor de media hora, se sentaron en los bancos del “área adulto”, se estiraron, para luego, entre charlas, ir al estacionamiento y montarse en dos camionetas que las buscaron.

A golpe de las 6:40 am, el “corazón del Paseo” está solo (ver imagen N° 27). Los tres cuadrantes “oficiales” (concebidos por las instituciones gubernamentales locales) están vacíos. Cuatro perros se aproximan con violencia al escuchar los ladridos de un rottweiler sobre el techo del “Caney” (¿el vigilante en horarios matutinos?). A esa hora, el restaurant está cerrado. Su horario de apertura es a partir de las 9:00 am. Al rato, un señor se sienta en los bancos próximos al estacionamiento, mientras que en dicho espacio hay cinco vehículos. De la veintena de personas que van de un lado a otro, caminando (una señora septuagenaria; un señor de lentes gruesos y dos mujeres que parecen madre e hija) y trotando (una señora cuarentona y su hija adolescente; un señor alto, de barba y pronunciada calva; otra señora de leggins oscuros y camisa fosforescente), nos indica que en las mañanas dominan los ejercicios cardiovasculares: el cuerpo se moldea con el movimiento y el ritmo acelerado; el trayecto, con sus irregularidades, marca los pasos de los trotadores y caminantes.

IMAGEN N° 27



Vista de la mañana en el “corazón del Paseo”. Fuente: elaboración propia (agosto 2018)

A las 7:15 am, nos acercamos al malecón. Un señor de gorra roja, chemisse a rayas, bermudas y chancletas, pesca en las rocas de abajo (ver imagen N° 28). Tiene rato sin sacar nada. El pescador tira el nylon con su anzuelo al mar y la paciencia, en dicho arte, lo es todo. Espera sin ansiedad el jalón del pescado mientras él permanece impávido viendo como rompe el mar a sus pies.

IMAGEN N° 28



Pescador en el malecón del bulevar. Fuente: elaboración propia (agosto 2018)

Al frisar las 7:40 am, decidimos dar una vuelta. A partir de esta hora, todo comienza a estar más desolado. Ya muchos caminantes/trotadores se fueron. Caminando con dirección a la playa “Los Pocitos”, pasamos junto al señor de lentes gruesos que camina sin disminuir el ritmo; lleva cuatro vueltas en el casi kilómetro de su ruta personal en el “Paseo”.

Al regresar al “área jóvenes”, un señor ciclista con casco y uniforme negro, dice: el sol está “cabilla” (refiriéndose a la inclemencia del sol). Al detenerse para refrescarse, le preguntamos su ruta: “...siempre paso por aquí. Vengo desde Zamora”, al referirse a dicha urbanización al este de Catia La Mar. Al cabo de un rato de refrescarse, siguió su camino.

Cerca de las 8:15 am, son cinco las personas que cruzan el bulevar, ya sea para ir al trabajo (como el señor de la vianda negra y una señora) o para seguir sus ejercicios. Los trabajadores que recorren el “Paseo” de cabo a rabo es algo muy recurrente. Debido a la grave situación del transporte público, en líneas generales, en todo el Edo. Vargas, muchos recurren ir al paso hasta

las paradas más próximas. En este caso, muchas personas caminan hacia el este (cruzando el bulevar para ir hacia el Terminal de Pasajeros u otras paradas cercanas a la Urb. Soublette) que los lleven a sus puestos de trabajo, tanto en la región varguense como en otras partes de La Gran Caracas.

La mañana, conforme aumenta el calor, pasa de ser un “lugar” (en la acepción de Augé, 2000) a un “no lugar”. Es decir, el “Paseo” como espacio de disfrute y compartir, así como mapa de confluencias, encuentros y estancias, pasa a ser un lugar de paso; el intersticio de un *aquí* y *allá*, siendo un asirse muy fragmentado. Se convierte, simple y llanamente, en el lugar de los peatones. Al finalizar la jornada deportiva, las personas emprenden sus viajes; continúan las rutas de su cotidianidad para afrontar los retos del día. Para nosotros culmina la mañana en el “Paseo”, para luego abrimos paso en el umbral de la tarde.

IV. 3.3. Las tardes son un *Paseo*

Corría el 20 de marzo de 2017. Eran las 5:40 pm. Comenzaba la primavera en otras partes del hemisferio occidental, mientras a nosotros nos invadía el sempiterno calor, algunos chubascos y las nubes densas; el mar estaba agitado, pero la vista era imponente: el mar Caribe mostraba su inmensidad. Un grupo de mujeres (de edades disimiles) trotaban; una de ellas, la más joven (de aproximadamente treinta años), le pregunta a la mayor (de unos sesenta años, que, por sus rasgos fenotípicos, parecía su madre): “¿Es la última serie no?”. “No, son tres”, responde la señora.

Unos chicos se congregan donde se encuentra el “Cristo” (dos tubos verticales con un poco más de dos metros, y uno horizontal de metro y medio que lo atraviesa), que se halla en el área cuyo cartelito rezaba “área jóvenes” (que catalogamos cuadrante nº 2). Son siete muchachos con torsos desnudos que cada tarde, de lunes a viernes, realizan barras.

En el área reservada a los pequeños (de entre dos años y nueve), cuyo centro es un tobogán roto, derruido por el salitre y el deterioro, es todavía utilizado por niñas y niños, encaramándose, pasando de un lado a otro y subiendo al segundo nivel del parque. Dos columpios (o, mejor dicho, las bases de los mismos) se mantienen levantados, intactos, algo oxidados, pero sin las cadenas ni las sillas para completar los requerimientos de su funcionamiento inicial. Sin embargo, todavía es utilizado. Los jóvenes que hacen calistenia, también hacen barras en la estructura del columpio (ver imagen N° 29).

A las 6:15 pm, el grupo de mujeres que trotaban se acercó al “área adulto”, tendieron sus esterillas (como los utilizado para hacer yoga) para realizar estiramientos y ejercicios. El grupo es comandado por una señora de aproximadamente cuarenta años, que usa franelilla gris y licra negra.

IMAGEN N° 29



Joven ejercitándose en el columpio. Fuente: elaboración propia (marzo 2017)

Frisando las 6:25 pm, en el otro lado, los chicos hablan entre ellos, dan vueltas sin salir de los diámetros del espacio de la barra, se estiran en una máquina que funge para eso, para luego dar otras volteretas en el “Cristo”. Al rato, se suman unas chicas, conocidas del grupo, ellas hablan entre sí y de cuando en cuando un chico se acerca, habla con alguna de las cuatro muchachas, echa un chiste y se va a “su” espacio junto a los otros muchachos.

Las chicas no suelen estar congregadas con los chicos; son grupos apartes. Ellos mientras hacen demostraciones de fuerza, ellas realizan ejercicios de tonificación. Esto nos hace ver la marcada diferenciación por géneros en dicho espacio público, además de sus “áreas” generacionales. Dicha territorialidad está marcada por sexo y rangos de edades, así como por “roles”. Las tardes, a diferencia de la mañana, predomina la afluencia de los cuadrantes n° 1 y n°

2. Dichos grupos identitarios se manifiestan de la siguiente manera por sus actividades: el “área infantil” (cuadrante nº 1), se caracteriza por los juegos, lo lúdico, el “bochinche” de los niños; también es el área de los padres, que en su mayoría vienen en pareja, suelen compartir alimentos, charlar o chatear por sus teléfonos. Los padres se caracterizan por la “vigilancia” a los pequeños, estando siempre entre sus predios mientras estos juegan en el parque. El “área jóvenes” (cuadrante nº 2), a través de la calistenia, los muchachos tonifican el cuerpo, hacen demostraciones de fuerza y dan culto al cuerpo; son un grupo numeroso (pueden ir de cinco integrantes hasta doce) y se caracterizan por conocerse entre ellos. Mientras que el “área adulto” (cuadrante nº 3), lo recreacional, contemplativo, como también los ejercicios cardiovasculares, estiramientos y paseos, son las características y prácticas espaciales más predominantes de los adultos mayores.

Por otra parte, las mujeres suelen caminar mucho más que los hombres, a lo largo del poco más de un kilómetro del “Paseo”. Esto también es muy frecuente en los adultos mayores, tanto hombres como mujeres, contabilizando, *grosso modo*, un promedio de cinco vueltas por grupo.

En los predios al “área jóvenes”, además de las barras, hay una máquina que consiste en una rueda para realizar estiramientos de hombros, una caminadora y otra más que no sabemos su funcionalidad porque es poco usada. Algunos niños rompen la línea que demarca su “zona”, se suben a la caminadora, dan vueltas a la rueda, y se van al “área adulto” donde se encuentra una máquina para balancear las extremidades inferiores y otra para subirse y “sonar las caderas”, como dijo un señor (ver imagen N° 30).

IMAGEN N° 30



Máquinas entre los cuadrantes n° 2 y 3. Fuente: elaboración propia (julio 2015)

Esas máquinas de ejercicios en los parques, también denominados *Parques biosaludables*, fueron inauguradas en el 2012, que, según el ex alcalde de Vargas, Alexis Toledo, al inaugurar unos parques en Catia La Mar expresó:

...decidimos avanzar en un despliegue de construcción de parques en las comunidades más necesitadas. Ya hemos puesto en marcha 9 con los de hoy y seguiremos inaugurando en lo que queda de año. Esto es parte de seguir mejorando la calidad de vida de los habitantes, una de las tareas de la revolución bolivariana y una de las tareas encomendadas por el presidente Hugo Chávez (Prensa Alcaldía de Vargas, 22 de diciembre de 2012).

También en ese año, en el 2012, el bulevar conocido como “Paseo La Marina”, homónimo a la avenida que la cruza, y cuyos topónimos son adquiridos por las escuelas navales que se encuentran en la Meseta de Mamo, fue rebautizado con un cartel que reza en la parte inferior: “Parque Marino Cacique Catia” (ver imagen N° 31).

IMAGEN N° 31



Cartel en la entrada al “corazón del Paseo”. Fuente: elaboración propia (marzo 2017)

En el “área adulto”, frente a los chicos, pero a gran distancia de ellos (unos seis metros aproximadamente), se encuentra un grupo de tres hombres mayores (aparentan más de cuarenta y cinco años y no más de cincuenta y cinco), que charlan entre ellos. Los tres trotaron por su cuenta y se reunieron en el lugar cuyo cartel dice “Cuida tu parque”.

A golpe de las 7:00 pm, con la puesta de sol, una pareja charla en el malecón. A lo lejos, las tres columnas de humo de Tocoa se confunden con las nubes. Las luces de neón del “Caney” se iluminan y un niño juega solitario con la arena del parque.

Otra tarde en el bulevar, es el martes 27 de marzo de 2017. Al llegar a las 5:15 pm, lo primero que realizamos fue tomar unas fotografías sobre el parque infantil (ver imagen N° 32 y 33). Al rato, unos chicos, dos jóvenes y una muchacha se acercaron para preguntarnos si procedíamos de

la “gubernación”. Dijimos que no, pero no se sintieron defraudados por nuestra respuesta; la conversación fluyó sobre las condiciones del entorno. Ellos nos contaron que unos niños se han caído y “maltratado” al subirse al tobogán.

La tarde está parcialmente nublada; las nubes se dirigen y acumulan hacia el suroeste. A nuestros alrededores, una docena de muchachos están en el cuadrante n° 2; charlan, bromean y dan vueltas en las barras.

El grupo de señoras se vuelve a reunir para trotar, calentar y hacer estiramientos. Es un grupo asiduo al “Paseo”, con un estimado de tiempo en el mismo de una hora aproximadamente. Se reúnen entre el “área adultos” y la pared oeste del “Caney”.

IMAGEN N° 32



Parque en el cuadrante n° 1. Fuente: elaboración propia (marzo 2017)

IMAGEN N° 33



Parque en el cuadrante n° 1. Fuente: elaboración propia (marzo 2017)

A las 6:05 pm, un grupo de chicos se subió con dificultad a la estructura que une al tobogán. Son unas escaleras oxidadas que dan a un segundo piso sin dos partes de la baranda de plástico.

Por otra parte, a lo largo del corredor tricolor del bulevar, una veintena de personas trotan y caminan.

Detrás del parque, en las cercanías del teatro, colocaron un par de barras para hacer calistenia (ver imagen N° 34). Son recientes. Es decir, no están desde los “Cristos”, el parque y las máquinas colocadas por las autoridades locales en el 2012. Esta intervención de los usuarios sobre el espacio, en un área que puede denominarse como “tierra de nadie”, es de tipo funcional. Es decir, está realizado, por un lado, en aras del mantenimiento y culto al cuerpo. Mientras que,

por otra parte, dichas actividades físicas han afianzado una identidad colectiva y una apropiación del espacio, que parte de la calistenia.

Al conocer a través de Gustavo (22 años), estudiante universitario, sobre el grupo de jóvenes que practica calistenia, me dijo que las barras tienen tres meses aproximadamente (desde enero de 2017). El grupo está conformado desde hace un año y medio, reuniéndose con “religiosidad” los días de semana, y cuando pueden, los sábados y domingos.

IMAGEN N° 34



Barras en “tierra de nadie”. Fuente: elaboración propia (marzo 2017)

6:25 pm. Lo que antes eran las bases para resistir los vaivenes del columpio, ahora les sirven a los chicos para hacer barras. Los bancos, tanto para sentarse, son también el lugar propicio para hacer flexiones de pecho.

Las máquinas del bulevar han mermado por el salitre. Pero, ¿los entes gubernamentales no sabían las consecuencias de esto? ¿No lo predijeron? (ver imagen N° 35 y 36).

IMAGEN N° 35



Máquina en el bulevar. Fuente: elaboración propia (marzo 2017)

IMAGEN N° 36



Columpio en el bulevar. Fuente: elaboración propia (marzo 2017)

A las 6:45 pm, un grupo de niños, con mini arquerías (que armaron rápidamente) y el balón, seccionaron un espacio del corredor del bulevar para jugar futbolito. Es un “tres contra tres”. Mientras, que en el “área adulto”, los tres señores que trotan en solitario, se volvieron a reunir en ese cuadrante para charlar y saltar cuerdas.

El martes 12 de marzo de 2018, ya no estaban las barras ubicadas en “tierra de nadie”. Una chica de uniforme blanco cruza el bulevar sosteniendo un gran bolso, se sienta en el malecón, se toma varias *selfies* y al cabo de diez minutos de revisar el teléfono, vuelve a cruzar el bulevar para esperar (alrededor de 15 minutos) un bus. Como ella, muchas personas llegan de su trabajo a descansar, contemplar el mar o simplemente pasar el rato en el bulevar (con una media de tiempo de permanencia de aproximadamente 30 minutos), para luego seguir el viaje a sus destinos.

Esa tarde, alrededor de las 6:10 pm, una veintena de personas conversan, trotan, se estiran y ejercitan en los bancos (tanto en las zonas aledañas al estacionamiento, como en las distintas “áreas”).

Una pareja se besa en el malecón frente a la puesta de sol. Las llamadas “piedritas” son el lugar popular de las parejas y familias. Allí se congregan, en el correr de la tarde y umbral de la noche, y posee unas peculiaridades que es interesante detenernos: el malecón que cruza de este a oeste, y el que delimitamos como panóptico de nuestro estudio, bordea la zona norte del “corazón del Paseo”. El extremo este, cerca del teatro, son los más alejados. Ese lado es muy concurrido, tanto en la claridad del día como en la oscuridad, exclusivamente por parejas, tanto las que llegan a “pie” como las que estacionan sus vehículos y motos en las cercanías. En sus alrededores, podemos divisar desde ropas, basuras, botellas de licor, como preservativos y demás

objetos desechables. Mientras que, al otro extremo, en las “piedritas” del lado oeste, más cercano a los predios del “Caney”, es el lugar de las familias, parejas en periodo de cortejo, trabajadores y los usuarios del “Paseo”. Entre las diversas actividades que se realizan en el malecón observamos: contemplación del paisaje; juegos de “tirar” piedras al mar; cortejo de parejas; fotografía al paisaje, *selfies* (tanto solitarias como en grupos); ingesta de bebidas alcohólicas, etc. (ver imagen N° 37).

Tras el temporal del 6 de marzo, el bulevar está muy deteriorado: montones de tierra pueblan el espacio público, afectando el teatro, la “tierra de nadie”, cuyas barras y “Cristo” hechas por el grupo de calistenia fueron removidas, así como también el parque careado por el salitre.

Unos niños aprovechan ese montón de tierra donde antes estaba el parque, para jugar béisbol a lo largo del cuadrante n° 1.

Un señor trotta cada tarde, silencioso, algo “esquivo” (lo reconocemos por su parecido físico al escritor irlandés Samuel Beckett, y por ser uno de los visitantes asiduos más antiguos que observamos), y al término de su jornada deportiva, se sienta en una roca del malecón a contemplar el mar. Hace eso cada día durante una hora. No fue sino hasta casi las siete que se levanta y retorna hacia su hogar.

IMAGEN N° 37



El malecón o las “piedritas”. Fuente: elaboración propia (marzo 2018)

Aunque fue una tarde de poca afluencia, varias parejas se reunieron en las “piedritas”, otras trotaron juntas y una, con sus ropas deportivas, camina a paso acelerado tomados de la mano. Otro señor (este sí reconocido y otro de los visitantes asiduos más antiguos), Froilán (77 años), de sempiterno uniforme deportivo, trota, camina y se estira en los bancos antes señalados como “área adulto”. Al rato, charla con un chico que trotaba solo y escuchaba música con sus auriculares.

A las 6:45 pm, una familia (la pareja y un niño pequeño) permanece en el cuadrante n° 1, se aburre al cabo de cinco minutos y se va. Los que quedan (una docena de personas), observan a tres chicos montados en dos caballos; estos se bajan, los amarran en el poste aledaño al cuadrante n° 2 y se sientan a charlar y fumar en el malecón.

Hacia las 7:00 pm, oscureciendo de a golpe y sin luz artificial en los postes, siguen llegando parejas trotando; chicos y chicas universitarios cruzando el bulevar y un padre con su hijo de unos ocho años dan una vuelta a trote lento.

Los chicos de calistenia no se aproximan al espacio público. Sin ese grupo numeroso (de entre 10 y 12 personas), el bulevar ha perdido cierto brillo.

IV. 3.4. “La noche es una boca de lobo”

Esa vista que agoniza, al umbral de las 7:10 pm, era “hermosísima”, como dijo una chica que corría a tomarle una foto y apurando a su hermana para que le diera el teléfono celular (ver imagen N° 38). Al llegar esa tarde-noche al “Paseo”, un automóvil pequeño estaba estacionado dentro del corredor del bulevar. Al cabo de un rato, tomaron rumbo al estacionamiento y se fueron.

Los postes comienzan a iluminar tenuemente y de forma irregular (ver imagen N° 39). Varios chicos juegan en el parque y un grupo de hombres, con gorras y uniformes de béisbol, descenden de una camioneta van (de una aerolínea) y se quedan compartiendo en el estacionamiento. Ese murito que subdivide el estacionamiento en dos partes (una superior y otra inferior), también es asiento de grupos que comparten en dicho lugar.

IMAGEN N° 38



Atardecer en el bulevar. Fuente: elaboración propia (julio 2018)

Una pareja que desde nuestra llegada se encontraba en los predios del “área adulto”, cerca de la mata, con su ritual de cortejo visible ante los demás usuarios, parece que dio frutos y se acercaron a las “piedritas” para seguir su rito amoroso, con charla acompasada mientras observan el ocaso.

Desde temprano, una señora llegó con sus cuatro hijos (dos niñas de entre diez y trece años, y dos niños entre siete y nueve), junto a una adolescente de trece años aproximadamente. Ellos corren, van hacia los lados desolados de “tierra de nadie”, regresan a tomar jugo y se devuelven a jugar la “ere” entre los postes del parque. La señora permanece hablando con su hija adolescente, la cual se toma *selfies* con sus otras hermanas. Al cabo de un rato, la señora saca de una bolsa un paquete de obleas, comienza a servir las y entregarlas en fila, mientras en el estacionamiento comienza el reguetón a todo volumen que hace bailar a una de las niñas. Son dos hombres en una camioneta, sacan una cava azul y comienzan a ingerir alcohol. En una breve aproximación que hicimos en el 2015, observamos un cartel en la entrada al estacionamiento con las “prohibiciones” en el bulevar (ver imagen N° 40). Desde el 2016, fue removido por el deterioro del salitre.

IMAGEN N° 39



Postes en el “corazón del Paseo”. Fuente: elaboración propia (julio 2018)

Otro niño, cuyos padres están sentados en las rocas del malecón tomando fotos, patea en la tierra una botella de Polar. Sus abuelos, muy mayores, están sentados observando el paisaje en los bancos exteriores al “área infantil”.

IMAGEN N° 40



Cartel con prohibiciones en el “Paseo”. Fuente: elaboración propia (julio 2015)

Como viernes, al menos el 60% de los visitantes al bulevar lo hacen en automóviles (invirtiendo la relación respecto a los otros días de semana). Debido a la penumbra del bulevar (hay 22 postes sin funcionar en los alrededores del “corazón del Paseo” y solo 9 están operativos), es más sencillo permanecer un par de horas e irse en su vehículo. El “Caney” tiene su propia iluminación, y los postes que lo circundan están operativos. Además, para acotar, que la única papelería que hay en las adyacencias al bulevar, se encuentra cerca de dicho restaurant (ver imagen N° 41) debido a que la que se encontraba en la entrada del “corazón del Paseo” fue eliminada (ver imagen N° 42).

IMAGEN N° 41



Papelera y restaurante “El Caney del Chivo” Fuente: elaboración propia (julio 2015)

Para ser más específicos con el punto anterior de la iluminación, describiremos por cuadrantes el servicio de luz: el Cuadrante n° 3 (‘área adulto’) tiene un solo poste funcionando (porque se encuentra en las cercanías del restaurant, el cual lo inunda con sus reflejos). En el Cuadrante n° 1 (‘área infantil’) no hay ningún poste operativo, aunque se ilumina tenuemente con los reflejos de los postes del estacionamiento (que seguimos pensando, ¿es del bulevar o del “Caney”?). Tampoco sirve algún poste en el Cuadrante n° 2 (‘área jóvenes’) cuya visibilidad con el correr de la noche se hace más difícil. Lo mismo pasa con el malecón, el teatro y la “tierra de nadie”. La llegada de la oscuridad permite la clandestinidad, el ocultamiento, la insumisión de la exposición, como una especie de domesticación del espacio común. Esto pudimos constatarlo en el teatro, como en un lugar al comienzo de la playa La Zorra. Ambos lados fungen de refugio para individuos en “situación de calle”. Uno de ellos (el que pernocta en el teatro) va de un lado

a otro del corredor del bulevar recogiendo plásticos; llega a golpe de las 8:30 pm al teatro, y allí se queda, mudándose de lugar conforme impere la necesidad.

IMAGEN N° 42



Papelera en la entrada al “corazón del Paseo”. Fuente: elaboración propia (febrero 2017)

En otro punto, desde hace más o menos cuatro meses, la caravana de “Barrio Nuevo, Barrio Tricolor” (Plan gubernamental creado por el expresidente Hugo Chávez dentro del ideario socialista, buscando una transformación en el hábitat urbano) está vacía. Dicha caravana se encuentra anclada dentro del corredor oeste del “Paseo”, cerca al restaurant “El Caney del Chivo”. Allí pernoctaban dos Guardias Nacionales. Custodiaban la zona, daban vueltas con una perra (que tampoco está), siguiéndolos fielmente de un lado a otro.

Al irnos esa noche, sin luces artificiales a lo largo del corredor del bulevar, y casi al llegar al PDMERCAL, una chica era arrastrada por su pareja. Ella, renuente, se frenó y se quejó. El

hombre le propinó tal golpe en el rostro, que se escuchó en el lugar donde nos encontrábamos (una distancia de cinco metros). Así terminaba la noche en el “Paseo”: entre el disfrute, las risas y la belleza del paisaje, y lo escabroso que puede ocurrir entre los resquicios de la oscuridad (ver imagen N° 43).

IMAGEN N° 43



La noche en el corredor del bulevar. Fuente: elaboración propia (agosto 2018)

Otra noche (porque cada una es distinta, sea entre semana o fin de semana), esta vez de otro viernes, nos dimos cuenta que la preponderancia de los fines de semana son el estacionamiento y el malecón. Ambos, son los sitios del “relax” y la “pachanga”.

Son las 7:05 pm, las “piedritas” están muy activas (ver imagen N° 44). Hay tres grupos, entre hombres y mujeres, tomando bebidas alcohólicas. El primer grupo, cercano a nuestro lugar de observancia (cuadrante n° 2), está compuesto por dos hombres e igualdad número de mujeres. Llegaron en automóvil y por sus indumentarias, parecen haberse pasado la tarde en la playa. Dicho grupo se ubicó entre el malecón próximo al muro del “Caney” y la cara externa del banco

del “área jóvenes”. El segundo grupo que ingiere bebidas “espirituosas”, son tres mujeres y dos hombres, pero con dos niñas pequeñas (una de aproximadamente seis años y otra de tres años). También parecen haber estado en alguna de las playas adscritas al espacio público. Por último, el tercer grupo, está más al este del malecón, cercano al teatro, y alguna pareja solitaria se halla más allá, lejos de nuestra visión.

Esta noche está más o menos “vivo” el “Paseo”. Unos cinco niños juegan a las carreras. El punto de partida es el cuadrante n° 3 y el de llegada es el teatro. Van de un lado a otro, cuentan hasta cinco, “en sus marcas, listos, fuera” y sale uno antes de tiempo, el más flaquito y bajito, mientras que otro, alto y gordito, le dice que es “rolo e’ vivo”.

IMAGEN N° 44



El malecón del bulevar. Fuente: elaboración propia (agosto 2018)

Hacia las 7:10 pm, nos percatamos de la presencia de dos Guardias Nacionales. Se encuentran cerca del “Caney”.

A las 7:15 pm, quedan dos grupos en el malecón. Una de las mujeres del grupo dos de los que ingieren alcohol, le cambia el pañal a la niña de unos tres años. Por otra parte, tres mujeres llegaron y se sentaron en los bancos cerca al estacionamiento. Chatean desde sus celulares, hablan y a sus hijos ven jugar en el parque.

7:22 pm: el grupo de cinco niños juega “El Escondite”, y los refugios se encuentran entre las piedras, el parque y el teatro. El flaquito chiquito le toca contar, y otro niño de camisa naranja le dice: “Hasta cincuenta, todo el mundo hasta cincuenta”,

A las 7:30 pm, el murito del estacionamiento agarra protagonismo. Cinco hombres que llevan chores playeros, comparten un trago cerca del vehículo de donde llegaron al bulevar.

Uno de los hombres del grupo que está tomando alcohol entre el malecón y el cuadrante n° 2, le dice a otro por teléfono: “Chamo, ¿qué andas haciendo? Estamos en La Zorra, mano. De lo que te pierdes chamo”. Para la mayoría de los usuarios (esporádicos o rutinarios), el bulevar es un sitio de referencia para su cotidianidad; un itinerario más en las rutas de sus días.

Son las 7:45 pm, los chicos dejaron de correr y jugar. Se sentaron con las tres mujeres que chatean y charlan en el banco cerca del estacionamiento (ver imagen N° 45). Al cabo de un rato, llegaron dos motos con dos parejas, tanto hombres como mujeres. Estacionaron las motos cerca al “área infantil” y una pareja se sentó en los bancos de cara externa de ese cuadrante. Ellas tenían traje de baño y los hombres estaban sin camisa, en pantalones. Se quedaron conversando y tomando licor. Las risas y charlas se escuchaban hasta nuestro panóptico. Quisimos acercarnos, pero desistimos para no ser imprudentes.

Hacia las 8:00 pm, las tres mujeres sentadas en los bancos cerca al estacionamiento, se fueron con sus hijos y los cinco chicos que jugaban a escondidas, las siguieron. El único grupo que

quedó en el malecón, sentados atrás de nosotros, en las postrimerías al “Caney”, conversaban sobre un caso peculiar: “Sí, tú sabes quién es él” le dice uno de los hombres a otro. “Estuvo un tiempito en Panamá, tenía burda de plata: casa, carro, viajaba como loco. Después, se metió en un peo extraño, vaina de drogas y perdió todo. No le quedó ni el interior”, terminó de contar el hombre, mientras los demás oyentes se hicieron un coro de risas.

IMAGEN N° 45



Los banquitos y el estacionamiento del bulevar. Fuente: elaboración propia (agosto 2018)

A las 8:20 pm, el bulevar estaba más o menos desolado. El grupo de atrás, los dos hombres y dos mujeres, se fueron al estacionamiento y siguieron su ruta en su vehículo. Al cabo de un rato, el grupo de cinco hombres sentados en el murito del estacionamiento continuaron su viaje. Quedaron los dos motorizados y sus parejas, que tras despedirse de las mujeres y dejarlas sentadas en los bancos externos del cuadrante n° 1, dijeron: “Ya venimos, vamos a buscar caña”. Así transcurrieron quince minutos. Las mujeres charlando y mandando notas de voz por el teléfono celular. Una de ellas, morena, alta, de traje baño negro, se acercó a las “piedritas” a

orinar. Luego de que la otra “vigilara”, intercambiaron roles, para luego continuar discutiendo por el teléfono sobre algo. Nosotros seguimos nuestro viaje, al acabar nuestra noche en el “Paseo”.

IV. 3.5. Llega el fin de semana: el *Paseo* es de todos

Es un sábado de julio de 2018. Al llegar al bulevar de ese “viaje” que emprendemos cada día, en la oscilación del “adentro” y el “afuera” (Clifford, 1999), lo primero que observamos es un auto clavado dentro del corredor del “Paseo”, en las adyacencias a la playa “Los Pocitos”, como es “usual” ver tanto en la mañana como en la tarde-noche (ver imagen N° 46). Varios bañistas arman sus comidas y tragos bajo las matas más frondosas que rodean esa zona.

IMAGEN N° 46



Vehículo estacionado en el corredor del bulevar. Fuente: elaboración propia (julio 2018)

Esa mañana, a golpe de las 6:14 am, hace calor. Las playas ya se están llenando, y solo un par de señores trotan a lo largo del bulevar. En las mañanas de los fines de semana, los usos del espacio público son de los visitantes a las playas La Zorra y “Los Pocitos”, congregándose en estos dos lugares. El “corazón del bulevar” está desolado (y permanece así) hasta irnos hacia las 8:20 am. Solo el tropel de bañistas que proceden del oeste (Mamo, Arrecife, entre otros), cruzan el corredor tricolor hasta llegar a sus destinos playeros.

En la tarde, a las 6:10 pm, el cielo está despejado y apenas unas nubes se deshilachan en su cadencia. Una niña maneja bicicleta, mientras que un chamo salta la cuerda en el antiguo “área jóvenes”. Dos parejas conversan en las rocas; la del lado derecho, tiene dos niños que juegan recolectando piedras. El parque colocado por las autoridades después de marzo del presente año, es muy pequeño. Es apto para niños y niñas con edades desde un año hasta tres años. Esa tarde, está solo.

El señor que identificamos como “Beckett”, tan asiduo al bulevar como el señor Froilán, ahora tiene barba. Nunca lo hemos visto charlando con alguien. Su rutina es trotar (alrededor de veinte minutos), hacer estiramientos y ejercicios diversos (unos diez minutos) en el “área adulto” e irse a sentar al malecón a contemplar el mar. Esta vez no se quedó allí. Se fue directo, retornando en dirección este (es decir, salir del bulevar hacia el Terminal de Pasajeros) hacia su destino.

El señor Froilán llega al término de que “Beckett” se ha ido. Rara vez coinciden. En cuanto a la rutina del señor Froilán (77 años) es más o menos así: camina y trota (aproximadamente 25 minutos). Hacia el final del último trote, el señor da una última carrera lo más rápido posible, para luego caminar un rato e ir a estirarse a un costado del “área adulto”. El poste es uno de los elementos que funcionan para estirarse correctamente. Luego, hace diversos ejercicios en el banco del cuadrante n° 3, contempla el mar, nos saluda (solo él *observa* al *observante*), “está bellissimo, ¿no?”, nos dice al ver la puesta de sol, y al cabo de unos minutos, se va.

La estructura democrática de la sociabilidad suprime lo netamente personal, como también lo “puramente objetivo”, siendo la sociabilidad, entre iguales, una *escenificación* (Simmel, 2002, p. 88). De esta manera, dicha *escenificación* es dada si las partes acordadas para entablar relaciones

formales, informales, tienen los principios y sentimientos acordes para ello creando un mundo *artificial*, cuya intención debe mantener un equilibrio entre sus partes para que sea efectiva (Simmel, 2002). El bulevar “Paseo La Marina” es el escenario para el disfrute, el encuentro y el compartir, pero la *escenificación* para la sociabilidad presenta sus consensos y barreras: el primero es al darse el “impasse” para el uso del espacio como reservorio de desperdicios. En cuanto a lo segundo, creemos que las distancias entre los bancos y la misma proporción del “Paseo” (el espacio concebido), suscita muy poco la sociabilidad entre “extraños”. Si los usuarios vienen solos, no suelen interactuar con los “otros”; si vienen acompañados, no salen de *su* círculo. Esto también nos hace pensar en la morfología del bulevar y las formas de territorialidad espacial: los bancos del “corazón del Paseo” son amplios, y poseen una cara interna y externa. Es decir, el usuario puede ubicarse “dentro” del espacio que circunda al parque (como centralidad del bulevar) y “fuera” del mismo. Este prolegómeno es para contextualizar sobre la fisonomía de los bancos del bulevar y características para promover y suscitar el encuentro entre los usuarios, pero esto no es así. Lo que hemos observado es que la mayoría de los actores sociales dan su propia espacialidad al espacio, en parcelas próximas y lejanas. Las primeras son las de parejas con hijos, deportistas y las personas que dan uso “privado” del bulevar. Aún en esas proximidades, los grupos o usuarios se atrincheran en su sitio, haciendo una interacción muy escasa o nula con otros usuarios. En cuanto a las parcelas lejanas, son las de las parejas solitarias cuando dan un uso “íntimo” de los bancos o de algunas zonas del malecón (ubicándose más al este u oeste, dependiendo los grados de visibilidad que ellos permitan). De esta manera, el espacio concebido, insatisfactorio y con notables carencias, influye no solo en las prácticas espaciales de los actores sociales, sino en esa creación *artificial* de la sociabilidad entre otros usuarios.

En las adyacencias del “área adulto”, una chica chatea en su teléfono. Tiene una lycra y zapatos deportivos. Creemos, que las personas que aún “cumplen” los requerimientos normativos impuestos por las autoridades gubernamentales locales (el espacio concebido), dividiendo el territorio por áreas generacionales, lo hacen por dos motivos: de forma “intuitiva” o son los usuarios recurrentes del “Paseo” desde hace mucho tiempo (aproximadamente desde hace unos cuatros años), el cual retoman la cotidianidad (¿e identidad respecto a las brechas generacionales?) en el bulevar (el espacio percibido).

Sin duda, ha mermado la asistencia al espacio público. Los bancos tanto internos al “corazón del Paseo”, como externos al mismo (los que se ubican cerca del estacionamiento), están casi vacíos. A las 6:55 pm, una veintena de loros cruzan el cielo. Luego, una familia (integrada por los padres y tres adolescentes) se reúne en el banco cerca del parque. Traen aperitivos y una coca cola de dos litros.

Al anochecer, llega una pick-up con nueve personas. Cargan dos cavas grandes, sillas, banquitos y dos cajas de cerveza. Entre ellos, hay un niño de unos diez años.

Los antiguos vendedores en el bulevar desaparecieron. ¿Será por ordenanza gubernamental? ¿Parte de la crisis económica? Ni el señor de dulces diversos (que luego identificamos como Alí), ni la señora de las bolsas de algodón de azúcar, o la pareja de las cotufas, se encuentran en el “Paseo”.

Al cabo de un rato, a las 7:15 pm, llegó un carro con un grupo de hombres con tres mujeres; tienen una botella de ron y están en avanzado estado etílico. Proviene de la playa. Una de las mujeres le pidió a un hombre de gorra que colocara música. Otra de ellas, trajo un bol con comida, mientras los otros (dos hombres y dos mujeres) hacen “cola” para entrar a orinar a los

bastidores del teatro. Que el teatro sea utilizado como urinario improvisado es paradójico: ¿es la representación del “Paseo” para muchos usuarios? ¿Es el escenario dado para llevar a cabo los actos privados?

Ese mismo grupo de personas, colocaron sillas plegables en el estacionamiento. Escuchan salsa “brava” mientras toman ron. Usan una cava roja como mesita para colocar la comida y las bebidas.

El estacionamiento del bulevar, que es parte de la calle, es público; es un “no lugar” donde, en el “Paseo”, sirve como *extensión* de la rumba (iniciada o finalizada en otra parte). Allí se conecta lo público y lo privado, donde la calle, al ser entendida como una prolongación de lo doméstico, es apropiada y usada de manera privada por los usuarios.

A partir de esto, se pueden distinguir dos tipos de poblaciones que frecuentan el bulevar: la *población activa*, que podemos clasificar como los usuarios regulares del “Paseo”. Es decir, los que transitan entre sus dimensiones para recrearse, compartir, hacer ejercicios o simplemente se sientan en el malecón a pasar el rato contemplando el mar, acompañados o solos. Este tipo de usuarios se apropian de dicho espacio público los días de semana y fines de semana durante la mañana y tarde-noche. En contraposición, la *población pasiva* es la que hace uso, principalmente, de las “piedritas” y el estacionamiento (que, en la mayoría de los casos, no salen de sus predios) para escuchar música de sus vehículos, ingerir licores y consumir alimentos. Este último tipo de usuarios realizan una apropiación del bulevar, mayoritariamente, los fines de semana, durante la tarde-noche (hasta bordear las 8:00 pm).

Por otro lado, a diferencia de los sábados, los domingos suelen ser mucho más “relajados”. El “barullo” se encuentra en la playa La Zorra, donde se realiza todos los domingos, desde horas del

mediodía, una “guerra de minitecas” (que, en este caso, es una *guerra* de cornetas de carros) como esas míticas efectuadas en los barrios, casas, canchas, durante los años 90 y parte del 2000. La mayoría de los asistentes son jóvenes, tanto mujeres como hombres, y abundan las bebidas alcohólicas como los estupefacientes. La otra playa, “Los Pocitos”, es más “familiar”. A pesar de los desperdicios que dan la bienvenida a los visitantes, muchos autos se estacionan tanto fuera como dentro del “Paseo”.

Ese domingo 9 de septiembre de 2018, observamos como es costumbre los fines de semana, que, dentro de los límites físicos del bulevar, también funciona como aparcadero (ver imagen N° 47). Dos vehículos estaban estacionados en los corredores del “Paseo”. Al llegar cerca del cuadrante n° 3, nuestro panóptico de esa tarde, el espacio público estaba desolado. Solo un joven descansaba cerca de nuestra ubicación, acostado próximo a las matas.

Una familia (una señora, un joven y su pareja) llegaron en un carro, se apearon y se tomaron unas fotos frente al mar. Parece, por su poca casual indumentaria, que iban de paso y se detuvieron a ver la puesta de sol y respirar aire marino. Unas cuantas *selfies* y se devolvieron a su vehículo.

IMAGEN N° 47



Vehículos estacionados en el bulevar. Fuente: elaboración propia (septiembre 2018)

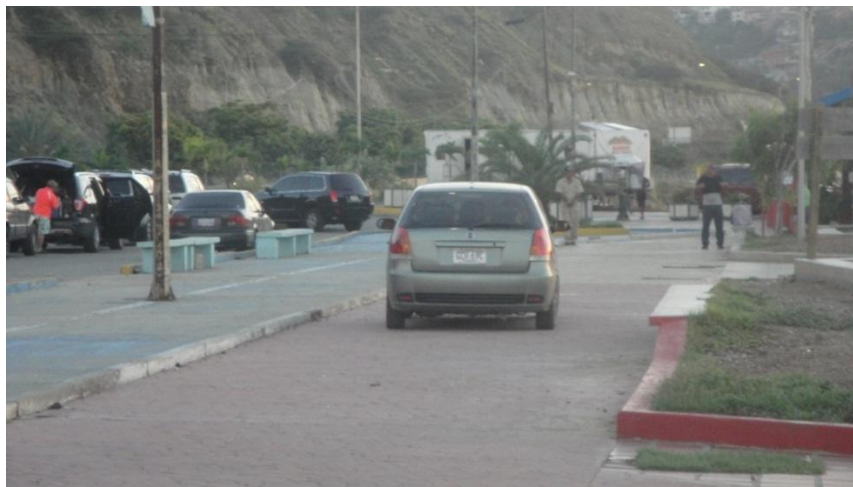
La peculiaridad de los domingos, por lo que pude conocer por el usuario Jesús (23 años), que era el chico que descansaba en el cuadrante n° 3, es que es visitado, en primera instancia, por los “usuarios regulares” que, debido a sus obligaciones, no pueden hacer sus prácticas deportivas o de relajamiento durante el resto de la semana. Mientras, por otro lado, llegan “muchos visitantes” de otras partes de Vargas y la región capital.

A las 6:15 pm, una familia compuesta por padre, madre e hija, dan unas caminatas alrededor del “Paseo”. Ellos son asiduos visitantes del mismo (tanto de la semana, como fines de semana).

Mientras las “piedritas” se llenaban y vaciaban con prontitud, un carro se encontraba en el “corazón del Paseo” (ver imagen N° 48), unos niños jugaban en un charco del estacionamiento (ver imagen N° 49) y los bancos del bulevar se ocupaban y desocupaban, nos enteramos por Joyner (20 años), que el grupo de calistenia se llama “Vargas Street World K” y que de cinco muchachos creció a veinte. Tras el oleaje de marzo, ellos retiraron las barras. “Ellos [la

gobernación/alcaldía] retiraron la paralela” que las mismas autoridades habían instalado en el 2012, carcomida y endeble por el salitre. “Mientras que nosotros quitamos las barras antes que la alcaldía lo hiciera” agregó. También pudimos conocer por Joyner que el grupo ahora se reúne “por el puentecito de Mamo”, aunque por el entusiasmo y cierta melancolía del chico, se plantean volver a instalarse en el “Paseo” por “su ambiente. Por la gente”.

IMAGEN N° 48



Vehículo estacionado en el bulevar. Fuente: elaboración propia (septiembre 2018).

IMAGEN N° 49



Niños jugando en el estacionamiento. Fuente: elaboración propia (septiembre 2018)

IV. 3.6. La territorialidad del *Paseo*

A partir de nuestras observaciones en las distintas temporalidades durante los días de semana y fines de semana, pudimos constatar la importancia de la territorialidad del bulevar, el vínculo relacional-espacial, es decir, las formas cómo los usuarios hacen uso y asimilan dichas espacialidades en determinados momentos. Como hemos señalado anteriormente, la segmentación del “Paseo” se realizó por tres “áreas” oficiales (que nosotros delimitamos por cuadrantes): el “área infantil” (cuadrante n° 1), el “área jóvenes” (cuadrante n° 2) y el “área adultos” (cuadrante n° 3), los cuales fueron realizados por las autoridades gubernamentales locales en el 2012. Estas determinaciones en el bulevar (el espacio concebido) aún persisten influyendo en muchos usuarios regulares (y remarcan los usos de los visitantes y usuarios esporádicos), a pesar de que dichos carteles señaladores de dichas áreas fueron removidos. De esta manera, el bulevar tiene sus marcados acentos territoriales, haciendo que muchos de los actores sociales continúen rigiéndose (por comodidad o hábito) por las pautas características generacionales.

Las delimitaciones del bulevar la conocemos de parte de sus actores sociales, para aproximarnos a la división del espacio por territorios, sus usos y prácticas, tanto de antes como en la actualidad. Para el señor Froilán (77 años) proveniente del barrio Catamare y uno de los usuarios más asiduos al bulevar, esa parte del “Paseo” (se refiere al cuadrante n° 3) le “... permite hacer sus ejercicios tranquilo. Es espacioso, cómodo, agradable”.

Los usos del espacio por territorios no son tan estrictos, aunque nos permitió observar que muchos visitantes esporádicos o recientes, buscan sentarse o hacer sus actividades por criterios

más de cercanía o lejanía y/o privacidad, que asumir las delimitaciones ya inexistentes en el “corazón del Paseo”, y que son tácitas para los usuarios más asiduos en el tiempo.

También, para el señor Froilán, hay una marcada diferenciación entre los visitantes y los usuarios permanentes. Él reconoce que son muchos los visitantes durante los fines de semana. “Gente de paso” o “gente nueva”, como los reconoce Beatriz (58 años), proveniente de la urbanización Soubllette. Aunque, los usuarios activos en la mañana son un grupito menos numeroso, y, por ende, se reconocen más entre ellos y las actividades que realizan: “Todas las mañanitas vienen un muchacho con artrosis muscular (¿?) y allí se sienta [indicando el cuadrante n° 2]” como nos dijo Beatriz.

Sin embargo, uno de los grupos más reconocidos durante las tardes-noches del “Paseo”, eran los muchachos que hacían calistenia. El reconocimiento de la espacialidad y la territorialidad, también está asociado a dicho grupo: “Con los aparatos allá, la caminadora, las paralelas” nos dice el señor Froilán. “Había más vida” agregó.

Dada la desarticulación del grupo de muchachos a partir de marzo del presente año, son muchos los usuarios que dan su impresión al respecto: “Esa vaina [las barras] ya las quitaron” nos dice Andy (17 años) proveniente de la urbanización José Antonio Páez.

Los elementos que configuraban las divisiones del bulevar (el parque, las barras) y la significación que tenían como parte de la espacialidad y sus asociaciones a la funcionalidad a grupos particulares, eran parte importante dentro del paisaje material del “Paseo”. “Es muy chimbo que ya no estén, porque las barras eran parte del entrenamiento que yo tenía” dice Andy. Otro usuario del bulevar, Jesús (23 años) de Las Tunitas, nos señala la agresividad natural del

entorno y los efectos que producen sobre los elementos del “Paseo”: “Las barras estaban chéveres. Lo malo de aquí es que hacen todo con hierro. Por ende, se oxida”.

También, entre las características espaciales negativas en el bulevar que reconocen los usuarios, se encuentran las irregularidades del terreno: “Fíjate, ayer [ocurrió el 4 de agosto de 2018] un niño en bicicleta se cayó en ese charco [indica uno próximo al “área infantil”]. Si te das cuenta, cuando llueve el agua se empoza” dice Renzi (27 años), proveniente de la urbanización José Antonio Páez.

Otro de los territorios relevantes para los usuarios son las “piedritas”. Como hemos señalado, el malecón que circunda el “corazón del Paseo”, posee sus *focos* particulares: el lado este (que como división podemos señalar el teatro) es el más solo y de poco alcance para la visibilidad desde los cuadrantes, siendo el territorio de las parejas solitarias que buscan los ocultamientos y favores de la penumbra de la noche. Lo erótico juega un papel predominante en dicho territorio. Por otro lado, el punto oeste (también delimitado por el teatro), es el territorio de las parejas que se cortejan, los usuarios solos que contemplan el mar, de los grupos y familias que comparten, toman fotos y consumen tanto alimentos como bebidas, así como de los concurridos pescadores. Para Tomás “las piedritas son el escape de muchos. Uno se queda viendo el mar y se pierde un ratito. No hay problemas ni nada. Te olvidas de todo”. Mientras, para el señor Froilán, permanecer en el malecón es un “escape necesario”.

En cuanto al teatro, fueron pocas las veces que lo observamos siendo utilizado por los usuarios: una familia compartió allí, comieron, charlaron; un muchacho lo tenía como parte de su itinerario de trote, y algunos chicos lo utilizaban para esconderse en sus juegos. De resto, la morfología del teatro, en especial los bastidores, funcionó como urinario improvisado, lugar de

desechos y donde cambiarse y hacer otras cosas escondidos de los otros. También, las paredes del teatro han sido utilizadas para plasmar reflexiones, ideas religiosas, políticas o anotaciones varias. Entonces, dicho espacio ha llevado a escena la teatralidad de lo *oculto*.

El estacionamiento, con su transitoriedad y poca disposición para *crear* capítulos en las historias de las personas, también es un territorio que trasciende su funcionalidad, para ser el *locus* del encuentro. Como hemos señalado, el estacionamiento (que tiene un carácter ambivalente, siendo utilizado tanto por los clientes del restaurant “El Caney del Chivo”, como por los del “Paseo”) también posee sus propios usuarios. Para Tomás el estacionamiento es “multiuso”. “Sirve para aparcar, obviamente, pero también veo a jóvenes trotar o con bicicletas” agrega Tomás. Además de dichas funciones, son muchos los que se aproximan con sus vehículos y no salen de los predios de dicho espacio. La domesticación del estacionamiento, como de los cuadrantes del bulevar, creemos que responde a las necesidades creadas por las subjetividades de los usuarios, que, partiendo de una previa asimilación de su entorno, posibilitan las diversas actividades que se llevan en sus predios. Así, tanto el “corazón del Paseo”, el malecón, el teatro, como el estacionamiento, son palimpsestos donde se escriben continuamente los capítulos de la cotidianidad de sus usuarios; sus ensueños, frustraciones y deseos.

Esto nos indica que el “Paseo” se renueva con los usos y prácticas en las tres temporalidades abordadas, durante los días de semana y fines de semana. Como pudimos observar, los cuadrantes pueden hacer de mapa o muestrario del consumo de alimentos y bebidas de sus usuarios o visitantes, así como de sus prácticas y usos diversos. De esta manera, la disponibilidad *a priori* no es el fin de un determinado espacio público, donde un lugar para el disfrute de niñas y niños, de compartir en parejas con sus hijos, siendo un lugar para lo lúdico (como lo es el cuadrante nº 1), puede convertirse un fin de semana en la prolongación de las fiestas vespertinas

y nocturnas. Todo esto, para resumirlo en las impresiones de la señora Beatriz, el bulevar es “Un lugar para el bochinche y el disfrute”.

IV. 3.7. Apropiación, uso e intervención del bulevar “Paseo La Marina”

A partir de la segmentación del “Paseo” concebido por las autoridades gubernamentales locales, producto de una simbiosis entre los burócratas y los especialistas, concibiendo el espacio en función del aprovechamiento (social, mercantil, etc.) con sus pautas particulares, la apropiación del bulevar se realizó por identidades generacionales. Es decir, el “área infantil” (cuadrante nº 1) cuya centralidad es el nuevo parque (de dimensiones muy pequeñas, aproximadamente 1.50x1 m), es la espacialidad para el juego de niñas y niños entre 2 y 11 años de edad. También es el panóptico de los padres y representantes para vigilar a los pequeños. Sin embargo, el bulevar cambia su cara los fines de semana. Lo que es un espacio concebido y vivido para lo lúdico, los viernes y sábados, especialmente, también es el escenario para que hombres y mujeres jóvenes adultos, como también de edad media (entre 31 y 45 años de edad), tomen los espacios para ingerir bebidas alcohólicas, trasladando actividades de carácter “privado” a un espacio “de todos”.

Eso que llamamos *domesticidad* del “Paseo”, lo podemos encontrar en todas sus áreas: el malecón, el estacionamiento, los tres cuadrantes y el teatro. Las “piedritas” muestran los deseos, estados anímicos y placeres de sus usuarios, haciendo de ese espacio territorios focalizados para prácticas diurnas y nocturnas; permitidas a “plena luz” y ocultas con el favorecimiento de la oscuridad. El estacionamiento, predominantemente durante los fines de semana, es el foco para lo festivo. Su alejamiento y luminosidad artificial durante la noche, lo hace “propicio” para ser la extensión “privada” de sus actores. Las “áreas” oficiales, que dividimos por cuadrantes, son las espacialidades divididas para el juego, la recreación y el deporte. En cuanto al teatro tampoco escapa a esto, siendo en múltiples ocasiones, usado por muchos usuarios y visitantes como un urinario improvisado. De esta manera, la territorialidad antes expuesta, con sus significantes por

áreas y significados que se presentan sucedáneamente, pueden cambiar para mostrar a un bulevar más diverso en cuanto a funcionalidades.

Una de las marcadas frecuencias del uso y apropiación del bulevar, se asocia a la oposición día/noche. Durante la mañana, predominan los trotes y caminatas tanto de hombres, mujeres de edad media, como de ancianos. Dichas actividades se prolongan en un estimado de cuarenta minutos. Las tardecitas, son para el juego de las niñas y niños en muchas partes del bulevar, pero específicamente en su “área infantil” (cuadrante n° 1). La contemplación, recreación y ejercicios predominan en los hombres y mujeres de edad media y ancianos, mientras que los adolescentes y jóvenes adultos, hacen diversos ejercicios en los bancos, trotan y juegan futbolito en el corredor del bulevar.

Al llegar la noche, el “Paseo” baja el telón luminoso tropical, para hacerse una penumbra. Manuel (informante, 21 años) usuario del bulevar “una o dos veces a la semana”, como nos dijo, fue bastante claro en cuanto a este punto: “... esto muere a las 7 de la noche porque se hace una boca de lobo”. Para Renzi (27 años) el bulevar adquiere otras dimensiones durante la noche: “Uno hace sus cosas temprano, prácticamente se programa, porque al caer la noche todo se pone muy oscuro y es un peligro. Hace un tiempito, a un pana lo robaron en la entrada”.

Los miedos y ansiedades particulares se manifiestan en un escenario que se les hace poco propicio para el encuentro. Al menos es lo indicado por Tomás: “Yo prefiero la mañana porque salgo tempranito y encuentro gente yendo a su trabajo. Hace años venía [al bulevar] en las tardecitas, pero después todo se hace peligroso y uno anda a las carreras sin trotar”. De esta manera, el uso del bulevar está notablemente influido por la percepción de inseguridad que alberga la noche. Muchos usuarios regulares se ausentan al abrigo de la oscuridad, sobre todo si

vienen solos o a pie. Esto hace que la mayoría de los visitantes que cruzan el umbral de la tarde, lleguen en vehículos y puedan disponer con mayor “libertad” de la apropiación nocturna del “Paseo”. Así, la agorafobia urbana (Borja y Muxí, 2003) se hace parte de la “enfermedad” que ataca al “Paseo”: los usuarios, luego de la caída de la tarde, vuelven a sus destinos precavidos y ansiosos por temor a su integridad física.

En suma, el bulevar “Paseo La Marina” parece haber sido concebido para el día (Segovia, 2005), desdeñando el uso nocturno del bulevar, haciendo de un espacio para el disfrute el albergue para el destierro, el miedo y la agorafobia social urbana.

Sin embargo, todavía quedan usuarios que desafían las carencias del bulevar y las aprovechan para hacer ejercicios y recrearse. Entre estos jóvenes, se encuentra Lainecker (24 años), oriundo del estado Aragua, con un mes residente en Vargas. “Vengo cinco días a la semana” dijo, permaneciendo un tiempo estimado durante la tarde-noche “...como tres horas”, agregó. Él asiste al “Paseo” con su novia Daniela (22 años) proveniente de la urbanización Páez, usuaria “...entre semana, a veces tres días a la semana” dijo, con un tiempo de permanencia también entre la tarde-noche “de dos a tres horas”, aseveró. Ambos jóvenes prefieren la tarde-noche por el “frescor” y por ser “más movida”. “Venimos mi novio, un amigo y yo, a veces nosotros dos solos, o cuando no puedo ellos vienen a ejercitarse y jugar pelota [señalando el balón]”, nos dice Daniela.

Nosotros estimamos el tiempo de permanencia en el bulevar, entre cuarenta minutos a una hora. Sin embargo, podemos demarcar la línea entre visitantes/usuarios, en primera instancia, por este criterio prolongado de uso. Observamos visitantes que llegan en vehículos, se acercan al malecón, se toman algunas fotos o se quedan imbuidos por el paisaje, los cuales tienen un tiempo

de permanencia de quince a veinte minutos. En cambio, los usuarios, sean esporádicos o no, se apropian de las espacialidades del bulevar alrededor del tiempo que estimamos anteriormente, y prolongándose con sus excepcionalidades. Por ejemplo, esto era muy diferente con el grupo “Vargas Street World K”, cuyo tiempo de permanencia en el “Paseo” era de dos a tres horas diarias.

En relación a los muchachos que practicaban calistenia en el bulevar, es interesante acotar sobre la mayor muestra de intervención por parte de los usuarios que han hecho en el “Paseo”. Como hemos indicado anteriormente, en el denominado “área jóvenes”, había dos “Cristos” donde esos muchachos, con un rango de edad entre los 16 hasta los 28 años, realizaban ejercicios de resistencia y tonificación, al igual que muestras de destrezas sobre las barras. Estas barras se fueron deteriorando por la proximidad al mar y “... por el salitre”, como nos indicó Gustavo, miembro del citado grupo. A partir de esto, los jóvenes buscaban en otras máquinas y estructuras (el columpio) donde seguir haciendo sus prácticas cotidianas. Así, en el 2017, construyeron unas barras que ubicaron en un terreno baldío entre el teatro y el “área infantil”, el cual denominamos “tierra de nadie”. El sentido de la intervención era continuar con sus actividades deportivas, afianzando un grupo e identidad aunado a una espacialidad construida del “vacío”.

Luego del mar de fondo acontecido el 6 de marzo de 2018, los jóvenes “desmantelaron” las barras, “... antes de que la gobernación lo hiciera” como nos dijo Joyner, miembro del grupo de jóvenes. Esto trajo consigo una pérdida irreparable para el bulevar. A partir de nuestras observaciones prolongadas en el “Paseo”, creemos que la disminución en la apropiación del bulevar hizo que se crearan otras formas de uso, como repetidamente percibimos que los cuadrantes o corredor del bulevar sirven como estacionamiento tanto de carros como motos.

De esta manera, creemos que hay una intrínseca concatenación de sentidos en las espacialidades del bulevar: a partir de la territorialidad del “Paseo”, la segmentación por “áreas” de acuerdo a identidades generacionales, los usos y apropiaciones de sus espacios se constituyen con las relaciones que se tejen, decreciendo o no de acuerdo a los cambios físicos en ese espacio público.

Y como en un efecto dominó, esos cambios físicos en el bulevar transforman las dinámicas espaciales de los usuarios y la percepción que tienen sobre su entorno. Así la dualidad día/noche nos muestra dos “Paseos” distintos: lo lúdico cambia su rostro a la *domesticidad* de los usuarios, haciendo de lo “común”, usos “privados”. Lo “privado” (o las formas de uso “privado” del bulevar) es el interés particular y utilitario que da el usuario a ese entorno, trasladando sus propias necesidades a un espacio “común”. Esto nos hace considerar al bulevar “Paseo La Marina” como el baremo de las necesidades y demandas colectivas de una población asidua a dicho espacio público urbano en Catia La Mar. El “Paseo” traduce los vacíos de las políticas públicas, como también vislumbra las aspiraciones de los ciudadanos con sus espacios comunes para el disfrute.

Para continuar indagando sobre el contexto del bulevar y su influencia en los usuarios, debemos analizar las manifestaciones de identidad tanto individual como colectiva en el bulevar, mostrando apego o no al mencionado espacio público.

IV. 3.8. La identidad individual y colectiva en el *Paseo*

La complejidad identitaria de los usuarios con el “Paseo” se mide, a lo largo de sus cambios históricos, a través de los niveles cognoscitivos (como se apropian de ese mundo) y afectivos (evaluación del impacto positivo o negativo) (Levy, 1995). Esto nos conduce a una extensa red de sensaciones, emociones e ideas impregnadas de sus cargas valorativas temporales, haciendo del bulevar un lugar del “deseo” a ser “simplemente soportable” por motivos utilitarios.

Una de las singularidades que notamos cuando aún los muchachos hacían calistenia en el bulevar, es que ellos eran un grupo muy unido y que reconocían “su” espacialidad dentro del “Paseo”, como nos lo dijo Gustavo y Joyner. El “área jóvenes” (cuadrante n° 2) era “su” espacio, como especificó Gustavo, teniendo como centralidad las barras (“Cristos”) que se encontraban al norte de dicho cuadrante. A su vez, las máquinas y bancos circundantes, componían una parte esencial a sus actividades deportivas y recreacionales. Si bien creemos que la segmentación por áreas de dichos espacios del “Paseo” fueron realizados para crear un *sentido de pertenencia* en los usuarios, al menos los muchachos de calistenia hicieron que esto tuviera mayor unicidad identitaria. El nombre de dicho grupo “Vargas Street World K”, aún con su anglicismo y una proyección global que trasciende lo netamente local, es un claro ejemplo de la *asociatividad* e integración generada a partir de una espacialidad que, en primera instancia, fue concebida por las autoridades, siendo apropiado y compartido por dicho grupo y demás usuarios, y que, en segunda instancia, fue construida por el creciente nexo de esos jóvenes (y aumento de su población), dando como resultados otras barras y un grupo con una marcada identidad.

Para Joyner, miembro de dicho grupo de calistenia:

...el equipo se formó con las barras que puso Carneiro [Gobernador de la entidad]; primero fuimos cinco, luego diez y así; la mayoría nos conocemos de la universidad [posiblemente habla de la Universidad Marítima del Caribe, ubicada a dos kilómetros del bulevar, aproximadamente] y uno se va llegando luego de las clases [...] como muchos vivimos cerca [Mamo, Las Tunitas y poblaciones colindantes] duramos hasta casi la noche.

El flujo de relaciones que producen las manifestaciones identitarias en los individuos, están aunadas a los vínculos sociales, y, por ende, a las formas en cómo se encuentran los ciudadanos en sus espacios públicos. Joyner (20 años), estudiante universitario proveniente de Mamo y usuario del bulevar desde hace cuatro años, nos dice que dicho espacio público, a pesar de “...estar deteriorado”, lo reconoce como “...mi área de confort”. “El bulevar es para nosotros [los del grupo de calistenia] un lugar de disfrute. Es parte de nuestra rutina venir y ejercitarnos cada día” agregó Joyner.

En una de nuestras primeras aproximaciones al bulevar, durante el primer trimestre de 2017, otro de los muchachos del grupo de calistenia, Gustavo (22 años), también se refirió al “área jóvenes” como “su” área: “Aquí uno puede relajarse. Vienes con amigos, nadie se mete con uno, cada quien anda en lo suyo. Y el ambiente es chévere”, dijo. También habló de un “nosotros” y vinculó la identidad del grupo al espacio: “Nuestro grupo es reciente. Nos conocimos aquí, por las barras [colocadas por la alcaldía y gobernación de Vargas], y así comenzamos”.

Entonces, a partir de nuestras observaciones y lo constatado por los usuarios del “Paseo” que nos sirvieron de informantes, existen dos flujos usuarios-espacio a tener en cuenta: la vinculación entre los actores sociales con su entorno, partiendo de una acción estricta para la intervención

física del espacio público (como el realizado por el grupo “Vargas Street World K”), reflejando el nivel de sociabilidad y asociatividad a partir de la identidad, intereses y confianza mutua, para la construcción de un espacio en común. Mientras que, por otra parte, la autovaloración personal es un factor determinante para identificarse con dicho espacio público y entorno (Segovia, 2005), teniendo sus fracturas (o crisis) en el bulevar.

Al interrogar a diecisiete (17) usuarios sobre su identificación con el bulevar (fuera de los muchachos que hacían calistenia) doce (12) mostraron tibias respuestas al respecto. El señor José (42 años de edad), proveniente de Mamo, dijo claramente que “no” se sentía parte de dicho espacio. “Ya no vengo casi... antes vivía allá [señalando los edificios de Marapa Marina, urbanización que se encuentra en la montaña, al sureste de la urb. Carlos Soublette]. Esta vaina no sirve”, agregó. Mientras, que el señor Héctor (48 años de edad), el cual asiste de forma “eventual” al “Paseo” desde hace diez años aproximadamente, nos dijo:

¿Cómo sentirme identificado? ¿Con esto? Puede que sí... lo único malo es el estado cómo se encuentra. Fíjate que estaba pensando en eso. Está en muy mal estado. La gente deja las botellas de caña regadas, como la de allá [señalando el otro extremo del “área infantil”]. Al menos se presta para venir, sentarse, pasar el rato y para volar papagayo con mi hijo, cuando no está el tiempo nublado.

Si bien son dos (2) los usuarios que marcaban un “nuestro” al referirse al “área juvenil” del bulevar, con las transformaciones física acontecidas a partir de marzo de 2018, y tres (3) los que manifestaron estar a gusto con el bulevar, notamos cierta distancia y ocultamiento en ese eje relacional usuario-espacio. De esta manera, aunque muchos usuarios construyan un imaginario sobre el “Paseo” (como veremos más adelante), existe una brecha en la vinculación con la

realidad del entorno, siendo arduo construir una imagen del nosotros a partir de un contexto (abandono físico, desidia) que los aleja del mismo.

La desidia en los espacios públicos (y en nuestro caso en el bulevar “Paseo La Marina”), no es lo común en los mismos. Con “común”, aceptamos la paradoja de Strawson, siendo esto “...lo dado por lo dado” (Strawson en Cabanchik, 2005, p. 47). Nos resultaría interesante construir un discurso que ordene lo in-común, ya que no existe un consenso sobre lo dado, es decir, no hay un sentido general del mismo. “Lo común está dado, pero no nos está dado” (Ibíd.).

De esta manera, el “Paseo” dentro de lo “común” de la desidia, se nos presenta como una dimensión imbuida por el otro, por el lenguaje, la intersubjetividad y una temporalidad específica (Cabanchik, 2005, p. 48). La desidia dibuja esa misma noción de *ocultamiento* antes planteada, la cual nos hace inclinarnos a tomarla en consideración respecto a otras categorías, debido a que los propios usuarios nos han expresado sus inquietudes, emociones e ideas sobre el “Paseo”, hilvanando una identidad (re)creada con sus prácticas espaciales cotidianas, las cuales tienen su versión positiva como también un revelado negativo. Daniela nos ejemplifica ese contraste que queremos resaltar. Para ella, el bulevar es “... un espacio de relajación, de distracción”, nos dice, pero a su vez, nos revela que para ella dicho espacio está “...descuidado, por decir poco”. Para José, “...esto ya no parece un bulevar”. Mientras que para Félix “[El “Paseo”] deja mucho que desear. No posee las dimensiones de lo que se puede llamar *bulevar*, y está un poco dañado”. Estas impresiones nos ponen en evidencia la *Toponegligencia* (Yory, 2007) como ese corte relacional entre el individuo con su entorno próximo, áreas de esparcimiento, entre otros, interrumpiendo una satisfacción plena sobre las potencialidades del imaginario, constructo y desarrollo del individuo sobre dicho territorio.

Es importante resaltar las múltiples posibilidades que tiene el espacio público para los ciudadanos: el “Paseo” es una red de conexiones, donde se vinculan la memoria espacial, identidad y arraigo (o muestras de desarraigo) de los ciudadanos con su entorno. Para Ángel, el bulevar es “Un lugar donde uno se entretiene, trota, hace ejercicios sin que nadie lo moleste”. En cambio, para la señora Beatriz, el “Paseo” “Está bien, pero le hace falta cariñito”. Para Laineker “El bulevar me parece relajante, por la vista que tiene, por el mar”, reflejando la visión positiva del “Paseo”, para luego, ante nuestra interrogante sobre cómo percibe dicho espacio público, nos revela: “¿Cómo lo describiría? Bueno, carece de ciertas cosas a pesar de que te relaja... sientes conmoción por cómo se encuentra. Sinceramente, lo volvería a reestructurar”.

En suma, esa bisagra valoración personal-espacio (Segovia, 2005) en el bulevar, posee sus matices: muchos usuarios tienen una valoración positiva del entorno natural, pero una visión negativa del espacio concebido en dicho entorno, es decir, la estructura física del bulevar, que, en sus condiciones actuales, decrece el vínculo relacional usuario-espacio.

Cabe resaltar que el bulevar es un “espacio de caracteres fijos” (Hall, 2003), entendido como una realidad espacial que proyecta, en su compleja morfología, de manera subrepticia, modos de comportamiento. Sin embargo, el “Paseo” en desidia pierde parte de ese “plan” que indica los “comportamientos” permitidos dentro de los límites de ese espacio público urbano. Entonces, las experiencias espaciales relacionadas con esos caracteres fijos imbuidos por la cultura, adquieren otros significados y sentidos dentro de un periodo temporal específico, influyendo notablemente en las formas de comportamientos en espacios públicos como el “Paseo”.

De esta manera percibimos cómo la dialéctica lefebvreana se funde en el “Paseo”: *el espacio concebido*, el cual es proyectado por los especialistas, posee más o menos las características

propias de un bulevar (corredor, bancos, etc.) aunque sus espacios no estén tan iluminados en la noche, su suelo no sea el propicio para los trotadores ni ciclistas, y que, al ubicarse en la costa, con una media de 30 grados centígrados aproximadamente, no cuente con suficiente espacio arbóreo. Estas insuficiencias desencadenan otro tipo de relaciones a partir de la vivencia de los usuarios con el “Paseo”.

Por otro lado, *el espacio vivido*, es el superado físicamente, siendo representado por los usuarios en su imaginario, estando sujeto temporalmente por las apropiaciones y experiencias que hacen los individuos del “Paseo”, y que, con sus profundos cambios, tendrá sus oscilaciones evocadas en un “antes” y “después” (el cual profundizaremos en el apartado de la memoria espacial de los usuarios del bulevar). La carga valorativa “positiva” o “negativa” del individuo respecto al espacio, dependerá de las sensaciones que se inscriben en el sujeto, y en la selectividad de su memoria espacial respecto al “Paseo”. Esto influirá notablemente en cuanto al *espacio percibido*, integrado por el *súmmum* de las relaciones sociales y de producción que posibilitan el embrión social, es decir, la interacción y formas de asociación que permite dicho espacio público urbano entre las personas (Baringo Ezquerro, 2013).

Podemos especificar que el bulevar “Paseo La Marina” es clave para muchos integrantes de varias comunidades de Catia La Mar (que indagaremos en el apartado de la ciudadanía), más por su función (como un espacio concebido) que como un “objeto del deseo” (como un espacio percibido). Las respuestas del uso del bulevar por parte de los usuarios, nos revelan la necesidad para “distraerse” (5 respuestas de 17); ejercitarse (10 de 17) y “disfrutar” (2 de 17). Esto nos permite interpretar cierta relación ambigua entre los usuarios y el espacio (el cual continuaremos indagando más adelante), y una mayor proporción en su funcionalidad.

Por otra parte, el apego se constituye, creemos, a partir del nexo usuario-espacio, el cual posee, por un lado, una dimensión física mensurable (el uso, apropiación y tiempo de permanencia en el bulevar), y, por otro lado, una manifestación discursiva que revela los grados de dicha relación intrínseca. Como hemos presentado anteriormente, las categorías se interrelacionan para presentar las contradicciones entre los usos del espacio, la identidad de los usuarios respecto al bulevar y lo que suscita en los mismos. Dicha contradicción se presenta en un tiempo de permanencia en el “Paseo”, como hemos señalado anteriormente, entre cuarenta minutos y una hora (con las excepciones de algunos usuarios), y un mayor *ocultamiento* de la identificación del usuario con su espacio, desvinculando dicho apego en su discurso (que fue creciendo a partir de las transformaciones físicas y aumento del deterioro), aunque algunos actores sociales dan señales emotivas respecto a la desidia.

La desidia del “Paseo” parece inscribirse como parte de la cotidianidad. Lo que puede resultar “inverosímil” o “caótico” tiene algún sentido si sus actores sociales encuentran un motivo, significado o uso en dichas circunstancias. Domesticar un espacio precario, entendiendo esto como el uso y sentido que tenga para alguien, es humanizarlo y dotarle de cualidades y propiedades que no poseía.

De este modo, la identidad espacial y la apropiación del mismo se entretrejen con las dinámicas que hace el actor social con el espacio, y el “valor” que tenga para el mismo, abonando indicios que construirán progresivamente una memoria respecto a dicho espacio. Este nexo individuo-espacio creará un arraigo y una mayor identificación con el bulevar. Sin embargo, esta construcción agrupa y conlleva una implicación afectiva, suponiendo una “... proyección del individuo con su entorno” (Fischer en Moser, 2014, p. 67).

También queremos acotar que la propia identidad del “Paseo” es compleja. Como hemos indicado anteriormente, su historia es difusa, sin un “comienzo” estricto, es decir, no hay conocimiento de la fundación o realización formal del bulevar “Paseo La Marina”, ni en documentos ni “fijo” en la memoria de sus usuarios. Esto nos hace considerar que, partiendo de la información dada por el cronista de Vargas, el señor Jesús Cumare, inicialmente el bulevar fue un reducto o apéndice del restaurant “El Caney del Chivo”, el cual tomó forma con los gobiernos locales sucedáneos, sin una mayor planificación sobre dicho territorio, haciéndose cada vez más independiente de ese espacio privado. Ante esta curiosidad, le preguntamos a algunos usuarios y visitantes, que, si en un hecho hipotético tienen que reunirse con una persona que no conoce el bulevar, ¿qué dirección o señal les indicarían como referencia? Al respecto, quince (15) de los diecisiete (17) informantes optaron por vincular la proximidad del “Paseo” con el “Caney”. Algunas de las respuestas más repetidas fueron: “Por el Caney” (Andy); “Al leer el Caney del Chivo” (Tomás); “Como si fueras hacia el Caney” (Daniela); “Cerquita del Caney” (Beatriz) o “Por el restaurante” (Renzi).

Esta relación entre espacio público y privado, es curioso de detallar: el restaurant, como hemos indicado, antes era una churuata abierta. Progresivamente, desde hace aproximadamente unos ocho años, lo han ido cerrando (primero con láminas de madera) por “cuestiones de seguridad”, según nos dijo el vigilante en una aproximación en el 2015, hasta posteriormente frisar, techar y hacer una reja (que ahora es un muro) desde el balcón próximo al malecón. Esta discusión de lo privado y lo público, lo sintetizamos así:

La esencia de la ciudad, parte del planteamiento de que la ciudad es una, indivisible y total. Ello significa que la división tajante que se tiene entre espacio público y privado en la ciudad vital, jamás existió. Esta división se ha hecho arbitrariamente para justificar la propiedad privada del suelo (Montealegre Murcia, 2000: 10).

Dichas delimitaciones en el “Caney”, fueron para evitar el paso de “extraños” o “no consumidores” del local. Por otra parte, otro de los elementos que nos hizo considerar que el bulevar era un reducto del citado espacio privado, es el “vacío” en los mapas satelitales para referenciar al “Paseo” como un espacio público autónomo localizado al oeste de Catia La Mar. A partir de nuestra búsqueda de las distancias que emprenden los usuarios desde sus residencias hasta el bulevar, es el restaurant “El Caney del Chivo” la única referencia localizable en dicho territorio (ver anexo N°3).

Ahora, queremos vincular estos cambios físicos acontecidos en el bulevar, a través de las imágenes que evocan sus usuarios sobre el “antes” y el “después” del “Paseo”.

IV. 3.9. La memoria espacial de los usuarios del “Paseo”

En el bulevar, los usuarios proyectan sus deseos y ansiedades inherentes a la relación individual que cada uno tiene con el “Paseo”. La complejidad de la construcción de la memoria, como hemos presentado en el marco teórico, se entrelaza con los hechos sociales. No podemos desvincularnos sobre las realidades y acontecimientos sociales, haciendo de la memoria una especie de saco donde almacenar, clasificar y preservar (y hasta olvidar) los recuerdos. Esos recuerdos están imbuidos por las relaciones entre las personas, así como sus sensaciones y experiencias. Nuestra inmersión al “Paseo” nos sumergió a una realidad que, como todo hecho social, posee su temporalidad. Esa indagación constante sobre el espacio público abordado, su constitución “oficial” (por los gobernantes de la entidad), se escabullía tanto de las fuentes oficiales como de los usuarios y lugareños de su entorno. Así, comenzamos a hilvanar, con los retazos y destejidos, los cambios físicos del bulevar para los usuarios más asiduos. Entre ellos, se encuentra Joyner, usuario e informante en nuestro estudio, joven estudiante y deportista proveniente de Mamo, miembro del grupo “Vargas Street World K” y asiduo visitante al bulevar, “...al menos tres veces a la semana vengo”, nos dijo, “...desde hace 4 años”, agregó. Para Joyner: “El bulevar ha cambiado. Han arreglado varias partes, pero otras no. Unas están bien, otras han desmejorado... por ejemplo, teníamos las barras allá... estaba el parque para los niños y en general, estaba más arreglado”.

Jesús, otro de los usuarios e informantes del estudio, proveniente de Mamo y que tiene “...dos años sin venir” al bulevar, debido a que “... dejé de hacer deporte”, nos dio un panorama más detallado sobre el cambio físico del bulevar: “Verga, el de hace dos años estaba cuidadito... más o menos. Estaba el parquecito y las máquinas. Ahora hay pura tierra”. En esa misma línea, el señor Héctor nos ofrece el panorama del “Paseo” desde la propia espacialidad (cuadrante n° 1)

usada con frecuencia: “Faltan las máquinas, el parque biosaludable que estaba antes y que se lo comió el salitre”.

El hijo del señor Héctor, un niño de unos ocho años, dando rienda suelta al imaginario que tiene del “Paseo” del pasado y convirtiéndose en un informante “accidental”, nos cuenta sus recuerdos del “anterior parque”:

... recuerdo las máquinas, ¿verdad papá? ¿Te acuerdas la que estaba aquí para hacer como bicicleta? También que veníamos a volar papagayo, que se nos quedó colgado del poste... también que el anterior parque era más fino... este es muy pequeño y chimbo.

También, no solo es el cambio físico y los elementos que constituían el espacio lo que prevalecen en la memoria de sus usuarios. Las actividades del grupo de muchachos que hacían calistenia, el cual llegó a ser numeroso (que al comienzo eran cinco, luego de meses llegaron a doce integrantes, para al cabo de un año llegar a la veintena), sigue siendo un ejemplo constante de un antes y después del bulevar. Para Froilán, uno de los más antiguos usuarios del “Paseo” que reconocimos en nuestras observaciones e informante en nuestro estudio, residente en el barrio Catamare, al sureste del bulevar: “La diferencia es grande. Venía una población bastante grande, como los muchachos allá de las barras. Todo se esfumó”.

Andy, residente de Mamo, nos da su percepción del bulevar y su visión sobre lo que ocurrió en marzo de 2018: “No está tan bien que se diga [el “Paseo”]... mira, la playa se salió y entonces quitaron todo... el parque, las barras”. Daniela, también nos proporciona el mapa de las consecuencias de ese desastre natural: “Hace poco tiempo teníamos unos parques plásticos para los chicos y máquinas para hacer ejercicios al aire libre. El mar se lo llevó”.

Por otra parte, “Pancho” Sayago, trabajador desde hace dieciocho años del restaurant “El Caney del Chivo”, nos otorga las imágenes del paso del tiempo en el bulevar:

Yo recuerdo que venía mucho. Es que aquí no había donde ir. Traía a mi hija pequeñita... esto antes tenía mucho ambiente. Había quioscos de madera y había carritos para jugar.... También muchos comerciantes... señores que vendían cotufas, caramelos... Era propio para traer a los niños. Con las reformas, ya nada es igual. Está abandonado.

Para el señor Tomás, residente de la urbanización Carlos Soublotte y asiduo visitante de las mañanas del “Paseo”, este espacio público “... se caracteriza por su Carnaval... es que eso siempre se llena... va todo el mundo. Yo no pude ir al de este año [2018], pero el anterior estaba a reventar”. Esto también es constatado por el cronista de Vargas, el señor Jesús Cumare, resaltando que el bulevar “Es muy utilizado para funciones carnavalescas”.

En consecuencia, el bulevar se construye a partir de las reminiscencias (y silencios) de los usuarios del “Paseo”. La imagen del “antes” y el “después” está trazada por sus transformaciones físicas y eventualidades naturales, evocando las carencias y disyuntivas entre la concepción de ese espacio público urbano por parte de los burócratas y autoridades, y la percepción en el tiempo que tienen los actores sociales sobre sus espacios. El espacio vivido es la realidad cotidiana que, como un intersticio entre el espacio concebido y percibido, se construye con los pies, imaginarios y corazones de sus usuarios, mostrando sus sentidos, ocultamientos y niveles de ese apego conforme se (des)integre sus lazos con su entorno. De este modo, la memoria espacial respecto al “Paseo”, es un flujo de recuerdos sobre esos cambios físicos y un latente descontento por la condición de su espacio, constituyendo el magma de la identidad espacial de

sus usuarios, que, como un termómetro, mide los grados de *conectividad* de los mismos con su entorno. Sin embargo, esta asociación y sus quiebres, son susceptibles debido a la información que recaba el individuo de su entorno, la asiduidad en su relación con el “Paseo”, y la percepción que tienen de dicho espacio público urbano, la cual es selectiva “... reaccionando más que ante lo que le concierne” (Bailly, 1978, p. 16).

Dicha asociación relacional entre el sujeto y el espacio, está notablemente influida por la experiencia del individuo y su capacidad de vínculo con el bulevar. Dada las motivaciones del usuario con el “Paseo”, su apropiación y uso individual o siendo parte de un grupo, se inscribirá en la memoria, la cual:

... crea símbolos que influyen en las actitudes. El proceso cognitivo corresponde a las probabilidades de organización de los signos en relación con nuestra experiencia. Cuando los estímulos del medio son abundantes, el individuo selecciona, por tanto, formas y estructuras con arreglo a la memoria (Bailly, 1978, p. 21).

Entonces, el usuario del bulevar prefiere por estaciones temporales el “Paseo” vinculando los símbolos aprehendidos de acuerdo a su capacidad de rememoración e interés respecto a dicho lugar. El bulevar de “antes” es una serie de imágenes trazadas por los pasos, usos y apropiaciones que cada individuo tiene en su mapa del espacio público. La memoria a largo plazo (Bailly, 1978) está asociada a la significación y a la identidad. Esas relaciones son las que contrastan los usuarios al evocar el “Paseo” de “ahora”: un lugar que violentamente ha tenido cambios significativos en su morfología, que han trastocado las formas de apropiación y uso, reinventando “a la manera que se pueda” las relaciones con dicho espacio público urbano.

IV. 3.10. La noción de ciudadanía en los usuarios del “Paseo La Marina”

El eje edificante del espacio público, permite determinar los niveles de integración social, sentido de pertenencia, así como lo democrático de dichos espacios para vincular a las personas con su entorno y hacer que se apropien de sus espacios (Segovia, 2005).

Es muy claro que existe una demanda colectiva de espacios públicos urbanos, y, por ende, esto se vincula al querer robustecer un “nosotros” continuo, alimentado a través del encuentro ciudadano. Dicha demanda ciudadana por espacios para el encuentro y el disfrute, lo pudimos constatar de dos maneras: a través de las preguntas y charlas informales con los usuarios, y de la revisión hemerográfica.

La mayoría de los usuarios abordados nos reveló que el “Paseo La Marina” es un espacio para el “disfrute, hacer deportes y recrearse”, como nos dijo Andy. También, este joven nos dijo que el bulevar es necesario ya que “...no hay muchos centros deportivos por aquí. El poli [Polideportivo “José María Vargas”, ubicado en la parroquia Maiquetía] queda lejos”. Sobre nuestra pregunta sobre cómo reaccionaría el usuario si derribaran el bulevar para ampliar el “Caney” o construir un centro comercial, catorce (14) de los diecisiete (17) informantes se mostraron en desacuerdo, aunque casi diez (10) no supieron cómo actuar ante esa hipotética eventualidad. Andy fue muy categórico al respecto “No me gustaría que fuese derribado. Es ridículo. Es el lugar donde venimos a distraernos, a despejarnos”. Igualmente, Beatriz nos dijo: “¡No!, ¿por qué se tumbaría el bulevar? Es parte de nosotros”.

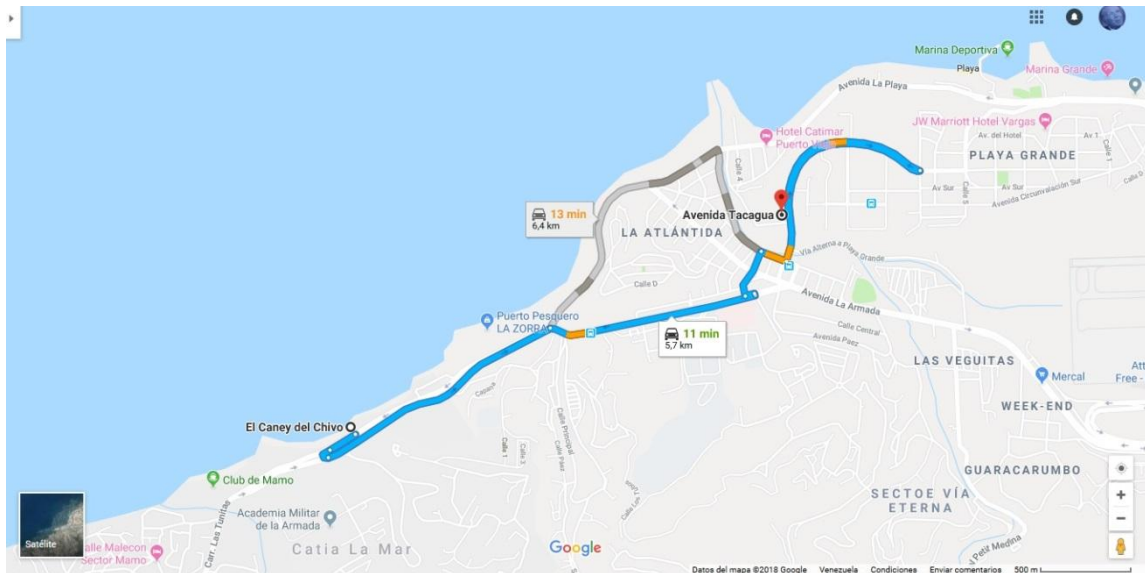
En cuanto a la revisión Hemerográfica sobre la demanda de espacios públicos, pudimos encontrar que “En comunidades situadas al oeste de Catia La Mar, como Marapa-El Piache; Mamo, Las Tunitas, Vista el Mar-Arrecife; Huerto Familiar; La Iguana y San Remo, las plazas

públicas escasean” (Hernández, 2015, p. 8), donde “Los únicos espacios existentes, en el sector Piache II y en Las Tunitas, están muy abandonados, a decir de los lugareños” (Ibíd.).

La anterior denuncia nos hace confirmar la importancia del “Paseo” para la población del oeste de Catia La Mar. Y no solo a través de los artículos periodísticos pudimos conocer esto: también lo descubrimos con nuestros informantes. Los *viajes* que realizan los usuarios desde sus destinos hasta el “Paseo”, nos hablan explícitamente de la relevancia de dicho espacio público para muchas personas de diferentes sectores de Catia La Mar. El viaje permite la interacción con otros espacios de la ciudad, así como la construcción de un imaginario más amplio. Pero, el viaje de un punto a otro conlleva un interés intrínseco: un conjunto de relaciones espaciales del peatón con el entorno, el cual, a su vez, concatena una relación de experiencia y aprendizaje. “El individuo configura su imagen a partir de los lugares por los cuales se ha desplazado” (Bailly, 1978, p. 151).

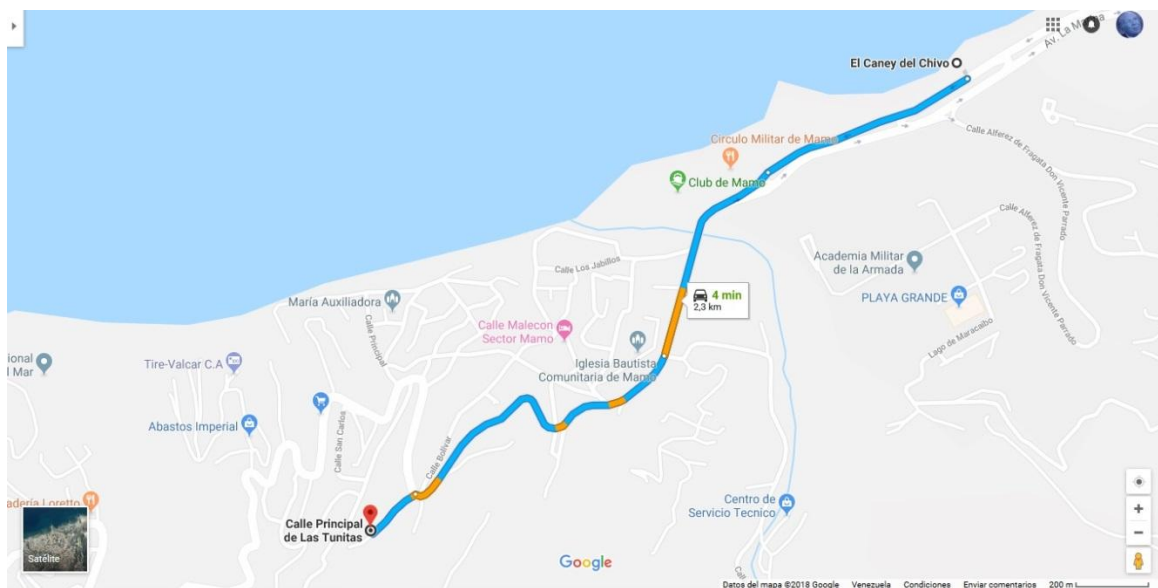
Desde la más cercana, el viaje que realiza Froilán desde la vecina urbanización Marina, pasando por Manuel (ver imagen n° 50) proveniente de la Avenida Tacagua, o en el caso de Jesús, que, desde Las Tunitas, realiza su viaje hasta el bulevar (ver imagen n° 51), nos explicita la necesidad de los espacios públicos para los ciudadanos.

IMAGEN N° 50:



Mapa de la distancia del *viaje* que realiza el usuario Manuel desde su lugar de residencia, Avenida Tacagua al bulevar “Paseo La Marina”. Google Maps. 2018.

IMAGEN N°51

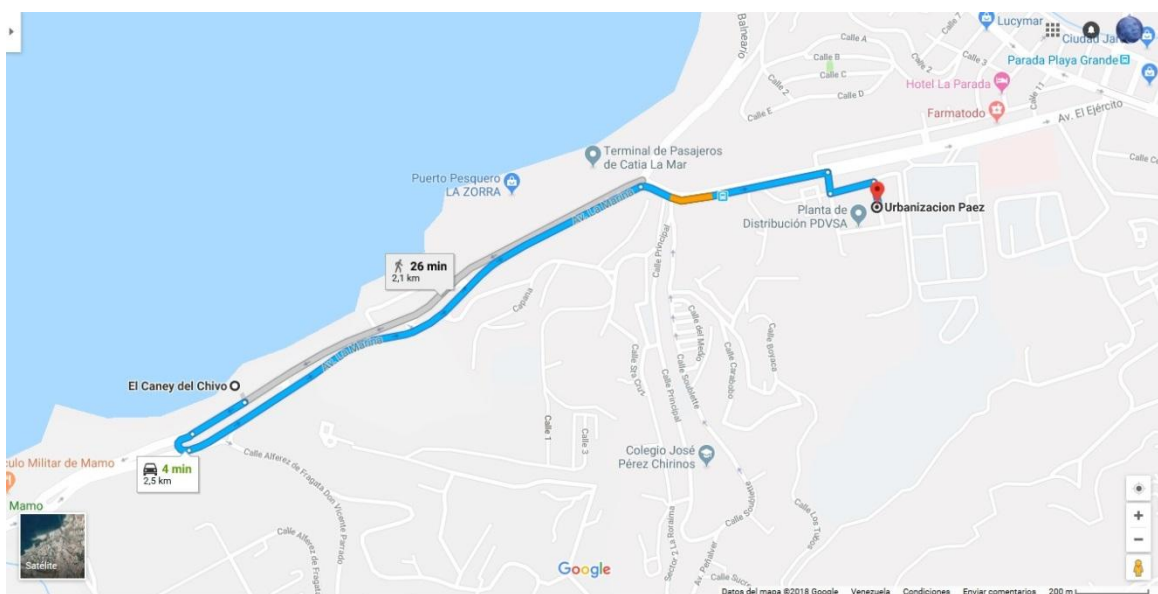


Mapa de la distancia del *viaje* que realiza el usuario Jesús desde su lugar de residencia, Las Tunitas hasta el bulevar “Paseo La Marina”. Google Maps. 2018.

El *viaje* es una constante en nuestras vidas cotidianas. Nos movemos de un destino a otro, ya sea por trabajo, estudio o placer. De esta manera, el individuo configura una imagen de la ciudad sectorial (Bailly, 1979, p. 151). Lo importante es el trazo que hacemos de la ciudad, haciendo nuestros propios mapas de Catia La Mar.

Uno de los trazados más interesantes de los usuarios, son los que realizan Renzi y Daniela desde la urbanización Páez hasta el bulevar “Paseo La Marina” (ver imagen n° 52). Es destacable por el hecho que, próximo a sus lugares de residencia, se encuentra la Plaza Mayor, en el casco central de esa localidad, inaugurada por el gobernador Jorge Luis García Carneiro en 2011.

IMAGEN N° 52



Mapa de la distancia del *viaje* que realizan los usuarios Renzi y Daniela desde su lugar de residencia, urbanización Páez hasta el bulevar “Paseo La Marina”. Google Maps. 2018.

Por otra parte, ante la percepción de abandono del bulevar, quince (15) de los diecisiete (17) informantes fueron categóricos al respecto: sí hay abandono. Ante nuestra pregunta inicial (en el capítulo “Racionalidad y hábitat”): “¿Por qué él lo ve y ese otro no?”, podemos decir que todos

lo ven. Para Daniela, “El descuido es de todos... todos debemos cooperar”. En cambio, Manuel nos ofrece una bipartición de la problemática abordada en el bulevar: “Yo veo dos cosas: el mantenimiento no solo es responsable la Alcaldía... el Estado.... También es una cuestión ciudadana. Para mí, esta zona tiene bastante potencial. Hace falta conciencia y campaña ciudadana”.

En cambio, Jesús fue concreto sobre las responsabilidades sobre un espacio “de todos”: “Es descuido de la propia gente. No solo de las que lo usan, sino las que lo implementan”. Para el señor Froilán, nos deja a interpretación el porqué del abandono físico del bulevar: “Esto se terminó por falta de mantenimiento”.

Sin embargo, para Gustavo, miembro del grupo “Vargas Street World K”, las causas del abandono son debidas a la ferocidad de la naturaleza circundante al bulevar: “El deterioro es una causa natural por el mar.... Es por el salitre”. En cuanto a la intervención ciudadana del espacio, nos dijo: “Mucho de nosotros no tenemos los recursos para darle un cariñito”. Otro miembro de ese grupo, Joyner, nos dijo que son más los deseos porque las barras vuelvan al bulevar, pero que es complejo por la falta de materiales: “Podemos regresar, pero nos falta material, cemento, sobre todo”. Entonces, son las causas materiales lo que distancia al joven (y podemos decir, a su grupo) sobre una nueva intervención física de ese espacio público urbano.

De todas maneras, por lo descrito durante nuestra inmersión etnográfica y lo revelado por los usuarios, podemos decir que el posible decrecimiento de la población y falta de “cariñito” al “Paseo”, se debe a un “déficit de ciudadanía” (Cardoso de Oliveira, 2011, p. 125). Esto no es tan simple como puede parecer. Dicho término es comprendido como los desajustes en el comportamiento cívico en determinados espacios de la ciudad (preferiblemente en las periferias),

donde las coacciones de las leyes y la eficacia de las políticas son débiles. Esto, en cierta manera, sirve para el aprovechamiento o laxitud ciudadana, el cual podemos ampliarlo a una lectura sobre nuestro *locus*: el “Paseo La Marina”. Los grados de desigualdad societal se reflejan en algunas prácticas en dicho espacio público urbano, haciendo de mapa focalizado de la segregación espacial-social en Catia La Mar, traduciendo en una “desigualdad de tratamiento” (Ibíd., p. 127), siendo entendido no solo al complejo acceso de muchos ciudadanos a condiciones de vida dignas, sino desde el punto de vista institucional.

Si entendemos al ciudadano como un “estatus igualitario” (Marshall en Cardoso de Oliveira, p. 128), cuyos derechos se asocian a determinadas identidades sin perder ese elemento universal intrínseco a la misma noción de ciudadanía, esto se nos presenta de una forma multidimensional, donde se articulan problemáticas como *dignidad, consideración y reconocimiento* (Cardoso de Oliveira, 2011, p. 128).

Esta visión de la ciudadanía se relativiza a partir de “... las reglas particulares que con frecuencia aplicamos al espacio público” (Kant de Lima en Cardoso de Oliveira, 2011, p. 128), donde confluyen normas poco claras y disputas en el espacio que conlleva, en muchos casos, a una “... convivencia relativamente armónica” (Cardoso de Oliveira, 2011, p. 128).

Cuando las reglas y normas son poco claras o inexistentes, en lo “público” se evidencia la “ansiedad” del ciudadano. Esta tensión puede producirse con la reinterpretación subjetiva de sus normas de conducta en un determinado lugar, que, colocando nuestro caso de estudio, el “Paseo”, esa tensión entre el deber y el hacer (las estrategias de sociabilización), se plasman en la “objetividad” palpable y percibida de un espacio público en desidia.

Ese desajuste en la subjetividad de muchos individuos en las formas aprendidas de sociabilidad, sería en la desidia del bulevar, una ausencia del sentido, cuyas arbitrariedades ciudadanas se harían “... un enigma en el plano cognitivo” (Ibíd., p. 130) y una transgresión u “... ofensa en el plano normativo” (Ibíd.).

Esa concepción universalista del ciudadano adquiere un performance importante dentro del “Paseo”. Ante la visibilidad de los “otros”, en ese espacio “de todos”, la noción de *mundo cívico* (Ibíd., p. 133) sería el suelo fértil para contractar, *grosso modo*, las pautas y parámetros acordados tácitamente (y recreados sucedáneamente) sobre el “... tratamiento uniforme o igualitario” (Ibíd.). Allí percibimos el baremo de las desigualdades sociales (el desajuste entre centro-periferia) y las fracturas del contrato social ciudadano (al menos dilucidado, a nivel micro, en el “Paseo”), con sus ecuaciones disimiles dentro de la sociedad varguense.

I.V. 3.11. La estética del bulevar, las emociones que suscita en sus usuarios y la imagen del “Paseo del mañana”

Por lo que percibimos en nuestro periodo de inmersión etnográfica, entre los usuarios del bulevar parece existir una vinculación más estrecha con el entorno (el paisaje natural) que con el espacio concebido (y, por ende, construido por el ser humano). Ese cierto malestar con la estructura física del “Paseo”, sus violentos cambios e irregular mantenimiento, creemos, va creando una conectividad ambivalente usuario-espacio.

El caso de María (22 años), estudiante universitaria y residente en Catia La Mar (sin decirnos específicamente dónde), fue peculiar: cuando la abordamos (en agosto de 2018), era su primera vez visitando el bulevar. Ella llegó acompañada de dos amigos (que no quisieron participar en la entrevista) y la primera imagen que nos comenta es que: “El bulevar está muy solo... no es nada atractivo... no tiene casi áreas verdes...no hay casi bancos...hay bastante espacio, pero no tantos objetos”. Lo lúdico de construir imaginariamente un espacio “ideal” para los usuarios, nos hace entrever qué funciona para que dichos ensueños sean posibles catalizadores para promover respuestas futuras por parte de la ciudadanía. Es decir, la (re)creación de un entorno “ideal”, propiciaría una mayor vinculación del usuario con su hábitat, y, por ende, germinarían las propuestas para la acción y los cambios sustanciales que tanto necesita el bulevar.

Entonces, para María, en la construcción imaginaria de *su* “Paseo”: “Agregaría más papeleras... vegetación, donde estacionar bicicletas... y, sobre todo, mantenimiento al lugar”, nos contó. En cambio, el señor José cree que todo debe ser cambiado: “... ponerle otro parque, volver a hacer todo, la caminería, jardines, todo”. Ese desaprovechamiento de los espacios favorecidos por un entorno “agradable”, “hermoso”, en palabras de los usuarios, parece una

queja almacenada en el ADN cultural venezolano. Ese malestar lo traduce el señor José de la siguiente forma: “El bulevar no es el mismo de hace 30 años. La mala gestión de este gobierno de mierda, es puro destruir y enseñarle a la gente que destruya”.

Para Daniela, básicamente el bulevar le “... hace falta un cariñito, pinturita, arreglar el piso, colocar los árboles que habían, los cuales se llevó el mar”. Ella reconoce que el bulevar es un espacio predominantemente deportivo. De esta manera: “... como la gente viene más que todo a hacer ejercicios, pondría equipos, bebedores, luz, más iluminación... colocaría una tarima para eventos del fin de semana, como años anteriores”.

El señor Héctor también nos da su impresión sobre el “desaprovechamiento” del “Paseo”, y construye un bulevar más “bondadoso”:

Debería aprovecharse el espacio para hacerse obras teatrales, que sé yo... cosas para los niños... este es un lugar para venir en familia, con los niños. Aquí debería haber algún ente gubernamental que mejore las cosas. Sobre todo, por los niños. Debería haber más iluminación, agentes policiales, aunque allá hay una alcabala, pero están en lo suyo. Es lamentable.

En cuanto a las emociones que suscita el bulevar, prevalece la visión negativa (en el espacio concebido) y la positiva (en el paisaje natural circundante): “El bulevar me parece relajante, por la vista que tiene, por el mar” nos dice Lainecker. Pero, este joven usuario se aflige al tener que describirlo: “Es un poco triste... porque carece de ciertas cosas. A pesar de que te relaja, sientes conmoción por el cómo se encuentra”.

También es Lainecker quien nos muestra el displacer con el espacio concebido por las autoridades: “Sinceramente, lo volvería a reestructurar”. Y sobre sus sueños sobre el “Paseo”,

nos dice: “Principalmente necesita buena iluminación, en el bulevar y en todos los alrededores”. La iluminación es una constante en las mejoras que necesita el bulevar: “... uno viene temprano por lo mismo. Oscurece y hay que tener cuidado”, nos dice Renzi. En cuanto al “Paseo del mañana”, Renzi nos dice: “Si lo remodelan, con su parque, sus barras, pinturita, todo acomodadito, porque mira el mar, el atardecer, uno viene en familia”.

Para Ángel, su visión del “Paseo” requiere de elementos sencillos: “Le falta unas máquinas de hacer ejercicios y que siembren matas, árboles. Lo demás está bien”. En la misma línea, nos indica Manuel las bondades del bulevar si se le “echa mano”: “Si hubiera mantenimiento, alumbrado, sería mejor aprovechado el espacio y mucho más visitado”. Más sencillos son los requerimientos de Joyner: “Pondría un parque de barras. Aquí la gente es chévere. Le agregaría iluminación, que casi ninguna sirve”, para finalizar con “Yo me quedaría aquí. Yo vengo a hacer ejercicios por el fresquito”.

Entonces, a pesar de la “tristeza” que embarga el paisaje físico del bulevar, el placer también tiene cabida dentro de su entorno. Andy, al reconocer que el bulevar es “... un espacio para el deporte y el esparcimiento”, nos proporciona la funcionalidad *ad hoc* del mismo: “... es donde la gente se quita el estrés de encima”.

El señor Froilán nos dice las fallas que reconocen otros usuarios “Le falta una nueva reestructuración y colocar los aparatos”, además de que creemos, su respuesta enlaza tácitamente los elementos que han permitido el decrecimiento de la *conectividad* de los usuarios con el “Paseo”.

Para el señor Tomás, el bulevar desde su panorama matutino “... está más o menos... algunas partes están bien, otras son un desastre... como, mira, le falta mata, árboles y limpieza”.

Estéticamente el bulevar es considerado, por la mayoría de los entrevistados, como feo. Pero, muchos no son tan categóricos, porque su evaluación sobre lo material del espacio público, es influenciada por la “belleza” del entorno.

La estética, grosso modo, es el intercambio informativo y sensitivo, entre el sujeto y objeto, el cual no es fijo, modificándose con las percepciones, sensaciones y lecturas temporales, que tenga el sujeto sobre cierto elemento u objeto. Entonces, si consideramos que el poder de la estética (de lo “bello” o “feo”) es resaltar o disminuir los elementos físicos del “Paseo”, creemos que la mayoría de los usuarios del bulevar, si bien reconocen la necesidad de un cambio estructural en su morfología, lo “poco atractivo” de dicho espacio es compensado (y salvado) por el arrobador magnetismo del Mar Caribe, haciendo del “corazón del Paseo” un espacio más funcional que para la (re)creación, el ensueño y la contemplación.

CONSIDERACIONES FINALES

La inmersión en el “Paseo” representó un reto al aproximarnos a la relación usuario-espacio dentro de dicho contexto. La fuerte crisis económica que afronta el país, con sus diversas aristas, tiene sus consecuencias en los servicios más básicos para la población urbana, del cual el estado Vargas, no se escapa. La coyuntura varguense es más compleja, debido a la ineficacia de un Estado para solventar las carencias, limitaciones y consecuencias que arrastra históricamente dicha entidad, cuyos malestares de la naturaleza, asolan constantemente sus predios. Catia La Mar, al ser la parroquia más poblada en dicho estado, enfrenta los retos urbanos, con sus brechas sociales y escasos espacios públicos para el encuentro ciudadano, donde se refuercen los lazos identitarios y se oxigene la vida en la ciudad.

Ya dentro de los marcos de nuestro estudio, el bulevar “Paseo La Marina” es el escenario donde se plasman los sentidos de los ciudadanos, los malestares y vacíos en sus formas de asociación, cómo se interpretan y piensan a partir de sus imaginarios, anhelos y sueños, a su vez, cómo se manifiesta una identidad en sus espacios (re)construyéndose constantemente en el tiempo, a partir del reconocimiento, encuentro y diferencias. Dicho espacio público, entre sus transformaciones en el tiempo, fue reconstruido en el 2012 durante la alcaldía de Alexis Toledo, estableciendo una segmentación del bulevar “Paseo La Marina” por áreas generacionales, las cuales creemos fueron concebidas para crear un mayor sentido de pertenencia de los usuarios con ese espacio público urbano. Esa *asociatividad* e integración a partir de las diferencias generacionales, fueron el foco inicial para un nuevo acercamiento de los usuarios al bulevar. Sin embargo, la multifuncionalidad del bulevar permitió que en sus espacialidades se leyeran y evidenciaran otras formas de uso y apropiación de ese espacio público urbano. Debido a la creciente demanda de espacios para el encuentro ciudadano en el oeste de Catia La Mar, estado

Vargas, el “Paseo La Marina” juega un papel predominante para sus usuarios y futuros actores sociales. Si comprendemos que los espacios públicos, *grosso modo*, son los puentes para congregarse y unir a la sociedad, donde se tejen y destejen sus deseos, sueños y aspiraciones cotidianas, así como ser el lugar donde se realizan los performances a partir de un *Yo* que se construye con un *Nosotros*, es razonable pensar que los gobernantes y ciudadanos cuidarían más de dichos espacios, al ser el enlace entre las instituciones y la ciudadanía. Dichas actuaciones con sus contratos, consensos y silencios, se plasman en los escenarios urbanos, ya sea una plaza, bulevar o la calle del barrio, así como se divisan sus carencias, crisis y angustias del (des)encuentro social.

Al decir que el bulevar “Paseo La Marina”, como espacio público urbano es un espacio social, no caeremos en tautologías al remarcar que es una construcción social con características específicas (y funcionales), con su estatuto jurídico, donde converge la administración gubernamental y la capacidad ciudadana, que haciendo la analogía de un gurrufío, es movido por las acciones (y “vacíos”) de un bando u otro, donde la crisis de ese espacio público se nos hace la misma de la vida en la ciudad (Segovia, 2005).

De esta manera, con nuestras cinco llaves teóricas (identidad, apropiación, memoria, ciudadanía y estética), buscamos atravesar los umbrales de la problemática abordada, anudando las relaciones intrínsecas entre dichas categorías, complementando unas con relación a otras para arrojar tanto las luces como las sombras sobre el “Paseo”.

Por una parte, la identidad espacial de los usuarios respecto al bulevar “Paseo La Marina”, se puede medir, en cierta manera, con las prácticas, usos y permanencia en dicho espacio público urbano. Esto, nos habla de que el bulevar (y todo espacio público) es una prolongación

conductual del ser humano (Moser, 2014), traduciendo en sus dimensiones las crisis en *el habitar*, y, por ende, en *el estar*. El bulevar, con sus profundos cambios y desmejoras, evidenciados en la memoria espacial de sus usuarios, dan muestras de las sensaciones, experiencias y afectos resguardados por los individuos en relación a su espacio público. Esa implicación afectiva y percibida es producto del tiempo, el cual no es fijo, sino que crece o decrece (evocándose en las reminiscencias nostálgicas) sobre lo que *fue* y lo que *ahora es*.

La percepción del “Paseo” como un espacio en franco deterioro, perdió la unidad grupal de uno de sus mayores defensores del espacio público: el grupo de muchachos que practicaba calistenia, “Vargas Street World K”. Estos jóvenes, entre dieciséis y veintiocho años de edad, intervinieron físicamente un espacio “vacío” del bulevar, para armar sus barras y seguir unificando dicho grupo identificado a partir de esa práctica deportiva. Ese vínculo grupal, por lo que pudimos conocer a través de nuestra experiencia etnográfica, era un catalizador para que otros usuarios asistieran al bulevar. Es decir, fue apropiado prolongadamente por los jóvenes, que, al salir de la universidad, iban en tropel al “Paseo”, permaneciendo allí entre dos y tres horas aproximadamente. Sin dicho grupo, la asistencia al bulevar ha mermado considerablemente, convirtiéndose para los usuarios en un paisaje “desolador” y “triste”. Y sin apropiación y uso del espacio público urbano, el entramado social pierde su brillo, resquebrajando la manifestación social, y, por ende, la identidad individual respecto a lo colectivo (y viceversa) confluidos en dicho espacio público.

Sin embargo, en un escenario propicio para la *escenificación* social (Simmel, 2002) la poca apropiación de dicho espacio público ha creado otras formas de uso que desmejoran la calidad del bulevar, como ser utilizado como aparcadero o basurero público. Las demandas sociales de la vida moderna condicionan esa artificialidad en la interacción social. Si la misma es despojada de

las exigencias y pautas “... creemos volver a nuestro ser natural y personal y pasamos por alto que esta dimensión personal en toda su especificidad e integridad natural tampoco constituye al ser humano sociable, sino sólo dentro de cierta reserva y estilización” (Ibíd., p. 89). Entonces, ese rompimiento de la rigidez supraindividual, conformada íntegramente por las normas y leyes que acataba el *ser personal*, en la contemporaneidad está sujeta a una persona sociable *ideal*, abrumada por “... tantos contenidos materiales y objetivos” (Ibíd.) Así, creemos que los vacíos del bulevar se traducen en relaciones más o menos consensuadas (o impuestas) entre los individuos, demostrando las carencias en las conductas para construir un nos/otros que debe tener cabida para pensarse (Grimson et al., 2011).

La teoría de las *ventanas rotas* (Fullan, 2007), nos ejemplifica los vacíos que deja los intersticios entre la coacción de las leyes y la libertad individual, cambiando los sentidos de un determinado espacio público, como en nuestro caso el “Paseo”, demostrando la influencia contextual del espacio sobre las acciones del individuo y/o grupo. El abandono físico del bulevar, repercute sobre las formas de percibir y actuar sobre dicho espacio, en sus apropiaciones y usos cotidianos. Si a esto le agregamos los embates naturales que asolan a la región varguense, y que, al traer un evento considerablemente menor acontecido recientemente, el mar de fondo en marzo de 2018, afectando varias partes del bulevar, tenemos dos factores determinantes para creer que son la inyección para el abandono progresivo de las acciones gubernamentales eficientes (políticas públicas) y la laxitud ciudadana, que, como una refracción, percibe dicho deterioro como un paisaje más del entorno.

No obstante, el viaje temporal que realiza cada usuario al brindarnos sus imágenes sobre el “Paseo”, nos proporcionan luces, que, de otra manera, no hubiésemos podido recabar. Las transformaciones físicas del bulevar se convierten en una historia social que, con sus matices

otorgados por las vivencias de sus actores sociales, se construye desde lo particular a lo global. Si la vida es una narración que se va contando por actos (Marina, 1995), el “Paseo” tiene más epílogos que cierres del telón. Sus actos, como si fuese un mito, se van alimentando con el conocimiento de cada usuario, dando su opinión sobre su “inicio” que no es del todo claro. Lo importante, es que dicho espacio se fragmenta en espacialidades aunadas por los sentidos de sus actuantes: el malecón, los bancos, el estacionamiento, el corredor, el teatro, haciendo que el bulevar se renueve con sus itinerarios cotidianos, sus formas de ser leído e interpretado, las funciones que le otorgan los usuarios, y la escenificación que le otorgue el momento, para un acto largo o improvisado.

La riqueza de la lectura que podemos darle al contexto actual del estado Vargas, a partir de las focalizaciones demostradas en el bulevar “Paseo La Marina”, nos hizo percibir las brechas y exclusiones sociales, y la notable carencia de espacios para el ejercicio ciudadano. Esto se constató al ser el “Paseo” el escenario para liberar el estrés, para el esparcimiento, el refugio para prácticas privadas que permite la auscultación y complicidad de la oscuridad, como también “se presta” para la indeseada delincuencia. También, nos dio pequeñas (pero grandes) muestras de las formas de encontrarse, excluirse y representar un performance ante los otros. La narrativa que construimos constante sobre nuestras vidas, incluye a esos “otros” que son parte de nuestro entorno. El cómo nos vemos y plantamos ante el espejo (y nos encontramos en los espacios comunes) debe ser uno de los temas que humildemente proponemos seguir siendo abordados, dada nuestro afán de voluntariedad urbana.

Así, como un gran lienzo que obtiene sentido con los trazos reflexivos y emotivos del pintor, el bulevar tiene su cara amable y dura, sus caminos “cortos” para la inclusión y los largos para la división y exclusión. La unidad y el miedo son parte de sus fronteras, como la cordialidad de la

risa y del saludo sincero. Esto nos lleva a considerar al espacio público, en nuestro caso el “Paseo”, como la expresión de la comunidad. Sus aciertos y desaciertos, su estructura y las ideas subrepticias que fluyen con las gestiones de políticas públicas urbanas de las alcaldías y gobernaciones, brindan malestar y algunos “cariñitos” insuficientes para el mantenimiento de ese espacio. Si los espacios muestran los sentidos de sus habitantes, el “Paseo” nos proyectaría las alarmas de una sociedad que pide a gritos el encuentro. Lo *público* como un *todo* que se edifica, en primera instancia, a partir de la racionalidad asumida e impuesta por los gobernantes, élites y tecnócratas, y que, en un segundo plano, interacciona a partir de lo *hecho*, demuestra las insuficiencias, obviedades y arbitrariedades que, con matices que lo socio-cultural puede otorgarle, pasan por alto las autoridades. De este modo, recordamos la poca claridad por parte de las entidades varguenses en las decisiones y planes en las políticas públicas, como por ejemplo, en la recolección de desechos sólidos, el cual, a partir del 2014, es operado por hombres en “situación de calle”, cuya labor de “reinserción social” en la “Granja Oasis”, administrada por la Gobernación de Vargas, los emplea para la limpieza de las calles, con la previa solicitud de la ciudadanía (La Verdad, 2014).

No obstante, estos procesos se reflejan en la memoria e identidad respecto a sus espacios, que como el “Paseo”, al ser muy bruscos, pueden lastrar el reconocimiento de sus lugares.

De todas maneras, la creatividad de los individuos (así como sus demandas) tienen sus frutos, como la intervención física al bulevar “Paseo La Marina”, que con una tarea más funcional que estética, fungió como catalizador para la apropiación y uso de ese espacio público. La expresión de muchos usuarios fue satisfactoria: mientras más “lleno” esté el bulevar, mayor es la sensación de “vida” y “ambiente”, repercutiendo en una mayor protección de sus integridades. Al finalizar la obra (es decir, las barras y el espacio intervenido, apropiado y usado por los chicos de

calistenia) en “tierra de nadie”, como una pequeña utopía ganada con laboriosidad, el paisaje se hizo “triste”. Los espacios públicos son de sus ciudadanos. La permanencia en el “Paseo”, robustece los lazos de sus habitantes con su entorno. Los hace conscientes de sus problemas, los actualiza en sus vaivenes intersubjetivos, así como los mantiene saludables al albergar el ocio, el deporte, lo lúdico, ser el espacio de inicio para el amor o para reforzar los vínculos con lo religioso, la política, entre otras manifestaciones sociales y culturales.

Una ciudad inclusiva es la que permite el encuentro en sus espacios, porque los espacios públicos son la ciudad (Borja, 2003). El “Paseo”, con su particular posición geográfica, al oeste de Catia La Mar, entre la quebrada de La Zorra y el inicio a Mamo, es decir, por su relativa lejanía, es el lugar cuyos usuarios también hacen de viajeros. El itinerario de sus días, ya sea en la mañana, en la tarde o noche, incluye al bulevar, donde sirve de refugio para las actividades deportivas y recreacionales de niños, jóvenes, adultos y ancianos. En su morfología alberga el trote, la caminata, los ejercicios de tonificación y resistencia, la meditación, las charlas, el cortejo amoroso, así como se lleva al límite lo “público” con actividades más “privadas” como la ingesta de alcohol, las relaciones sexuales y las necesidades básicas biológicas.

El “Paseo” se convierte, con sus actores y actos, en un espacio dividido por territorios (los cuadrantes y antiguas “áreas” oficiales), cuyas dinámicas lúdicas y deportivas, pueden dar paso a otras relaciones espaciales simbolizadas en el espacio público. Para la deconstrucción de la desidia y las formas en cómo las limitaciones materiales del bulevar “Paseo La Marina” inciden en las practicas espaciales de sus usuarios, la territorialidad fue el comienzo de nuestra aproximación. Las relaciones urdidas en dicho espacio público dentro de sus diferentes temporalidades, se presentan fragmentadas, cuyas poblaciones difieren unas de otras en el encuentro dentro de una determinada espacialidad. Pudimos constatar que, durante la mañana,

predominan los adultos mayores y ancianos en la apropiación y uso del espacio. En las tardes, hay mayor diversidad de edades, donde los niños, jóvenes, adultos y ancianos hacen vida pública en el bulevar. Durante las noches, sobre todo de los fines de semana, la división del espacio se concentra en las “periferias” del “corazón del Paseo” (las “pedritas” y el estacionamiento), haciendo ecléctico sus usos y practicas espaciales.

De igual forma, pudimos constatar que todavía persiste la división impuesta por las autoridades, cuyas áreas (“infantil”, “jóvenes” y “adultos”) han sido asimiladas por los usuarios más antiguos. Con esto, pudimos observar que la apropiación es parte esencial para la construcción de una identidad espacial de los usuarios del “Paseo”. A su vez, esto nos lleva a medir, como un baremo, los niveles de apropiación de los usuarios al espacio público, para dar muestras de apego o desapego al bulevar. El apego se vincula a la permanencia y ocupación de un espacio que ha sido dividido por territorios, de acuerdo a los usos, posesividad y sentidos de los usuarios, teniendo un nivel presencial: el tiempo de permanencia, que en el bulevar de “ahora”, con sus notables excepciones, tiene un estimado entre cuarenta minutos y una hora. A diferencia de 2017, que doblaba dicha cantidad. Y otro nivel que es discursivo: la poca inclusión de posesividad a través del “mi” y el “nuestro”, nos dio señales de lo ambivalente y contradictorio que es el apego al “Paseo”.

Al hablar de la identidad, ésta se traduce en un condicionamiento tácito para los usos y apropiaciones espaciales, con sus determinadas espacialidades asumidas dentro del propio espacio, organizando formas privadas de sociabilidad, donde los alejamientos, ocultamientos y separaciones son la norma del bulevar. Aunque, dicha tripartición por áreas no es del todo estricta, ya que los usuarios más recientes o visitantes esporádicos, rompen esas brechas generacionales simbolizadas en los cuadrantes.

Entonces, la identidad espacial de los usuarios respecto al “Paseo”, se conforma a través de las diferencias marcadas a partir de las dimensiones de ese espacio público urbano, con sus limitaciones aunadas por las condiciones materiales, las cuales, en muchos casos, son resueltas de forma creativa para continuar con sus prácticas cotidianas. Pero, la identidad del espacio por parte de los usuarios del “Paseo”, dan débiles muestras de reconocimiento sobre los “otros” que también hacen vida dentro del lugar. Es como si se partiera de la concepción de lo “público” para ser utilizado de forma “privada”, con el menor reconocimiento e “invasión” de los demás usuarios. Esto, creemos, también es complementado por la morfología del propio bulevar: sus bancos alargados “permiten” los acercamientos o alejamientos que admita el usuario, sin ese encuentro fortuito o planificado con los “extraños”, haciendo que, lamentablemente, por lo que pudimos constatar, la capacidad de reconocimiento de los “otros”, de sus actividades y prácticas, sea insuficiente.

Por otra parte, la memoria espacial de los usuarios del “Paseo” ofreció datos sobre un “antes” y un “después”, cuyos cambios físicos fueron interpretados e hilados por los usuarios con los cambios sumidos en sus apropiaciones y usos. La pérdida de ese “ambiente” que caracteriza al bulevar de ahora, condena al espacio público a ser el recuerdo lejano de un tiempo mejor. Las transformaciones del bulevar están ligadas a la tragedia de 1999, con sus dolores aún persistentes en la memoria de los ciudadanos (así como aún persisten sus marcas, como cicatrices, en muchas edificaciones), además de otros deslaves y temporales que, como el de marzo de 2018, cambian el rostro del “Paseo”. Las alteraciones físicas y sujetas a su espacialidad, son evocadas por los usuarios. Ellos mantienen fresco los elementos de ese antes y después, que, para ellos, le da sentido a esas rupturas en el bulevar, las cuales son poco o nada aprovechadas por las instituciones. Entonces, el “Paseo” se nos hace la micro imagen del estado Vargas: golpeada por

la naturaleza, las instituciones y ciudadanos, pero con una resistencia infinita que compensa tanto sufrimiento.

Estas brechas entre el “Paseo” del ayer y del ahora, con sus líneas temporales lejanas o de relativa “cercanía”, dan muestras de la pérdida de los espacios públicos, que, como el bulevar, son necesarios para la población. Esto nos lleva a las alternativas de sus usuarios para intervenir y actuar sobre sus espacios, que, como el bulevar, representan una parte relevante de sus itinerarios cotidianos. De este modo, como ya hemos dicho, la intervención física del grupo “Vargas Street World K”, que en casi dos años de reunión representó un cambio positivo para el bulevar, también pasó a ser parte de las oscilaciones del tiempo que trae, de cuando en cuando, la memoria. Así se conjugan la memoria histórica y autobiográfica (Halbwachs, 2004), que en sus apartados indivisibles que cada individuo o grupo le da al “Paseo”, se unen como ríos que confluyen en distintos cauces.

La necesidad de espacios públicos urbanos para el encuentro, hacen que los mismos usuarios encuentren las soluciones para satisfacer los requerimientos funcionales para sus actividades. En el bulevar, la intervención ciudadana representó una adaptación para las demandas de un grupo identificado a partir de la práctica deportiva (calistenia), para representar un elemento positivo de integración y mayor vinculación usuario-espacio. Con la culminación de esta iniciativa, el espacio público lo resintió, mermando el encuentro ciudadano y aflorando las carencias materiales del bulevar (poco mantenimiento, insuficiente alumbrado, seguridad), las cuales influyen en las prácticas cotidianas de sus usuarios.

El “vacío” progresivo del bulevar, llevó a otros usos del espacio público para los cuales no está hecho: aparcamiento de vehículos y motos, centro de desperdicios y uso como urinario

portátil improvisado, etc. Esto no solo resiente la estructura física del bulevar, haciéndola estéticamente “fea” o “triste” como dijeron los usuarios, sino que crea malestar en ellos mismos, los cuales deben ajustar sus prácticas espaciales a esas “barreras” impuestas por la laxitud ciudadana.

En conclusión, podemos decir que el viaje al “Paseo”, con sus vaivenes temporales, cruzando las historias de sus usuarios y actuantes, fundamentó nuestro estudio a partir de las cinco categorías analíticas, la inmersión al “campo” urbano, que, por medio de la observación flotante, pudimos armar ese collage de sensaciones, experiencias y sentidos efervescentes en el bulevar “Paseo La Marina”. Sus dimensiones nos otorgaron una humilde traducción de los usos de sus espacios, las divisiones que realizan sus usuarios y los símbolos que se tejen en sus espacialidades. Al enfocarnos sobre un *espacio público en desidia*, pudimos palpar constantemente los cambios y sus recuerdos, los olvidos y las nostalgias, y las significaciones temporales que se le otorga al bulevar, con su revelado positivo y negativo. Mientras la ciudad lo permita, habrá formas de leer los pasos, cambios y huellas en ese palimpsesto que son los espacios públicos urbanos.

BIBLIOGRAFÍA

AAVV (1997). *Diccionario de Historia de Venezuela*. Segunda edición. Caracas: Fundación Polar.

Adorno, Theodor. W. (2001). *Minima moralia. Reflexiones desde la vida dañada* (Tercera edición). Madrid: Taurus.

Aliste, Enrique (2008). *Huellas en la ciudad: territorio y espacio público como testimonio para una geografía social*. Departamento de geografía, Universidad de Chile. Abril. Recuperado de <http://www.repositorio.uchile.cl/handle/2250/118072> [Consultado: 2017, junio 20].

Almandoz, Arturo (2000). *Ensayos de cultura urbana*. Caracas: FUNDARTE.

----- (2006). *Urbanismo europeo en Caracas (1870-1940)*. Caracas: Editorial Equinoccio/Fundación para la Cultura Urbana.

Amodio, Emanuele, Rivas, Yelitza (2013). “*Masculi ad masculum, vel faeminae ad faeminam*. Diversidad sexual y control inquisitorial durante el siglo XVIII en Venezuela”. En: Navarrete, R. (Comp.), *Historias y culturas de la diversidad sexual* (pp.41-107). Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana C.A.

Aparecida, M. A. (1994). “Ciudad: espacio y tiempo. Una inquietud y una reflexión sobre la epistemología de la complejidad”. *Revista geográfica venezolana*, 35 (1994-1), 43-50. Mérida, Venezuela.

Arendt, Hannah (2003). *La condición humana*. Barcelona, España: Paidós.

Aristóteles (2006). *Política*. Caracas: Fundación Editorial el Perro y la Rana.

----- (2012). *Ética, Nicomaquea*. Caracas: Ediciones El Trébol Siglo 21, C.A.

Arráiz Lucca, Rafael (2013). *Venezuela: 1498-1728. Conquista y urbanización*. Caracas: Editorial Alfa.

Augé, Marc (1995). *Antropología de los mundos contemporáneos*. Barcelona, España: Editorial Gedisa.

----- (1996). *El Sentido de los otros: Actualidad de la antropología*. Barcelona, España: Ediciones Paidós.

----- (1998). *Las formas del olvido*. Barcelona, España: Editorial Gedisa.

----- (2000). *Los «No Lugares»: Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona, España: Gedisa. Recuperado de

<https://antropologiainacap.files.wordpress.com/2013/04/51458639-auge-marc-los-no-lugares-pdf.pdf> [Consultado: 2017, septiembre 12].

----- (2001). *Ficciones de fin de siglo*. Barcelona, España: Editorial Gedisa, S. A.

----- (2003) *¿Por qué vivimos?* Barcelona, España: Editorial Gedisa.

AVN (2012). Plaza Bolívar de Catia La Mar será inaugurada el 19 de abril. *Agencia Venezolana de Noticias*. 16 de abril. Recuperado de <http://www.avn.info.ve/contenido/plaza-bol%C3%ADvar-catia-mar-ser%C3%A1-inaugurada-19-abril> [Consultado: 2018, agosto 17].

Bailly, Antoine (1978). *La percepción del espacio urbano. Conceptos, métodos de estudio y su utilización en la investigación urbanística*. Madrid: Instituto de Estudios de Administración Local.

Bardin, Laurence. (2002). *Análisis de contenido*. Tercera edición. Madrid: Ediciones Akal, S.A.

Baringo Ezquerro, David (2013). “La tesis de la producción del espacio en Henri Lefebvre y sus críticos: un enfoque a tomar en consideración”. *Quid*, 16 (Nº 3), 119-135.

Bayer, Raymond (2014). *Historia de la estética*. México: Fondo de Cultura Económica.

Benevolo, Leonardo (1992). *Orígenes del urbanismo*. España: Celeste Ediciones.

Bloch, Maurice (1996). *Apología para la historia o el oficio del historiador*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia. Fondo de Cultura Económica.

Bobbio, Norberto (1989). *Estado, gobierno y sociedad: por una teoría general de la política*. México: Fondo de Cultura Económica.

Bolívar, Teolinda (2016). “Los barrios en las ciudades venezolanas”. En: Briceño-León, Roberto (Coord.). *Ciudades de vida y muerte*. La ciudad y el pacto social para la contención de la violencia (pp. 599). Caracas: Editorial Alfa.

Borja, Jordi (2000). “Ciudadanía y espacio público”. En: *Laberintos urbanos en América Latina* (p. 9-34). Quito: Ediciones ABYA-YALA.

----- (2003). *La ciudad conquistada*. Madrid: Alianza Editorial.

----- (2013). “Espacio público y derecho a la ciudad. La construcción de la ciudad inclusiva: estrategias de intervención en el hábitat local”. Marzo. *COSUDE* (Agencia Suiza para el desarrollo y la cooperación), Barcelona, España.

Borja, Jordi; Muxí, Zaida (2003). *El espacio público: ciudad y ciudadanía*. Barcelona, España: Diputació de Barcelona/Electa.

Braudel, Fernand (1993). *La identidad de Francia III. Los hombres y las cosas*. Barcelona, España: Editorial Gedisa.

Bresser-Pereira, Luis (2004). “La restricción económica y la democrática”. En: Bresser-Pereira, Luis, Cunill, Nuria, Garnier, Leonardo, Oszlak, Oscar, Przeworski, Adam. *Política y gestión pública* (pp. 13-42). Argentina: Fondo de Cultura Económica/CLAD.

Briceño-León, Roberto (Coord.). (2016). *Ciudades de vida y muerte*. La ciudad y el pacto social para la contención de la violencia. Caracas: Editorial Alfa.

Cabanchik, Samuel (2005). *Introducción a la filosofía*. Barcelona: Editorial Gedisa.

Cardona Rendón, Beatriz (2008). “Espacios de ciudad y estilos de vida. El espacio público y sus apropiaciones”. *Revista Educación Física y Deporte*, (Nº 27-2), pp. 39-47. Universidad de Antioquia, Colombia.

Cardoso de Oliveira, Roberto (2011). “Concepciones de igualdad y (des)igualdades en Brasil. Una propuesta de investigación”. En: Grimson, Alejandro, Merenson, Silvina, Noel, Gabriel. (Comp.). *Antropología ahora. Debates sobre la alteridad* (pp. 125-140). Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores S.A.

Carmona, Ingrid (1997). *Estudio de dos espacios públicos caraqueños: La plaza Caracas y la plaza Altamira* (Tesis de pregrado). Escuela de Sociología. Universidad Central de Venezuela, Caracas.

Carrera Damas, Germán (1988). *El dominador cautivo*. Caracas: Grijalbo, S.A.

Carrión, Fernando (2008). *Espacio público*. Quito: FLACSO.

Carritt, E. F. (1951). *Introducción a la estética*. México: Fondo de Cultura Económica.

Carvallo, Gastón, y Hernández, J. (1983). “Formas de ocupación del espacio en la Venezuela agroexportadora”. En: Suárez, M. M., Torrealba, R., Vessuri, H. (Coord.), *Cambio social y urbanización en Venezuela*. Caracas: Monte Ávila Editores.

Cassirer, Ernst (1945). *Antropología filosófica*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Clifford, James (1999). *Itinerarios transculturales*. Barcelona, España: Editorial Gedisa S.A.

Cohen, E. (2011). “Catia La Mar actualiza su urbanismo”. *Últimas Noticias*, 29 de abril, pp. 24-25.

Contreras, Rubén (2006). “Catia La Mar, parroquia número ocho”. *Últimas Noticias*, 9 de julio, p. 34.

Coronil, Fernando (2013). *El Estado mágico. Naturaleza, dinero y modernidad en Venezuela*. Caracas: Editorial Alfa.

Cumare, J. (2012). “Catia La Mar o la costa de la mar abajo”. *Últimas Noticias*, 16 de diciembre, p. 24.

Chabot, Georges (1972). *Las ciudades*. Barcelona, España: Editorial Labor.

Childe, Gordon (1954). *Los orígenes de la civilización*. México: Fondo de Cultura Económica.

Darwish, Mahmud (2012). *Poesía reunida*. Caracas: Fundación Editorial el Perro y la Rana.

Davis, Kingsley (1976). *La ciudad: su origen, crecimiento e impacto en el hombre*. Madrid: Hermann Blume Ediciones.

De Certeau, Michel (2000). *La invención de lo cotidiano. I. Artes de hacer*. México: Universidad Iberoamericana/Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente.

De la Peña, Gabriela (2010). *Dinámicas de interacción en escenarios urbanos. Espacios públicos, privados y de transición en Barcelona, Austin y Saltillo* (Tesis doctoral). Universitat de Barcelona, Barcelona, España. Recuperado de: <http://diposit.ub.edu/dspace/handle/2445/34657> [Consulta: 2018, junio 20].

Delgado Ruíz, Manuel (1999a). *El animal público*. Barcelona, España: Anagrama.

----- (1999b). *Ciudad líquida, ciudad interrumpida*. Antioquía: Editorial Universidad de Antioquía.

Depons, Francisco (1960a). *Viaje a la parte oriental de la tierra firme en la América Meridional. Tomo I*. Caracas: Banco Central de Venezuela.

----- (1960b). *Viaje a la parte oriental de la tierra firme en la América Meridional. Tomo II*. Caracas: Banco Central de Venezuela.

Dorronsoró, Josune (1986). “¿La historia para la fotografía o la fotografía para la historia?”. En: Boulton, María Teresa (Selec.) *Pensar con la fotografía*. Caracas: Fundación Editorial el Perro y la Rana.

Eagleton, Terry (1998). *Una introducción a la teoría literaria*. México: Fondo de Cultura Económica.

Elias, Norbert (1990). *La sociedad de los individuos*. Barcelona, España: Ediciones Península.

- Escohotado, Antonio (1975). *De physis a polis. La evolución del pensamiento filosófico griego desde Tales a Sócrates*. Barcelona, España: Anagrama.
- Ferry, Jean Marc y Wolton, Dominique (1995). *El nuevo espacio público*. Barcelona, España: Editorial Gedisa.
- Foucault, Michel (2002). *Defender la sociedad. Curso en el Collège de France (1975-1976)*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Freud, Sigmund (2006). *El malestar de la cultura*. Madrid: Alianza Editorial, S. A.
- Fromm, Eric et al. (1972). *La soledad del hombre*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- Fullan, Michael (2007). *Las fuerzas del cambio con creces*. Madrid: Ediciones Akal, S. A.
- Gaceta Oficial Extraordinaria del Estado Vargas N° 16. Gaceta Oficial del Estado Vargas, Venezuela, 30 de agosto de 2001.
- Gallegos, Enrique (2011). “Del sujeto abstracto al ciudadano: apertura y clausura de la ciudadanía en la modernidad”. *Polis*, 7 (N° 2), 67-94. México.
- García, José Luís (1976). *Antropología del territorio*. Madrid: Taller de Ediciones Josefina Betancor.
- García Canclini, Néstor (1995). *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*. México, D.F.: Editorial Grijalbo.
- Geertz, Clifford (2003). *La interpretación de las culturas*. Barcelona, España: Editorial Gedisa.

Giddens, Anthony (1995). *Modernidad e identidad del yo*. El Yo y la sociedad en la época contemporánea. Barcelona, España: Ediciones Península.

González, Jeyni y Blanco, Manuela (2013). “Penetrando en la forma desencantada del cuerpo. Aproximación a la pornografía desde la antropología”. En: Navarrete, Rodrigo (Comp.), *Historias y culturas de la diversidad sexual* (pp. 227-242). Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana C.A.

González Candia, J. y Mendoza Zárate, Gabriel (coord.). (2016). *La reconstrucción del tejido social. Una apuesta por la paz*. México: CIAS.

González, F. Luís Enrique. (1981). *Municipio Vargas y sus parroquias*. La Guaira.

González F., Luis Enrique. (1993). *Historias y personajes de La Guayra*. Vargas: Cámara de Comercio de La Guaira/CONTASA C.A./Librería “Grafiluz”.

González Téllez, Silverio (2010). “La significación de lo urbano en la cultura venezolana”. En: Hernández, Tulio (Comp.), *Ciudad, espacio público y cultura urbana*. 25 conferencias de la Cátedra Permanente de Imágenes Urbanas. Caracas: Fundación para la Cultura Urbana.

----- (2005). *La ciudad venezolana. Una interpretación de su espacio y sentido en la convivencia nacional*. Caracas: Fundación para la Cultura Urbana.

Greene, Graham (1992). *El fin de la aventura*. Chile: Editorial Andrés Bello.

Grimson, Alejandro (2011). *Los límites de la cultura. Críticas de las teorías de la identidad*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores. S.A.

- Grimson, Alejandro; Merenson, Silvina; Noel, Gabriel (Comp.). (2011). *Antropología ahora. Debates sobre la alteridad*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores S.A.
- Guber, Rosana (2012). *La etnografía: método, campo y reflexividad*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores Argentina S.A.
- Guerra, François y Lempérière, Annick (Comp.). (1998). *Los espacios públicos en Iberoamérica. Ambigüedades y problemas: siglos XVIII y XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Habermas, Jürgen (2002). *Teoría de la acción comunicativa I: racionalización de la acción y racionalización social*. México: Taurus.
- Halbwachs, Maurice (2004). *La memoria colectiva*. Zaragoza, España: Prensas Universitarias de Zaragoza.
- Hall, Edward T. (2003). *La dimensión oculta*. España: Siglo XXI Editores.
- Hannerz, Ulf (1986). *Exploración de la ciudad. Hacia una antropología urbana*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Hauser, Philp (1972). *La sociedad caótica*. Barcelona, España: Ediciones Ariel.
- Heidegger, Martin (2010). *¿Qué significa pensar?* (Tercera edición). Madrid: Editorial Trotta.
- Heller, Anne (1997). *Una teoría de la modernidad*. Caracas: Editorial Tropykos/Universidad Central de Venezuela.
- Hernández, María Teresa (2006). *Manual de Trabajos de Grado de Especialización y Maestría y Tesis Doctorales*. Caracas: FEDUPEL.

Hernández, F. (2015). “Plazas públicas escasean al oeste de Catia La Mar”. *Últimas Noticias*, 10 de diciembre, p. 8. Caracas

Hobbes, Thomas (2000). *De Cive*. Madrid: Alianza Editorial, S.A.

Hume, David (1990). *Una disertación sobre las pasiones y otros ensayos morales*. Madrid: Editorial Anthropos.

Hurtado, Samuel (2009). El animal urbano. Ensayo sobre la ciudad de Caracas en tiempos de extravío. *Revista venezolana de análisis de coyuntura*, Vol. XV (Nº 2), 199-218. Caracas.

Imilan, Walter Alejandro (2006, 1 de diciembre). El relato de la ciudad. Etnógrafos, objetos y contemporaneidad. *Seminario en la escuela de Antropología de la Universidad de Temuco*. Universidad Católica de Temuco, 1-13. Recuperado de: <http://cultura-urbana.cl/?s=walter+imilan&x=21&y=8> [Consulta: 2019, enero 10].

INE (2014). XIV censo nacional de población y vivienda. Resultados por Entidad Federal y municipio del Estado Vargas. Diciembre, Caracas: Instituto Nacional de Estadística.

Instituto de Patrimonio Cultural (2004-2005). *Catálogo del Patrimonio Cultural Venezolano*, 2004-2005, Estado Vargas, Municipio Vargas. Caracas: Ministerio de la Cultura.

Kant, Immanuel (1991). *Antropología*. Madrid: Alianza Editorial, S. A.

Kelly, Janet (Coord.). (2003). *Políticas públicas en Venezuela: Teoría y práctica*. Caracas: Ediciones IESA.

La Verdad (2014). Granja Oasis desplegó el domingo operativo de embellecimiento. *La Verdad, Diario de Vargas*. 18 de agosto. Recuperado de:

<http://laverdaddevargas.com/24/granja-oasis-desplego-el-domingo-operativo-de-embellecimiento/2014/08/18/> [Consulta: 2018, agosto 05].

La Voz (2014). Granja Oasis cuenta con nueva sede. *La Voz*. 10 de marzo. Recuperado de: <https://diariolavoz.net/2014/03/10/granja-oasis-cuenta-con-nueva-sede/> [Consulta: 2018, agosto 05].

Lamberg-Karlovsky, CC., Lamberg-Karlovsky, Martha. (1971). “Una ciudad primitiva en Irán” En: Davis, K. *La ciudad: su origen, crecimiento e impacto en el hombre*. Madrid: Hermann Blume Ediciones.

Lander, Edgardo (2006). *Neoliberalismo, sociedad civil y democracia. Ensayos sobre América Latina y Venezuela*. Caracas: Universidad Central de Venezuela/Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico.

Lefebvre, Henri (1978). *El derecho a la ciudad*. (4^{ta} edición). Barcelona, España: Ediciones Península.

----- (2013). *La producción del espacio*. España: Capitán Swing Libros, S.L.

Levy, Jacques (1995). “Las identidades urbanas de hoy”. En: García Ballesteros, Aurora (Coord.). *Geografía urbana-1. La ciudad: objeto de estudio pluridisciplinar* (pp. 121-132). España: Oikos-Tau, S.L.

Lipovetsky, Gilles (1994). *El crepúsculo del deber*. La ética indolora de los nuevos tiempos democráticos. Barcelona, España: Editorial Anagrama.

Lisboa, Miguel María (1992). *Relación de un viaje a Venezuela, Nueva Granada y Ecuador*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

Malinowski, Bronislaw (1973). *Los argonautas del pacífico occidental*. Un estudio sobre comercio y aventura entre los indígenas de los archipiélagos de la Nueva Guinea Melanésica. Barcelona, España: Ediciones Península.

Marcano, Frank; Barrios, Sonia (Coord.). (2001). *Estado Vargas. Aspectos socioeconómicos, función urbana y opciones de desarrollo. Litoral Vargas. Corredor urbano y red vial estructurante*. Caracas: Instituto de Urbanismo, Universidad Central de Venezuela/CENDES.

Marchán Fiz, Simón (1996). *La estética en la cultura moderna*. Madrid: Alianza Editorial.

Marías, Julián (1954). *Historia de la filosofía*. (Séptima edición). Madrid: Manuales de la Revista de Occidente.

Marías, Javier (2000). *Corazón tan blanco*. Madrid: Suma de Letras, S.L.

Marina, José Antonio (1995). *Ética para náufragos*. Barcelona, España: Editorial Anagrama, S.A.

Martín Frechilla, Juan José (2005). “Ni bendito ni maldito. Visión de conjunto del impacto del petróleo en la sociedad venezolana”. En: Martín Frechilla, Juan José, Texera Arnal, Y. (Comp.). *Petróleo nuestro y ajeno. La ilusión de modernidad*. Caracas: Universidad Central de Venezuela/Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico.

Marx, Karl, Engels, Friedrich (2007). *La ideología alemana. Tomo I*. Caracas: Fundación Editorial El Perro y la Rana.

Merleau-Ponty, Maurice (1993). *Fenomenología de la percepción*. Buenos Aires: Editorial Planeta Argentina.

Monnet, Nadja (2002). *La formación del espacio público. Una mirada etnológica sobre el Casc Antic de Barcelona*. Madrid: Los Libros de la Catarata. Recuperado de: <https://bit.ly/2wP9HrI>
[Consulta: 2018, agosto 05].

Montealegre Murcia, Henry (2000). *Espacios públicos-privados y estrés* (Tesis de pregrado). Facultad de Arquitectura y Urbanismo. Universidad Central de Venezuela, Caracas.

Morón, Guillermo. (1995). *Historia de Venezuela III. La estructura provincial*. Caracas: Encyclopaedia Britannica de Venezuela, C. A.

Moser, Gabriel (2014). *Psicología ambiental. Aspectos de las relaciones individuo-medioambiente*. Bogotá: ECOE Ediciones.

Negrón, Marco (1980). *Cuatro conferencias introductorias al estudio de la urbanización*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.

NotiActual. (2010). Ordenan intervención de Proactiva y Sabempe. *NotiActual*. 18 de marzo. Recuperado de: <http://www.notiactual.com/ordenan-intervencion-de-proactiva-y-sabempe/>
[Consulta: 2018, agosto 05].

Nuño, Juan (2010). “¿Por qué existen ciudades?”. En Hernández, Tulio (Comp.), *Ciudad, espacio público y cultura urbana*. Caracas: Fundación para la Cultura Urbana.

Ontiveros, Teresa (1999). *Memoria espacial y hábitat popular urbano. Doce experiencias familiares en torno a la casa de barrio*. Caracas: Facultad de Ciencias Económicas y Sociales/Fondo Editorial Tropykos.

----- (2004). *En este medio de extraños cuyas vidas se toca: Hacia una antropología de los espacios públicos*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.

----- (2010). “¿La calle es de todos? Una lectura de los espacios públicos desde la antropología”. En: Hernández, Tulio (Comp.), *Ciudad, espacio público y cultura urbana*. Caracas: Fundación para la Cultura Urbana.

Ortega, F. (2009). Catia La Mar: cuatro décadas de impulsivo crecimiento. *Últimas Noticias*, 26 de enero, p. 18. Caracas.

Pignatelli, Paola (1997). *Análisis y diseño del espacio que habitamos*. Bogotá: Editorial Árbol S.A.

Platón (1981). *Platón. Obras completas, VII*. Caracas: Presidencia de la República/Universidad Central de Venezuela.

Proust, Marcel (2002). *Un amor de Swann*. España: Editorial Planeta/Biblioteca El Nacional.

Pujadas, Johan (2010). “La observación participante”. En: Pujadas, Johan. (Coord.), *Etnografía*. Barcelona, España: Editorial UOC.

Quijano Ramos, Daniel (2011). “Causas y consecuencias de los Grands Travaux de Haussmann en París”. *Clío*, 37, 1-12. España.

Quintero Pérez, Gloria (2008). “Las prácticas de control socio-espacial y sus efectos territoriales”. *Bitácora urbano-territorial*, Universidad Nacional de Colombia, vol. 12, (Nº 1). Recuperado de: <https://bit.ly/2Q8znIy> [Consulta: 2018, enero 23].

Rangel Mora, Maritza (2002). *Los cien del espacio público para la vida sociocultural urbana*. Mérida: Talleres Gráficos Universitarios.

Rivero, Lourdes (2004). *Vargas: historia, paisaje y fenómenos naturales*. Caracas: Colegio Bolivariano.

Roca i Girona, Jordi (2010). “Las entrevistas”. En: Pujadas, Johan (Coord.), *Etnografía*. Barcelona, España: Editorial UOC.

Rodríguez Ortiz, Oscar (Comp.). (1989). *Ensayistas venezolanos del siglo XX. Una antología. Tomo I*. Caracas: Editorial Ex Libris.

Rojo, Zulay (2000). *El puerto de La Guaira. Una inversión extranjera 1885-1937*. Mérida: Archivo Arquidiocesano de Mérida.

Ruiz-Vargas, José María (Cord.). (2000). “Psicología cognitiva de la memoria”. *Revista Anthropos, huellas del conocimiento*, (Nº 189-190), 3-32.

Segovia, Olga (2005). “Espacios públicos urbanos: una contribución a la identidad y confianza social y privada”. *Revista INVI*, volumen 20, (Nº 5), 166-182. Recuperado en: <http://www.revistainvi.uchile.cl/index.php/INVI/article/view/324/888> [Consulta: 2018, julio 03].

----- (edit.) (2007). *Espacios públicos y construcción social. Hacia un ejercicio de la ciudadanía*. Chile: Ediciones Sur.

Seijas, Héctor (Comp.). (2014). *Amada Caracas. Antología (esencial) de la ciudad contemporánea*. Caracas: Fundación Editorial el perro y la rana.

Semple, Robert (1974). *Tres testigos europeos de la Primera República (1808-1814)*. Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República.

Sennett, Richard (1978). *El declive del hombre público*. Barcelona, España: Ediciones Península.

Siesto, Jennifer (2008) “El centro histórico de Petare: recorrido y tramas para la construcción de los espacios públicos y privados desde el miedo, la inseguridad y la violencia urbana”. (Tesis de pregrado). Escuela de Antropología. Caracas: Universidad Central de Venezuela.

Signorelli, Amalia (1999). *Antropología urbana*. España: Anthropos Editorial/UAM-Iztapalapa.

Silva, Armando (2006). *Imaginario urbano*. Bogotá: Arango Editores Ltda.

Simmel, George (2002). *Cuestiones fundamentales de sociología*. Barcelona, España: Editorial Gedisa, S.A.

Sin autor. (2012). *Alexis Toledo inauguró parques biosaludables en Catia La Mar y Urimare*. Prensa Alcaldía de Vargas. 22 de diciembre. Recuperado en:

http://www.abrebrecha.com/254800_Alcalde-Alexis-Toledo-inaugur%C3%B3-parques-biosaludables-en-Catia-la-Mar-y-Urimare.html [Consulta: 2015, julio 03]

Taylor, Steven, Bogdan, Robert (1987). *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*. La búsqueda de significados. Barcelona, España: Ediciones Paidós Ibérica, S.A.

Tuan, Yi-Fu (2007). *Topofilia. Un estudio de las percepciones, actitudes y valores sobre el entorno*. España: Editorial Melusina, S.L.

Verón, Eliseo (1995). *Conducta, estructura y comunicación. Escritos teóricos 1959-1973*. Buenos Aires: Amorrortu Ediciones S. A.

Vidal Moranta, Tomeu, Pol Urrútia, Enric (2005). “La apropiación del espacio: una propuesta teórica para comprender la vinculación entre las personas y los lugares”. *Anuario de Psicología, Facultat de Psicologia, Universitat de Barcelona*, vol. 36, (Nº 3), pp. 281-297.

Viviesca, Fernando (2004). “La complejidad de la ciudad: no es el Angel Novus, son los hombres y mujeres”. *XX Encuentro Nacional de Estudiantes de Arquitectura de Venezuela*, julio, Táchira.

Wirth, Louis (1962). *El urbanismo como modo de vida*. Buenos Aires: Ediciones 3.

Wolf, Eric (1987). *Europa y la gente sin historia*. México: Fondo de Cultura Económica.

Wolf, Ferencz (1996). “La sociedad transpolítica: del ágora al condominio”. En: Lozada, Mireya (Coord.). *Democracia, espacio público y vida cotidiana ¿La cuestión de lo político a la política en cuestión?* Caracas: Asociación Venezolana de Psicología Social (AVEPSO).

Yory, Carlos Mario (2007). *Topofilia o la dimensión poética del habitar*. (2ª edición). Bogotá, D.C.: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.